

DE
*Miel y
Mosto*

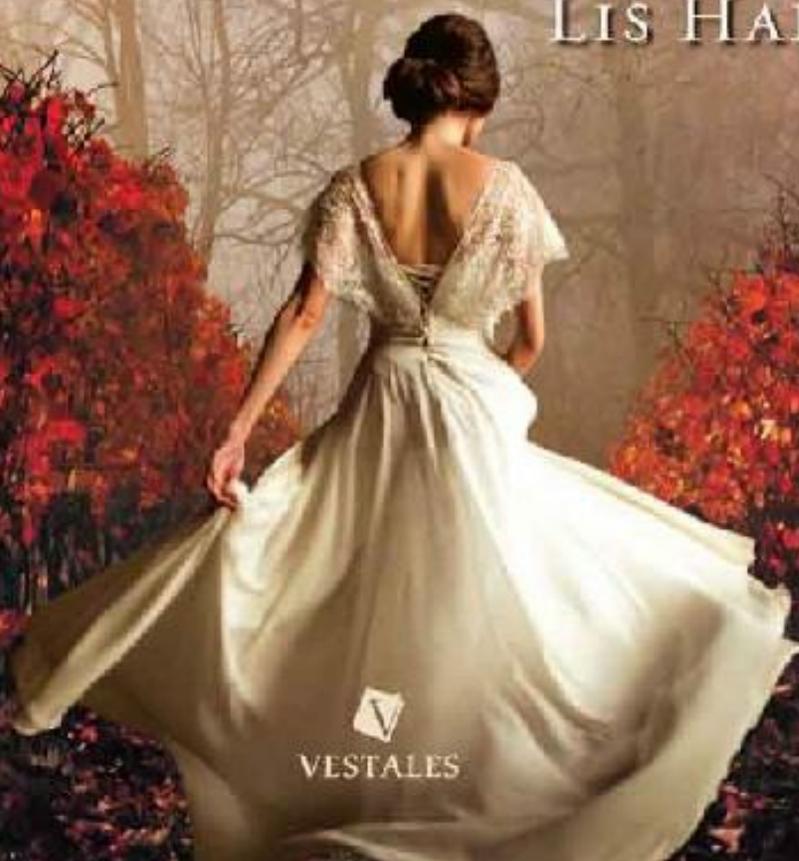
LIS HALEY



VESTALES

DE
*Miel y
Mosto*

LIS HALEY




VESTALES

Haley, Lis

De miel y mosto / Lis Haley. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-16-4

1. Novelas Románticas. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-16-4

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para mi padre, que hizo mi sueño suyo
y me empujó a alcanzarlo.*

PRÓLOGO

A veces, en mitad de la noche, me incorporo de manera súbita en la cama y trato de respirar. La angustia me aprieta el cuello con tanta fuerza que temo perder el sentido. Es en ese momento que deslizo la mano hasta mis labios y los acaricio con la punta de los dedos, con el conocimiento de que lo encontraré allí. Noto que aún me arde la boca a causa de sus besos, y es entonces cuando los ojos se me inundan de lágrimas.

Sé muy bien cómo he llegado aquí, a esta situación. Soy culpable de haber amado hasta perder la cabeza. Culpable de amar a un hombre que no era para mí, de engañarlo en contra de mi voluntad y de no haber sido lo bastante valiente para dejarlo todo cuando aún estaba a tiempo.

Todavía recuerdo el día en que toda esta historia comenzó, en Granada. Recuerdo aquel día con tanta claridad como si lo estuviese reviviendo ahora mismo. Algunas cosas han quedado atrás, sepultadas por el tiempo, y otras tan solo han cambiado. Sin embargo, no relegaría al olvido ni un solo minuto de los que compartí con él.

CAPÍTULO 1

Granada, 26 de marzo de 1901.

ErEran poco más de las cinco y media de la mañana cuando comencé a oír las primeras gotas de lluvia que se precipitaban contra el cristal. Contemplé el paisaje a través de la ventana, cuyo marco había empezado a pudrirse a consecuencia del agua y la carcoma, y vislumbré la vaga silueta de unas montañas que se confundían con un cielo cubierto de nubes grises.

Hacía varios días que la primavera había insuflado su cálido aliento sobre los parques y veredas de la localidad y había plantado a su paso un amplio abanico de colores. Sin embargo, a través de la lluvia, como si acabara de regresar el otoño, se distinguía de manera vaga el color rojizo de los tejados de arcilla sobre los que se alzaban docenas de mudas chimeneas, ennegrecidas por el hollín.

Respiré hondo y estiré las piernas bajo las sábanas en tanto trataba de desentumecer mis músculos. Me quedaba un largo día por delante. La noche anterior, mi madre había expresado su intención de pelar las papas que aún permanecían en el fondo del saco y de desenvainar los guisantes antes de que se echaran a perder y las moscas se adueñasen de la cocina.

—Oh... —me lamenté. Además, estaba lo de los Aguilar.

Exhalé un largo suspiro al recordar aquello último, y oprimí la oreja contra la almohada en un esfuerzo por desterrar aquel incómodo asunto de mi mente. A fin de cuentas, no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Formé un puchero propio de un niño con la boca.

Mi vida durante los últimos años no había experimentado grandes cambios, lo cual hacía que me sintiera estancada, sin la capacidad o el talento necesarios para avanzar hacia alguna parte; y ni siquiera sabía con exactitud cuándo había comenzado a sentirme así.

Dejé que mis dedos jugaran con los pliegues de la sábana mientras recorría la alcoba con la mirada. La quietud lo inundaba todo. La cera de las velas, endurecida sobre los platillos, indicaba que se habían consumido horas antes del amanecer, y los últimos y fantasmales velos de penumbra cubrían la habitación. A través de ellos, vislumbré la silueta de Bunico, mi gato, que dormitaba con placidez sobre la alfombra, por completo ajeno a la gotera que se estrellaba a su lado contra el borde de un orinal situado a medio metro de su hocico.

El lugar donde vivíamos, que habría resultado confortable de no ser por la malsana humedad que penetraba a través de paredes y techos, daba a un pequeño callejón tapizado de ventanas y huecos por los cuales silbaba el aire al caer la tarde. Se trataba un edificio triste y vulgar, sin demasiadas aspiraciones, y nuestra vivienda era una buhardilla pequeña y fría emplazada en lo alto de tres pisos igual de mediocres. La capa de esmalte que cubría las baldosas de cerámica llevaba décadas descascarada, los techos eran altos y abovedados, las paredes estaban algo torcidas. Las habitaciones eran modestas pero amplias, dos para ser exactos; en ambas había ventanas de cuerpo entero, desde donde se podía contemplar una impenetrable sierra de cumbres nevadas.

El alboroto que los festejos de la Cuaresma había propiciado días atrás, había terminado, y una suave calma matinal flotaba en el aire. De repente, descubrí que echaba de menos el delicioso pulso de los tambores y el retumbar de las cadenas de decenas de pies penitentes.

Ladeé la cabeza y sorprendí a Bunico, que me miraba con curiosidad, pero, cuando lo llamé, se desplazó hacia un lado para distanciarse de la gotera, estampó el hocico en la alfombra y continuó durmiendo.

Enarqué las cejas.

Apenas comenzaba a amanecer cuando, abajo, en la panadería de la esquina, alguien encendió el horno. Mi nariz cosquilleó bajo un delicioso aroma a pan recién hecho, a barro y a lluvia.

—Mmm. —Cerré un instante los párpados e inhalé el aire de manera profunda al tiempo que conjuraba en mi mente un delicioso espejismo de dulces, soplillos alpujarreños y bombones de chocolate.

El clamor del primer trueno llegó junto con las campanadas de las seis. Al instante, eché un vistazo al gato, y observé cómo encorvaba el lomo hasta que su espalda acabó adoptando la flexibilidad y figura de un arco. Conocía el miedo que Bunico tenía a las tormentas; además, no era preciso ser un erudito para imaginar que no tardaría ni dos segundos en abandonar la alfombra, de modo que golpeé el colchón junto a mí. Él se encaramó en la cama de un salto, transformado en una temblorosa bola de pelo.

—Shh... —Solté el aire con suavidad entre los dientes para tranquilizarlo. Cuando le acaricié la parte posterior de las orejas, el muy bribón sonrió, como saben hacerlo los gatos, y comenzó a ronronear de placer.

—Zalamero. —Chasqueé la lengua antes de rodearlo con los brazos.

Agaché la mirada y la clavé en aquellas dos aberturas que me observaban con curiosidad, grandes y redondas, en las que brillaba el matiz infinito de un cielo de verano. Mi madre siempre decía que Bunico y yo nos parecíamos mucho, no solo porque los dos habíamos nacido con los ojos y la tez pálidos propios de los albinos, sino porque ambos habíamos insistido en venir al mundo antes de tiempo, durante la misa dominical, y con los pies por delante. Motivo por el cual, según ella opinaba, no debíamos esperar hallar en nuestro camino demasiadas dichas. Algo que, ya más despierta, había alcanzado a comprender antes de cumplir los trece.

Justo a las seis y media, como cada mañana, un bebé rompió a llorar en el piso de abajo. Acostumbrada a una rutina que se repetía día tras día, a idéntica hora, intercambié una mirada con mi gato y aguardé a oír el sonido de las cacerolas que pronto acompañaría al llanto. Mis labios se curvaron en una sonrisa cuando el tintineo de las sartenes y el correr del agua en las viejas cañerías de plomo hicieron acto de presencia.

—¿Crees que estará preparando la comida del bebé? —le pregunté a Bunico, y él me miró fijo, como si en verdad pudiera responderme.

Los tabiques y suelos que separaban nuestro hogar de la vivienda del vecino eran tan finos que podía captarse sin dificultad el sentido de cualquier conversación que se produjera al otro lado. De manera que, a veces, al dejarme llevar por la imaginación, me preguntaba cómo serían aquellas personas de las que nada sabía, salvo que compartíamos el mismo cuarto de baño, un pequeño cuchitril situado en el zaguán del primer piso, y que tendían la ropa cerca de la cuerda en que lo hacíamos nosotras.

Arrojé un suspiro.

En realidad, me daba lo mismo. Con toda probabilidad, nos marcharíamos de allí antes de tener ocasión de conocerlos. Siempre lo hacíamos. Mi madre y yo nunca permanecíamos mucho tiempo en el mismo sitio porque, según ella, ningún lugar tenía nada bueno que ofrecernos.

“Quien de otro se fía, ya llorará algún día”, acostumbraba a decir con un característico acento andaluz, adquirido con el paso de los años. A sus cincuenta primaveras, mostraba una belleza autóctona, muy de la tierra, de rasgos suaves, ojos negros y piel aceitunada. Era bastante alta y, por lo general, se peinaba hacia atrás el cabello áspero y medio plateado, para después sujetárselo en la nuca con una docena de horquillas. Mi madre era una mujer profundamente realista y taciturna, a la que la complacía tanto relamerse las heridas como regocijarse en su propio dolor mientras culpaba a un mal amor de habernos llevado a aquella deplorable situación. Y aunque aquel

alarde de mala suerte me fastidiaba, reconozco que crecí con el convencimiento de que estaba en lo cierto. Quizá tuviera razón, o puede que no; en cualquier caso, le encantaba mencionarlo a todas horas.

Bunico detuvo el ronroneo y me miró con atención cuando aparté la colcha a un lado y salí con un traspie de la cama. Consciente de tener sus grandes ojos azules clavados en mi nuca, avancé hacia la ventana y pegué la nariz al cristal, que yacía oculto tras una fina capa de vaho. Luego de retirarla con la yema de los dedos, contemplé las siluetas de los oscuros edificios y los cientos de pequeñas gotas de agua que centelleaban sobre los adoquines además sobre los restos y desperdicios que los animales de tiro habían dejado a su paso.

Aunque el aguacero había ido perdiendo fuerza de modo gradual, el cielo, que se extendía por encima de los tejados hasta el horizonte, yacía aún cubierto por un desteñido manto de color gris. Algo que no me importó, pues siempre me gustaron los días lluviosos. Quizá porque empujan a los pensamientos a fluir con más facilidad, o por esa aparente soledad que los acompaña. Yo tenía mis razones para buscar aquel retiro interior, aunque por aquella época no las comprendiera demasiado.

Me encogí un poco al notar el frío en las plantas de los pies, así que tomé las gruesas medias de lana que había dejado la noche anterior sobre la cama y me las puse. Un segundo más tarde, reparé en el agujero por el que se colaba el dedo gordo de mi pie derecho.

—¡Estate quieto! —Aparté a Bunico a un lado cuando empezó a frotarse el costado contra mi pierna—. ¡Fuera!

Después de zurcir las medias, correr los visillos y derramar un poco de agua en el lavamanos, me aseo lo mejor que pude y volví a colocarme la vieja falda que había llevado el día anterior, cuyo bajo se apreciaba desgastado en los bordes; para cubrirme el torso usé una blusa de plumetí de cuello alto. Cuando terminé de vestirme, abrí las ventanas y dejé entrar el aire para que purificara el ambiente viciado que flotaba en el dormitorio.

Aunque no estaba segura de hallar a mi madre en casa tan temprano, ya que acostumbraba a ir al mercado horas antes de que los puestos de frutas y verduras se llenaran de gente, me dirigí a la cocina. Allí encontré la estufa encendida, las sartenes y ollas junto al lavadero, los platos alineados con diligencia en el escurridor. La luz de la vela, que mi madre había dejado sobre el aparador que teníamos junto a la entrada, se derramaba sobre la puerta, iluminada ya por los primeros albos de la mañana.

No sé por qué aquella imagen arrancó a mi boca una sonrisa. Quizá porque era la escena más parecida a un hogar que había visto en mucho tiempo. Ni siquiera me acordaba de cómo habían sido las cosas antes de que todo se torciera y acabáramos arrojadas al arroyo. Había olvidado lo que era tener un sitio donde sentirme segura, un lugar donde regresar cuando el viento te golpea como a un pedazo de papel, tan fuerte que temes no volver a tocar nunca más el suelo.

Aunque me resistía a pensar en ello, así era como a veces me sentía: como una hoja arrojada a la corriente que planea en el aire y da vueltas y vueltas sobre sí misma, una y otra vez, en tanto ignora dónde o cuándo acabará cayendo.

Meneé la cabeza despacio e inspiré con fuerza. Luego, tras cruzar la cocina, aparté la cortina a un lado para dejar al descubierto la pequeña ventana desde donde se veía nuestro propio tejado, que yacía cubierto por una fina capa de musgo de un verde intenso. Al comprobar que el agua había comenzado a filtrarse bajo la madera, agarré un trapo, me subí a una silla y lo retorcí hasta que logré introducirlo por debajo del marco.

Me encogí apenas de hombros, desanimada, y solté un suspiro.

Durante los pasados dos años, mi madre y yo habíamos viajado de una ciudad a otra hasta recalar en ese humilde barrio de Granada, donde habíamos terminado arrendando aquella modesta buhardilla de dos dormitorios con vistas a una sierra de cumbres blancas como velo de novia. Era un lugar bonito, lleno de personas amables que aprovechaban los domingos para

coincidir en misa o en los mercadillos, donde los campesinos vendían fruta, queso, tocino y remolacha; pero lo más importante era que podíamos permitirnoslo. Daba lo mismo si el lugar estaba en ruinas o a punto de caerse en pedazos. Cualquiera cosa era mejor que vivir de la caridad de los vanidosos burgueses.

Debido a esas constantes idas y venidas, nuestro equipaje era en particular liviano: un vestido ligero para las cálidas noches de julio, una camisa de plumetí, una falda corola confeccionada en paño de lana y unas cuantas alhajas falsas que madre decía haber comprado por dos reales enteros a un comerciante de Sevilla, quien poco después había acabado encerrado en la cárcel.

Comerciante y baratijas eran igual de engañosos que nosotras.

Me estremecí al pensarlo.

Habíamos vivido de nuestras mentiras y timos durante algo más de diez años, por lo que empezaba a verme a mí misma como un mero títere, sin voluntad propia, que se dejaba llevar en mitad de un teatrillo de monigotes. Pero sabía que mi madre hacía lo mejor para las dos. No habían sido tres ni cuatro las veces que se había visto obligada a recordarme que, sin un padre o esposo con el que contar, lo único que nos quedaba en la vida era tratar de sacarle dinero al rico.

“Al fin y al cabo –acababa diciéndome–, no notarán un par de monedas de menos en el saco.”

Sin embargo, a nosotras, esas pesetas nos suministraban comida y una cama caliente durante algún tiempo. Aunque eso pareciera no ser mucho, cuando se carecía de todo, como en nuestro caso, resultaba más que suficiente.

Años atrás, habíamos vivido en la casa de don Matías, un acomodado y presumido barcelonés, dueño de una importante imprenta que distribuía periódicos por toda la Ciudad Condal. Durante aquella época, mi madre había

dejado de hablar de sus desgracias. Parecía otra persona. Vestía su cuerpo con ropas suaves y bonitas; hasta se embellecía los labios con un carmín brillante. Sin embargo, no habíamos demorado mucho tiempo en encontrarnos de nuevo en la calle, con lo puesto y nuestra vieja maleta de piel. Supongo que algo habrá tenido que ver la circunstancia de que don Matías decidiera comprometerse con la hija de un distinguido burgués, en menosprecio de los ruegos y llantos de mi madre.

Recuerdo cómo aquel día ella me tomó de la mano, salimos por la puerta de la casa que nos había reportado tantos momentos felices, y comenzó a caminar en silencio hasta que a las dos nos acabaron doliendo los pies. Yo me sentía demasiado impresionada para quejarme o para que el escozor de las ampollas que torturaban mis talones me importara, de modo que no abrí la boca durante el tiempo que duró nuestro particular éxodo. Por aquel entonces, no había nadie a quien yo venerase más que a mi madre, de manera que me limité a seguirla hasta que terminó deteniéndose frente a la fachada de un pequeño hostel. Al observar la hilera de ventanas que se extendía hasta el tejado, recordé haber vivido allí tiempo atrás; antes incluso de que don Matías entrara en nuestras vidas. Tras una breve pausa, mi madre me arrastró dentro de aquel inmueble y me dijo que la esperase en el vestíbulo mientras ella iba a hablar con el dueño. Era una de aquellas casas de estilo colonial francés, con grandes puertas acristaladas y techos altos. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí sentada, envuelta en la penumbra, pero sí la imagen que ofrecía mi madre cuando al fin regresó a buscarme. Tenía varios mechones de cabello sueltos, y sus mejillas mostraban un profundo matiz encarnado. Su aliento apestaba a licor y, al mirarla, me di cuenta de que había estado llorando. Ella nunca me explicó la razón de aquellas lágrimas y, para ser honesta, tampoco anhelé saberlo.

Desde aquella noche de febrero, no volvimos a vivir bajo la protección de ningún otro hombre. Y así, de la noche a la mañana, el corazón de mi madre volvió a cerrarse a cal y canto.

Suspiré al recordarlo.

Cuando ella regresó del mercado con una canasta en las manos, le eché una ojeada al pequeño reloj que descansaba sobre la repisa. La aguja estaba a punto de marcar las siete. De modo que llené una pequeña cazuela con agua, le añadí dos cucharadas de achicoria y una de café y la situé junto a las ascuas para que se calentara.

—Ha llegado pronto —comenté mientras la veía desprenderse de la mantilla que le cubría los hombros y colgarla tras la puerta—. ¿No se le ha dado bien el día?

Ella resopló con pesadez, lo que puso de manifiesto su falta de entusiasmo; luego, dejó la cesta sobre una de las sillas y se sentó.

—¡Está claro que no! Estos tenderos son cada día más tacaños y avariciosos, hija mía. —Negó con la cabeza—. A este paso, tú y yo acabaremos pidiendo limosna en la puerta de la catedral o vendiendo ramitas de romero a los santos peregrinos.

—¡Por Dios, madre, no diga eso!

—¿Y qué quieres que diga, si ni un limón he conseguido que me regalen? Y mira que le he puesto interés. ¡Pero nada!

—¿Y don Agustín?

—¿El carnicero? Ese está más pelado que la cáscara de un huevo, hija mía. Si me descuido, me saca hasta los ojos.

—¿Qué le ha dado?

—¡Un disgusto! Eso es lo que me ha dado. ¡Qué lástima no ser aún una muchacha, mi niña! Si tuviera las carnes todavía en el sitio en el que el buen Dios me las colocó, puedes estar segura de que no pasaríamos ni la mitad de penurias que ahora. —Luego, echó una mirada hacia la ventana—. Y, por si no fuera poco, hace un frío que ni los perros lo soportan.

—Sí, cualquiera diría que estamos otra vez en otoño —reconocí.

—¡Cómo disfrutan de hacer leño del árbol caído! —prosiguió—. Ya no los conmueve nada, Eliza, ni siquiera ver cómo me llevo la fruta que está a punto de pasarse y las verduras más podridas. ¡No señor!, a nadie parece importarle ya una pobre viuda llena de harapos que malvive en una pequeña buhardilla de la ciudad.

—Usted no lleva ningún harapo, madre. Sus ropas no son ni un poco nuevas, eso es cierto, pero están tan limpias y bien planchadas como las de la esposa de un burgués —le dije y le deposité un beso en mitad de la mejilla—. Tenga bien presente, además, que tampoco es viuda.

—Calla, calla, no me lo recuerdes. Lo último que nos hace falta es que todo el mundo en este barrio se entere de que tengo una hija sin haber pasado antes por el sagrado altar. Ya nos miran bastante mal al creerme enlutada como para darles aún más de lo que hablar.

—No es culpa suya que mi padre se marchara antes de cumplir con su deber como hombre —respondí.

—Ay, hija, ni mía, ni de nadie. Pero tendría que haberme dado cuenta de que ese gallito no era trigo limpio en cuanto puse los ojos en él —dijo con gesto abatido—. Le gustaba más de la cuenta picar en gallinero ajeno. Ya me lo decía tu pobre abuela, que en paz descansa: “Ese hombre no te conviene, Carmencita. Tiene la lengua y el ingenio demasiado ligeros para ser bueno”.

—Pero usted no le hizo caso —proseguí por ella, ya que conocía de sobra la historia.

—No, no lo hice. Por aquel entonces, estaba tan cegada por el amor que me negué a prestarle oídos hasta que fue demasiado tarde. —Meneó la cabeza a los lados—. ¡Y mírame ahora!

—Ya la miro, madre: lo que veo es a una buena mujer —repuse.

—Bah. Jamás, en toda mi vida, fui más tímida que ahora —respondió.

—Me temo que hoy le ha dado demasiado el aire —dije en un suspiro.

—Ay, Señor, tú siempre tan *inturgente*.

—Se dice “indulgente”, madre —le rebatí con una leve sonrisa.

—¡Que Dios nos proteja! Además de *inturgente*, eres lista —contestó.

—Me gusta pensar que solo lo justo —respondí.

Negó con la cabeza.

—Pues eso es suficiente para que nunca nadie consiga llevarte al huerto.

Mientras escuchaba sus habituales divagaciones, agarré un trapo y aparté el pequeño recipiente del fuego.

—Eso es porque usted me ha enseñado bien. —Lo destapé y arrimé la nariz para inhalar el fragante aroma a café recién hecho—. Sé muy bien lo que busca un hombre en una mujer, y puede estar segura de que no voy a comprometer mi porvenir a cambio de proporcionarle a ninguno un buen rato.

—Sí, señor, así se habla.

—Aquí tiene —le dije, después de servir dos tazas.

—Eres todo lo que tengo.

Me detuve para mirarla un instante.

—Lo sé —contesté sin moverme del sitio—. Y usted, todo lo que yo tengo.

—Y por eso, tenemos que estar siempre unidas. —Sorbió un poco de café—. Si lo estamos, nadie podrá vapulearnos a su antojo.

Dicho eso, mi madre, como cada mañana, sacó de la cesta el boletín de noticias y me lo entregó. A continuación, se inclinó hacia delante e hincó los codos en la mesa, como tenía por costumbre.

—Anda, Eliza, sé una buena hija y léele a tu pobre madre un poco de lo que ocurre por el mundo.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Por los chismes de sociedad, por supuesto —afirmó mientras se frotaba las manos, la una contra la otra, para tratar de hacerlas entrar en calor.

—Odio que las esquelas fúnebres acaparen la primera plana. Es deprimente —comenté, por lo que pasé sin detenerme a la segunda página—. Hablan del gobernador de Málaga, de una fuerte tempestad en Normandía y de un banquete en el palacio.

Advertí cómo los ojos de mi madre se abrieron al oír aquello último, así que erguí la espalda en la silla y empecé a leer con tono solemne lo que estaba escrito en la edición de ese 26 de marzo de 1901 del periódico *La vanguardia*:

A las ocho de la tarde, comenzó en palacio el gran banquete con que la reina, María Cristina de Habsburgo, obsequió a la Embajada de Inglaterra. El comedor de gala del palacio ofrecía un aspecto deslumbrante, dada la profusión de plantas y flores con que estaba adornado. A la derecha de la reina, se sentaron sus altezas, el príncipe don Carlos de Borbón, la infanta María Teresa, la duquesa de Sástago y el obispo de Sión. Durante el banquete, la banda ejecutó de manera impecable escogidas piezas de su programa.

El suspiro de mi madre inundó hasta el último rincón de la cocina.

—¿Te he contado que una vez bailé con un soldado de Su Majestad? — dijo.

—Más o menos unas cien veces. —Sonreí.

Ella me guiñó un ojo.

—Podía haberme comprometido con él, de haber sido menos impulsiva y un poco más lista. Pero, mira tú, tuve que fijarme en el hombre más holgazán y sinvergüenza de todo Burgos.

—¿Qué le parece si dejamos de hablar de mi padre? —pregunté.

—“Padre”... Esa palabra le viene grande...

—Podríamos conversar junto a las brasas, mientras pelamos las papas, de menesteres más alegres y mundanos.

Mi madre resopló.

—¿Y qué menesteres, de esos que llamas tú “mundanos”, pueden permitirse dos mujeres como nosotras?

—Pues, por ejemplo, podemos hablar de la función de las diez de la tarde en el Teatro Principal —respondí—. ¿Sabía que representarán *La señora capitana*? No sabe usted las ganas que tengo de ir a ver esa función. Quizás usted y yo podríamos hacerlo uno de estos días.

Sus ojos negros me lanzaron una mirada de desconcierto.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso ir a ver esa bobada va a darnos de comer? —replicó con crudeza—. Además, no tenemos tiempo ni dinero para esas tonterías. Te recuerdo que esta tarde hemos de presentarnos en la fiesta que ofrecen los señores de Aguilar con motivo del compromiso de su hija mayor con un acaudalado ganadero.

Bajé la vista durante un segundo y contemplé mis manos en silencio.

—No tengo corsé —expuse en voz baja.

—¿Qué? —Mi madre me miró con cara de espanto.

—Que no tengo corsé —repetí—. No sé cómo ha podido pasar, pero, cuando lo saqué ayer del armario, me di cuenta de que tenía un desgarrón en forma de siete del tamaño de mi puño izquierdo.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

—¿Habría servido de algo?

—Don Cosme piensa pagarnos dieciocho pesetas cuando terminemos el trabajo. ¿Qué vamos a hacer si no conseguimos el dinero?

—¿Podemos permitirnos comprar otro?

—Ni hablar —replicó nerviosa—. Ya no hay tiempo para eso. Además, hemos gastado lo que nos quedaba en pagar el alquiler de este mes. Esas dieciocho pesetas son el único dinero que nos alumbrará hasta que lleguemos a Madrid.

—Entonces, no veo más solución que ir sin él.

—¡Ninguna muchacha decente va sin él!

—Estoy demasiado delgada, madre, soy toda huesos y costillas. Nadie va a notar que no lo llevo puesto.

Ella negó con la cabeza y me observó con detenimiento. Al cabo de un momento, su expresión se relajó.

—Eso es algo que remediaremos en cuanto lleguemos a Madrid —resolvió con un suspiro—. Allí, ganaremos mucho dinero; no faltará nada en nuestra despensa. ¡Ni siquiera las provisiones para hacer un buen potaje!

La pasión con la que mencionó la palabra “potaje” me hizo sonreír. Pero lo cierto era que, durante aquellos días, mi estómago parecía haber adquirido vida propia y haber aprendido a hablar por los codos. Por lo que la perspectiva de contar con una despensa bien provista de pan, harina y tocino salado era más que interesante. De pronto, me sorprendí a mí misma pensando en un buen surtido de deliciosos embutidos, queso y legumbres de toda clase.

Mientras sorbía despacio el café, con una sonrisa en los labios, intercambié una mirada con mi madre.

Desde que don Cosme entró en nuestras vidas, las cosas en casa parecían haberse arreglado un poco. Mi madre y yo considerábamos que era una suerte que el hombre, un perfumista antaño célebre, careciera del aspecto físico que las damas esperaban hallar en un comerciante de tal clase y talento. En otra época, don Cosme, a pesar de no ser ningún paradigma de perfección, había sido un caballero elegante y bien plantado. No obstante, la edad y la malsana inclinación por las jóvenes de mala vida y por los burdeles de poca monta le habían deteriorado la apariencia hasta convertirlo en una disparatada sombra de lo que fue en el pasado.

Sí, don Cosme Ruiz Moreno, solterón nacido en el mismísimo corazón de Burgos, era un diamante en bruto para nosotras. Trabajar para él era bastante sencillo: solo tenía que ponerme el vestido bueno, aplicarme unas gotas del perfume que elaboraba y pasearme por cuantos festejos y cenas de gala acontecieran en la ciudad. Mi aspecto poco común hacía el resto. A nadie dejaba de llamarle la atención que el color de mis cabellos, a mi corta edad, fuese de un vivo plateado y que tuviera la piel pálida cual espectro. Por tanto, era fácil, dentro de todo, atraer las miradas de la mayoría de los caballeros que acudían a los citados eventos. Aquella era una circunstancia que las damas de alta alcurnia no pasaban jamás por alto y una situación que yo aprovechaba para hacerles creer que tan privilegiado hecho se debía a mi perfume.

Habíamos empleado el mismo método en provincias como Córdoba, Jaén, Sevilla y Almería; después de haber embaucado con nuestros ardidés a media Andalucía, teníamos previsto marcharnos a Madrid una temporada.

Terminé el café y, luego de dejar la taza en la mesa, observé un rato a mi madre, que andaba mirando las ilustraciones del boletín de noticias. Un origen humilde le había impedido asistir al colegio, por lo que no sabía leer ni escribir. Natural de Burgos, con solo ocho años, había tenido que dejar la escuela para hacerse cargo de la casa familiar, ya que mis abuelos, a los que nunca llegué a conocer, trabajaban mañana y tarde en el campo. Sin embargo, nunca había permitido que a mí me ocurriera lo mismo que a ella, por lo que había puesto todas sus fuerzas y empeño en que yo acudiera al colegio hasta cumplir los doce años. Cómo consiguió el dinero para comprar los libros y la cartera de cuero que llevé colgada a la espalda durante tantas primaveras era para mí un misterio. Sin embargo, tenía muy claro que jamás se lo preguntaría.

—He estado pensando —le dije—. Quizá, cuando lleguemos a Madrid, buscaré trabajo en alguna de las fábricas de tapices de la ciudad.

—Querrás decir que mendigarás.

—¿Cómo dice? —Contuve el aliento.

—Que lo único que conseguirás con eso es matarte por el trabajo —respondió—. Con suerte llegaremos a pagar el alquiler del cuchitril en el que tendremos que meternos.

—Creo que exagera.

—¿Eso crees? —inquirió al tiempo que apartaba la mirada del boletín de noticias y la clavaba en mí—. Este es un mundo de hombres, Eliza. A las mujeres no nos está permitido ganar algo más que un par de reales a cambio de dejarnos la vista al trabajar como costureras, o las manos al limpiar en la casa de algún señorito.

—No me importa coser y limpiar, madre. Sé hacer muy bien ambas cosas.

—Saber, lo sabe hacer todo el mundo.

—Sí, pero...

—¡No! —me interrumpió con firmeza—. No me he esforzado todos estos años en sacrificio de mi juventud y de mis fortalezas para que, ahora, te echas a perder mientras trabajas en la casa de una familia que se creará con el derecho de mirarte por encima del hombro, solo porque no has nacido bajo el amparo de un buen techo.

—¿Y qué si lo hacen? ¿Acaso tengo otra opción?

—¡Pues claro que tienes otras opciones! Eres joven y bonita, Eliza; tienes solo veintidós años, la flor de la vida. ¿Crees que, con esas dos cosas, no será fácil buscarte un buen partido con el que casarte? —preguntó en tanto me miraba con el ceño fruncido—. Estate segura de que, más tarde o más temprano, aparecerá en nuestras vidas un pobre diablo al que lograremos enredar. Puede que sea un granadero o un anciano rico, ¿quién sabe? De manera que deberías estar agradecida, porque eso es más de lo que yo tuve.

—¿Y qué pasará cuando ese supuesto esposo se entere de que soy una embaucadora, madre? —dije—. Podríamos acabar las dos en prisión.

—Si ocurriera, lo cual dudo, nos marcharíamos a cualquier sitio lejos de Madrid, igual que hemos hecho siempre. Y digo que lo dudo porque no creo que nadie sepa de ti más de lo que ya saben: que eres la joven que cautiva con el perfume que el viejo don Cosme elabora —masculló y, al cabo, lanzó un suspiro de cansancio—. Para serte franca, no quiero oír hablar más del asunto.

Justo cuando iba a responder, en el piso de abajo, sonó el estrepitoso llanto del bebé. Mi madre me miró con las cejas arqueadas; yo me limité a asentir con la cabeza, con la decisión de no volver a tocar el tema. Ella prefería no hablar de ello, y yo, como hija suya, tenía que aceptarlo. Así que me levanté y, sin mediar palabra, le planté un sonoro beso en mitad de la mejilla, recogí la vasija junto con las dos tazas y las situé en el interior de la fuente de lavar.

Estaba de pie frente a los cacharros cuando noté en los tobillos la suave caricia del pelaje de Bunico que, conforme enjuagaba los platos, me consolaba al trazar desenvueltos ochos alrededor de mis pies, como si

poseyera la improbable habilidad de adivinarme el pensamiento.

—Zalamero —volví a susurrarle, como ya lo había hecho esa misma mañana.

Eché un vistazo sobre el hombro y miré a mi madre. En el momento en que nuestros ojos se cruzaron, ella se levantó, se situó a mi lado y me colocó una mano sobre el hombro, de manera que sentí la presión de aquellos largos dedos aferrados a mi articulación.

—Hago lo mejor para las dos. Recuérdalo siempre, mi niña —dijo, a medida que bajaba la voz como si estuviera compartiendo conmigo un secreto.

No pude hacer más que aceptarlo en tanto experimentaba la sensación de que la boca se me llenaba de palabras. Apreté los labios para impedir que salieran durante lo que me pareció una eternidad y, cuando el peso sobre mi hombro acabó por desvanecerse, volví apenas la cabeza.

Después de verla desaparecer por la puerta de la cocina, con el estómago cerrado por la ansiedad, apoyé las manos en la pila de granito y tomé una honda bocanada de aire.

Empezaba a pensar que íbamos a continuar siempre así, de timo en timo, de ciudad en ciudad, al tiempo que tratábamos de conseguir unos cuantos reales que nos permitieran subsistir un día más. Me había hecho pasar por casi todo: por una pitonisa capaz de vaticinar el futuro, burguesa, vendedora de un tónico para el crecimiento del pelo...

Suspiré y observé unos instantes al minino.

—Y dime —me dirigí entonces al gato—: ¿Tú qué opinas? Tal vez, una vez lleguemos a Madrid, mi madre cambie de opinión.

En respuesta, Bunico dejó de dar vueltas alrededor de mis tobillos y soltó un comprometido maullido. Luego, lo seguí con la mirada mientras, tal y como supuse que haría, el muy bribón se escabullía también por la puerta.

—Traidor —comenté por lo bajo; luego desvié la mirada hacia la pequeña ventana y hacia el tejado que resplandecía bajo las gotas de lluvia.

¿Qué pasaría si algún día me rebelaba?, me pregunté entonces. ¿Dejaría ella de hablarme? ¿Lloraría? ¿Gritaría hasta quedarse afónica?

De pie, frente a los platos, empecé a temblar. Sabía que no me atrevería nunca a decir una palabra por mucho que me imaginara a mí misma en esa situación, que no daría señales de irritación o de rebeldía, que me pasaría la vida con la cabeza metida en un agujero del que no tenía intención de salir. En modo alguno la defraudaría así. Ella era mi madre, la mujer que me había traído al mundo sin ayuda de nadie, la que me había protegido y a la que yo debía respetar.

Transcurrido un rato, me dirigí al dormitorio. Al ver que Bunico estaba acurrucado contra la almohada, tomé la colcha y tiré de ella con rapidez, sin darle tiempo a reaccionar. Sorprendido, el minino brincó sobre el colchón y saltó de la cama.

—Eres un gato traicionero, ¿lo sabías? —Lo miré con severidad, mientras volvía a hacerse un ovillo junto al armario, con el hocico arrugado y mirada de pocos amigos.

—Trabajar no es ningún crimen. —Resoplé con frustración al tiempo que sacudía en el aire las sábanas; luego, mantuve la mirada fija en Bunico—. En fin...

Me agaché con brusquedad y comencé a recoger las prendas esparcidas por la habitación. Después de llevarlas a la cocina y sumergirlas en la jofaina destinada a la ropa sucia, regresé al dormitorio y me asomé a la ventana para averiguar si continuaba lloviendo. Aunque aún caían algunas gotas de agua, el sol se había hecho un hueco entre las nubes grises y compactas, entonces los colores del arcoíris surcaban cual comba el cielo.

Cerré los párpados e inspiré con profundidad el aire fresco con olor a tierra mojada y a prado recién segado. Después de discutir con mi madre, tenía el estómago revuelto, además unas crecientes ganas de llorar, de manera que permití que aquella frustración se aliviara en mi interior. Cuando se enfrió y dejé de sentirla, abrí los ojos, ya más calmada, mientras mantuve la mirada en el plácido y oscilante perfil de la sierra.

Fue entonces cuando, al intuir su presencia por el rabillo del ojo, desvié la vista hacia él. Estaba sentado en el borde del escaparate de la confitería, con las piernas estiradas en toda su envergadura y los pies cruzados. Presentaba un aspecto espléndido, con una densa mata de cabellos oscuros que brillaba ligeramente bajo los escasos rayos de sol. La mandíbula, cuadrada y firme, le otorgaba una apariencia hostil y, en aquel rostro, se destacaba una boca de labios delgados y serenos. Tenía unos ojos verdes hasta el escándalo; verdes y profundos como un mar embravecido. Era joven, rondaría la treintena, e iba bien vestido: con una chaqueta negra, pantalones del mismo tono y zapatos a juego.

Carraspeé y me agité con nerviosismo cuando, con una tranquilidad casi irreal, introdujo los dedos en la pequeña bolsita de papel que llevaba consigo, extrajo del interior media pieza de pan de higos y, antes de llevársela a la boca, se detuvo para mirarme directo a los ojos.

Me quedé sin aliento mientras observaba cómo esa seductora boca se abría para morder el dulce sin apartar aquellos fascinantes ojos de mí. Había una nota desafiante en ellos, una esencia impredecible.

Las palmas de las manos comenzaron a sudarme, y apreté los puños a cada lado de mi cuerpo, asaltada por una súbita oleada de calor. Nunca había sido más consciente de la presencia de otro ser humano que en ese instante, mientras lo veía mover la mandíbula con gran lentitud al masticar. Tanto era así que, antes de darme cuenta, descubrí que yo misma luchaba contra la necesidad incontrolable de abrir mi propia boca para repetir aquellos movimientos que me resultaban, pese a lo común del gesto, sensuales.

Inspiré hondo en tanto trataba de mantener la calma y me mordía el labio inferior. Aunque, para ser sincera, no sabía demasiado sobre los hombres, me tomé la licencia de contemplarlo a placer al tiempo que trataba de memorizar cada detalle de su rostro. Un gesto que, para mi vergüenza, no le pasó inadvertido.

El vello de la nuca se me erizó cuando él inclinó un tanto la cabeza a modo de saludo. Luego, levantó el mentón, y sus labios se arquearon en una astuta sonrisa.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Mis piernas retrocedieron un paso y, presa de los nervios, respondí a aquella cortesía con una temblorosa sonrisa. Cuando él me devolvió el gesto y me mostró la totalidad de su blanca dentadura, entré con rapidez en el dormitorio.

—Estás comportándote como una niña —me regañé al notar el temblor incontrolable de mis manos, que comenzaba a extenderse por el resto del cuerpo. Mi conducta era ridícula. Podía notar cómo el corazón me retumbaba contra las costillas. En mis veintidós años de vida, jamás había experimentado nada parecido.

Di unos pasos en el dormitorio, hacia ningún lugar en concreto, en tanto hacía caso omiso de Bunico, que, deseoso de mimos, deslizaba su esponjoso cuerpo entre mis tobillos.

—Estate quieto —zanjé sus ronroneos. Lo cierto es que ya tenía bastante con el calor que me estaba sofriendo las mejillas para, además, preocuparme de lo que ocurría a mi alrededor. Había recorrido la estancia como tres veces cuando, decidida a superar aquel creciente pánico, conté hasta diez y me atreví a echar un vistazo a través de los visillos.

Consternada, aparté un mechón plateado de mis ojos. Por mucho que examiné el callejón, no vi un alma. De pronto, mi gato, igual de oportuno que siempre, deshizo la magia del momento al frotar el lomo contra mis pies. Alarmada, di un respingo.

—¡Bunico! —lo regañé. Me incliné hacia delante y lo acaricié en mitad de las orejas—. ¿Te parece bonito darme un susto así?

Al margen de lo que pudiera ocurrir, yo sabía que mi mascota siempre estaría allí para animarme. Al menos, eso era lo que parecía pensar él, quizá con la esperanza de que yo también lo creyese.

Tomé a Bunico entre los brazos y lo situé sobre la cama. Cuatro segundos tardó, el muy tunante, en acurrucarse de nuevo contra la almohada, que era sin duda su sitio favorito de la casa, y cerrar los ojos. Luego, movió los tres pelos que crecían sobre sus cejas, lanzó un largo bufido y cerró los ojos. Su único modo de escapar al constante mal humor de mi madre era dormir, de manera que, antes de darme cuenta, el minino roncaba como un león junto al cabezal.

Me quedé sentada a los pies de la cama durante un buen rato mientras lo contemplaba en silencio. Cuanto más lo hacía, más envidia sentía hacia aquel felino y hacia sus días llenos de calma, leche caliente y tardes ociosas.

¿Cuándo iba yo a experimentar la misma tranquilidad?, me pregunté. No quería pensar que nunca lo haría, pero imaginar que mi madre continuaría creyendo que estafar a los demás era la única alternativa que teníamos para subsistir me aterraba y desmoralizaba a partes iguales.

Como todavía faltaba mucho para que diera comienzo la fiesta de los Aguilar, decidí plantarme un sombrero e ir a pasear por el parque un rato. Tras despedirme de mi madre con la excusa de ir a comprar un poco de fruta, abandoné nuestra pequeña buhardilla y me dirigí con paso ligero hacia el callejón al que daba mi dormitorio. Aunque sabía que no lo hallaría allí, contemplé durante un tiempo el escaparate donde aquel extraño había estado sentado mientras se comía su pan de higos. Reconozco que los pensamientos que pasaron por mi mente en ese momento fueron tan infantiles que ni merece la pena mencionarlos. Me sentía feliz, y eso era todo lo que me importaba. Ni siquiera prestaba atención a los dulces que, tras el cristal, bailaban ante mis ojos; estaba concentrada en mi reflejo.

Me estiré un poco, alargué el cuello y suspiré con complacencia al observar a la mujer que tenía delante. Quizá no poseyera el estilo o la belleza exuberante de otras muchachas de piel aceitunada y ojos profundos, pero era bonita a mi modo: tenía unos rasgos suaves, la nariz apenas respingona y los labios llenos. Hice una pausa mientras contemplaba mis cabellos y mis pestañas incoloros.

A pesar de todo, el conjunto no era desagradable...

Con una sonrisa en los labios, crucé el parque y me dirigí hacia el almacén de doña Rosita, donde compré de fiado medio quilo de peras y otro medio de limones antes de regresar a casa.

Mientras caminaba, no podía quitarme a ese hombre de la cabeza. Aunque era consciente de que nuestro fugaz encuentro había sido fruto de la casualidad, permití que mi mente fantaseara sobre él. Imaginé que paseaba de su brazo, que navegábamos en barco, que asistíamos a las carreras de caballos...

Acababa de alcanzar nuestra casa cuando me di cuenta de que sentía como si algo dentro de mí, algo que hasta aquel entonces había permanecido vacío, estuviera de pronto lleno.

Emití con la garganta una breve risa, como si me hubiesen contado un mal chiste.

Tal vez mi mente necesitaba esbozar aquello; no sé, puede que también mi corazón lo precisara. Lo que sí parecía evidente era que aquel hombre había causado un efecto extraño en mí y me había provocado un comportamiento sin duda errático e imposible de comprender. Era como si un millar de abejas que zumbaban de manera monótona me picaran al mismo tiempo en las profundidades del estómago. Por primera vez en mucho tiempo, intuí que algo estaba a punto de cambiar.

* * *

Ya anocheecía cuando salimos de casa para dirigirnos a la residencia donde pasaba los veranos la familia Aguilar, cerca de la calle de la Victoria. Aunque estábamos en marzo, los Aguilar habían decidido ocuparla antes de tiempo con el propósito de iniciar cuanto antes los preparativos de la boda, ya que Las Palomas, nombre de aquella villa, contaba con un salón de fiestas mucho mayor que el de cualquiera de las viviendas que la familia poseía en la ciudad.

Observé a mi madre mientras nuestro carruaje, un pequeño tálburi tirado por un solo caballo, dejaba atrás el bello paseo del Darro para enfilarse el camino de tierra que al final nos llevaría a nuestro destino.

Mi madre se sostenía con las manos la mantilla sobre los hombros mientras retorció un pellizco de aquel suave encaje entre los dedos. Llevaba puesto un elegante vestido gris oscuro, con el que pretendía hacerse pasar por mi acompañante, ya que una joven de mi edad y supuesta reputación jamás asistía sola a un evento público, por respetable e importante que aquel fuera.

En silencio, la observé escudriñar con ojos críticos los campos, las calles y a las personas que se cruzaban en nuestro camino, absorta en sus propios pensamientos. Mi madre tenía aquella extraña habilidad: la de ver el mundo como en realidad era, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Las cambiantes expresiones de su rostro conseguían a menudo inquietarme y, durante un instante, descubrí que trataba de adivinar qué idea le estaría rondando la cabeza.

Como es lógico, tuve la tentación de preguntárselo. Sin embargo, permanecí con la boca cerrada hasta que el carruaje acabó deteniéndose ante una majestuosa residencia de cinco plantas. Allí, una hilera de frondosos árboles, que se extendía a un lado y otro del camino, nos dio la bienvenida. Las ramas

se reflejaban en los traslúcidos vidrios de las enormes ventanas de cuerpo entero, y tuve que echar la cabeza hacia atrás para vislumbrar el cielo estrellado sobre el imponente tejado de pizarra.

Mi madre profirió un sonido con la garganta que atrajo mi atención. Después de que abonara los dos reales que nos exigió el cochero por el viaje, bajamos del vehículo y avanzamos hacia la puerta principal, donde un muchacho de no más de doce años se acercó a nosotras para recoger nuestras capas y sombreros. Luego de que nos indicara el camino que debíamos tomar, mi madre y yo nos dirigimos sin dilaciones hacia el salón.

Lo primero que distinguimos al cruzar la enorme puerta acristalada, por supuesto, fue la pista de baile y a los invitados que giraban al compás de la música sobre un suelo de tarima pulido de manera escrupulosa. Situadas a un lado, rodeadas de curiosos, había un conjunto de pequeñas mesas ovaladas, cubiertas con exquisitos manteles de terciopelo azul, ocupadas por hombres que se divertían en juegos de cartas, mientras las damas reían y ensalzaban la notable perspicacia de aquellos caballeros. El lugar ofrecía un aspecto impecable, iluminado de modo profuso por tres magníficas lámparas de araña, cuya luz se reflejaba en los cinco grandes espejos enmarcados por brillantes adornos que rodeaban la estancia. Había jazmines sembrados en bonitos tiestos de cerámica, que habían sido emplazados de modo estratégico de manera que el suave aroma de sus flores flotara en el aire y enmascarara, a duras penas, el fuerte olor a tabaco.

Mi madre me agarró del codo y lo sacudió con energía.

Volví el rostro hacia ella y noté que introducía en mi mano el frasquito de perfume que don Cosme nos había entregado tres días atrás.

—Cuidado, no vayas a romperlo; ya estás al corriente de lo caro que es. — Su rostro traslucía un profundo nerviosismo. De modo que aferré la diminuta botella con sumo cuidado, la destapé y me apliqué sin dilación tres gotas en el cuello y dos en las muñecas. Siempre aguardábamos hasta el último momento

para utilizarlo porque suponíamos que, de esa manera, el aroma y el efecto serían aún más intensos. Cuando volví a entregárselo, se apresuró a esconderlo en el bolsillo de su vestido.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me dijo.

—¿Y si alguien me reconoce?

—¡Shh! ¡Tonterías! ¿A quién demonios ibas tú a conocer aquí? —Me miró con seriedad—. ¿Se puede saber qué diantres te pasa? Vaya que estás rara los últimos días, Eliza...

Me sentí tentada a expresar, una vez más, que no teníamos por qué seguir haciéndonos pasar por quienes no éramos, que yo podía trabajar como cualquier persona honrada y mantenernos a las dos. Pero, como de costumbre, cerré la boca y me tragué aquella incipiente rebeldía que comenzaba a carcomerme por dentro.

—¿Por dónde empiezo? —murmuré sin apenas despegar los labios.

Se acercó un poco más a mí y me observó durante un breve instante con desconfianza.

—Está bien... Deberías comenzar por los que juegan a las cartas —indicó—. Los de la pista están demasiado ensimismados con sus parejas de baile para prestarte atención; y los que rodean las mesas de los canapés, demasiado absortos en la comida para que algo más les importe.

Empecé a caminar despacio en torno al salón, cerca del lugar donde aquellos caballeros despreocupados continuaban jugándose las pesetas. La brisa nocturna agitó las cortinas e irrumpió en el salón. En ese instante, observé que uno de los jugadores apartaba la mirada del juego, se retiraba los cabellos de la frente y desviaba con discreción los ojos hacia mí.

La situación no era del todo inesperada. Mis labios lucían como dos cerezas maduras por efecto de un picante bálsamo que, meses antes, habíamos comprado en Sevilla, elaborado, según nos había explicado la mujer que nos lo había ofrecido, con cera de abejas y pigmentos de plantas. Por lo demás, después de tres cuartos de hora ocupados en cepillarme el cabello, lo lógico era que acabara refulgiendo como un juego de plata recién restregado. Con eso quiero decir que sabía que estaba bonita. No es que fuese algo del otro mundo, pero cualquiera sabe que todo esfuerzo tiene su recompensa y, en ese momento, yo estaba recogiendo la mía.

Muy pronto, un hombre alto y elegante vino a colgarse de mi brazo. Tras presentarse, empezó a adularme a mí, a mi carabina y a los santos que me habían otorgado la vida. Sobra decir que toda aquella cháchara me resultó insoportable. No obstante, me esforcé en sonreír y me las apañé bastante bien para acabar rodeada de sus opulentos amigos al cabo de unos pocos minutos.

Tras eso, no tardó mucho en aparecer la primera dama que quiso saber cuál era mi opinión sobre esto o aquello, sobre el mar y la montaña, y, por supuesto, sobre el perfume que yo llevaba puesto esa noche.

—No sé qué haría sin él —respondía yo cuando alguna me planteaba la cuestión—. Don Cosme Ruiz es el mejor perfumista de Andalucía, sin lugar a dudas. Ningún caballero, a menos que carezca de olfato, se resiste a sus aromas.

Bastaba con dejar caer aquella frase un par de veces y, unas dos horas más tarde, madres, hijas y hermanas estaban al tanto de que los perfumes de don Cosme poseían virtudes milagrosas. Llegado ese punto, únicamente tenía que quitarme a dos o tres moscones de encima, fingir que tenía un terrible dolor de cabeza y desaparecer sin levantar sospechas.

Pero, esa noche, aquello no iba a serme fácil. Lo supe una vez entrada la madrugada, cuando mi mirada se topó con la de él. En ese instante, sentí como si un maremoto irrumpiera con furia en la sala y devastara mi frágil cuerpo a su paso.

Mareada, me llevé una mano a la garganta y traté de recuperar el aliento cuando una sonrisa ladina iluminó el rostro del hombre que horas antes había estado contemplándome desde el callejón.

—Vamos, Eliza —dijo mi madre—. Esa torre tiene pocas ventanas.

—¿Qué? —Tragué saliva. La cabeza aún me daba demasiadas vueltas como para entender lo que estaba diciendo. Los ojos de mi madre se abrieron incrédulos, luego de lo cual me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia un rincón de la sala. Fue entonces, ocultas tras las flores de un enorme jarrón, que sentí una bofetada en el rostro.

—Que ese no es de los que se dejan atrapar, sino todo lo contrario —explicó.

Me quedé muda ante la reacción desmedida de mi madre. Me llevé la mano al rostro y froté mi mejilla palpitante.

—No entiendo lo que...

—¿Se puede saber qué te ocurre? —Mi madre me colocó las palmas de sus manos sobre los hombros. Luego, los agitó con suavidad para invitarme a responder.

¿Habría suficientes palabras en el mundo para describirlo?, me pregunté mientras soltaba el aire que había estado reteniendo en los pulmones casi sin darme cuenta. De haber podido, en ese momento, me habría echado a llorar. No por nada, o puede que por todo. Ni siquiera me pareció justo no saber por qué tenía ganas de hacerlo.

Mi madre cerró los ojos en un gesto de cansancio antes de lanzar un largo suspiro. Luego, agarró mi brazo y volvió a tirar de mí hacia la puerta. Me dejé llevar sin oponer resistencia. Nunca la oponía. Sin embargo, a espaldas de ella, giré para buscar entre los invitados una vez más el rostro de aquel

hombre. No quería ni podía dejar de mirarlo. Temía que, si no lo hacía, él acabara desapareciendo. Era como si me asustara comprender que mi pecho volvería a quedarse tan vacío como antes.

Mi madre se detuvo junto a la puerta, me agarró de la barbilla y giró mi rostro con brusquedad hacia ella para obligarme a mirarla. Sus dedos oprimían mi mentón con demasiada fuerza.

—Vamos, Eliza, ¿es que no te he enseñado nada?

—¿Qué?

—No te hagas la boba —me increpó—. He visto cómo contemplabas a ese hombre.

—¡No! —negué de inmediato, aunque sabía de antemano que no me creería—. Solo estaba representando mi papel.

—¿Qué papel? ¿El de tonta?

—No lo entiende, madre. Yo solo pretendía...

—Ya sé lo que pretendías —interrumpió con frialdad—. Y también sé qué pretende él. Olvidas que ya he pasado por eso antes que tú.

—¿Qué quiere decir?

—Que no voy a permitir que cometas el mismo error que yo —aseveró—. Con una torpe en la familia, tenemos más que suficiente. Lo último que nos hace falta es que tú piques también en el mismo anzuelo.

Dicho eso, mi madre volvió a asirme con firmeza del brazo y me condujo hasta la salida. Allí recogimos los abrigos de manos del chico que poco antes los había guardado y salimos a la calle a esperar a que algún carruaje decidiera pasar cerca de la fiesta en algún momento.

Bajo el rocío de la noche, de pie junto a un oscuro seto de cipreses, mi madre me sorprendió al darme una palmadita de ánimo en el hombro. Yo me la quedé mirando con una expresión interrogante. No sabía cómo tomarme aquel gesto.

—Vamos, Eliza, no me mires así. Sabes a la perfección que lo hago por las dos. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que te pasa? Eres una mujer muy bonita, pero está claro que también eres demasiado joven. Es natural que alguna vez te sientas atraída por un hombre como ese. Pero te aseguro, mi niña, que ese señorito no es lo que te conviene.

—¿Lo dice porque no tenemos un real?

—Sí —afirmó—, lo digo porque no tenemos un real. Sé que ahora mismo te cuesta aceptarlo, pero ese tipo de hombres buscan muchachas de su misma clase y condición. Puede que tú tengas la apariencia y educación de una dama, pero no creo que haga falta que te recuerde que no lo eres. Por lo que eso te convierte, nos guste o no, en un blanco fácil para los bajos instintos de cuantos caballeros lo descubran.

Aquellas palabras quedaron grabadas de manera indeleble en mi cerebro. Con la cabeza gacha y los hombros encogidos bajo el chal, experimenté un escalofrío al comprender que poco importaba si era agraciada o mal parecida, alta o baja, entrada en carnes o delgada como el palo de una escoba. Yo era lo que era, y nada podría cambiar que no tenía ni dónde caerme muerta; motivo por el cual tendría suerte si lograba casarme con un viejo viudo o con un mustio minorista como el ajado don Cosme. El destino hacía tiempo que había lanzado los dados, tal vez incluso antes de que yo naciera: estaba predestinada a conformarme con lo que la vida y Dios quisieran darme.

En el jardín, el silencio fue reemplazado de manera paulatina por el sonido de los pesados cascos de un caballo. Levanté la cabeza en tanto aceptaba mi nueva carga y me quedé mirando el carruaje que se aproximaba a nosotras por el camino de tierra. De alguna manera, me consolaba saber que al menos íbamos a marcharnos pronto de allí. Como era lógico, después de las palabras

de mi madre, lo último que deseaba era regresar a la fiesta y toparme de nuevo con aquel hombre. Al fin había comprendido cuál era mi sitio. Todas las personas, tan parecidas y tan distintas al mismo tiempo... No importaban las pasiones, el amor o la nobleza del espíritu; al individuo, lo medían el dinero y la posición.

Cuando el cochero detuvo el vehículo frente a nosotras, subimos a aquel carruaje sin dirigirnos una sola palabra. Tras sentamos la una frente a la otra, yo recosté la espalda en la tapicería al tiempo que la portilla volvía a cerrarse. Un instante después de que la fusta del conductor partiera con un silbido el aire, el carronato se puso en marcha. Aquel instante, sin saber muy bien por qué, adquirió la importancia de todas las cosas que cambian nuestras vidas. Sentí que aquel restallido en el vacío marcaba el final de una etapa y el principio de otra nueva; una en la que me sometería a la cruda e inexorable realidad.

CAPÍTULO 2

Poco a poco, las cosas fueron recomponiéndose por sí solas en mi corazón. Las crudas palabras de mi madre habían supuesto una dura bofetada en el rostro y una verdad difícil de aceptar. De manera que, aunque me sentí tentada a hacerlo en más de una ocasión, no volví a asomarme a la ventana durante el tiempo que permanecimos en Granada. Aquellos días, traté de convencerme de que no volvería a ver al hombre de ojos verdes, quizá porque me daba miedo no hacerlo, o porque tan solo no soportaba la idea de que algo tan vacío y gris como el dinero pudiera interponerse entre dos personas antes incluso de conocerse. Pese a todo, había noches en que me preguntaba si él habría estado allí en el callejón, con los ojos puestos en mi ventana. Y aunque aquella incertidumbre me carcomía por dentro, después de lo ocurrido, prefería no saberlo nunca.

* * *

Cuando madre y yo abandonamos un viernes Granada, lo hicimos consoladas por la idea de que afincarnos en Madrid iba a cambiarnos la vida. Habíamos oído hablar tanto y tan bien de aquella ciudad que no veíamos el momento de ocupar el pequeño lugar que don Cosme nos había encontrado cerca de la calle Castelar. Mi madre estaba hasta tal punto convencida de que las cosas nos irían mejor que no le importó ni un poco pagarle al perfumista cuatro de las dieciocho pesetas que él nos entregó después de la fiesta de los

Aguilar. Tampoco encontró excesivos los seis reales que tuvo que abonar por nuestro viaje en el pequeño ómnibus que nos llevó hasta Vega de Granada, donde tomamos el primer ferrocarril que realizaba el trayecto hasta Madrid.

El camino iba a ser largo, dado que nos detendríamos en las estaciones de Córdoba, Linares, Manzanares y Aranjuez antes de llegar a nuestro destino; yo solo rezaba para que nadie que nos conociera subiera con nosotras al tren. Por si acaso, ambas nos habíamos vestido de manera elegante: llevábamos guantes, botines de cuero y nuestros mejores sombreros.

Después de situar el baúl en el portaequipajes, me senté e instalé al minino sobre mis rodillas. Acabábamos de ponernos en marcha cuando la pesada puerta de madera y cristal se deslizó a un lado: entró una muchacha en el vagón. Después de saludarnos, me eché a un lado y dejé sitio para que pudiera sentarse.

Amodorrada por el traqueteo del tren, mi madre no tardó en quedarse dormida en la butaca de nuestro compartimento. De modo que me limité a observarla durante un buen rato mientras Bunico, tumbado cual rosquilla azucarada en mi regazo, ronroneaba como una chicharra bajo el sol estival.

Mientras la contemplaba, no pude evitar que el pecho se me inundara de cariño hacia ella. Puede que tuviera una extraña manera de hacer las cosas, una que a veces yo no comprendía, pero sabía que ella creía estar haciendo lo correcto.

Inspiré de modo silencioso y me apreté un poco más contra la pared del vagón cuando la joven que estaba sentada a mi lado me dio un golpecito en el codo. Giré el rostro hacia ella al oír que se disculpaba y le resté importancia al incidente al alegar que era producto del poco espacio con el que contábamos para movernos.

—Me encanta su gato —se apresuró a añadir—. ¿Tiene nombre?

Aunque yo intuía que su interés por mí y por el minino se debía solo al aburrimiento, del que ambas éramos presas, respondí con amabilidad:

—Bunico.

—¿Es un persa?

—Sí.

—Yo también tengo un persa —continuó—. Pero he tenido que dejarlo en casa, al cuidado de la doncella.

Sus palabras, carentes de mala intención, fueron para mí como una dentellada de realidad. Ese instante acabó por demostrarme que mi madre tenía razón: yo no dejaba de ser una simple infeliz, una pobretona sin futuro vestida con un traje bonito y unos zapatos elegantes. Durante un instante, me sentí como pez fuera del agua. Era curioso cómo, con solo esas dos cosas, una mujer podía pasar de vender cigarrillos en la vía pública a viajar sentada en la misma butaca que la burguesía. Estaba segura de que, de saber la verdad, aquella muchacha no se habría dignado ni a mirarme.

Sin decir nada en absoluto, volví a clavar la mirada en mi madre, que tenía la sorprendente habilidad de quedarse dormida con la misma postura recta y garbosa que cuando estaba despierta.

—¿Puedo? —pidió la joven a mi lado al tiempo que alargaba con timidez la mano hacia el gato.

Aunque era un poco reticente a que otra persona acariciara a Bunico, asentí y le permití tocarlo. Mientras el muy traidor se deshacía en maullidos y ronroneos, observé que mi madre había abierto los ojos y nos contemplaba en silencio.

—Me gustan los gatos. —La muchacha suspiró con pesar—. Me habría encantado viajar con el mío, pero voy a Madrid a instalarme en la residencia de mi tío y no tengo ni idea de si le gustan los animales. Por lo pronto, ya me

ha hecho saber su oposición a que lleve conmigo algo más que mi equipaje, así que intuyo cuál es la respuesta a esa cuestión. Debe de ser un hombre horrible.

—¿No lo conoce?

La muchacha hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Mis padres y él dejaron de tratarse hace años —explicó—. En realidad, no creo que le haga mucha gracia hacerse cargo de una sobrina que ni siquiera conoce. Pero, tras el triste fallecimiento de mis padres hace un año y medio, él es la única familia cercana que me queda.

—Lo siento —murmuré, sin saber bien qué decir.

Ella sonrió durante un breve momento, y su mirada se ensombreció por la tristeza.

—Pensaré que estoy loca. O, aún peor, que soy por completo egoísta. Pero lo peor de todo es que ambos enfermaron de difteria antes de conocer a Gabriel.

Como si hubiera leído mis pensamientos, apartó la mano del gato, abrió el bolsito que llevaba consigo y extrajo de su interior una desgastada fotografía de estudio en blanco y negro.

—Nos conocimos hace dos años, durante las fiestas del pueblo.

—Es un muchacho muy apuesto. —Torcí la cabeza a un lado para contemplar mejor al galán de la imagen.

—Por desgracia, su familia malogró una gran parte de su fortuna en un ruinoso negocio —respondió mientras lanzaba un suspiro—. De ahí que tardáramos tantísimo tiempo en mencionar nuestra intención de formalizar el compromiso.

—¿Y cómo lo harán ahora que uno de los dos va a instalarse en Madrid?

—Lo cierto es que no tengo ninguna intención de afincarme en esa ciudad.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté.

—¿Puedo confesarle un secreto?

Yo asentí con la cabeza.

—Lo que ocurre es que Gabriel y yo planeamos encontrarnos en Aranjuez y casarnos en cuanto yo cumpla la mayoría de edad.

Arrugué el ceño y la observé como si no la hubiera oído bien.

—Corrijame si me equivoco, pero ¿no es necesario el consentimiento de su tío para eso? —interrogué—. Según tengo entendido, un tutor tiene la misma autoridad de un padre para oponerse al compromiso de su pupilo o pupila.

—Cierto —respondió la muchacha, que contemplaba con cariño la fotografía de su amado—. Por eso, debemos ocultarnos hasta que Dios y el párroco tengan a bien convertirnos en marido y mujer. En cuanto llegue a oídos de mi tío que tomé este tren y lo abandoné antes de llegar a mi destino...

—Mandaré a buscarla —adiviné.

La joven suspiró de manera profunda.

—Así es —reconoció con pesar—. No quiero ni pensar en lo que sucederá si me encuentra antes de que Gabriel y yo podamos casarnos.

—¿Y por qué no se lo explica? —inquirí sin morderme la lengua—. Ya ha dicho que no cree que desee hacerse cargo de usted. ¿No representaría el matrimonio, a la larga, una preocupación menos para su tío?

—La familia de Gabriel está muy endeudada, señorita; debe una gran suma de dinero. Mi tío no permitirá jamás que contraiga matrimonio con un hombre arruinado, por mucho que desee deshacerse de mí. —Arqueó ligeramente las cejas en un gesto de lamento—. Si al menos encontrase el modo de ocultar durante un tiempo mi huida...

Me crucé de brazos y apoyé la espalda en el respaldo la butaca, incómoda por el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

La muchacha me miró con atención.

—Piensa que hago mal —dijo con un punto de incredulidad.

—No soy quién para juzgarla, señorita —respondí—. Aunque es cierto que pienso que existen peores destinos que vivir bajo el techo de un familiar que desconoce y que, aun así, está dispuesto a acogerla en su propia casa.

—¿Es lo que usted haría?

—¿Perdón?

—Abandonar la posibilidad de ser dichosa junto al hombre amado por un futuro que, aunque confortable, es posible que la haga infeliz —explicó, y me miró a los ojos con interés.

La tos suave de mi madre interrumpió nuestros cuchicheos y me impidió darle una respuesta, que ni siquiera tenía. En ese instante, me di cuenta de que me había olvidado de la presencia de ella por completo. Volví el rostro hacia mi progenitora y, cuando nuestros ojos se encontraron, un pánico helado me agitó por dentro. Durante un momento, reinó el silencio en el vagón. Conocía bien aquella mirada: la de la oportunista que vivía en su interior. En mi mente, entonces, comenzaron a cobrar forma mis peores temores.

“¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, no lo permitas!”, supliqué en silencio, en tanto rogaba por que no hubiese escuchado nuestra conversación. Pero entonces, con voz cadenciosa, la oí decir:

—¡Oh, cielos, qué historia de amor tan conmovedora! —Sacó un pañuelo del bolsillo y comenzó a sonarse la nariz de modo ruidoso.

—Madre, ¿está usted bien? —inquirí para tratar de arrancarle de la cabeza cualquier tentativa de inmiscuirse en los asuntos de aquella muchacha.

—¿Cómo crees que puedo estar bien después de oír lo que le sucede a esta pobre muchachita? —Me lanzó una taimada mirada por encima del encaje arrugado de su pañuelo mientras fingía un gimoteo—. ¡Tenemos que hacer algo, Eliza! O no podremos perdonárnoslo nunca.

Al tiempo que creía que moriría de la vergüenza, que incendiaba mis mejillas como las ascuas de un brasero, me negué a seguirle el juego y me esforcé en adoptar un gesto adusto.

—¡Eliza! —me recriminó mi madre entonces.

—No imagino cómo podemos ayudarla, madre. —Sonreí, en tanto contenía la irritación, y le dije sin apenas separar los dientes—: Solo somos dos mujeres sin potestad alguna para cambiar el destino de nadie.

La mirada ansiosa de la muchacha, cuyo nombre me era aún desconocido, comenzó a desplazarse de manera alternada de mi madre a mí, como si aguardara a saber quién de las dos acabaría triunfando en la contienda.

—Podrías hacerte pasar por ella —dijo mi madre sin inmutarse.

—No veo cómo va a salir eso bien.

—Tienes más o menos la misma edad que esta joven.

—Y somos tan distintas como la noche y el día —objeté.

—Eso es cierto —suspiró la chica con pesimismo.

—Pero, por lo poco que he oído, tu tío desconoce aún tu apariencia —añadió mi madre.

—¿Y qué sugiere? —le preguntó la muchacha, con esperanzas renovadas.

—Eliza podría hacerse pasar por ti y alojarnos con ese hombre una temporada. Eso te daría el tiempo necesario para casarte con tu prometido antes de que la noticia llegue a oídos de tu tío.

—¿De verdad harían eso por mí?

—Claro que sí... —Volvió a sonarse la nariz.

—¿Y cuando se case? ¿Qué ocurrirá con nosotras, madre? —me apresuré a decir—. ¿Cómo vamos a marcharnos del hogar de su tío, así, sin más, sin levantar sospechas?

Dicho eso, fui de golpe consciente del traqueteo del tren, del rechinar de las ruedas sobre las vías y de la velocidad que tomaba el paisaje al otro lado de la ventanilla. ¿Acaso era yo la única que se daba cuenta del riesgo que corríamos al meternos en semejante embrollo? Por primera vez, entendí que mi madre y sus ardides estaban a punto de cruzar una peligrosa línea y supe que debía hacer algo para detenerla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en mitad de un hipo.

—Que a esa maniobra le falta madurar, madre. Y mucho.

Durante unos segundos, examiné sus rostros tensos, que me observaban sin abrir la boca. Era evidente, a juzgar por el silencio que se había instalado en el compartimento, que no habían pensado en ningún momento en las consecuencias que ese camino nos acarrearía a las tres. Observé que la joven permanecía inmóvil mientras se mordía el labio superior con nerviosismo y miraba a mi madre como si esperara que ella dijese algo. El alivio me inundó

al comprender que ninguna de las dos tenía intención de discutir mis palabras. Me daba pena la situación de la muchacha, me hacía sentir peor que una rata, pero estaba claro que no podíamos hacer nada para remediarlo.

Mientras trataba de extirpar de mi mente aquel insidioso malestar, sonreí con vaguedad y acaricié a Bunico de manera inconsciente. El minino soltó un bufido cuando entramos en un túnel. Los cristales de las ventanas empezaron entonces a vibrar, lo que produjo un desagradable tintineo, y el vagón se quedó unos segundos en penumbras.

—Dentro de seis meses cumpliré los veintidós.

Mi estómago se contrajo al oír la voz de la muchacha, y miré extrañada hacia la silueta recortada de su sombrero, sin comprender.

—En ese momento, seré mayor de edad de modo legítimo —continuó explicando cuando el compartimento volvió a inundarse de luz—. Según el testamento de mi padre, cuando eso ocurra, seré libre de regresar a casa y de hacerme cargo de su herencia.

Clavé la mirada en mi madre, con desesperación, para comunicarle mi desacuerdo. Cuando ella me miró fijo durante un minuto, me di cuenta de que estaba decidida a llevar a cabo aquel plan, con la mente en los buenos reales que era posible que sacáramos con todo aquello. No haría el menor caso a mis negativas. Miles de escenas fueron creadas por mi febril imaginación; en ninguna de ellas, salíamos bien paradas.

—¡Aja! —Casi saltó en el asiento—. ¿Lo ves? Ellos se casan y, dentro de unos meses, nosotras dos salimos de Madrid con el pretexto de regresar a Granada. ¿A quién va a importarle si al final nos quedamos en la ciudad? A su tío, no, desde luego. Ya has oído a esta joven: él no pretende hacerse cargo de su sobrina.

En ese instante, tuve claro que no había nada en el mundo que yo pudiese hacer o decir para que ella cambiase de opinión; lo que me hizo entender que, aunque admiraba la tenacidad que mi madre demostraba cuando algo se le metía en la cabeza, también le temía. Supongo que porque rara vez se le ocurría algo bueno.

Durante un momento, me contempló de reojo, como si estuviera esperando que le llevase la contraria.

Sacudí la cabeza y suspiré.

—Está bien.

Satisfecha, la joven desconocida sonrió y echó hacia atrás su bonita pabela para dejar al descubierto una brillante melenita de rizos castaños.

—Pero quiero que entienda que, si nos descubren, ambas podríamos acabar encerradas en una cárcel.

—Lo entiendo —afirmó la muchacha.

—Que lo entienda no basta. Lo queremos por escrito.

La joven asintió con la cabeza.

—Además, necesitamos algo que demuestre que yo soy la persona que su tío espera, quizá una joya o algún recuerdo familiar. Algo que no permita dudas de mi identidad.

Al decir aquello último, rogué a todos los santos del cielo para que la joven se negara a darnos lo que yo demandaba. Sin embargo, me quedé sin palabras cuando me miró con sus grandes ojos marrones y no vaciló en abrir su bolsito para sacar una cadenita de oro, en cuyo extremo colgaba un bonito medallón. Deslizó a un lado la parte superior de la costosa pieza y me mostró las fotografías que ocultaba en su interior.

—Me llamo Claudia Garrido de la Torre, y estos eran mis padres —me dijo con la solemnidad que solo esgrime quien posee una buena cantidad de pesetas en el bolsillo.

Me habría gustado devolverle aquella reliquia familiar. De hecho, estuve a punto de hacerlo y de negarme a continuar con aquel plan, propio de insensatos, cuando la mano de mi madre, rápida como un rayo, se hizo con la alhaja en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo podré devolvérsela? —quise saber.

—No se preocupe. En cuanto me sea posible, le haré llegar la dirección de nuestro nuevo hogar —afirmó—. Llévelo puesto hasta entonces. Mi tío no dudará de su identidad si lo ve alrededor de su cuello.

—De todos modos, supongo que usted se habrá dado cuenta de lo peculiar de mi aspecto.

—Mi padre nunca habló de mí con su hermano —me aseguró—. Ambos estaban enamorados perdidamente de la misma mujer, mi madre, y mi tío jamás le perdonó que fuera él quien se casara con ella. Mi madre era una mujer bastante frágil, su salud nunca fue buena; tardó muchos años en poder concebir. Y aunque, para entonces, mi tío ya estaba casado con otra mujer, continuó negándose a perdonarlos.

* * *

Esa misma tarde, Claudia Garrido me puso al corriente de todo lo que yo debía saber sobre su tío. El hecho de que no fuera mucho hacía que me sintiera más preparada para representar aquel papel. La conversación con ella duró hasta bien entrada la madrugada. Más o menos a esa hora, nos empezamos a sentir agotadas y, acunadas por el suave meneo del ferrocarril, terminamos

dormidas sobre el sillón de nuestro compartimento. No recuerdo nada del resto de esa noche, salvo que nos despertamos alcanzada el alba con las ropas arrugadas y el cabello revuelto.

Cuando llegamos a la estación de Linares y un vendedor subió al tren, mi madre aprovechó para pagarle un real por tres cuencos de agua, una barra de pan y un trozo de queso. Yo solo podía beber mientras fingía sonreír; ni siquiera probé bocado. Mi temor a lo que nos aguardaba parecía haberse acrecentado tras la noche. De modo que me limité a darle un poco de agua al gato, luego arreglé mis cabellos, me senté del modo más relajado posible y me mortifiqué por no haber sabido negarme con más energía a participar en toda aquella locura.

Cuando la locomotora se puso de nuevo en marcha, no pude evitar que una oleada de náuseas se apoderase de mi estómago. Sentía como si nos acercáramos a toda prisa, no a una nueva estación, sino al principio del fin, por lo que terminé mirando sin ningún interés el paisaje que se extendía más allá de las vías del tren.

En un momento dado, cuando dejamos atrás la estación de Alcázar de San Juan, donde apenas nos detuvimos unos minutos, abandoné aquel receptáculo y salí al pasillo. Allí, deslicé hacia abajo la ventanilla, lo que hizo volar una pequeña nube de polvo con olor a ceniza, y saqué la cabeza para respirar un poco de aire fresco.

Durante un instante, permanecí inmóvil al tiempo que deseaba con fervor que el tren no llegara nunca a Aranjuez; sin embargo, tras entender lo que eso supondría para las personas que viajaban conmigo, me retracté de mis anhelos enseguida y rogué mil veces a todos los ángeles del cielo para que me perdonasen por pensar aquello.

No sé cuánto tiempo estuve allí, mientras trataba de hallar la manera de quitarle aquella idea de la cabeza a mi madre. Solo sé que, cuando quise darme cuenta, el tren ya se había detenido en la temida estación.

A Claudia Garrido le faltó tiempo para saltar de su asiento, agarrar su equipaje y abandonar el vagón que había compartido con nosotras. Cuando bajó al andén y la oí soltar pequeños grititos de entusiasmo, me asomé por la ventanilla para ver al consabido Gabriel, quien, anclado cual estatua de sal al suelo, se dejaba abrazar y besuquear las mejillas de barba crecida. La fotografía que había visto no le hacía justicia. No existía en el andén ningún hombre con mejor estampa que él. Aunque, bien pensado, en una estación donde no había más que cuatro hombres, dos mujeres y un perro, ser el más guapo no era algo difícil.

Apenas pude contener el impulso de sacar una mano por la ventanilla y saludar a la pareja. Al fin y al cabo, desde ese instante, nos uniría un lazo más fuerte e indeleble que el de la propia sangre: el de la condena que nos caería si todo terminaba saliendo a la luz.

Quizá debería haber sido una tarea sencilla regresar al compartimento, junto a mi madre, y mirarla a los ojos como si nada hubiese ocurrido. Pero no fue así, y cuando entré, solo me vi capaz de sentarme frente a ella sin pronunciar palabra y de fijar la vista en el paisaje que se divisaba a través de la ventana. Con todo, nunca había tenido motivos para no querer hablar con ella hasta ese momento.

Cuando sentí que situaba una mano sobre la mía, no quise mover un solo músculo y continué mirando sin mirar a través de la ventana.

—Lo hago por las dos.

No sé por qué me costó tanto digerir en esa ocasión sus palabras, pero lo cierto es que me parecieron amargas como la hiel.

Después de quince minutos, el tren se puso en marcha y abandonamos Aranjuez, rumbo a nuestro definitivo destino. Mientras tanto, mi madre examinaba con interés el colgante que había tomado de manos de Claudia. Yo ni siquiera quise mirarlo cuando calculó en voz alta su precio. Nunca había puesto en tela de juicio su modo de actuar. Siempre acataba sus decisiones sin

rechistar, por incomprensibles que fueran. Sin embargo, esa vez, algo dentro de mí se rebelaba de una manera que no sabría explicar. Me sentía como un títere a punto de dividirse en dos mitades, al borde de romperse de tanto ser usado. Era como si algo en mi interior censurara el brillo de codicia que reflejaban aquellos ojos al mirar aquel colgante.

* * *

Aunque, con el paso de las horas, ambas acabamos actuando como si no hubiera ocurrido nada significativo durante ese viaje, cuando nuestro tren llegó a la estación del Mediodía, sentí que el cuerpo me temblaba de arriba abajo. Desde la ventana de nuestro compartimento, se veía la cola de hombres, mujeres y niños que esperaban subir al ferrocarril. Nerviosa, me levanté, aferré el baúl en el que llevábamos todas nuestras pertenencias, tomé en brazos al minino y seguí a mi madre hasta el andén.

Descubrir que nadie había ido a recogernos consiguió tranquilizarme un poco. Sin embargo, dos minutos después de abandonar la estación, nos topamos con un hombre que, a viva voz, pregonaba el nombre de Claudia Garrido de la Torre.

Empezaba a pensar en caminar en sentido contrario cuando noté que la mano de mi madre me agarraba con fuerza del codo y tiraba de mí hacia aquel individuo.

—¿Es usted la señorita Claudia Garrido? —me preguntó cuando nos acercamos a él; yo asentí, instigada por el pellizco que mi madre me había propinado en la parte posterior del brazo.

Observé que el hombre ladeaba un poco la cabeza y nos examinaba, a mí y al gato, con el ceño fruncido. En ese instante, sin saber bien qué debía hacer, apoyé el cofre en el suelo y alargué una mano para estrechar la suya.

—Encantada.

Me sentí una estúpida al entender que aquel individuo no tenía intención alguna de tocar la mano que yo le tendía. Sin decir una palabra, la retiré con rapidez y volví a situarla alrededor del cuerpo de Bunico.

—¿Es todo el equipaje que han traído?

Asentí sin abrir la boca en tanto me preguntaba quién era aquella persona que, como poco, debía de estar a mitad de la cincuentena, a juzgar por la cantidad de cabellos blancos que le clareaban las sienes. Me fijé en que tenía la punta del bigote abrasada por el tabaco y los labios muy resecos y cortados. De pronto, se me ocurrió que podía tratarse de don Carlos Garrido, pero descarté la idea con celeridad al comprender que aquel desgarrado personaje de manos callosas y gesto huraño no podía ser el acaudalado tío de Claudia.

Después de un par de minutos, el hombre refunfuñó por lo bajo, tomó nuestro baúl y comenzó a tirar de él hacia un angosto callejón cercano. Mi madre y yo cruzamos una mirada llena de desasosiego antes de comenzar a seguirlo y abrírnos paso a través de la gente que empezaba a aglutinarse frente a la estación. Cuando por fin se detuvo junto a un elegante carruaje tirado por dos caballos, lanzó sin mucha ceremonia nuestro equipaje sobre el techo del vehículo, se subió en la parte delantera del carromato y esperó con gesto adusto que nosotras hiciéramos lo mismo.

Con un pellizco en el estómago, que no presagiaba nada bueno, ayudé a mi madre a entrar en la cabina. Cuando subí al carruaje, lo hice con el conocimiento de que la llegada de Claudia Garrido no iba a ser bien recibida por ningún miembro de la casa, realidad que acabó confirmándose cuando el cochero azuzó a los caballos para que partieran incluso antes de que a mí me diese tiempo de cerrar del todo la portilla.

Era evidente que existía cierto grado de antipatía hacia mi persona. Bueno, en realidad, hacia la persona de Claudia, pensé al tiempo que experimentaba una punzada de compasión hacia la muchacha, que fue remplazada con rapidez

por la irritación. Al fin y al cabo, era yo, y no ella, quien estaba condenada a padecer los desprecios de aquellas personas.

Me arreglé como pude el vestido y clavé la mirada en mi madre. El viento agitaba los visillos que cubrían las ventanillas, lo que hacía que se interpusieran de manera ocasional entre las dos, así que los aparté con una mano y, mientras los sujetaba a un lado, le dije:

—Tenemos que hablar.

Ella me sonrió para restarle importancia al asunto.

—Me gustaría saber qué pretende sacar de todo esto —insistí.

—Eliza, debes relajarte y disfrutar de lo que nos espera.

—¿Y qué se supone que nos espera, madre? —objeté—. Ya ha visto el desprecio con el que nos ha tratado el cochero. Seguro que puede imaginarse lo que va a pasar cuando lleguemos a esa casa. Además de que, si nos descubren, Dios no lo quiera, terminaremos las dos inmersas en un buen problema. Eso, si tenemos un poco de suerte.

—¡Eliza!

Aunque sentía que, dentro del pecho, tenía aún mucho por decir, cerré la boca y me mantuve en silencio. Sabía que me estaba extralimitando, pero, a pesar de todo, me alegré de que, en ese momento, a solas en el oscuro interior del carruaje, mi madre captara el significado de mis palabras. Fue la primera vez en esa mañana que vi el miedo reflejado en sus ojos castaños. En honor a la verdad, debo decir que, en ese instante, agradecí que no volviera a decirme que todo lo que hacía lo realizaba por las dos.

Transcurridos unos segundos, me recliné en el asiento y miré por la ventanilla para observar la hilera de edificios grises que dejábamos atrás.

Aunque, no sé bien por qué, estaba convencida de que la vivienda de don Carlos Garrido se encontraba en el centro de Madrid, pronto abandonamos la médula de la ciudad para dirigirnos hacia el noroeste del casco histórico, donde se encontraba el distrito de Salamanca. Después de sobrepasar aquel sitio, cuando los caballos se detuvieron frente a una elegante residencia de la zona, me quedé mirando la enorme puerta de dos hojas que un par de jóvenes empleados se apresuraron a abrir. A medida que el carro penetraba en la vivienda y se encaminaba hacia un patio interior, comencé a preguntarme cómo sería el propietario de aquella casa. No había precisamente una comitiva multitudinaria para recibirnos; ni siquiera estaban de pie junto a la puerta, como cabría esperar, sino dispersos alrededor del patio. Por lo que la esperanza de hallar, en el dueño de todo aquello, algo más de amabilidad parecía una soberana tontería.

Apenas el vehículo se detuvo y la portilla se abrió, el pequeño habitáculo quedó inundado de luz. En ese momento, mi deseo de marcharme se convirtió en un tormento, y temblé de pies a cabeza mientras un escalofrío recorría mis brazos, abrumada por las decenas de ojos, llenos de curiosidad, que se clavaban en nosotras.

—No tengas miedo —susurró mi madre sin apartar la mirada de aquellas personas. Al observar el modo en que le temblaba la barbilla, comprendí que trataba de convencerse a sí misma.

—Madre...

Ella parpadeó antes de fijar la vista en mí.

—Lo solucionaremos —prometió.

—Está bien —acepté—. Pero ahora debemos salir o comenzarán a preguntarse qué es lo que ocurre.

Un montón de pensamientos se agolparon en mi cabeza cuando por fin ambas bajamos del carruaje. El viento resonó en nuestros oídos a medida que nos acercábamos a la mujer alta y delgada que aguardaba al otro lado del patio, junto a la puerta, con ambas manos apoyadas en las estrechas caderas. Tenía el cabello apagado y gris; llevaba puesto un vestido austero, muy oscuro, que cubría bajo un delantal con dos grandes bolsillos. Su rostro era una máscara impenetrable, de gesto tranquilo pero firme, que poseía cierto aspecto anglosajón. Apenas disfrutaba de pestañas con las que rodear los pequeños ojillos marrones; a su vez, los labios, finos y prietos, se mostraban pálidos como los de un cadáver.

Eché un ligero vistazo a mi alrededor. Los trabajadores permanecían inmóviles junto a la sombra de los grandes árboles en tanto cuchicheaban con semblante serio y cierta curiosidad en la mirada. Los saludé con un gesto discreto, que simulaban no ver.

Parpadeé confundida.

—Buenos días —dijo la mujer, que desvió durante un breve momento la atención hacia el gato—. Soy doña Ana, el ama de llaves del señor.

Justo cuando iba a responder, el equipaje cayó de pronto junto a nuestros pies, lo que nos dio un tremendo susto. Negué con la cabeza al oír a mi madre lanzar un breve gritito y me volví para mirar al cochero. Cuando mis ojos dieron con él, el muy hipócrita me sonrió con desvergüenza.

—Basta ya de tonterías, señor Gómez. —Los severos ojos marrones del ama de llaves taladraron al cochero, lo que le borró de un plumazo la sonrisa—. Y, por favor, compórtese.

—Pero, doña Ana...

—No voy a pedírselo dos veces —lo interrumpió ella.

El hombre cerró la boca y, con claro disgusto, se quitó la gorra de la cabeza y la ocultó en el bolsillo de la chaqueta.

—Será mejor que me lleve al caballo y lo refresque en el establo — remugó.

—Estoy de acuerdo —contestó doña Ana—. Pero no se demore demasiado, señor Gómez. Vamos a necesitar que suba las maletas a la primera planta.

Después de eso, la mujer alzó la barbilla, y sus ojos se desplazaron sobre las cabezas de los empleados de menor rango. De inmediato, aquellos comenzaron a dispersarse hacia todos lados. Fue en ese instante cuando me di cuenta de la influencia de doña Ana en aquella casa. Era evidente que el ama de llaves era respetada; quizá, temida. En cualquier caso, dejó de tener importancia cuando aquellos dos ojos pardos y diminutos se posaron en mi madre.

Cuando, en el rostro de la mujer, se dibujó una sonrisa tensa, noté cómo la sangre se helaba en mis venas.

—Nadie me informó que fuera a viajar con otra dama. —Luego, con el ceño arrugado, añadió—: Ni con un gato.

—Discúlpeme por no haberles informado antes que doña Carmen, profesora y empleada en nuestra casa de Granada, me acompañaría en el traslado, pero me pareció normal que lo hiciera.

Oí cómo las empleadas que aún permanecían en el patio murmuraban a nuestras espaldas. De camino a Madrid, había ensayado en mi mente aquella frase más de una docenas de veces, pero sabía que decirla en voz alta me ruborizaría hasta la raíz del cabello. Aun así, me quedé un momento mirando a esa mujer directo a los ojos, con la suposición, quizás errónea, de que mis palabras adquirirían algo más de credibilidad. Entonces, doña Ana apretó los labios ligeramente, y su ceja izquierda se enarcó hacia arriba, lo que me obligó a romper el contacto visual con ella. En un desesperado intento por parecer tranquila, dirigí mi atención hacia el gato y fingí acariciarlo con lentitud.

—De acuerdo. —Soltó el aire con tedio.

—Me alegro de que lo entienda.

—Yo no he dicho eso —apuntó—. Tenerla aquí alojada también significará el doble de trabajo para los empleados y un gasto extra que no habíamos contemplado. En fin... —prosiguió para cambiar de tema—. Será mejor que las acompañe a su dormitorio para que puedan asearse antes de ver al dueño de casa.

El ama de llaves dio media vuelta, atravesó el vestíbulo y echó a andar hacia la amplia escalera de mármol que se extendían al frente.

—¡Vamos! —ordenó cuando percibió que permanecíamos de pie junto a la puerta—. ¡Sígueme!

Mi madre no replicó. Hizo un mohín de fastidio e inspiró hondo antes de ir tras ella. No era difícil deducir lo poco que le gustaba la situación. Por lo general, quien acostumbraba a dar las órdenes era ella, y no al contrario, de modo que era evidente que se estaba esforzando por mantener la boca cerrada.

Las seguí en silencio mientras intentaba ocultar mi nerviosismo. El aire en el interior de la casa era fresco y un poco pesado; la tarima crujía bajo nuestros pies. Mientras ascendíamos despacio por las escaleras, mi mente se centró de manera inconsciente en el suave frufú que generaban las faldas de doña Ana al tocar el suelo, en la redecilla que sostenía su moño en el sitio apropiado y en el montón de llaves que colgaban de la cinta que ceñía atuendo; apenas vi algo más que eso durante nuestro breve recorrido hasta la planta superior. Cuando al fin llegamos al dormitorio que el dueño de la casa nos había asignado y doña Ana nos dejó a solas para que deshiciéramos el equipaje, la sensación de angustia que me había acompañado desde nuestro arribo se disipó de modo leve.

A decir verdad, aún no estaba segura de lo que hacíamos allí. Mi madre, en cambio, que parecía encontrarse muy a gusto, dedicó los siguientes diez minutos a investigarlo todo. Examinó las alfombras del suelo, recorrió con los dedos los elegantes muebles de caoba y observó con ojos ansiosos los hermosos cuadros en los que predominaban costas, amaneceres imposibles y puestas de sol.

Negué con la cabeza y me froté los brazos con las manos al tiempo que paseaba la mirada por la habitación. En unos pocos días, habíamos pasado, de malvivir en una ruinoso buhardilla de Granada, a vivir como la mismísima infanta María de las Mercedes.

—Esto no es bueno —susurré.

—¿Qué dices? —Mi madre me miró sorprendida, se acercó a mí y sujetó mi rostro entre sus manos. A continuación, lo zarandeó con suavidad, embargada por la emoción.

—Esto es peligroso.

—Lo sé. —Me miró como si fuera capaz de intuir la angustia que me perforaba el pecho, como si pudiera colocarse en mi lugar y arrasar con todas mis dudas. En su rostro, se dibujó una gran sonrisa—. Pero mira todo esto. ¡Míralo bien, Eliza! ¡Nos ha tocado la lotería!

Me encogí de hombros.

—Aún no sé qué vamos a sacar al engañar a esta gente, madre.

—Esta familia tiene joyas, entre otras muchas cosas de valor.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”? ¿Puede saberse dónde tenías la cabeza mientras esa señora nos acompañaba hasta aquí? ¿Acaso no te has fijado en la fortuna que contiene esta casa? ¡Mira! —exclamó mientras señalaba con un dedo la

cómoda que se encontraba junto a la cama—. Ese mueble, sin ir más lejos, cuesta más que toda la chatarra que llevamos dentro de nuestro baúl.

Al comprender el sentido de sus palabras, el pánico se adueñó de mi estómago y me privó de la respiración. El aire que había quedado preso en mis pulmones se negaba a salir de ellos.

—¿En qué nos beneficiará el dinero que valga ese mueble? ¿Acaso está pensando en llevárselo a costas?

—No seas estúpida, Eliza. En esta casa, hay objetos más pequeños que esa cómoda, cosas que pueden ocultarse con facilidad.

La miré con la boca abierta.

—¿En ningún momento mencionó nada sobre robar!

—¿Robar? —Resopló—. No entiendo por qué dices eso.

—Porque puede que hayamos timado o embaucado a dos o tres ricachonas con la ayuda de don Cosme, pero nunca hemos robado nada. ¡Ni un alfiler! — Mi voz, mitigada por el miedo, sonó extraña en mis oídos.

—No vamos a robarle nada a nadie. —Trató de tranquilizarme, aunque dejó flotando en el aire la explicación de cómo íbamos a lograrlo.

—¿Y cómo llama usted a esto?

—Una compensación justa —respondió con toda la naturalidad del mundo—. Vas a representar el papel de Claudia Garrido durante un tiempo. No sé qué pensarás tú de eso, pero yo creo que nadie hace una cosa así sin recibir nada a cambio. Además, ¿quién, en esta casa, se dará cuenta de si falta una cuchara de plata en la cubertería o de si desaparece un pequeño anillo? Esta familia tiene demasiados reales para que algo así les importe.

—Eso no quiere decir que no sea robar.

—Preferiría no tener que llamarlo así.

Reí.

—¿Y cómo se supone que hay que llamarlo? —pregunté—. Robar es robar, madre; se haga aquí o en la China.

—¿En serio quieres discutir de esto conmigo? —Respiró hondo—. Mira, no puedes echarte atrás ahora, hija. Hemos llegado demasiado lejos para abandonar a estas alturas. No podemos agarrar nuestro equipaje y salir por la puerta como si nada sin que alguien se pregunte por qué nos largamos así, sin más, sin dar una sola explicación.

—Entonces inventaremos una —murmuré—. Hasta ahora, se nos ha dado muy bien mentir; nunca nos ha supuesto un problema.

—Por favor, no seas ilusa —dijo—. Dices que no quieres acabar en la cárcel, y tal parece que te arrojarás de cabeza a ella. No podemos largarnos de aquí sin antes reunir un poco de dinero. ¿Crees que llegaríamos muy lejos sin un real en el bolsillo?

—¿Y qué hay de las dieciocho pesetas que nos pagó don Cosme?

—Salimos hace dos días de Granada y ya hemos gastado casi la mitad. De seguir así, acabaremos con ese dinero antes de que finalice el mes.

—Pero...

—¡No!

Mi suspiro, fruto de la impotencia, inundó el dormitorio.

—Oh, ¡por el amor de Dios! —Apretó los labios con irritación—. ¿De verdad crees que no estoy cansada de ir de aquí para allá como una desdichada vagabunda?

—Yo no he dicho tal cosa —objeté.

—Creo que nos merecemos algo mejor, Eliza. Nos merecemos ser felices. Quiero no tener que levantarme por las mañanas sin saber si habrá suficiente pan para las dos en la despensa, o si podremos pagar el alquiler. ¿Acaso es eso mucho pedir?

—Solo digo que podríamos haber hecho las cosas de otra manera.

—¿Cómo qué? ¿Salir a poner la mano en la puerta de la iglesia? ¿Prostituirnos en cualquier esquina mientras esperamos que algún alma caritativa nos saque del atolladero? —Inspiró con fuerza—. No lo voy a aceptar, Eliza. La caridad hace tiempo que ha muerto. La gente va y viene; ya no interesan los bolsillos vacíos. Lo único que importa es el dinero y lo que puedes comprar con él. Así que, dime, ¿es demasiado pedir?

Ni siquiera supe qué responder. Mi madre, en cierto modo, tenía razón. Yo misma, más veces de las que me gustaría admitir, había deseado las mismas cosas que ella: había deseado no volver a pasar hambre, no tener miedo a romper los zapatos porque no había dinero para unos nuevos, irme a la cama con el conocimiento de que, a la mañana siguiente, todo seguiría estando bien. La verdad era amarga; y nuestro destino, demasiado incierto como para poder permitírnos el lujo de elegir qué camino tomar. Si alguien nos ofrecía la oportunidad de meter el cucharón en el tarro de la miel, no era cuestión de desperdiciar dicha ocasión en pos de un honor o de una virtud que de poco nos valdría si acabábamos viviendo en la calle. A veces era bueno recordar que la conciencia del pobre está reñida con el hambre.

Suspiré.

—Está bien. Si de verdad quiere hacerlo, adelante. Pero prométame que nos marcharemos en cuanto reunamos el dinero que necesitamos o Claudia dé señales de vida. No me gustaría ni un poco tener que quedarnos aquí, con esta gente, más tiempo del necesario.

Mi madre me colocó la mano en la mejilla; su pulgar se deslizó de modo afectuoso sobre mi pómulo. Aquel cálido contacto me hizo retornar durante un instante a nuestro pasado en Barcelona, a cuando la felicidad inundaba su vida y a mí me parecía la persona más dulce del mundo.

—Te lo prometo —dijo muy segura de sí misma.

En ese instante, me puse pálida, me llevé una mano al estómago y reprimí una exclamación.

—¡Dios bendito!

Al verme agitar la cabeza a los lados, mi madre me miró perpleja.

—¿Qué ocurre?

—Oh, ¿cómo he podido ser tan tonta? —me lamenté—. Le he dicho a doña Ana que usted es profesora. ¿Cómo reaccionará en el momento en que descubra que no sabe leer?

Había estado tan preocupada en la meditación de la manera de salir de aquel embrollo que ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que había metido la pata.

—No te preocupes. Diré que perdí mis anteojos en el viaje y que no distingo ni un elefante sin ellas.

Aunque era una buena excusa, el miedo invadió de todos modos mi cuerpo. Cuando preguntó si podíamos dejar la conversación para otro momento con la excusa estar muy cansada, forcé una sonrisa y acepté.

* * *

Aquella mañana, deshicimos el equipaje en silencio. No volvimos a hablar del tema. Tan solo nos dedicamos a colgar los vestidos en el armario, meter la ropa en el interior de los enormes cajones y situar el calzado, tanto el bueno como el barato, debajo de la cama.

Yo me sentía tan abatida que, durante un buen rato, me olvidé de que, llegada la hora de la comida, era probable que alguien subiera a buscarnos. Así que, cuando oí tres golpes en la puerta, los atribuí a mi imaginación. Después de escuchar otros tres, ante la inminente entrada del ama de llaves en el dormitorio, reaccioné, dejé lo que estaba haciendo y eché a correr hacia la puerta. Cuando la abrí, me sorprendió ver a una muchacha esbelta, pecosa y en extremo pálida de pie ante el umbral. Una tenue sonrisa le iluminaba el rostro.

Desde nuestra llegada, aquella sonrisa a medias era lo más parecido a una bienvenida que habíamos recibido. Antes de que pudiera preguntar qué quería, Benigna, como ella misma dijo llamarse, nos informó que don Carlos Garrido nos estaba esperando en el comedor, situado al sur de la primera planta.

—Bajaremos en cinco minutos —anuncié con un ligero temblor en la voz que me fue imposible ocultar. Cuando la joven se marchó, cerré la puerta y, tras tomar una profunda bocanada de aire, giré el rostro hacia mi madre.

Cualquier cosa que hubiéramos hablado aquel día dejó de tener importancia en ese instante. Había llegado el momento de la verdad. Cara o cruz; suerte o desgracia.

Los dados habían sido lanzados.

CAPÍTULO 3

A primera vista, la casa era como la de cualquier otro burgués: corredores infinitamente largos, habitaciones oscuras y vacías, suelos de tarima con dibujos geométricos en los que, de haber sido posible, habría llegado a verme las enaguas, de pulidos y abrigados que estaban. Además, como cabría esperar de una casa como aquella, flotaba allí cierto aire tenebroso que parecía ocupar un lugar en cada habitación, en cada esquina y en cada pequeño objeto. Se respiraba el olor de los muebles, lustrados varias veces con cera de abejas, y el tufillo de los tapices de lana y de los techos esmaltados. No había nada en ese hogar que hiciera pensar en la hospitalidad de sus habitantes, nada que te hiciera sentir como en casa.

Desvié la vista hacia las paredes conforme bajábamos las escaleras e imaginé que los retratos de los antepasados de la familia volvían los ojos hacia nosotras para observarnos con gesto adusto. “Ladronas, ladronas”, sentí que nos decían.

Mi madre me pellizcó el brazo para sacarme del ensimismamiento.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Son los retratos —respondí con sinceridad—. Intimidan, ¿no le parece?

—No seas tonta, todos estos están muertos. Mejor preocúpate por los vivos —me dijo—. Esos sí que dan miedo.

Dicho eso, se dio vuelta y, en mitad de un crujido de almidonadas telas, reanudó la marcha.

Consciente de su sarcasmo, cerré la boca y la seguí en silencio hasta el vestíbulo, donde una sirvienta nos indicó el pasillo que conducía al comedor.

Aunque traté de no perder el aplomo que había reunido durante la hora anterior, aquel casi se viene abajo al cruzar el umbral de aquella puerta y clavar los ojos en el hombre que estaba sentado a la mesa. Era alto y de amplios hombros, tenía la frente ancha, entradas algo pronunciadas y unos pómulos marcados. Vestía traje, corbata y chaleco, y exhibía, sobre el labio superior, un teatral bigote acabado en punta que recordaba al dibujo del cartel propagandístico de los cigarrillos habanos Monterrey.

—Buenos días, tío.

Don Carlos deslizó la página del periódico y continuó leyendo sin mirarnos.

—¿Piensas quedarte ahí de pie toda la mañana? —preguntó.

—No... —logré responder.

—Entonces, siéntate.

Escoltada por el tictac alto y monótono del reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea, obedecí, me acerqué a la mesa y, después de sentarme, aclaré mi garganta. Aunque yo no era más que una estafadora con poco o nada que ver con Claudia Garrido, me apiadé de ella. No podía imaginarme cómo habría sido para la muchacha vivir en aquel lugar, enamorada de un Gabriel en sepia, dispuesta a enfrentarse a todo y a todos con tal de alcanzar lo que deseaba.

¿Sería yo capaz de convertirme algún día en ella? ¿Podría deshacerme de los convencionalismos y buscar la felicidad con todas las consecuencias que eso acarrearía? ¿Podía hacer eso una mujer, o debía primero encontrar el amor y a un hombre que le diera fuerzas para desafiar al mundo?

El peso de aquellas preguntas palpó con intensidad en mi cabeza. Para tratar de ignorarlas, centré mi atención en el lugar donde estábamos. El salón, bien iluminado, contaba con numerosas ventanas de cuerpo entero, en cuyos laterales colgaban gruesas cortinas de color burdeos. Los visillos, blancos y luminosos, permanecían corridos. El suelo estaba oculto por alfombras de diversos tamaños y colores, no sé si turcas, árabes o españolas, que aportaban un toque de elegancia y calidez a la estancia. Durante un instante, sonreí para mis adentros al percatarme de que allí no había cuadros de ningún antepasado. Dicha circunstancia me causaba un ridículo alivio.

Mientras una sirvienta apilaba tres platos delante de cada comensal, observé a don Carlos con discreción entre mis pestañas. No parecía un hombre de mal talante con el gesto ya más relajado, pero, después de aquel recibimiento, no habría apostado mi brazo derecho por ello.

—¿Y bien? —dijo de pronto, luego de abandonar el periódico a un lado—. ¿Qué se supone que debo hacer contigo?

—¿Perdón?

—Tal vez debería enviarte a una escuela para señoritas —sopesó con gesto desabrido—. O encerrarte en un convento.

—Si tantas ganas tiene de deshacerse de mí, podría enviarme de vuelta a Granada.

—¿Para qué? ¿Para que puedas derrochar la fortuna de tus padres en ropajes y peinetas?

Abrí los ojos sorprendida.

—Existen cosas más importantes para una mujer que los vestidos, tío.

—¿Qué observación tan absurda! —Rio.

—Las mujeres somos algo más que simples floreros —dije en tanto intentaba contener mi irritación.

—Cierto, aunque no a tu edad.

—¿Qué ocurre a mi edad?

—Que lo único en lo que piensa una señorita como tú es una cosa: ponerse de novia cuanto antes para atrapar a un pobre diablo que corra con todos los gastos y la venere hasta la muerte.

—¿Sugiere, entonces, que son los caballeros quienes carecen de seso?

—La sensatez no es dominio de la mujer.

—Ni del hombre —respondí cortante.

Don Carlos carraspeó, sentado en su silla, y esbozó una sonrisa. Me costó menos de tres segundos entender que nunca había conocido a un personaje como aquel. Poseía un humor variable, tal vez demasiado para mi gusto. Y aunque su aspecto era el de un hombre bien educado, su manera de moverse y sus gestos eran más parecidos a los de un individuo rudo y medio vulgar que a los de un caballero de origen ilustre.

—Has llegado tarde —indicó para cambiar de tema.

—Lo lamento —me disculpé, sin poder hacer gran cosa para evitar que la punta de mis dedos rozara con anhelo la cuchara plateada que yacía junto a mi plato. No sabía cómo debía comportarme, estaba hambrienta, la sopa olía increíblemente bien y la sola idea de llevármela a la boca hacía que mi estómago rugiera. Aun así, me contuve y contemplé al tío de Claudia cuando lo vi clavar la vista en su propio plato y comenzar a sorber el caldo de pollo con tranquilidad.

—¿No va a bendecir la mesa? —pregunté, un poco sorprendida.

—Mi casa, mis normas —respondió, e hizo un breve inciso para mirarme—. ¿Algún problema con eso?

—No —indiqué mientras trataba de sonreír—. Ninguno.

—No te pareces en nada a tus padres —observó de repente.

—Sí, lo sé. Es bastante obvio.

—Será mejor que comamos —intervino entonces mi madre—. Ha sido un viaje muy largo y debemos recuperar las fuerzas.

Don Carlos detuvo la cuchara a solo dos centímetros de la boca y se la quedó mirando como si acabara de darse cuenta de la presencia de ella en el salón.

—Y usted, ¿quién demonios es? —inquirió mientras alzaba una espesa ceja.

La sangre se heló en mis venas; el avance del reloj pareció quedarse allí, suspendido sobre nuestras cabezas. Ni siquiera sé cómo pude sujetar la cuchara con tanta serenidad, sorber un poco de sopa sin que se quedara atascada en mi garganta o se derramara otra vez en el plato y responder:

—Es mi dama de compañía, tío.

—¿Dama de compañía? ¿Qué tontería es esa? ¡Jamás he oído algo parecido!

—Doña Carmen lleva muchos años trabajando en nuestra casa de Granada. Mis padres confiaron a ella mi educación y no me permitían ir a ningún sitio si no lo hacía junto a ella.

Lo vi aspirar el aire como si mi explicación representara una molestia y me preparé para oír su respuesta. Nunca se me habían dado bien los enfrentamientos verbales; mi madre lo sabía, yo lo sabía, y ambas nos

observamos un instante con el brillo de la incertidumbre reflejado en los ojos.

Por fortuna para las dos, un segundo después, don Carlos cerró la boca y continuó tomando la sopa en silencio.

Durante el tiempo que estuvimos sentados a la mesa, sus ojos se posaron en mí en más de una ocasión. Cuando eso sucedía, yo fingía no darme cuenta e intentaba permanecer serena. No sé si lo que reflejaba aquella mirada era desconcierto, desconfianza o admiración. Lo único que sé es que me sentí como un animalillo indefenso bajo el atento escrutinio de uno de aquellos felinos que habitan en la sabana africana.

Una vez retirado el primer plato, Benigna sirvió carne y hortalizas asadas. Para entonces, yo ya estaba tan nerviosa que me sentía incapaz de ingerir otro bocado, así que hice un gesto negativo con la cabeza cuando la muchacha se acercó a mí y rechacé con amabilidad que me sirviera algo del contenido de la bandeja.

—¿No te gusta el asado? —Oí que preguntaba don Carlos, y lo vi hacer un gesto a Benigna para que pusiera, de todos modos, un pedazo de carne en mi plato.

—Oh, no. Me encanta el asado —respondí mientras contemplaba el humo con olor a romero y otras hierbas aromáticas que desprendía la comida—. Pero, después de una sopa tan rica, no me creo capaz de comer un bocado más.

—Bien. —Levantó su copa y tomó un largo sorbo de vino—. Por un momento, creí que eras una de esas chicas que se alimentan solo de pasto, como los conejos del campo. Los últimos tiempos, se escuchan muchas tonterías por ahí sobre la conveniencia o no de que hombres y mujeres comamos carne. Incluso hay un médico alemán, un tal Lahmann, que insiste en que deberíamos alimentarnos solo de vegetales. ¿Qué opinas tú sobre eso?

—Que estoy segura de que ese doctor Lahmann no ha pasado nunca hambre —respondí y, transcurrido un instante, advertí, en los labios de don Carlos, un atisbo de sonrisa.

—No lo había pensado —dijo mientras cortaba un pequeño trozo de asado—. Aunque supongo que ninguno de los presentes podemos opinar nada al respecto.

—Supongo que no —admití.

Aquella mentira, que me supo amarga en la boca, deambuló en mi ser e hizo que mis mejillas adquirieran un matiz profundamente encarnado.

—Cuéntame, Claudia —inquirió de nuevo don Carlos—, ¿qué opinas sobre lo de que ahora las mujeres quieran dedicarse a cosas que se suponen propias de hombres?

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, que algunas jóvenes pretendan acceder a estudios universitarios.

—¿Y por qué no iban a hacerlo?

—Algunos creen que eso repercutiría en el desempeño de sus otras labores —expuso él.

—Se refiere a cuidar de los hijos —deduje.

—Así es.

—Verá, tío, la respuesta es sencilla; administrar una casa, no lo es. Una mujer instruida no solo aportará una ayuda extra con las finanzas de la familia, sino que sin duda será una compañía mucho más interesante para cualquier esposo.

—Sería algo muy raro —opinó en aquel momento mi madre.

—Entonces, sería igual de extraño ver a una mujer trabajar en el campo —respondí—. Sin embargo, llevan haciéndolo varias décadas.

—Claudia tiene razón —expresó don Carlos—. A nadie sorprende ya el hecho de que las mujeres trabajen en la recolección de fresas o naranjas.

—Entonces, ¿significa eso que piensa que la mujer debería olvidar su lugar en la sociedad y cultivar la mente? —preguntó mi madre a don Carlos.

—¿Usted no? —inquirió él en tanto enarcaba una ceja—. Debería ser una defensora acérrima de la emancipación de la mujer, dado que es profesora.

—Y dama de compañía, no lo olvide —añadió mi madre con cierto aire prepotente—. Un oficio que solo una mujer puede desempeñar.

—Una mujer instruida —recalqué yo—. Tampoco eso habría que olvidarlo, doña Carmen. La educación abre las puertas a un mundo lleno de posibilidades. Una mujer culta y bien preparada podría llevar a cabo cualquier trabajo que se propusiera.

Aunque trataba de mantener un riguroso control de mis emociones, me daba cuenta de que aquella conversación estaba derivando de manera gradual hacia algo personal entre mi madre y yo. Por mucho que me costara, aunque supiera que no era el momento ni el lugar adecuados, no podía flaquear en aquello. Si lo hacía, si le daba la razón un solo segundo, habría sido como fallarme a mí misma y a mis principios.

—No hay que ser demasiado culta para tejer tapices —masculló ella entre dientes.

—¿Tapices? —preguntó don Carlos sin entender a qué se refería.

Apreté los labios y tragué saliva, herida por el sarcasmo que mi madre había esgrimido en esas palabras.

—Doña Carmen está convencida de que la industria del tapiz está en declive —mentí—. Y yo trato de convencerla de que, tal vez, justo ahí radique nuestro futuro.

Mi madre exhaló un suspiro, aunque permaneció callada.

—¿De veras? —Don Carlos hizo una mueca de asombro—. No he oído nada al respecto. Aunque creo que sería una idea a tener en cuenta.

—¿Qué cosa?

—Construir una fábrica textil. En la finca, tenemos espacio suficiente para levantar una más o menos equipada. Podríamos contratar a unas cuantas jóvenes y a algunas veteranas del oficio.

—¿Podría hacer eso? —dije maravillada.

—Sí. Supongo que sí podría —respondió—. Aunque, primero, tendría que estudiarlo todo con calma, hablarlo con mi administrador y hacer algunos cálculos.

—No lo estará diciendo en serio...

—Rara vez bromeo con el dinero.

Sus palabras me hicieron sentir un poco incómoda. Me daba cuenta de que la absurda contienda mantenida con mi madre había llevado a don Carlos a especular sobre una cuestión que bien podría no ser acertada. Aunque sabía que la industria textil pasaba por un buen momento, desconocía la inversión que requería construir y poner en funcionamiento una de aquellas fábricas. Don Carlos estaba tan lleno de energía que tuve la sospecha de que no necesitaba de incentivos para poner en marcha cualquier cosa que se propusiera. Aun así, me sentí un poco culpable de haber sido yo quien hubiese sembrado aquella idea en su cabeza.

—No debería precipitarse, tío.

—Nunca lo hago —afirmó.

—No lo discuto. Pero, según creo, esta hacienda se sustenta gracias a los beneficios que generan el vino y los viñedos —comenté, para lo cual me apoyé en lo que Claudia me había contado durante el viaje—. No sé en qué podría beneficiar una fábrica textil a este lugar, ni sé qué tienen que ver los tapices con el negocio del vino.

—Puede que más de lo que imaginas —respondió él—. Hace ya más de cincuenta años que los restaurantes y tabernas de prestigio piden que sus vinos estén lacrados o envueltos por algún tipo de lienzo o tapiz que demuestre a sus clientes que no se trata de un vino de barrica. Fabricar esas coberturas nos beneficiaría, e incluso podríamos venderlas a otros agricultores.

—¿Ya había pensado antes en ello? —pregunté sorprendida.

—Había pensado en comprarlas —explicó don Carlos—. Pero tu idea me parece aún mejor.

—Mi idea... —repetí mientras notaba cómo un nudo me cerraba la garganta.

—Bueno, reconoce que, de no ser por ti y esta conversación, ni se me habría pasado por la cabeza montar nada en esta finca que no fuera una segunda bodega.

—En ningún momento he querido exponer algo más que mis propios pensamientos, tío —murmuré con los ojos clavados en don Carlos—. Solo se trataba de un comentario.

—No seas tan modesta, sobrina. Las muchachas bonitas jamás deberían serlo.

De pronto, me sentí dominada por el deseo de levantarme de la mesa y abandonar el salón. Me conocía a mí misma lo bastante bien para saber que no iba a poder refrenarme. Me sentía sobrepasada por lo que estaba ocurriendo,

superada por cómo, con cada instante que transcurría, todo se embrollaba más y más.

“Calma, calma”, me dije, consciente del creciente pánico que inundaba mi pecho. Pero entonces noté la mano de mi madre sobre la mía, cálida y protectora, y volví el rostro hacia ella. No obstante, no fue seguridad lo que hallé en su mirada, sino esa expresión de temor tan propia de ella. Parecía como si algo en su interior se hubiera tensado de repente, como si intuyera que algo no iba bien.

En cierto modo, tenía razón: nada iba bien. Estábamos metidas en el lodo hasta las orejas, justo como los cerdos, y nadie iba a poder hacer nada por nosotras si terminábamos cometiendo algún error.

Me estremecí de la cabeza a los pies al pensarlo, deposité el cubierto sobre la elegante mantelería de hilo y, con el estómago revuelto, aparté el plato a un lado.

Con el ceño apenas fruncido, don Carlos tomó una servilleta, se limpió las comisuras y alzó la vista para mirarme.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí—. Sin embargo, no voy a negar que empiezo a pensar que doña Carmen tenía razón al decir que el viaje ha sido largo y pesado. Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo agotada que estoy.

—Es probable que te convenga descansar un poco.

—Sí, eso es lo que creo —asentí levemente, alentada por el pensamiento de abandonar aquella habitación—. Debería subir al dormitorio, que con tanta amabilidad nos ha cedido, y acostarme un rato.

Él sonrió.

—Solo prométeme que quizá, un poco más tarde, continuaremos nuestra conversación —dijo.

—Sin duda.

Don Carlos aceptó con un ligero encogimiento de hombros y, sin concederme la menor oportunidad de rechazarlo, se puso de pie, se acercó y extendió una mano hacia mí.

—Será mejor que te acompañe.

—No es necesario, tío.

—Yo creo que sí —insistió él—. Tienes muy mal aspecto, y no me gustaría que acabaras desmayándote antes de llegar al dormitorio.

Apenas tuve tiempo para pensar en cómo moverme antes de resignarme a apoyar mi mano en el brazo de don Carlos. Sin embargo, después de levantarme, me sorprendí al darme cuenta de que, a pesar de todo lo que estaba sucediendo aquel día, la cercanía de ese hombre resultaba de lo más grata. De hecho, aunque no alcanzaba a entender el porqué, experimenté algo que no había sentido en ningún momento en el transcurso de los últimos años: seguridad.

Me mordí el labio y lancé una rápida mirada a mi madre para buscar alguna reacción por parte de ella. Nos observamos, la una a la otra, durante un corto segundo, y el corazón me palpó con fuerza en el pecho cuando, en los ojos oscuros de aquella mujer, percibí un brillo de preocupación.

Cada vez más confundida, me pregunté si no le complacía el cambio operado en la actitud de don Carlos.

—Pues... a decir verdad, yo tampoco tengo demasiada hambre —reconoció de pronto mi madre, y luego abandonó la mesa con el plato a medias.

Don Carlos la miró de arriba abajo cuando la vio ponerse de pie, decidida a no alejarse ni un segundo de nosotros.

—Está bien. —En el rostro de él, se dibujó una sonrisa carente de entusiasmo. Estaba claro que ella no le gustaba. Aunque, por lo visto, el sentimiento era mutuo.

Los tres atravesamos el corredor y subimos en silencio la escalera que conducía a nuestro dormitorio. Una vez allí, me acerqué a la puerta, la abrí e invité a mi madre a pasar. En cuanto lo hizo, Don Carlos tomó mi mano y depositó un beso sobre los nudillos.

Yo lo observé sorprendida.

—Esperaré ansioso a que llegue la noche. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación. —Un segundo después, se dio vuelta y lo vi desaparecer escalera abajo.

Cerré la puerta y me dejé caer en una preciosa butaca tapizada con seda de color verde.

—¿Y bien? —comencé—. ¿Piensa contarme qué es lo que le ocurre?

Los ojos de mi madre me observaron con preocupación, se arrodilló junto a mí y tomó la mano que don Carlos había besado con tanta devoción. Cuando la tuve cerca de mí, advertí que una sutil neblina le oscurecía la mirada. El brillo insaciable de sus ojos había sido reemplazado por la inquietud, un sentimiento que no tardó en contagiarme.

—¡Hábleme, madre!

—¿Acaso no te has dado cuenta de cómo te devora ese hombre con la mirada?

—¿Devorarme? ¿De qué está usted hablando?

—Ese busca lo que todos. —Se puso de pie—. Mucho me temo que, de continuar en esta casa, será cuestión de tiempo para que lo consiga.

—¿Quiere decir que don Carlos sabe que no somos familia?

—A ese le da igual eso, te lo digo yo, mi niña. A ese le da lo mismo cualquiera. ¡Con qué gente hemos ido a parar!

Mis ojos se abrieron por el asombro.

—¡Se equivoca!

—No lo hago.

—Está viendo disipación y lujuria donde no la hay —aseguré—. Don Carlos es un hombre íntegro y honrado que solo trata de ser amable.

—Si hubiera querido serlo, lo habría sido desde el principio.

—Lo que ocurre es que está obcecada por lo que mi padre le hizo en el pasado y no comprende que...

—¿Qué estás diciendo, que no sé reconocer a un crápula cuando lo veo?

—Yo no he dicho eso.

—Así que crees que ese hombre es trigo limpio...

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Apenas lo conocemos. Hemos hablado con él algo más de una hora. —Lancé un suspiro—. Solo digo que no parece que sea de esa clase de hombres.

—Entonces, crees que lo mejor es quedarnos sentadas hasta que lo averigüemos. —Sacudió la cabeza.

—Está bien. Supongamos que tiene usted razón y es un redomado charlatán, viudo y libidinoso. ¿Hay algo que podamos hacer?

Mi madre levantó un instante las manos con las palmas hacia fuera, como si quisiera tranquilizarnos a las dos, y luego me miró pensativa.

—Bien, podríamos usarlo en nuestro beneficio.

—¿En nuestro beneficio? —La inquietud se apoderó de mí—. Explíquese, madre, porque cada vez la entiendo menos.

Durante un momento, reinó un silencio incómodo en el dormitorio. ¿Quién sabía qué pensamientos le rondarían la cabeza? Mi cuerpo tembló, como si vaticinara el desastre, de arriba abajo y de abajo arriba. Resultaba turbador ver a mi madre reflexionar sobre el asunto en silencio, sobre todo porque aquello rara vez auguraba algo bueno.

La respiración se me cortó cuando Bunico, de un solo salto, subió a mi regazo. Cerré los ojos y, durante un instante, respiré hondo.

De pie junto a la ventana, mi madre me contempló con atención.

—Imagino que podrías conquistarlo.

Me quedé de piedra mientras la miraba, incapaz de decir una palabra. Mi madre no era la clase de mujer a la que se le ocurrían esas cosas. De hecho, era todo lo contrario. Llevaba diciéndome que me cuidara de los hombres toda la vida, me había relatado mil veces la historia de cómo había caído en desgracia; sin embargo, de repente, en ese momento, todo eso parecía carecer de importancia.

—¿Quiere que lo seduzca?

—No, que lo engatuses, que es muy distinto —dijo, y enfatizó la frase con un gesto de sus manos—. Si ese viejo chocho se acabara enamorando de ti, sacarle dinero sería muy fácil.

—¿Y cómo imagina que voy a lograrlo? ¿Acaso piensa que un hombre con su fortuna no puede conseguir a una mujer con más clase y posición social que yo?

—Solo se trata de hacerle creer que tu embeleso por él es verdadero. A los caballeros de su edad, les gusta sentirse adulados por una mujer joven y bonita. Hazlo, y mañana te colmará de vestidos; pasado mañana, de alhajas. Será cuestión de tiempo para que te conceda todo lo que le pidas.

—¿Y si quiere algo más?

—¡Por supuesto que querrá algo más! —aseguró—. Al fin y al cabo, es un hombre, y mientras crea que puede conseguirlo, te lloverán los reales. ¿No es eso lo que querías?

—¿Robar? —La miré atónita.

—Marcharnos de aquí —me corrigió—. Si haces lo que te digo, podremos hacerlo antes de lo que esperábamos.

Exhalé un suspiro. ¿En qué nos habíamos convertido?, me lamenté, ¿en simples ladronas de poca monta, sin un ápice de vergüenza en el cuerpo?

Bajé la vista y acaricié a Bunico en silencio mientras pensaba en cómo se habían complicado las cosas desde que habíamos abandonado Granada. Comprendía que no había vuelta atrás, no era ninguna tonta, no podíamos presentarnos ante don Carlos y decirle que yo no era su sobrina Claudia sin esperar consecuencias. Pero, por otro lado, ¿dónde estaba el límite? ¿Podíamos seguir engañando y jugando con aquellas personas y mirarnos al día siguiente al espejo sin sentir vergüenza de nosotras mismas?

—Está bien —interrumpió mis pensamientos con tono melodramático—. Si no quieres continuar con esto, de verdad que lo entiendo. Lo mejor será que bajemos ahora y le digamos toda la verdad a ese hombre. En fin, soy solo una pobre vieja, ¿qué más da si acabo metida en un agujero oscuro y húmedo? A nadie va a importarle lo más mínimo lo que a mí me pase.

Sabía que no lo decía en serio. La conocía demasiado bien para creerme un arrepentimiento tan repentino por su parte. Ya estaba acostumbrada. No era la primera vez que la veía utilizar mi cariño por ella para lograr sus propósitos. Ni tampoco sería la última, de eso estaba segura. Tenía claro que, tarde o temprano, desplegaría conmigo sus grandes dotes de actriz, porque hacerlo le causaba cierta satisfacción. Podía verlo en sus ojos. Así que, como ya lo había hecho en otras tantas ocasiones, le permití una vez más creer que no me daba cuenta de lo que estaba haciendo.

—Sabe que no podemos hacer eso —respondí.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Si hubiese sido valiente, le habría propuesto largarnos en mitad de la noche, marcharnos sin dar explicaciones y no volver a verme nunca a mí misma como la embaucadora en la que me había convertido. Pero mi cobardía cerró de nuevo mis labios, lo que dejó presas en mi boca aquellas impacientes respuestas que, aunque lo deseara, jamás escaparían de ella.

—Quedarnos hasta reunir el dinero —acabé diciendo, y luego esperé lo que me pareció una eternidad, mientras la miraba a los ojos, hasta que al fin sus labios esbozaron una conciliadora sonrisa. Una absurda punzada de culpabilidad me atravesó el pecho de un lado al otro.

—Buena chica.

Me odié un poco a mí misma cuando le devolví la sonrisa. Me convertía de a poco en una experimentada mentirosa, no cabía duda. Lo había hecho tan bien que casi tenía ganas de aplaudirme. En ese momento, mi único consuelo fue pensar que no tardaríamos mucho en volver a marcharnos. Tal vez, cuando lo hiciéramos, le sugeriría ir a Barcelona. Quizás allí podríamos comenzar de nuevo. Después de lo sucedido, era posible que me permitiera buscar un trabajo honrado.

Aquel pensamiento me fortaleció, de modo que, cuando volvimos a bajar, a eso de las ocho de la tarde, me sentía con las agallas suficientes para hacer lo que hiciera falta con tal de empezar cuanto antes nuestra nueva vida.

Según mi madre, todos los hombres necesitaban, en mayor o menor medida, sentirse idolatrados por una mujer. Con esa base como partida, aquella noche resolví sacar del baúl el vestido azul que usaba en las fiestas a las que don Cosme nos enviaba, decidida a enjabonar el ego de don Carlos hasta que el pobre terminara empachado de tanta lisonja. El vestido tenía al menos cinco años, y hacía dos que me quedaba un poco estrecho, de modo que los pechos sobresalían por mi escote como dos globos a punto de escapar.

Enredé un mechón de pelo en el dedo, lo dejé caer sobre la frente y me detuve para contemplarme en el espejo del corredor. Después, deslicé los hombros del vestido unos centímetros más abajo e inspiré con profundidad el aire al notar las manos de mi madre apoyadas en mi cintura.

—Me va pequeño —me lamenté.

—Es perfecto para lo que queremos —respondió a mi espalda.

—No sé cómo debo actuar —dije al clavar la mirada en el reflejo de ella.

—Sé tú misma —dijo con ironía—. Al parecer, por alguna extraña razón que desconozco, a ese hombre le atrae oír tus ridículas ideas.

Se apartó del espejo y dio unos pasos hacia el salón.

—¿Qué esperas?

—¿Por qué dice que son ridículas? —Me giré para mirarla.

—He vivido lo suficiente para saber que el trabajo no hace rica a ninguna mujer.

—¿Y esto sí?

—¡Shh! ¡Baja la voz! Por amor de Dios, ¿es que quieres que toda la casa nos oiga?

—Claro que no.

—Entonces, cierra esa boca y ven para el salón.

—¿Cuándo se supone que hablaremos de esto?

—Ahora no, desde luego —respondió al tiempo que clavaba los ojos en los míos—. Pero a ti, ¿qué demonios te ocurre? Pensé que habíamos dejado claro lo de esta noche.

—Así es —afirmé—. Pero no quiero seguir adelante sin antes saber que, después de que salgamos de este embrollo, se planteará cambiar de vida.

—Está bien: prometo intentarlo —aceptó intranquila—. Y, ahora, haz el favor de entrar en ese salón y hacer lo que debes si no quieres que acabe dándome un ataque de nervios.

Cuando mi madre y yo cruzamos la puerta, don Carlos, que en ese instante estaba cargando de tabaco una pipa, la dejó en el cenicero y se acercó a nosotras.

—Buenas noches, sobrina. —Sin poder evitarlo, me estremecí de la cabeza a los pies al sentir el roce de las puntas de su momificado bigote sobre el dorso de mi mano.

—Buenas noches, tío Carlos. —Tragué saliva, dejé caer los párpados de modo sugerente y le mantuve la mirada durante más segundos que los necesarios, tal y como mi madre me había enseñado a hacer esa misma tarde.

—¿Cree que su protegida podrá compartir con nosotros una copa de oporto, doña Carmen? —preguntó al dirigirse a mi madre.

—No más de un dedo, don Carlos —respondió ella de manera cortés.

Un carraspeo suave junto a la chimenea interrumpió el clima acogedor que flotaba en el ambiente. Cuando sentí los ojos de aquella persona clavados en mí, miré por encima del hombro y contuve una exclamación al verlo.

—Carabinas... Siempre tan aburridas. —Me devolvió la mirada, complacido.

Me puse tensa, y la garganta se me cerró de pronto, como si una mano invisible me apretara el cuello. La visión de aquel rostro me había tomado por sorpresa, e iba a ser muy difícil fingir lo contrario.

—Usted... —De mi boca, surgió un jadeo de asombro.

Los labios de él se arquearon ligeramente hacia arriba.

—Así que tú eres Claudia —dijo con una sonrisa casi maquiavélica.

El tono áspero de su voz me arrancó de mis ensoñaciones como un bebé es arrebatado del vientre de una madre primeriza, y asentí en tanto boqueaba como un pez al que, varado en la orilla, le faltara el oxígeno. La expresión de él tenía algo distinto y perturbador, un estilo que nada tenía que ver con el hombre que, un mes atrás, había admirado en casa de los Aguilar.

Él no pudo evitar reírse al contemplar mi confusión.

—Te imaginaba diferente —afirmó mientras barría con sus ojos la totalidad de mi cuerpo.

—Y yo... —respondí sin pensar.

—¿Cómo dices?

—No sabía que tenía un primo —rectifiqué al recuperar la serenidad.

Él arqueó una ceja de modo inquisitivo.

—No puedo decir lo mismo —respondió él con sequedad.

—Por el amor de Dios, Hugo, ¡haz el favor de comportarte! —lo interrumpió don Carlos.

Hugo se arrellanó en la butaca y, mientras se llevaba una copa de oporto a los labios, nos miró al padre y a mí con suspicacia.

Hugo Garrido de Luján. Repetí en mi cabeza aquel nombre, con el temor de olvidarlo en algún momento. Nunca había imaginado que la idea de volver a verlo me parecería tan seductora. Me sentía feliz de saber quién era el hombre que me había robado tantas horas de sueño. Era casi como si el destino se empeñara en reunirnos. Durante un instante, me pregunté si podría sucederme a mí; si aquella persona, enigmática y abrumadora, podía convertirse en mi propio Gabriel en sepia.

—Debes disculpar a mi hijo —dijo don Carlos entre dientes—. Regresar a casa siempre lo pone de mal humor. Por lo visto, Hugo parece sentirse más a gusto en cualquier lugar antes que aquí, con su familia.

—Quizá sea porque, fuera de estas paredes, la gente presta atención a lo que digo —señaló él al apartar la copa de los labios.

—Hace unos días que Hugo regresó de Granada —explicó entonces don Carlos, que hizo caso omiso de las palabras del hijo—. Puede que lo hayas visto allí.

Hugo estudió mi rostro con detenimiento. Allí sentado, con las piernas cruzadas con elegancia mientras balanceaba de arriba abajo la punta del pie, me pareció el hombre más interesante que había conocido.

—Mucho me temo que no. —Un brillo peligroso le cruzó la mirada—. No, es definitivo: estoy seguro de que no nos hemos visto antes.

Mis ojos se abrieron, llenos de asombro. No terminaba de creer que no se acordara de mí después de aquellas cómplices miradas que nos habíamos dedicado el uno al otro. Me sentí, para ser franca, decepcionada. ¿Cómo se me

había podido pasar por la imaginación siquiera que ese tipo podría ocupar una parte importante en mi vida?

Dejé caer los hombros y obligué a mi boca a formar una tentativa de sonrisa.

—Pues... encantada de conocerte, primo.

—El sentimiento es mutuo... —Él pareció dudar un instante, circunstancia que me provocó un escalofrío. Entonces, volví el rostro hacia don Carlos, que esa noche se había perfumado y atusado con cuidado el bigote, y me colgué de su brazo cuando propuso que pasáramos al salón.

Para ser sincera, alejarme de Hugo representó para mí un gran alivio. Me ponía nerviosa su mirada vigilante, su boca firme y su expresión insondable. Me hacía sentir pequeña como un guisante, como si mi propia presencia en esa casa me perturbara.

Advertí que mi madre reprimía un gesto de disgusto al observar que Hugo nos seguía hasta el comedor. La miré y sacudí la cabeza a los lados de manera imperceptible; en su cara se dibujó una expresión de cansancio. Luego, avancé hacia mi silla, situada junto a la de don Carlos. En cuanto me senté a la mesa, me di cuenta de que Hugo ocupaba el asiento que estaba frente al mío.

Tras la sorpresa inicial, el corazón empezó a latirme con fuerza.

Apenas empezamos a cenar, me dijo:

—Deberías contener esos tirantes en su sitio, querida Claudia. Creo que el vestido se te ha escurrido más abajo de lo que podría considerarse decente en una joven de tu edad.

Inspiré hondo, sin poder evitar sonrojarme.

—Gracias. Prometo tenerlo en cuenta, primo —respondí con una sonrisa forzada.

—Puedes llamarme Hugo —añadió—. Al fin y al cabo, somos parientes, ¿no es así?

Hay momentos en la vida en los que, para salir airoso de una mentira, la única salida es contar la verdad. Convencida de que aquel era uno de esos momentos, miré fijo a Hugo y le dije:

—¿Quién sabe? Quizá sea solo una embaucadora que se muere por tener la oportunidad de degustar un delicioso plato de estofado caliente.

Don Carlos soltó una sonora carcajada, como si encontrara muy gracioso mi comentario. Advertí cómo la espalda de mi madre se tensaba al verme aferrar la copa y levantarla hacia Hugo en un gesto que, más tarde, me parecería imprudente.

Sin dejar ver los dientes, él me obsequió una sonrisa torcida. Después de eso, ambos nos llevamos la copa a los labios y sorbimos un poco de vino sin dejar de observarnos. Ni siquiera se molestó en parecer simpático. En ese momento, supe que sabía algo, o lo intuía, o qué sé yo. El caso era que me estaba sintiendo cada vez más nerviosa. Podía notarlo en mi tenedor, que ya no pinchaba los trozos de estofado con la misma confianza que al principio, y en cómo a mi garganta le costaba tragar el alimento.

Suspiré sin relajarme un ápice.

Mirarlo era una tortura. Mi cuerpo y mi ser completos se sentían atraídos hacia él como las moscas a la miel. Oír su voz conseguía estremecerme de la cabeza a los pies, y contemplar su mano sobre el mantel sumergía mi mente en un océano de felicidad.

Todo aquello me debilitaba, hacía que me sintiera extenuada por unos sentimientos que ni comprendía ni buscaba comprender. Hugo me había robado el corazón, y ni siquiera tenía claro cómo lo había hecho. No era un hombre simpático o atento, sino más bien lo contrario; se presentía, en el brillo de sus ojos, algo salvaje que era mejor evitar. Sin embargo, me sentía

cautivada de manera irremisible por él, por esa media sonrisa irónica, por el tono profundo y roto de aquella voz, por cómo movía las manos, cortaba la carne o bebía de la copa.

La luz de las velas situadas en mitad de la mesa refulgía en aquellos ojos verdes y enigmáticos que, de vez en cuando, me contemplaban, para después ignorarme con crueldad.

Cuando nos trajeron el segundo plato, me sorprendí al oír que preguntaba:

—¿Cuál es su especialidad, doña Carmen?

Mientras trataba de tragar el trozo de coliflor que tenía en la boca, volví el rostro hacia mi madre, que en ese momento se limpiaba las comisuras de los labios en una servilleta, y aguardé a oír lo que respondía.

—Disculpe, ¿a qué se refiere? —preguntó.

—Su especialidad —reiteró la pregunta Hugo—. Ya sabe, al ser maestra, debe dominar alguna materia.

Me habría encantado decirle que se metiera en sus propios asuntos, pero, como hacerlo nos habría metido en un lío aún mayor, cerré la boca y oré en secreto para que a mi madre se le ocurriese algo por lo menos razonable que decir.

—Disciplina doméstica, señor. —Luego, de manera innecesaria, aclaró—: Administrar los gastos de la casa, coser, pintar... Ya sabe, las cosas que debe saber toda muchacha que goce de la posición de su prima.

—Entonces —saltó don Carlos—, debemos comprar un par de lienzos y todo lo necesario para que puedas practicar en tus ratos libres. Creo que jamás hemos tenido el privilegio de contar con un artista en la familia hasta ahora.

—No hace falta que se moleste, tío —me apresuré a decir, consciente de mi escaso dominio de los pinceles—. Créame que, a pesar de lo que dice doña Carmen, soy muy mala pintora. Sería malgastar el dinero.

—Tonterías —consideró Hugo con aquella mirada de lobo hambriento que yo empezaba a encontrar insoportable—. Seguro que exageras. No puedes ser tan mala si tienes a una profesora tan capaz.

Me tomé un momento para pensar antes de responder. Entre tanto, mi madre y don Carlos nos observaban como si desearan no perder detalle.

—Bien, si al tío Carlos no le importa tirar el dinero...

—¡Dinero! —bufó don Carlos—. ¿Cuánto pueden valer un par de pinceles y tubos de óleo? Seguro que me saldrán más baratos que los viajes de tu primo.

—Hace años que costeo yo mismo mis caprichos, padre.

—¿Y qué hay de lo de esa muchacha?, la que dejaste embarazada el año pasado.

—Todo mentira —aseveró Hugo con una asombrosa serenidad—. Te prohibí que le entregaras una sola peseta, pero tú decidiste no hacerme caso.

—Perdona por liberarte de ese compromiso —dijo don Carlos en tono irónico.

—No existía tal compromiso. Lo que esa muchacha quería era dinero para poder largarse con el verdadero padre de la criatura, y tú se lo diste. Así de sencillo. Ahora viven en El Ensanche, en una pequeña casa de dos plantas que, tarde o temprano, acabará cayéndose a pedazos. Espero que, cuando eso suceda, no se te ocurra prestar otra vez oídos a las mentiras de esa chantajista de cuarta. —Tomó un sorbo de vino y masculló—: Si vuelve a aparecer por aquí, yo mismo me encargaré de echarla de esta casa de un puntapié en el trasero.

—¿Cómo puedes estar seguro de que ese bebé no era tuyo? —pregunté con las cejas arqueadas.

Hugo me estudió con detenimiento. Noté su mirada en mis labios, en mis ojos, en mi rostro ruborizado a más no poder, y me estremecí por completo.

—Creo que eso no es algo que deba discutir contigo —respondió antes de meterse un trozo de verdura en la boca, para masticarlo después con lentitud.

Mi madre tosió a mi lado para hacerme saber que era un buen momento para mantener la boca cerrada. Y en verdad tenía razón. ¿Quién era yo para juzgar a un hombre como Hugo? Yo, que había vivido gracias al dinero de los demás, que había estafado, engañado y usurpado un lugar que no me correspondía.

Con todo, a pesar de la inquietud que me devoraba por dentro, me moría de ganas por saber más sobre aquel asunto. Lo observé de nuevo, convencida de que, si lo hacía, él continuaría hablando de ello. Pero, para mi propia decepción, Hugo siguió comiendo como si nada hubiera ocurrido, consciente, de eso estoy segura, de que yo no le quitaba los ojos de encima.

El hecho de que me ignorase de aquella manera me disgustó tanto que, cuando más tarde llegaron los postres, alegué, atrapada en una rabieta casi infantil, estar demasiado cansada para finalizar la cena.

—Será mejor que te acompañe —dijo mi madre con suavidad—. Puede que me necesites.

—No importa, doña Carmen —respondí, sabedora de que no sería justo privarla de las apetitosas frutas confitadas que Benigna estaba sirviendo—. Usted quédese y termine la cena. Estoy segura de que lo único que me hace falta es un poco de descanso para sentirme mejor.

Aunque mi madre mostró un visible nerviosismo, permaneció sentada. De manera egoísta, me sentí contenta al ver que no insistía en acompañarme. Precisaba estar sola. No lo había estado desde nuestra partida de Granada y

empezaba a tener la necesidad de liberarme un rato de la compañía de mi progenitora. A decir verdad, de cualquier compañía.

—Deja que vaya contigo —exclamó de pronto Hugo, lo que captó la atención de los presentes—. La casa es grande y, de noche, es fácil perderse en sus corredores. No me gustaría que acabaras entrando por error en las dependencias de los sirvientes.

Yo accedí en tanto trataba de hacerme a la idea de que solo pretendía comportarse como el caballero que era. Un momento después, mi madre insistió en acompañarnos, pero, para mi sorpresa, Hugo se lo impidió. Tal vez fue aquello lo que más me impresionó: que lograra imponerse a ella con solo unas pocas palabras.

Tras despedirnos, salimos del comedor para dejar atrás a mi madre, a don Carlos y el delicioso olor a caramelo caliente.

—Pensé que las dependencias de los sirvientes estaban emplazadas en una planta inferior —dije.

—Y así es.

—Entonces, no veo cómo puedo acabar en ese sitio —añadí al mirarlo por encima del hombro mientras ambos subíamos las escaleras.

—Después de ver la manera en la que dejabas caer los tirantes de ese vestido delante de mi padre o cómo lo mirabas, no me sorprendería lo más mínimo que esta noche acabaras metida en la cama del mayordomo.

No recuerdo si solté una exclamación, pero sí que me quedé pasmada. Me di la vuelta para contemplarlo de frente y observé sus ojos relampaguear en la penumbra.

Demasiado listo, me dije, y retrocedí un poco.

—¡Cómo te atreves! —Cerré el puño alrededor del pasamano de la escalera, atemorizada por la intensidad de aquella expresión y por el dolor que azotaba mi pecho. En mi mente, se agolpaban un montón de reproches, y aun así me vi incapaz de proyectar alguno sobre ese hombre.

—Conmigo no tienes por qué hacerte la casta. Te vi en aquella casa, ¿recuerdas?

Parpadeé asombrada al comprender que sí me recordaba.

—Estaba de visita.

—No te molestes. Pregunté al dueño de la finca, y tuvo la cortesía de intentar explicarme quiénes erais tú y la mujer que está en nuestro salón junto a don Carlos.

—¿Y qué te dijo?

—¿De verdad importa eso ahora?

Noté el cosquilleo de las gotas de sudor que se deslizaban bajo el escote de mi vestido. Sin poder disimular mi turbación, di media vuelta y subí a toda prisa los peldaños con el imperioso deseo de escapar de ese hombre, entrar en el dormitorio y encerrarme allí hasta que se fuera. Pero, en el mismo instante en que me aferré al picaporte, Hugo apoyó una mano en la puerta e interpuso su brazo en mi camino.

—¿Quién eres?

Mi estómago se contrajo al oír la pregunta.

—Tu prima.

—¡A otro con ese cuento! —respondió entre dientes al tiempo que escrutaba mi rostro con atención en busca de cualquier asomo de vacilación.

—Te aseguro que...

De improviso, su firme boca atrapó la mía, lo que me hizo recular un paso hasta que mis talones golpearon contra la puerta. Ni siquiera supe qué hacer o cómo actuar cuando aquellos labios comenzaron a moverse sin pudor sobre los míos. Lo único que se me ocurrió fue apoyar las manos en su torso e intentar empujarlo. Sin embargo, al darse cuenta, Hugo me aferró ambas las muñecas y las apartó a un lado antes de comprimir su cuerpo contra mis senos convulsos. Entonces, lo oí suspirar como exhala un hombre que está agotado tras un demoledor día de trabajo en el campo. Su boca se movía con lujuria sobre mis labios, cerrados a cal y canto, y su lengua buscaba una brecha por donde colarse.

Casi me sentí agradecida de que dejara de intentar forzar mi boca y desplazara los labios hasta mi cuello, donde los detuvo para susurrar:

—Escucha bien lo que te digo: no voy a descansar hasta que averigüe quién eres en realidad y qué estás haciendo aquí. Hasta entonces, espero no volver a verte cerca de don Carlos o de cualquier otro hombre de esta familia. Si lo hago, juro que vas a arrepentirte toda la vida del día en que me conociste.

Quizá debido a la caricia del aliento cálido de su boca y al perfume de su piel, me quedé aturdida. Empecé a respirar deprisa, sin poder liberarme de la sensación de tener aquellos labios todavía pegados a mi boca.

Hugo se apartó un poco, y yo alcé la vista para mirarlo. Aunque solo fue cuestión de segundos, me pareció que el tiempo se dilataba enormemente mientras nos estudiábamos el uno al otro en silencio. Transcurrido aquel sempiterno minuto, las manos empezaron a temblarme de modo descontrolado y sentí que un asfixiante nudo se alojaba en mi garganta. La frialdad de esos ojos me aterraba, me horrorizaba que me hubiese besado sin ningún recato. Sin embargo, lo que más me asustaba era no ver el menor signo de culpabilidad por haberlo hecho.

—Mi dormitorio está al final del corredor —dijo mientras deslizaba un dedo sobre el montículo de uno de mis pechos—. Si quieres venir a mí esta noche, serás bien recibida.

Ni siquiera sé qué fuerza empujó la palma de mi mano hacia su rostro, pero, cuando quise darme cuenta, restallaba con fuerza contra su mejilla izquierda. Antes de poder recuperarme de la sorpresa, la mano de Hugo, rápida como un rayo, se cerró en torno a mi muñeca. Temblé de pies a cabeza al notar cómo aquellos firmes dedos apretaban cada vez más mi articulación, de tal modo que pronto empecé a percibir el latido de mi propio corazón desbocado, que palpitaba en la punta de mis dedos.

—No vuelvas a hacerlo. —Su voz sonó amenazante—. A no ser que estés dispuesta a afrontar las consecuencias.

—¿Vas a pegarme? —contesté con los dientes apretados y el alma en vilo.

—¿Crees que soy un salvaje? Existen modos de hacer que pagues por esto mucho más placenteros que el dolor físico. Seguro que sabes de lo que estoy hablando.

Por supuesto que sabía de lo que estaba hablando. Mi madre me había enseñado lo suficiente sobre los hombres como para imaginar qué estaba buscando. Estupefacta, apoyada en la puerta y sin poder mover un solo músculo, no podía creer que aquello me estuviese ocurriendo a mí.

La semioscuridad en la que estaba sumido el corredor y el ambiente saturado de la vieja casa comenzaban a parecerme insoportables. De modo que, cuando comenzaron a oírse murmullos procedentes de la planta inferior, cuchicheos que provocaron que Hugo apartase la vista un segundo de mí, aproveché aquel despiste para adentrarme en mi habitación.

En ese momento, supe que, de haber querido, él me habría detenido antes incluso de que me diese tiempo a echar el cerrojo, circunstancia que consiguió intimidarme aún más.

¿Cómo lo había averiguado? ¿Por qué no nos delataba? Quizá no estaba seguro de sus propias palabras.

“No, ni hablar”, pensé. Él estaba por completo convencido de que ni mi madre ni yo éramos quienes asegurábamos ser. Había hablado con nuestro antiguo casero, y él, aunque no supiese mucho de nosotras, habría confirmado tales sospechas. Aquel era un punto muy a tener en cuenta. Sin embargo, yo seguía sin entender por qué me prohibía estar cerca de don Carlos en vez de delatarnos y acabar con nuestra farsa de un solo estacazo.

Al oír la voz de mi madre tras la puerta, reprimí las preguntas de mi cabeza y me apresuré a dejarla entrar. Quizá debería habérselo dicho. Tal vez, contarle lo sucedido le habría hecho cambiar de opinión sobre lo de quedarnos allí hasta reunir el dinero necesario. No obstante, no me vi capaz de relatarle lo del beso. Me sentía avergonzada por lo ocurrido. Después de todos los consejos, de todas las advertencias, por lo menos tendría que haberlo visto venir.

Y era posible que hubiera continuado pensando en todo aquello si, en ese instante, mi madre no hubiese extraído cinco relucientes cucharillas del bolsillo de la falda, adornadas con las iniciales de los propietarios de la casa.

Me quedé muda y tragué saliva con fuerza.

—¿Qué es eso? —pregunté con la cara pálida cual espectro.

—¿Qué va a ser? —dijo en tanto ignoraba mi conmoción—. De seguro que son de plata.

—¿Hay suficiente? —inquirí con un hilo de voz.

—No para marcharnos de aquí —aseguró—. Para eso, necesitamos reunir unas cuantas más.

—Acabarán atrapándola, madre.

—¿Qué te pasa, niña? ¿No confías en mí?

—En quien no confío es en esta gente. No estoy segura de que debamos continuar adelante. No sé, no creo que la cosa salga tan bien como esperamos.

—Creí que ya habíamos hablado del asunto. —Mi madre se quitó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y lo dejó sobre la cama—. Es la única manera de que nos vayamos pronto de aquí. Si no lo hacemos, si no reunimos el dinero suficiente, dudo de que sobrevivamos más de una semana.

—¿Y dónde piensa esconder todo eso? —pregunté mientras contemplaba de nuevo las cucharillas—. En algún momento, alguien tendrá que subir a limpiar la habitación. ¿Qué cree que ocurrirá cuando descubran que solo somos un par de ladronas?

—Nadie va a enterarse.

—No puede estar segura de eso.

—Será mejor que te calmes. Estás demasiado nerviosa para pensar con claridad y me pones nerviosa a mí.

—Estoy perfecta, madre.

—Bien. —Acabó alzando las manos con vehemencia—. ¡No quiero hablar más del asunto! Haremos lo que haga falta para reunir el dinero que necesitamos para largarnos de aquí en cuanto podamos. Hasta entonces, no quiero oír ni una sola palabra sobre el tema. ¿Me has entendido?

—Pero...

—Te he preguntado si lo has entendido —reiteró con dureza.

De pronto, caí en la cuenta de que me había dejado manejar por ella toda la vida sin oponer un gramo de resistencia. Me chocó ver aquella realidad tan de repente, tan evidente y cristalina como el agua.

Un raudal de pensamientos se agolpó en mi mente. Sentí un creciente deseo de imponer, por una vez, mis propias opiniones a las suyas, de dejar fluir el torrente de palabras y sentimientos que llevaba tiempo acumulado en mi pecho y que luchaba por salir a flote. Había tantas cosas que quería decirle, tantos asuntos por discutir, que casi me pareció que nuestro silencio, aquella falta de comunicación, nos había acompañado durante toda la vida.

Me sentí desfallecer cuando abrí la boca para pronunciar:

—No quiero permanecer ni un minuto más aquí. —Después de eso, me quedé quieta, aunque temblé ligeramente al contemplar el asombro que reflejó su cara.

—En ese caso, será mejor que tomes la plata, el dinero que aún nos queda y te marches tú sola antes de que amanezca —dijo en tanto agarraba las cucharillas y las colocaba en mis manos.

—¿Usted no viene? —pregunté con genuina sorpresa.

—¿Yo? ¡No seas ridícula! No tenemos suficiente dinero para mantenernos a las dos. Nos moriríamos de hambre antes de fin de mes. Yo me quedaré aquí —añadió, y se sentó a los pies de la cama con la expresión del condenado que aguarda la triste hora en que irá al patíbulo—. Seguro que, en prisión, no se está tan mal como imaginamos. Allí al menos me darán de comer; quizás unos mendrugos de pan y algo de agua.

—Madre...

—No... —Lanzó un suspiro—. No quiero que te apiades de tu pobre madre, que lo único que ha hecho en la vida ha sido cuidar de las dos. No... Es mejor que sigas tu camino y te olvides de mí. Así, al menos tendrás la oportunidad de poseer algún día un futuro.

—No diga tonterías, madre. Sabe a la perfección que no voy a marcharme a ningún lado sin usted.

Me había percatado, por supuesto, de que estaba representando el papel de mártir. Sin embargo, esa vez parecía no estar tan convencida de que, de mantenerme firme en mi propósito de marcharme de allí, no fuera a cumplir lo que decía.

Mi madre sonrió con tristeza cuando me arrodillé frente a ella. Entonces, situó una mano en mi mejilla y la acarició con dulzura.

—Eres una buena hija —me susurró.

Me quedé mirándola un largo rato mientras sentía cómo mi estómago se retorció en un pellizco.

—Lo lamento. —Ni siquiera sé por qué sentí aquella vana necesidad de disculparme. Quizá fuera el contemplar aquellos ojos desbordados por las lágrimas lo que me impulsó a hacerlo.

De pronto, noté que mis ojos también se humedecían, no por mi madre, sino porque sabía que había dado un gran paso, el mayor de mi vida, para después echarme atrás. Sentí cómo el fracaso me inundaba el pecho y palpitaba en mi interior. Y, aun así, fui incapaz de sentirme furiosa.

—Creo que deberíamos ir a dormir —sugerí mientras aparentaba un buen humor que estaba lejos de ser auténtico.

—Es una buena idea —respondió—. Seguro que mañana veremos todo este asunto con otros ojos.

Aunque dudaba de que un acto tan cotidiano como la salida del sol fuera a hacerme cambiar de opinión, asentí, me incorporé y me dirigí al armario para cambiarme. Entre tanto, mi madre se dedicó a buscar un lugar adecuado donde ocultar el pequeño alijo de cucharillas de plata. Aunque el asunto carecía de la más mínima gracia, casi sentí ganas de reír al verla investigar bajo el colchón, en el interior de los jarrones y al fondo del baúl que habíamos traído con nosotras desde Granada. Justo cuando acabé de colocarme el camisón, oí que unos nudillos golpeaban con férreo empeño nuestra puerta.

—¿Quién será? —me preguntó antes de cerrar el baúl.

Durante un segundo, imaginé que sería Hugo, hasta que mi madre abrió la puerta y descubrimos a la alta figura de doña Ana de pie ante el umbral.

—¿Qué desea? —le pregunté en tanto relajaba la musculatura de la espalda.

El ama de llaves contempló mi modesto camisón mientras, era probable, calculaba el escaso coste de aquel. Dirigió entonces la mirada a mi madre y le colocó en las manos una colcha y un par de toallas de lino dobladas con eficiencia.

—El señor me ha ordenado que la acompañe hasta su dormitorio, situado en las dependencias de la servidumbre.

—Creí que compartiríamos la habitación —dije desconcertada.

—Disculpe, señorita Claudia, pero eso es imposible. El servicio no puede ni debe permanecer en esta zona de la casa una vez concluida su jornada de trabajo. No estaría, de ningún modo, bien visto. Estoy segura de que doña Carmen lo entiende y de que no le importará compartir el dormitorio con Benigna. A la doncella le vendrá bien tener un poco de compañía.

—A la señorita Claudia no le gustan los lugares nuevos —intervino mi madre.

—Esta es una casa muy segura, doña Carmen. Siempre hay alguien vigilando los alrededores, da lo mismo que sea de día o de noche —dijo casi como si estuviera burlándose de las palabras de mi madre, antes de desviar la atención hacia el baúl—. Será mejor que le diga al mayordomo que suba y lleve su equipaje al nuevo dormitorio.

Mi madre intercambió una fugaz mirada conmigo. Ella estaba de pie junto a la cama y, mientras la veía pensar en algo que decir, no tardé en entender que su capacidad de improvisación se había esfumado. Era una circunstancia poco

habitual en mi madre, que siempre parecía tener la respuesta para casi cualquier cuestión. Aunque tuve la impresión de que estaba decidida a continuar discutiendo con el ama de llaves, me sorprendió cuando, al contrario de lo que yo había esperado, acabó aceptando la orden de la mujer.

Respiré hondo cuando ambas salieron por la puerta con paso firme hacia el corredor. Me quedé junto al umbral, tiesa como una momia, mientras me aferraba al quicio de la puerta para evitar que se me doblasen las rodillas. La situación estaba comenzando a desbordarme. Era consciente de que no iba a poder controlar a mi madre si se alojaba en la planta inferior. La conocía; por lo que sabía que era capaz de contarle a la criada cualquier disparate que se le pasara por la cabeza.

Me mordí el labio al pensarlo. Cada vez tenía más claro que hacerme pasar por una muchacha con la que había viajado unas pocas horas era un tremendo error. Aduñarme de esa vida había sido bastante fácil, pero mantener la mentira se complicaba cada vez más.

De pronto, me sentía demasiado asustada y patética para poder pensar con claridad.

—¿Sabes una cosa, Bunico? Diga lo que diga mamá, deberíamos largarnos de aquí antes de que la poca suerte que aún nos queda nos dé la espalda —dije al mirar al gato después de que el mayordomo se marchara de la habitación y se llevara el baúl consigo. No habían transcurrido ni dos minutos cuando oí que volvían a aporrear la puerta.

Resignada, cerré los ojos y agité la cabeza a los lados al tiempo que rezaba para que esa noche acabase de una vez por todas.

—¡Un momento! —solicité mientras tomaba una mantilla del armario.

Tras situarla sobre mis hombros, me apresuré a ver quién era.

—¡Maldición! —Traté de cerrar al ver a Hugo apoyado en el umbral, pero su pierna se movió tan rápido que no tuve tiempo de hacer nada más que distinguir cómo interponía un pie entre la puerta y el marco. El peligro centelleó en sus ojos mientras me observaba con aquella media sonrisa de satisfacción tan suya en los labios. Por su expresión, entendí lo mucho que disfrutaba de todo aquello.

Solté el aire retenido en los pulmones.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Es mi casa, es natural que pasee por donde me plazca.

—¿Sabe tu padre que estás en mi dormitorio?

—¿Quieres bajar a decírselo? —Sonrió con suspicacia—. Seguro que le encantará saber por qué estoy aquí.

—Estás aquí porque eres un insolente.

—¿Y tú?

—¿Y yo, qué?

—¿Por qué estás tú aquí?

—A diferencia de ti, estoy porque no me queda más remedio.

—Claro... —replicó—. ¿Y hasta cuándo piensas honrarnos con tu presencia?

—¿Me estás preguntando cuánto tiempo vas a tener que aguantarme?

—Sí, eso mismo estoy preguntando.

—No te preocupes, me marcharé de aquí en cuanto pueda hacerme cargo de las propiedades de mis padres. Así que ya puedes quedarte tranquilo. Me perderás de vista antes de que te des cuenta.

—Me alegra saberlo.

—Oh, y a mí, créeme. —Simulé una sonrisa mientras ambos nos medíamos con la mirada.

—¿Estás retándome?

—Si lo hiciera, lo sabrías.

—Eres muy dura...

—No lo sabes bien tú.

—Ni nadie, por lo que parece —replicó con ironía.

—Dime una cosa, Hugo. —Arqué una ceja, dubitativa—. Ha sido cosa tuya, ¿verdad?

—¿Qué cosa?

—¡Lo sabes a la perfección! —exploté—. Has ordenado que cambiaran a doña Carmen a otra habitación.

—¿Tanto te importa?

—Lo cierto es que sí.

—Pues, entonces, lamento decirte que vas a tener que seguir, de aquí en adelante, sin ella.

—No puedo creer que estés haciéndonos esto.

—Dime quién eres y quién es la mujer que he enviado abajo; entonces, puede que cambie de opinión.

—Te lo repito: doña Carmen es mi dama de compañía.

—Sí, claro... —se mofó.

—Ni siquiera sé por qué hago esto... —mascullé, me quité el colgante que me había entregado Claudia y le mostré las fotografías de los progenitores de ella—. Si no soy tu prima, ¿puedes explicar por qué tengo esto?

Hugo frunció el ceño al contemplarlas.

—No quiero ni pensar en cómo lo has conseguido.

Lo miré con asombro.

—¿Qué?

—Nunca tuve constancia de que mi prima fuera albina.

—¿Cómo ibas a tenerla? Yo ni siquiera sabía de tu existencia hasta esta misma tarde.

—¿Esperas que crea eso?

—No, por supuesto que no lo espero. Eres demasiado testarudo y mal pensado como para creer en algo que no sea en tus propias teorías sin fundamento.

Nos miramos el uno al otro, directo a los ojos, en silencio, como si alguien nos hubiera ordenado callar.

—Caramba —exclamó Hugo de repente—, pero qué buena mentirosa estás hecha. Creo que olvidas que hablé con vuestro antiguo casero. Por eso... tengo fundamentos.

—Ese hombre es un mentiroso.

—¿Admites, entonces, que era vuestro casero?

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—Oh, vamos, admítelo. Seguro que no es la primera vez que tú junto a esa mujer que te acompaña haces esto.

—Si tan seguro estás, ¿por qué no nos delatas?

—Porque así es más divertido.

—¿Eso es en lo único que piensas? ¿En divertirte?

—No. Por lo general, también pienso en las mujeres.

—Entonces, será mejor que te busques una cupletista con buenas curvas y poco dinero. Seguro que, en Madrid, hay unas cuantas que harían lo que fuese necesario por tener a un hombre como tú en su lecho.

—¿Es una proposición?

—Sí, para que te esfumes.

—Ya me lo había imaginado. —Resopló.

—¿Quieres algo más? —Tragué saliva y lo invité a marcharse.

—Tu corazón en una bandeja. —Me observó con fijeza—. Eso, claro está, si es que tienes uno.

Me quedé con la boca abierta.

—¡Claro que tengo uno! —exclamé, sin saber bien qué responder.

—Permíteme que lo dude. Se ha de ser muy fría para tratar de seducir a un pobre viejo como don Carlos.

—Tu padre no es...

—Mi padrastro —rectificó.

—¡Lo que sea! —respondí—. Don Carlos no es ningún viejo. Sabe bien lo que hace.

—Es lo bastante mayor como para no darse cuenta de tus artimañas, bonita.

Sus ojos se clavaron en los míos como si trataran de adivinar mis pensamientos.

—Bien, pues, mientras esperas tener mi corazón en esa bandeja, ¿deseas algo más? —reiteré en tanto notaba que un ligero temblor se apoderaba de mis dedos.

—No —dijo mientras sus labios se torcían en una maliciosa sonrisa.

—Entonces, buenas noches.

—Voy a divertirme de lo lindo al averiguar todo sobre ti.

—Mucha suerte —le deseé antes de cerrarle la puerta en la cara. Sin embargo, cuando me dispuse a echar el cerrojo, se me encogió el corazón al comprobar que la llave había desaparecido del picaporte.

—¡Maldito sea! —gruñí, y abrí otra vez.

Hugo, apoyado en el umbral, situó la llave a solo dos centímetros de mi nariz. Cuando intenté tomarla, hizo un rápido movimiento con la mano y la ocultó en el interior de su puño.

—¿Has blasfemado? —inquirió con sorpresa fingida.

—¡Devuélvemela!

—Las buenas chicas no blasfeman. —Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Está claro que no conoces a muchas buenas chicas. —Lo observé, impotente.

—Será porque prefiero a las malas —repuso con tranquilidad—. Esas sí que saben divertirse.

—¡Qué cara dura estás hecho! Quiero que me des la llave. ¡Ahora mismo!

Durante el silencio que se produjo a continuación, creí ver la vacilación en su mirada. No obstante, comprendí que estaba tomándome el pelo cuando, transcurrido un instante, sus labios se curvaron con lentitud hacia arriba.

—Mejor no.

—Escúchame bien —le advertí al tiempo que aplastaba la punta del dedo índice contra el fuerte pecho que se ocultaba tras su corbata—: No puedes dejarme en este dormitorio con la puerta abierta. ¿Lo entiendes? ¡Podría entrar cualquier empleado y darme un susto de muerte!

Hugo se mantuvo en silencio un segundo antes de asentir.

—En eso, estás en lo cierto.

Aliviada al pensar que por fin comprendía la situación, solté un largo suspiro.

—¡Al fin entras en razón!

Cuando, de improviso, vi a Hugo agarrar el picaporte y tirar hacia él, me quedé contemplando la puerta cerrada con cara de tonta, incapaz de creer nada de lo que estaba ocurriendo.

—No puede ser —mascullé mientras trataba de girar el picaporte—. ¿En serio? ¿Esto es lo único que se te ocurre? ¿Encerrarme en el dormitorio?

Lo que me habría gustado dar una patada a la puerta y gritarle que me dejara salir, solo Dios lo sabe. Sin embargo, al discutir a viva voz, lo único que hubiera logrado habría sido alarmar a todos los ocupantes de la casa. Y, a juzgar por cómo estaban desarrollándose las cosas, quizá fuera eso mismo lo que Hugo andaba buscando.

Sofiqué un gruñido de frustración; luego hice una mueca con la cara, como si estuviera a punto de echarme a sollozar. No obstante, me contuve al comprender que hacerlo no me serviría de nada. Entonces me pregunté cuánto tiempo transcurriría antes de que Hugo me dejase salir. Podían ser minutos... O quizá horas.

El deseo de llorar volvió a inundarme.

En cualquier caso, a la mañana siguiente, iba a tener que idear una buena explicación que aclarase por qué estaba encerrada. Perder la llave dentro de la habitación era, de por sí, algo bastante difícil, pero cerrar desde fuera era, por supuesto, imposible.

Caminé hacia el tocador y agarré la silla sobre la que esa mañana había estado sentada mientras mi madre me peinaba. Tras apoyarla bajo el picaporte y trancar con ella la puerta, me metí en la cama. Sin embargo, no me atreví a sofocar la llama que refulgía en el interior de la lamparilla hasta pasada la medianoche.

En el instante en que la habitación quedó por completo a oscuras, deseé con toda el alma que las cosas volvieran a su cauce. Deseé estar aún en Granada, en la fiesta de los Aguilar, mientras me paseaba con el perfume barato del fracasado don Cosme. Pero, sobre todas las cosas, deseé no haber conocido nunca a Hugo Garrido Luján. Entre él y yo, ya no solo se interponía mi posición social, sino también nuestro carácter. Su carácter, más bien.

Envuelta en aquellos pensamientos, con el peso del cuerpo de Bunico sobre mis pies, me quedé dormida.

CAPÍTULO 4

A eso de las cinco de la mañana, mientras la casa estaba aún sumida en sombras y silencio, me despertó el tintineo de una llave que se abría paso dentro del picaporte. Me incorporé ligeramente en la cama y aguardé callada. Cuando mis oídos alcanzaron a oír el eco de un segundo clic, alto, metálico y claro, abrí los ojos por completo y abandoné el lecho de un salto, demasiado nerviosa para continuar durmiendo.

De pie frente a la puerta, retrocedí un paso al pensar que podría abrirse de pronto; esperé a ver qué ocurría. Sentí que una gota de sudor se deslizaba en mitad de mi agitado pecho.

—¿Hugo? —inquirí entonces con un hilo de voz.

Al otro lado de la puerta, resonó una profunda risilla.

—¡Serás insolente! —Me remangué el camisón hasta las rodillas, tomé una almohada de la cama y la lancé con todas mis fuerzas contra la puerta cerrada. Luego, inspiré una honda bocanada de aire en tanto trataba de recuperar la calma. Podía imaginar cómo se burlaba de mí en aquel corredor y disfrutaba de tenerme a su merced: no pensaba darle esa satisfacción.

Dudé un instante, pero al final aparté la silla a un lado y salí del dormitorio.

—¡Hugo! —lo llamé con un susurro tras echar una rápida mirada al corredor desierto. Cuando retrocedí para regresar adentro, el crujido en el entarimado reveló que alguien bajaba por las escaleras.

Mientras le ordenaba a mi corazón que fuera más despacio, se me ocurrió que podía ir tras él para arreglar aquel asunto. Lo habría hecho si, al desviar la mirada hacia la cerradura, no me hubiese sentido incapaz de hablar.

—Sabía que lo harías. —Llena de frustración, resoplé al comprobar que, en el picaporte, no había ninguna llave. Aquello ratificó mi sospecha de que Hugo no iba a dejarme tranquila hasta que toda la verdad saliera a la luz.

Entré en el dormitorio y, al sentir que de pronto me abandonaban las fuerzas, me derrumbé en la butaca. El eco de las amenazas de él taladró de improviso mi cabeza.

—Muy inteligente. —Me quedé mirando pensativa a Bunico, absorta en el extravagante color de los felinos ojos, hasta que la insistencia del minino y los maullidos consiguieron sacarme de mi ensimismamiento.

—Sí, tienes razón, yo tampoco sé qué demonios hago aquí —le dije como si aquella pequeña bola de pelo me hubiese planteado la pregunta. Solté un suspiro de cansancio, me levanté de la butaca y arrastré los pies hasta la ventana, desde donde observé el paisaje que se extendía más allá del portón principal.

El lugar estaba rodeado de amplios campos de labranza y cepas de vid que se perdían a lo lejos, en mitad de un bosquecillo de limoneros y otros árboles frutales que fui incapaz de identificar. Entre aquellas verdes plantas, crecían tantos rosales que apenas habría sido posible pasear por ellas sin herirse con las espinas. Vi dos o tres casas, no muy grandes, y en el aire, suspendida a unos metros del suelo, vislumbré una densa nube de humo gris que levitaba sobre los trabajadores, fruto de la quema de rastrojos.

Me habría encantado estar allí con ellos para limpiar las cepas bajo el reverberante brillo de los primeros rayos de sol. Habría preferido cualquier cosa antes que estar atrapada en una situación de la que no sabía escapar.

El calor me subió a la cara y me ruborizó las mejillas. De modo que, cuando Benigna entró en la habitación, a eso de las ocho, con un cubo de agua caliente en cada mano, no pude evitar avergonzarme como si la muchacha me hubiese sorprendido mientras hacía algo que no debía.

—Perdón —se excusó y arrugó el ceño extrañada al verme de pie junto a la ventana.

—No se preocupe.

Benigna me observó con discreción entre las pestañas cobrizas mientras dejaba un recipiente en el suelo y, con la mano que tenía libre, empujaba un panel oculto en la pared. Después de inclinarse para tomar otra vez el cubo, la joven entró en una pequeña habitación con un paso torpe y acelerado, adecuado al peso que portaba en las manos.

Fui detrás de ella y me quedé maravillada al descubrir que se trataba de un cuarto de baño. Nunca antes había visto uno que no fuera comunitario, mucho menos uno que tuviese un retrete y una bañera juntos en la misma habitación. Estaba acostumbrada a los barreños de hojalata en los que apenas alcanzaba a caber un niño pequeño y a los prácticos lavamanos de loza.

Después de volcar los cubos en el interior de la enorme tina de hierro y de abrir los grifos para añadir agua fría, Benigna sonrió con timidez.

—Creí que aún estaría acostada, así que, cuando he visto que no estaba echado el cerrojo, me he tomado la libertad de entrar sin llamar. Espero que no le importe.

—Por supuesto que no —respondí.

Cuando Benigna terminó de preparar el baño, sacó unas toallas del pequeño armario y las situó encima de una banqueta que se encontraba junto a la bañera. Solo cuando todo estuvo a punto, el agua perfumada y las pastillas de jabón cerca de la tina, me di cuenta de que la muchacha esperaba de pie en un rincón en tanto aguardaba a que yo me metiese.

—Está bien, Benigna, puede marcharse.

La expresión de la criada cambió al momento.

—¿No va a necesitar que la ayude con la ropa?

Me la quedé mirando un instante, perpleja.

—A desvestirse —explicó ella.

La observación me hizo enrojecer hasta las orejas.

—Prefiero hacerlo yo misma —dije.

—Bien. Entonces, la dejaré sola. Pero, si me necesita, recuerde que no tiene más que tirar del llamador que está junto a la puerta, y estaré aquí en un instante. —Suspiró—. Entre tanto, iré a ver qué están haciendo en la cocina. Será mejor que muevan rápido los pies antes de que baje usted a desayunar.

—¿Y doña Carmen?

—Estará ayudando a la cocinera. —Se encogió de hombros, como si el dedicarse a más de una labor en aquella casa fuera lo más natural del mundo—. ¿Quiere que le diga que suba?

—Sí, si no le importa.

Una vez que Benigna salió por la puerta, clavé los ojos en la bañera.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, incapaz de reprimir un arrebatado de entusiasmo. Comencé a canturrear en voz baja mientras me quitaba el camisón y lo arrojaba al suelo.

En ese momento, recordé cómo me había sentido el día en que mi madre, llegada la Semana Santa, había comprado en la feria una enorme manzana bañada en brillante caramelo rojo y la había colocado en mis manos. Con la misma sensación de felicidad, me metí en la tina, sumergí la cabeza en el agua

e invité a mi mente a olvidarse de todo. El silencio no tardó en envolverme, acompañado de un relajante espejismo de ingravidez y aislamiento que supuso una merecida pausa. Las burbujas me cosquilleaban en las costillas en el lento ascenso a la superficie, mientras todo en mi cuerpo, huesos, músculos y tendones, empezaba a perder la rigidez.

Transcurridos unos segundos, oí la puerta. En ese instante, apoyé los brazos a ambos lados de la bañera y emergí del agua.

—Buenos días —le dije a mi madre cuando noté que rozaba mi hombro con una toalla—. ¿Por qué ha tardado tanto en subir?

—Buenos días.

Sobresaltada al oír la voz de Hugo, retiré con rapidez el jabón de mis párpados.

—¡Por todos los cielos! ¿Se puede saber qué haces tú aquí? —Lo aguijoneé con la mirada.

Sus ojos chispearon de diversión.

—Tienes un cabello muy bonito cuando está mojado —se mofó.

—¿Y no puedes darme tu opinión sobre mi pelo en otro momento? —Me sentí tan avergonzada que no se me ocurrió nada mejor que meter la toalla conmigo en la bañera y cubrirme el cuerpo con ella.

—Sí, supongo que el sentido de la oportunidad no es en realidad mi virtud.

—Entonces, vete.

—No te lo tomes a mal, pero, de momento, prefiero quedarme donde estoy. —Luego, al tiempo que me dirigía una mirada ladina, se acercó a la tina.

—Eres de lo que no hay en el mundo. —Me llevé al cuello los puños apretados mientras trataba de ocultar mejor mi cuerpo.

—¡Vaya! Incluso te ruborizas. —Rio—. Estoy impresionado.

—¡Vete de aquí! —le ordené.

—Dame una razón para que lo haga.

Temblé en tanto trataba de adivinar qué pensamientos le rondaban la cabeza.

—Creo que la razón es bastante evidente.

—¿Tú crees?

Sentí un escalofrío caminar por mis brazos cuando aquellos profundos ojos suyos me recorrieron de arriba abajo. La lujuria brillaba en ellos, y supe, con una certeza meridiana, que Hugo me deseaba.

—Te diré todo lo que quieres saber si te marchas —le prometí al reparar en que la toalla, empapada, empezaba a exponer a la vista las sonrosadas aureolas de los pezones.

—Lo que tú digas...

—Es una promesa —insistí empujada por la angustia.

—¿Y por qué iba a creerte? Hasta ahora, solo me has dado humo.

—¿Cómo dices?

—Que, hasta el momento, no has hecho más que contestar a mis preguntas con evasivas.

—Pero ¡si no has hecho otra cosa que insinuar tonterías! —En mi estado de alerta, tirité al observar el destello de picardía que mostró, en ese instante, su mirada. Entonces intuí que estaba maquinando algo perverso, pero no fue hasta que se arremangó la camisa hasta los codos que lo supe con total certeza.

—¿Qué vas a hacer? —me apresuré a decir—. ¡Estate quieto ahí!

Mientras se acercaba con lentitud a mí, yo no perdía de vista la puerta y le rezaba a todos los santos del cielo para que mi madre la atravesara en algún momento. Mis ojos se desviaron hacia el llamador que, minutos antes, me había indicado Benigna, y comprendí que, para tirar de aquel artilugio, necesitaría sacar la mitad del cuerpo de la bañera y exponer, por consiguiente, parte del trasero ante la mirada de Hugo.

En esos pensamientos andaba yo cuando, como si la situación no le causara ningún tipo de pudor o incomodidad, lo vi introducir una mano en la bañera para agarrar la manopla que flotaba en el agua. Acto seguido, el muy desvergonzado la deslizó sobre las burbujas de jabón, de modo que acabó rozándome las rodillas.

En la vida di un salto como el que pegué al notar el contacto de sus dedos contra mi piel. Después, se acuclilló para situar los ojos a la altura de los míos como si me invitara a decir algo.

Yo, con el vello de todo el cuerpo erizado, apreté con tal firmeza la toalla con los dedos que los nudillos perdieron del todo el color.

—No irás a chillar como una pobre muchacha indefensa —dijo con media sonrisa para burlarse de mí.

—No soy de las que se acobardan ante cualquier desvergonzado —musité en tanto trataba de que mi voz sonara estable a pesar del nudo que atenazaba mi garganta.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Ya creía que jamás en la vida sentiría más vergüenza que en ese momento en el cuarto de baño, rodeada de sol y volutas de vapor, cuando, de pronto, imaginé que él introducía aún más la mano en la bañera. Pese a todos los esfuerzos por alejar esos pensamientos de mi mente, sumergí la parte superior de las rodillas, que asomaban fuera del agua, brillantes y lechosas como la porcelana.

—Rogar para que haya en ti algo del caballero que pensaba que eras.

Hugo detuvo la mano y se quedó por completo inmóvil. Sus dedos parecieron vacilar durante una fracción de segundo.

—Mírame —ordenó.

Cuando lo hice, algo en sus ojos me provocó un estremecimiento.

—Nunca he dejado de ser lo que soy. ¿Puedes decir tú lo mismo? —añadió.

Tragué saliva cuando, sin esperar una respuesta, Hugo volvió a incorporarse, tomó una toalla y se secó las manos. Durante el tiempo que estuvo abotonándose el puño de la camisa, no pude distinguir en su expresión el mínimo atisbo de enfado o diversión.

—Las mentiras son cosa tuya, no mía —dijo—. Cuando decidas contarme qué es lo que ocultas, te entregaré la llave. Mientras tanto, la mantendré a buen recaudo y prometo no entrar nunca más en esta habitación sin ser invitado.

—Entonces, no volverás a pisarla jamás —determiné.

La mandíbula de Hugo se endureció, tragó el aire con una profunda inspiración y emitió una carcajada estrangulada.

—Quizá.

Estaba a punto de responder cuando distinguí la sombra de Bunico, que entraba a las corridas en el cuarto de baño y pasaba por debajo de las piernas de Hugo antes de esconderse detrás de la puerta.

—¡Madre de Dios! —Al intuir lo que se avecinaba, sumergí la cabeza en el agua hasta las orejas.

Al ver a Hugo, mi madre dio un respingo. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, él le colocó en las manos la manopla, con lo cual le salpicó de agua y jabón el vestido y, tras desearle los buenos días, abandonó la estancia.

El rostro de mi madre perdió cualquier rastro de color.

—¿Qué estaba haciendo él aquí? —Vaciló antes de continuar hablando—. ¿Te ha...?

—¿Qué? —Me sonrojé hasta la raíz del cabello al adivinar el significado de la pregunta—. ¡No! ¡Claro que no! ¿Qué se ha creído que soy? ¿Una desvergonzada? Lo único que quería era hablar.

—¿Y no podía haber elegido otro momento? —bufó malhumorada.

—¡Oh, madre! ¿Podemos prescindir de esto? Lo último que necesito ahora mismo es que me dé un sermón sobre algo de lo que no tengo la culpa.

—Podrías haber cerrado con llave.

—Podría, si la tuviera.

Mi madre parpadeó, sin comprender a qué me refería.

—Ayer, después de que doña Ana viniera a buscarla, Hugo se presentó aquí y se la llevó con él.

—¿Permitiste que se la llevara?

—¿Me cree tan tonta?

—¿Para qué demonios iba a querer él la llave de tu dormitorio?

—Prefiero no darle vueltas a esa pregunta —respondí mientras salía de la bañera y envolvía mi cuerpo en una toalla.

—Oh... —Contuvo la respiración al tiempo que sus ojos adquirían el brillo y tamaño de dos platillos de café.

—Exacto —dije yo, antes de repetir su—: Oh.

—Pero... ¡si es tu primo! ¡Válgame Dios! ¿Cómo va a poder pensar siquiera en... en...?

—Quizá porque sabe que no somos parientes. Al menos, no en sentido literal —la interrumpí.

Su mano se le fue hasta el cuello, como si de pronto sintiera la opresión de una invisible soga alrededor de la tráquea.

—¿Qué quieres decir con eso de que no es tu pariente?

—Pues que Hugo no es hijo natural de don Carlos, sino de su difunta esposa. Por lo demás, no sé si en realidad lo sabe o si solo intuye que no tenemos nada que ver con su padrastro. Lo que está claro es que habló con nuestro antiguo casero, y eso sí que podría suponer un problema.

—¿Y cómo podía saber dónde vivíamos?

—Porque él y yo ya nos habíamos visto antes de que nos encontrásemos en la fiesta de los Aguilar —confesé.

—¿Lo conocías?

—Solo de vista.

—¿Y qué le contó ese chismoso?

—No ha querido decírmelo, aunque espero que no demasiado.

—Es probable que tengas razón, ya que nuestro casero sabía poco o nada sobre nuestras vidas. A ese tipo, solo le interesaban las pesetas que le pagábamos a principio de mes.

—Eso espero.

—¿Va a delatarnos?

—No lo sé, creo que no.

—¿Y?

—Y nada. —Me encogí de hombros—. En realidad, no tengo ni idea de lo que ese hombre piensa o no piensa hacer. En cualquier caso, lo único que cree saber es que usted y yo no somos en realidad quienes decimos ser. Lo cual no es mucho, gracias al cielo, aunque sí lo suficiente para acusarnos con todo derecho.

Por primera vez, tuve la sensación de ser yo, y no ella, quien llevaba las riendas. Simplemente, era una situación a la que nunca había llegado ella; un escenario al que nunca deberíamos haber llegado ninguna de las dos.

—Nos marcharemos esta misma noche.

—No —respondí—. No llegaremos muy lejos si pone al corriente a la autoridad.

—No puede acusarnos de haber hecho nada malo.

—Puede y lo hará si le damos la oportunidad.

—No tiene nada contra nosotras.

—¿Acaso cree que hacernos pasar por quienes no somos no es un delito? Me duele en el alma tener que decírselo, madre, pero ya le avisé que esto no iba a salir bien. Lo único que podemos hacer ahora es esperar hasta saber el paradero de Claudia Garrido y rezar por que, para entonces, no sea demasiado tarde. Solo ella puede sacarnos del embrollo en el que nos hemos metido.

—¡Jesús, Jesús! —empezó a balbucear mi madre en voz baja—. ¿Qué vamos a hacer...? Pueden transcurrir varios meses hasta que sepamos algo de esa muchacha. Cuando hablamos de esto, jamás se me ocurrió que todo se nos fuera a escapar de las manos de semejante manera.

—Pues bien, hemos metido la pata hasta la cadera; es un hecho, no una observación. Pero ya es inútil lamentarse. No nos valdrá de nada. Tenemos que tomarnos a Hugo muy en serio, madre —le advertí—. Si no lo hacemos, no me cabe ninguna duda de que no tendrá reparos en desenmascarnos delante de don Carlos.

—¿Y qué hay de él?

—Creo que esto le divierte demasiado para interrumpirlo sin más. Además, como ya le he dicho, no parece estar del todo seguro de que sus sospechas sean ciertas. Es como si nos estuviese poniendo a prueba.

—Ya sabía yo que ese hombre nos traería problemas, Eliza. Te lo dije en la fiesta de los Aguilar. Te dije que no te convenía, y está claro que no me equivoqué. A los tipos como estos, yo los veo venir de lejos.

—Bueno, reconozca que tiene razones válidas para hacer lo que hace. No actuaría del mismo modo si no me hubiera visto asomada a la balconada de nuestra vieja casa de Granada. Ninguna muchacha de buena familia se alojaría en un lugar como ese, a no ser que estuviese tratando de ocultar algo.

Ella se quedó en silencio durante un rato en tanto se apretaba las sienes con las yemas de los dedos. Luego, arrugó el ceño y clavó los ojos en mí, como acostumbraba a hacer cada vez que se le ocurría algo.

—¡Olvídese de eso! —exclamé al intuir que, en su cabeza, daba vueltas otra nefasta idea.

—Pero ¡si aún no sabes qué voy a decir!

—No, en eso tiene usted razón, y tampoco quiero saberlo.

—Oh, vamos, muchacha, escucha al menos lo que tengo que contarte.

Yo estaba tan nerviosa que las palabras no acababan de formar una frase coherente en mi cerebro.

—Quizá deberías centrar tus esfuerzos en él, y no en don Carlos —sugirió.

Dudé con seriedad de lo que acababa de oír.

—¿Y ahora quiere que seduzca a Hugo? —Tragué saliva—. ¿De verdad?

—Bueno, tal vez sea lo mejor.

—¿En serio lo cree tan idiota? —Bajé la voz—. Porque a mí no me lo parece, madre. De verdad que no lo considero tan estúpido como para picar en ese anzuelo.

—Oh, sí. Sí que lo es.

—Creo que esta vez se equivoca, madre.

—¿Y qué podemos perder?

—Deberíamos evitar meternos en más problemas. Eso es lo que deberíamos hacer. —La miré.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Que nos quedemos de brazos cruzados hasta que ese hombre deje de divertirse con todo esto?

—Y, dígame, ¿qué otra opción nos queda?

—Podríamos seguirle el juego.

—¿Cómo?

—Solo conozco una manera de mantener vivo el interés de un hombre.

—No voy a convertirme en una prostituta, madre, si eso es lo que insinúa.

—¡Qué bobadas dices! Solo digo que deberías fingir un poco más de fascinación por él. Es normal ver a las jóvenes coquetear con los caballeros; en ningún caso, eso es propio de las mujeres de mala vida. Ocurre todos los días: las madres exponen a sus hijas en las fiestas como si fueran meros trozos de carne para buscar el mejor partido.

Por supuesto, sabía que tenía razón. Aun así, la idea de pavonearme ante Hugo me resultaba inaceptable. Podía apostar diez pesetas a que no iba, en ningún caso, a caer en la trampa. Hugo Garrido era demasiado inteligente para eso y demasiado peligroso para que yo me atreviera a jugar con él.

—Hugo no va a tragárselo.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—Maldita sea, niña —masculló mi madre—. ¡Es solo un hombre!

—No es solo un hombre, madre, es un caballero —la corregí—. Puede que esto lo divierta, pero no dude, ni por un momento, de que es una persona honorable y leal, tanto a su familia como a los intereses de esta casa. Si no lo fuera, ¿cree que nos habríamos limitado a hablar en el cuarto de baño? Ese hombre podría haberse propasado conmigo de haber querido, y nadie se lo habría impedido. Sobre todo si alberga la sospecha de que no soy más que una mentirosa sin una gota de su misma sangre en las venas.

—Muy poético —dijo al cruzarse de brazos—. De verdad, me parece muy bien que pienses así de él, pero estás olvidando todo lo que te he enseñado sobre los hombres.

—¿No irá a empezar otra vez con eso? —farfullé entre dientes, harta de oír siempre lo mismo.

—Sí. —Situó una mano sobre mi hombro—. Te guste o no, ellos no ven o sienten las cosas como nosotras, Eliza. Más vale que lo aprendas de una vez por todas. Para los hombres, todo es blanco o negro, bueno o malo, dulce o salado. Nosotras, las mujeres, nos movemos más en el gris, en lo medio bueno y en lo ácido. Sabemos que hay más de un camino para alcanzar el mismo propósito y, cuando queremos a alguien, no nos dejamos llevar por la impaciencia. Pero si un hombre, caballero o rufián, quiere algo de una mujer, lo quiere de inmediato, no existen las medias tintas ni nada que podamos hacer para evitarlo. Pero hay algo que sí podemos utilizar a nuestro favor, y eso es nuestra inteligencia.

—Pues nos hará falta mucha para salir enteras de este embrollo.

—De ahí que quiera poner en marcha todos nuestros recursos.

—¿Qué recursos?

—Aún me quedan unas cuantas cosas que enseñarte.

—Espero que no sean muchas. Ya no me quedan fuerzas ni voluntad.

—Más de las que piensas. —Me dio unas palmaditas en el brazo—. Pero, de momento, lo único que haremos será darle un poco de lo que anda buscando. Dime, ¿continúas confiando en mí?

Alcé la mirada y solté un suspiro. Me había vencido, ¿para qué negarlo? Ella conocía a los hombres mucho mejor que yo. A decir verdad, mi experiencia con ellos se reducía a los coqueteos ensayados que gastaba durante las fiestas a las que don Cosme nos enviaba. De modo que poco iba a

poder añadir si quería que mi madre cambiase de idea. Por lo visto, la respuesta a lo que debíamos hacer era sencilla, como todas las soluciones que por lo general se nos escapan. Los hombres eran, al parecer, una especie extraña, visceral e impulsiva, que se dejaba llevar por los deseos, más allá de la moralidad. La única situación en la que una mujer podía imponerse a ellos era al seguirles el juego y hacerles creer que, con el tiempo, alcanzarían el objetivo que anhelaban.

—Parece que, cuando las cosas están mal, tienden a empeorar aún más — pensé en voz alta.

—No te preocupes, mi niña —comentó ella en tanto situaba su cálida mano en mi mejilla—. Siento haberte hablado con tanta dureza, pero es la única manera de que entiendas.

Aquellas palabras me hicieron sentir como si hubiera hecho algo de lo que tuviera que arrepentirme.

—Tienes que dejar de rebelarte y hacer caso de lo que te digo —continuó—. Sé que es difícil, que habrá sorpresas más o menos desagradables, pero debemos intentar hacer todo lo posible para superar los obstáculos e inconvenientes que se nos coloquen por delante.

—Tengo la sensación de que, en los últimos tiempos, son demasiados.

—Somos fuertes, Eliza, mucho más de lo que crees. Si la vida nos da limones, hacemos limonada; y, si nos regala paja, construimos con ella los ladrillos de una casa.

Le apoyé una mano en el brazo con suavidad.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué dudas de ti misma?

—No lo sé.

Mi madre me agarró de la mano y tiró de mí hacia el espejo. El reflejo me devolvió una imagen de mí misma pálida y temblorosa, con solo una toalla alrededor del cuerpo y los cabellos adheridos a la frente. De pronto, pensé en lo poco que era.

—Mírate —ordenó mientras apartaba los mechones rubios de mi rostro y sujetaba mi barbilla en alto—. Eres joven y hermosa, Eliza, capaz de encandilar a cualquier hombre que te propongas con solo el raro color de esos ojos tuyos.

—Estoy demasiado delgada —alegué al tiempo que trataba de apartar la mirada—. Y blanca como un espectro.

—Cierto —aceptó con serenidad y me ladeó el rostro de nuevo hacia el espejo—. También eres bonita y delicada como una muñeca, algo que valora mucho un hombre. Pero lo más importante, mi vida, es lo que tienes aquí dentro.

Mi madre apoyó un dedo en mi frente y luego añadió:

—Eres lista, Eliza, mucho más de lo que yo alcanzaré a ser jamás.

—Si fuera tan lista como dice, no estaríamos ahora metidas en este lío —objeté en tanto me apartaba del espejo.

—Sabes que no estamos en este embrollo por tu culpa, sino por la mía.

—E, incluso así, me pide que me involucre en un problema aún mayor.

—Es por nuestro bien, Eliza. ¡Piénsalo! Eso nos proporcionará algo más de tiempo hasta que tengamos noticias de Claudia Garrido.

Me aparté de ella, avancé hacia la ventana y observé los viñedos a través del cristal mientras pensaba en la realidad que encerraban esas palabras.

—¿Se da cuenta de cómo podría llegar a terminar esto? —pregunté sin mirarla—. Hugo es un hombre inteligente, no debemos menospreciarlo. No me gustaría acabar metida en una cama que no sea la mía. ¿Comprende a lo que me refiero?

—Lo comprendo, y no vamos a dejar que eso suceda.

—Dígame, madre —comencé a decir al tiempo que me volvía hacia ella—. ¿Cómo se supone que vamos a lograrlo?

—Con paciencia —respondió—. Y con esto.

Me quedé mirando el frasquito de cristal que extrajo del bolsillo de su falda.

—¿Qué es eso? —pregunté confusa—. ¿No estará pensando en envenenarlo?

—¿Estás loca? —respondió—. ¿Crees que tu pobre madre es un monstruo? Solo es láudano.

—Láudano... —repetí en voz baja.

—Así es —susurró—: Láudano. Úsalo con moderación y solo si ves que la cosa se descontrola; hará que Hugo se quede dormido como un bebé en pocos minutos.

—¿Puedo saber cómo lo ha conseguido?

—Se lo quité a Benigna. A la pobre, le cuesta conciliar el sueño, y toma dos gotas de esto todas las noches. Pensé que podría usarlas con doña Ana y colarme en la casa para echar un vistazo en las habitaciones de la planta superior mientras todos duermen, pero, en vista de los últimos acontecimientos, creo que las necesitarás más que yo.

—¿Serán suficientes?

—Para Benigna, desde luego que sí. Apenas las ingiere, esa doncella se queda dormida como un lirón. Sin embargo, es posible que ese hombre necesite una dosis más alta.

—Me imagino que, en estos momentos, no tengo una opción mejor. —Emití un suspiro profundo.

—¿No irás a echarte atrás?

Pensé un momento.

—No —reconocí en tanto contenía las ganas de decir todo lo contrario. ¿Se podía ser más insegura?, pensé con pesimismo.

Un segundo después, supe que sí, que era posible. Lo deduje al notar la tibia palma de la mano de mi madre, apenas ahuecada sobre mi mejilla, cuando sus ojos me miraron con ternura y su gesto se dulcificó. En ese instante, lo vi claro: entendí que haría lo que ella me pidiese con tal de sentirme inundada de su afecto.

Tan pronto como supo que había vuelto a vencerme, apartó la mano de mí y avanzó con paso firme hacia el armario. A veces, no sé muy bien por qué, su comportamiento resultaba demasiado frío. Era difícil ver que mantuviera durante mucho tiempo un mismo estado de ánimo, algo que, por lo general, lograba desconcertarme.

—Deberías usar esto —dijo un instante después mientras situaba un vestido junto a mí.

No sabría decir si me sentía más triste que furiosa; puede que ambas cosas. No con mi madre, por supuesto. Con ella, era incapaz de enfadarme. Sin embargo, creo que el problema radicaba en que sentía aquellas cosas hacia mí misma y hacia mi falta de voluntad. Porque, para ser honesta conmigo misma, diré que era por completo consciente de que me faltaba el carácter necesario para hacerle frente, si bien también me consolaba saber que cualquier hija

habría actuado como yo de haber estado en mi lugar. Yo no era una excepción. En aquellos años, nadie imponía sus propios juicios o trataba de enfrentarse a sus padres.

Me recosté en la cama y clavé la mirada en el techo mientras la oía revolver entre los cajones. Me estaba convirtiendo de manera irremediable en cómplice de sus fechorías. Eso era lo peor de todo: que lo sabía y era incapaz de hacer nada.

Casi como un artilugio de esos a cuerda, me vestí y me calcé con los zapatos que mi madre había situado a los pies de la cama. Durante el rato que ella estuvo ahuecando mis cabellos en torno al relleno de crepé que el peinado requería, mi mente no dejó de dar vueltas a todo lo que nos había ocurrido los últimos días. Sentí como si la cabeza me fuera a estallar de un momento a otro. Necesitaba un poco de aire fresco, salir de aquella casa y caminar hasta caer, demasiado agotada para pensar en lo que estaba haciendo. De modo que, sin imaginar cuál sería la reacción de mi progenitora, le hice saber mi intención de dar un paseo por los alrededores de la casa. Aunque, en un principio, no dio muestras de haberme oído, cuando acabó el recogido, observó mi imagen en el espejo y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Trata de no alejarte demasiado. —Luego, sin decir una palabra más, salió de la estancia.

Un rato después, abandoné el dormitorio y me dirigí al vestíbulo, donde hallé a un par de trabajadores que daban lustre, con un sucio trapo, a las dos imponentes piñas de madera que dominaban los pilares del primer tramo de escaleras. A medida que me aproximaba, advertí cómo el muchacho de menor edad chasqueaba la lengua contra el paladar para atraer la atención del otro, que, al verme, aminoró el movimiento de las manos para examinarme con el ceño fruncido.

Algo incómoda, aunque decidida a no rendirme, les di los buenos días, pero, para mi sorpresa, ambos giraron la cara al mismo tiempo y prosiguieron con el enérgico abrillantamiento del pasamano de madera como si no me

hubiesen visto.

Resoplé para mis adentros, terminé de bajar la escalera y me detuve en el recibidor para echarme un vistazo en el espejo. El corazón se me paralizó al ver, detrás de mí, a Hugo, sentado a la mesa de la pequeña biblioteca que daba al vestíbulo. Por fortuna, parecía estar demasiado absorto en las páginas de un sinnúmero de libros de cuentas como para reparar en mi presencia. De modo que, segura de que no me había visto, me acerqué de puntillas a la puerta principal y descorrí con lentitud el cerrojo para tratar de no hacer ruido.

Ya casi lo había logrado cuando un fuerte carraspeo sonó a mi espalda. Giré con un salto, y el corazón me latió a toda prisa cuando vi a Hugo en mitad del vestíbulo, quien me observaba con aquellos feroces ojos de color verde que parecían tener el poder de leerme el alma.

Llevaba un pantalón marrón y una camisa blanca remangada hasta los codos. Era la primera vez que lo veía con un atuendo tan informal, aunque tendría que haber sido ciega para no darme cuenta de que Hugo Garrido era un hombre guapo en cualquier circunstancia.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

Como si una vez más hubiese leído mis pensamientos, se acercó, me dedicó una sonrisa torcida y abrió la puerta. Sus ojos verdes brillaron divertidos cuando respondí al gesto con una ligera inclinación de la cabeza para darle las gracias. A pesar de que había momentos en los que Hugo conseguía exasperarme, decidí ignorarlo y continué mi camino hacia el patio principal al tiempo que trataba de actuar como si nada fuera de lo normal hubiese ocurrido. Sin embargo, mi corazón loco sabía que eso no era cierto. Lo notaba sufrir con cada latido en mi pecho, con cada espasmo y con cada respiración. Algo dentro de mí estaba cambiando, tal vez desde la primera vez que vi a Hugo, en Granada, algo que parecía estar rompiéndose con lentitud en mi interior.

—Prima Claudia.

Detuve los pies y me quedé inmóvil bajo las sombras de los viejos madroños que crecían alrededor del patio. No pude evitar temblar, encogida por el miedo.

—¿Qué ocurre? —pregunté al volverme.

Él se acercó a mí, alargó la mano y me entregó una vieja pamelita de paja. Lo miré con desconfianza, por lo que Hugo hizo un movimiento con la mano para que agarrase el sombrero. Por completo confundida, acepté el ofrecimiento y lo situé en mi cabeza sin ningún tipo de ceremonia.

Su expresión grave se suavizó un poco, su mandíbula inferior se relajó, y pronto me di cuenta de que estaba intentando contener la risa.

—¿Qué te ocurre ahora? —dije contrariada.

—Pensaba que todas las mujeres sabían colocarse un sombrero, pero ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba —respondió.

—Te das cuenta de lo insufrible que puedes llegar a ser, ¿verdad?

—En realidad, eres la única mujer a la que se lo parezco.

—Las mujeres de hoy en día deben de estar muy sordas —refunfuñé mientras retomaba mi paseo.

—Bueno, pero, por fortuna, no son ciegas —respondió con tranquilidad—. Ya sabes, un guiño por aquí... un beso por allá...

—Deja que te recuerde que ya he probado esos besos a los que te refieres, y no creo que sean para tanto —le dije al tiempo que aceleraba el paso.

—Quizás. —Encogió los hombros—. O quizá necesites repetir. La mayoría de las cosas no se disfrutan como es debido la primera vez.

Solté una carcajada breve pero aguda.

—Seguro... Dudo de que ese sea mi caso.

—Pequeña mentirosa... —se burló.

—Eso es muy desconsiderado, primo.

—¿Más que hacerte pasar por alguien que no eres?

—¿Piensas acompañarme todo el rato? —Lo miré de soslayo.

—Sí, bueno, si insistes...

—¡Yo no insisto en nada! —repliqué, a punto de perder la paciencia—. Lo único que quiero es que me dejes tranquila y que regreses a casa. Seguro que a doña Ana le disgustará que seamos dos los que nos saltamos esta mañana el desayuno.

—¿Estás diciendo que no has desayunado?

—No me hace falta.

—Creo que ambos deberíamos regresar —dijo.

—Me mantengo alejada de don Carlos. Ese es el trato, ¿recuerdas?

—El trato no incluía que murieses de hambre.

—Bueno, mi corazón en una bandeja tampoco es una perspectiva mucho mejor que digamos. Además, estoy acostumbrada a pasar hambre. No creo que saltarme el desayuno vaya a suponerme una molestia aún mayor que hablar contigo.

La risa de Hugo me tomó por completo desprevenida. No había llegado siquiera a la puerta de carrozas que conducía a la calle cuando me detuve al darme cuenta de mi error. Me había tendido una miserable trampa y, sin lugar a dudas, había obtenido la reacción deseada.

—Así que, en realidad, no tienes un real en el bolsillo.

—No en verdad. Se supone que don Carlos es el albacea del testamento de mis padres, aunque no comprendo aún por qué —objeté—. Además, si te hubieses colocado alguna vez un corsé, te aseguro que a ti también se te habría ido el apetito.

—Eso es cierto —reflexionó.

—Por otro lado... ¿qué importancia tendría si fuera cierto? —Giré para mirarlo—. Quiero decir, ¿acaso una peseta más o menos en el bolsillo me convierte en mejor persona?

—Al contrario. Te aseguro que aborrezco a las mujeres que se creen dueñas del mundo tan solo por haber nacido entre algodones.

—Sí... claro... —respondí, un poco escéptica.

—¿Acaso crees que mi familia ha nadado siempre en la abundancia? —dijo Hugo—. Existen los hombres que se hacen a sí mismos, Claudia. No lo olvides cuando mires a los ojos a mi padrastro.

La situación, ya de por sí violenta, empeoró cuando se detuvo frente a mí, sonrió complacido y tiró del ala de mi pamea para situarla de manera correcta sobre mi cabeza. Luego, añadió:

—Si quieres dar un paseo, podemos hacerlo un poco más tarde. Seguro que será divertido. Pero, ahora, ambos regresaremos a casa como buenos primos y nos sentaremos a desayunar junto a los demás.

No contesté. Sabía que no se trataba de ninguna propuesta, sino de una orden en toda regla. Sin embargo, aunque estaba decidida a no dejarme manipular con tanta facilidad por los sentimientos que empezaba a experimentar hacia ese hombre, sabía que no era el momento de enfrentarme a

él. De modo que di media vuelta, me quité el sombrero y se lo estampé en el pecho con todas mis fuerzas antes de comenzar a caminar de nuevo hacia la casa.

—Muy inteligente de tu parte —dijo de modo animado.

—No te equivoques, Hugo. Si regreso, es porque empiezo a tener hambre. Puede que sea porque soportar tu cháchara me abre el apetito.

—Sí. —Lo oí suspirar—. Debe de ser cierto eso que dicen...

—No es que me importe mucho lo que digan o dejen de decir de ti, pero no es educado dejar una frase a medias.

—Estoy dispuesto a completarla a cambio de que tú me cuentes algo sobre ti.

—No eres lo bastante fuerte para soportarlo. —Suspiré.

—Pequeña provocadora... —dijo sin dejar de mirar al frente.

—¿Y bien? ¿Vas a contármelo, o pretendes que lo deduzca por mí misma?

—Está bien —respondió mientras se esforzaba en no sonreír—. Algunas jóvenes dicen que soy aún mejor cuando no hablo. —Cuando advertí su expresión divertida, se apresuró a añadir—: Seguro que sabes a lo que me refiero.

—Mujeres sin muchas expectativas, supongo —respondí, incapaz de mirarlo a la cara. Caminaba tan cerca de mí que casi podía notar el calor de su cuerpo a través de mis ropas.

—Y tú, Claudia, ¿cuáles son tus expectativas?

Estupefacta al oír la pregunta, clavé los pies en la tierra y giré el rostro para mirarlo, muda de asombro. Sabía que debía permanecer tranquila, pero el temor comenzó a roerme el estómago como una horda de hormigas hambrientas. No estaba preparada para responder a una interpelación como aquella, sobre todo porque nunca había pensado en mis propios deseos, más allá de las ansias de escapar del círculo vicioso de estafas y mentiras en el que me hallaba inmersa.

Me quedé absorta al mirar el brillo de sus ojos; un centelleo por completo amenazador. Por primera vez desde lo del beso en el corredor, nos encontrábamos cara a cara. Estábamos tan cerca que incluso fui capaz de advertir la caricia de su respiración en mi frente.

—Deduzco que no tienes muchas.

No admití ni negué aquellas palabras. Me daba cuenta de que Hugo tenía razón. Así que me limité a maldecir para mis adentros, di media vuelta y entré con rapidez en la casa. Deseosa de librarme del caos al que ese hombre me arrastraba, me dirigí sin detenerme al comedor. Allí, hallé a todo el mundo sentado a la mesa.

Cielo santo. Mi corazón latía tan deprisa que, por primera vez en la vida, pensé que iba a perder el sentido. De camino a mi silla, me detuve para servirme una buena taza de café, dos rebanadas de pan tostado y una pizca de miel.

—Vaya, Claudia, estás en verdad preciosa —exclamó don Carlos al verme, y luego clavó los ojos con aplomo en mi madre—. Creí entender que mi sobrina no bajaría hoy a desayunar con nosotros.

—Cuando la visité esta mañana, me dio la impresión de que estaba algo indispuesta —sostuvo mi madre mientras me observaba con el ceño fruncido.

—Es cierto que no me encontraba bien. —Sonreí—. En fin, supongo que lo único que necesitaba era tomar un poco de aire.

—¿Has ido a pasear? —preguntó don Carlos.

—No —dije en tanto evitaba mirar a Hugo, que había entrado en la habitación—. Por desgracia, no he tenido la oportunidad de caminar más allá del portón de carrozas.

—Seguro que, cuando lo hagas, te encantarán las vistas —garantizó don Carlos—. El viñedo que rodea esta finca es uno de los más bonitos de la región.

—¿Por qué siembran las rosas? —pregunté—. He visto que hay algunas plantadas entre las cepas.

—Es una buena pregunta —respondió Hugo a mi interés—. La razón por la que los agricultores plantan rosas en los viñedos es porque ambas plantas son susceptibles a contraer las mismas enfermedades. Sin embargo, la rosa, por lo general, es la primera en mostrar síntomas, por lo que los campesinos la consideran muy útil.

—He observado que hay blancas, rojas y amarillas.

—Los hombres utilizan los colores para reconocer la variedad de la uva; si es para vino tinto o blanco. No hay que olvidar que muchos de ellos, sobre todo los de mayor edad, no saben leer ni escribir —explicó don Carlos—. Algo que tu primo Hugo está empeñado en cambiar, a costa de mi dinero.

—Construir una escuela cerca de las viviendas de los empleados no es algo que vaya a arruinarte, padre —respondió Hugo mientras añadía un poco de leche al café—. Todo el mundo tiene derecho a una educación. Y es nuestro deber, como patrones de todo esto, proporcionársela.

Hugo dio un sorbo a la bebida mientras yo lo miraba con asombro. No dejaba de sorprenderme, y reconozco que me agradaba que lo hiciera. Me gustaba casi tanto como él. Eso es cierto. Como también lo era el vacío que sentía cuando no lo tenía cerca. No acababa de entender mi propio

comportamiento. Huir de él y, al mismo tiempo, echar de menos tanto su presencia como sus ojos verdes y profundos no era, que digamos, lo más natural.

—Claro, pero, hasta que opine lo contrario, el dueño de todo esto continuó siendo yo. Y es de mi bolsillo de donde sale el dinero que contribuye a financiar todas esas locuras tuyas —refunfuño don Carlos y, tras un instante de reflexión, me preguntó—: ¿Tú qué opinas?

—¿Por qué le preguntas a ella? —cuestionó Hugo al padre, sin perder en ningún momento la serenidad—. Claudia y doña Carmen llevan poco tiempo viviendo bajo nuestro techo. ¿Qué pueden saber ellas de todo este asunto?

—Creo que Hugo tiene razón, tío Carlos —contesté.

—Aun así, me gustaría oír tu opinión —insistió.

Un intenso rubor cubrió mis mejillas al advertir, por el rabillo del ojo, la esbelta figura de Hugo, que parecía aguardar mi respuesta.

—La educación no debería estar limitada a unos pocos que puedan costearla —dije—. Es importante que nuestros conciudadanos accedan con facilidad a ella. ¿Se imagina si, en vez de veneno para ratas, creyeran estar almacenando harina? O si, Dios no lo quiera, alguno de los trabajadores no supiera distinguir un cartel que indicara peligro de otro cualquiera.

—Mis hombres no son unos estúpidos —masculló don Carlos.

—No, pero es bueno trabajar para que, además, estén preparados para el futuro.

—Los años no harán que la viña cambie. Las uvas seguirán podándose al llegar el frío, cuando la luna esté en cuarto menguante; continuaremos pisándolas con los pies descalzos, como se ha hecho siempre en esta plantación y como seguirá haciéndose mientras la maldita filoxera de la vida nos lo permita.

—¿La filoxera de la vid? —pregunté con el ceño fruncido.

—El pulgón de la uva —tuvo a bien aclararme Hugo—. Una plaga que, de cierta manera, nos ha beneficiado.

—¿Cómo puede un insecto ser beneficioso? —pregunté.

—Empezó atacando las cepas francesas, por lo que el consumo de vino de esta región y de otras tantas de España se disparó en Europa.

—He oído algo sobre eso —recordé—. Hay agricultores que han injertado sus viñas en el pie de otras americanas y, con ello, según parece, han acabado con la plaga.

—¡Sorprendente! —exclamó don Carlos, impresionado por unos conocimientos en la materia que yo había adquirido, básicamente, al oír los debates que mantenían los agricultores en los puestos de frutas y verduras llegado el domingo, cuando mi madre y yo íbamos a comprar a los mercadillos—. Empiezo a pensar que mi sobrina es un diamante en bruto. ¿Sabes que también se le ha ocurrido que podríamos fabricar las fundas que envuelven las botellas?

—¡Vaya! Qué sorpresa... —respondió Hugo, que me miraba de soslayo.

—Bueno, no es cierto que se me ocurriese a mí —sostuve.

—¡Tonterías! Es a ti a quien se le ocurrió lo de levantar una pequeña fábrica textil. —Rio—. Estoy seguro de que tu contribución en este proyecto será impagable.

—¿Contribución? —Casi me ahogué al decir la palabra.

—Por supuesto —afirmó don Carlos con convicción—. He pensado que debes ser tú quien nos ayude con el diseño y el etiquetado. Seguro que se te ocurrirá alguna manera de que nuestro apellido continúe grabado en la botella a pesar de la funda.

Hugo me tomó la mano y depositó en ella un beso en una muestra de agradecimiento del todo artificial.

—Gracias, prima Claudia. No sé qué haríamos sin ti...

* * *

Un cuarto de hora más tarde, tras acabar la taza de café y las torrijas con miel que me supieron a gloria bendita, me dirigí a la biblioteca con la intención de elegir un libro para llevar conmigo durante el paseo que Hugo había frustrado un rato antes. La puerta continuaba abierta, por lo que me fue fácil deslizarme dentro de la habitación y echar un vistazo a los volúmenes que descansaban ordenados a la perfección en las estanterías.

—Creo que, los tomos de enología, los encontrarás un poco más arriba.

Hugo, junto a la entrada, exhibió una sonrisa torcida mientras me observaba con los ojos entrecerrados.

—Gracias, pero no me deseo leer nada sobre vinos o viñedos —respondí mientras lo veía caminar hacia mí con mucha calma, como si no le importara aquella invasión de su intimidad.

—¿No te molesta que haya entrado aquí sin tu permiso?

—En absoluto.

—Bien. —Lancé un suspiro.

—Sin embargo, admito que estoy bastante sorprendido.

—¿En qué sentido?

—Es obvio que sabes leer, e intuyo que también sabrás escribir —dijo mientras desplazaba la vista hacia los libros—. Según tu antiguo casero, no eras más que una pobre joven con pocos recursos, ni qué decir de doña Carmen.

—Y a mí me sorprende que pienses así, cuando eres el primero que está luchando para que, en este lugar, eso cambie —observé en voz alta—. ¿Sabes? Tal vez no seas tan duro como parece después de todo.

Hugo se recreó un instante en mi rostro, colorado por la irritación, y de inmediato se inclinó para depositarme un sonoro beso en la mejilla. Yo lo observé pasmada.

—Desvergonzada —se burló Hugo en tanto caminaba hacia la mesa.

—¿Cómo te...? ¡Pero si has sido tú quien me ha besado!

—No he visto que te quejaras.

—No seas ridículo, me has atrapado desprevenida. ¿Cómo quieres que reaccione? ¿Acaso crees que la gente va por ahí y me da besos así por las buenas todos los días?

—Espero que no.

Durante un instante, no supe si sentirme indignada, halagada o las dos cosas al mismo tiempo. No tenía ni idea de cómo debía tomarme las palabras de Hugo, así que opté por hacer lo más fácil: encogerme de hombros y aceptarlas.

—Supongo que, al venir de ti, eso es lo mejor que puedo esperar.

—Ya has oído a mi padre: por lo que a él respecta, no hay que esperar demasiado de mí.

—No sé cómo puedes pensar eso cuando tienes tantas ideas y cosas que hacer por los demás.

—Es todo un detalle de tu parte tratar de elogiarme, pero, en serio, no lo necesito. Lo único que ahora me vendría muy bien es que me dijeras, de una vez por todas, quién demonios eres en realidad. Si lo haces, prometo no enfadarme.

—No seas condescendiente conmigo. No soy ninguna boba.

De repente, Hugo dio un paso hacia mí.

—¿Por qué me has defendido antes, cuando mi padre ha cuestionado la utilidad de una escuela?

—No lo he hecho —confesé—. Tan solo me pareció una idea más que razonable.

En un abrir y cerrar de ojos, agarré un libro, a decir verdad cualquiera, y me encaminé hacia la salida. Pero, cuando estaba a punto de abandonar la biblioteca, Hugo empujó la puerta con el pie y la cerró.

—Muy bien —murmuré—. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

—No has respondido a mi pregunta.

—No he oído que formularas una.

—Tú y yo nos ahorraríamos tiempo si me dijeras qué has venido a buscar en esta casa. El hecho de que lleves ese libro en la mano solo contribuye a aumentar mi curiosidad; el de que lleves a mis tíos en el cuello, mi desconfianza.

—Y si te lo dijera, ¿qué harías entonces? —lo reté.

—Quién sabe...

—¿Piensas que soy una idiota?

—Ni en mil años.

—Si te lo dijera, no tardarías ni diez minutos en poner al corriente a la autoridad.

—¿Es una confesión? —dijo mientras se apartaba los brillantes cabellos de la frente.

—En absoluto.

—¿Es que planeas asesinar a alguien?

—¿Qué?

—Que si planeas...

—¡Sí, sí! ¡Ya te he oído! Haz el favor de no repetir esa estupidez.

Hugo me miró directo a los ojos.

—Has venido a robar —adivinó en tanto se situaba frente a mí y me acorralaba contra la puerta.

—No soy ninguna ladrona —aseguré y, tras arrepentirme al instante de haberlo dicho, me mordí el labio inferior. No era aquel un momento apropiado para mentir y sin duda tampoco para decir toda la verdad.

—¿Por qué llevas ese vestido? —preguntó de repente—. Creí haberte dejado claro que te alejaras de don Carlos.

—¡No me lo he colocado para tu padre! —exclamé, y me ruboricé al instante.

—Entonces, ¿para quién?

Sacudí la cabeza y me encogí de hombros para indicarle que no tenía ni idea de a qué se refería. Por supuesto, no iba a responder a eso. Hacerlo habría sido como lanzar piedras sobre mi propio tejado, que ya estaba lo bastante destrozado como para perjudicarlo aún más.

—Bien. —Hugo frunció el entrecejo y centró la mirada en mi boca.

La expresión de su rostro se volvió intensa, y no tardé mucho en empezar a notar que mi cara adquiriría el matiz de un tomate maduro. Fue en aquel momento, cuando vi el brillo en sus ojos verdes, que supe que estaba jugando conmigo. Estaba claro que Hugo sabía cómo ponerme nerviosa y, aún peor, lo poco que le costaría lograrlo.

—¿No creerás que me lo he puesto por ti? —Me carcajeé, convencida de que mencionar de alguna manera la verdad me sacaría de nuevo del apuro.

—En ningún momento se me se ha pasado por la cabeza que fueras tan estúpida como para intentar seducirme.

—Seducirte ¿a ti? —Resoplé—. Sería lo último que se me ocurriría en esta vida.

Hugo se acercó aún más a mí. Su boca, a escasos centímetros de la mía, se abrió de modo sensual. Cuando estaba convencida de que iba a decir algo, dio un paso hacia delante y me empujó contra la puerta. Mi cuerpo quedó entonces oculto por el de él. Al intentar apartarlo, Hugo atrapó mis labios y comenzó a besarlos una y otra vez. Con cada uno de aquellos besos, yo sentía la temperatura aumentar en mi interior, el corazón bombeaba la sangre cada vez más deprisa, y no tuvo que transcurrir mucho tiempo para que un súbito arrebató de pasión invadiera mi cuerpo por entero.

Noté su mano entre los pliegues de mi falda, y un hormigueo me recorrió la piel cuando descubrí que yo misma le permitía que separara mis muslos, acariciara mi intimidad, introdujera un audaz dedo en ella y friccionara el húmedo interior. Entonces, tensé los músculos y cerré las piernas, no sé si en un último esfuerzo por detener o retener su mano. Mi madre me había contado lo suficiente sobre los hombres para entender lo que ocurriría a continuación. Sabía lo que me costaría detenerlo a esas alturas. Quizá por eso me quedé tan sorprendida cuando fue el propio Hugo quien se apartó de mí.

—Entonces, será mejor que tengas cuidado con lo que te pones cuando yo esté cerca porque, querida, no respondo de lo que pueda ocurrir entre nosotros.

Dicho eso, Hugo me echó a un lado, abrió la puerta y se marchó.

Después de aquello, permanecí más de media hora encerrada en la biblioteca mientras me sentía la peor persona del mundo. Me mortificaba a mí misma por haberle permitido llegar tan lejos, y me inquietaba no entender qué tipo de fuerza se había apoderado de mi cuerpo para haberme impedido interrumpir aquella locura. Sentía una mezcla de disgusto y de vergüenza. ¿Qué clase de mujer era yo? De haber querido, él me habría tomado allí mismo, y yo no habría podido hacer nada para evitarlo.

Al comprender que no quería seguir pensando en ello, salí de la habitación y atravesé el patio a toda prisa.

Cuando oí pasos a mi espalda, me precipité hacia el portón de salida con el corazón desbocado y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo. En cuanto conseguí abrirlo, corrí y me detuve en seco junto a la calzada justo a tiempo para evitar acabar debajo de las ruedas de un carruaje. Los fríos ojos del cochero se encontraron con los míos durante una breve fracción de segundo.

—¡Vaya con cuidado! —me gritó con una mirada iracunda.

Apenas el carromato hubo pasado de largo, noté que una mano se aferraba como una garra a mi brazo y tiraba de mí con fuerza.

Admito que no me sorprendió encontrarme frente a frente con Hugo. De hecho, lo esperaba. Pero eso no impidió que me echara a temblar de pies a cabeza al advertir la ira que ensombrecía el embravecido verdor de sus ojos. Después de agitarme de un lado a otro de manera enérgica, de entre sus apretados dientes, brotó un reproche cuyo significado me fue imposible entender.

—¡Suéltame!

No me respondió. Era evidente que se sentía enojado de manera profunda. Estaba tan fuera de sí que era incapaz de entender u oír algo de lo que yo le decía.

—¿Qué haces? —insistí.

—¿Pretendes que te maten? —rugió.

—¿Estabas espiándome? —protesté.

—¿Qué?

—Que si me espiabas.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

—¡Mentiroso! —lo acusé.

—No me grites.

—¿Por qué me seguías?

—Porque estabas tratando de huir, ¿no es cierto? Te asusta que don Carlos descubra que no eres más que una embaucadora.

—¡Tú no sabes nada sobre mí! —grité al contemplar aquellos espléndidos ojos que me observaban enfurecidos—. ¡No te atrevas a juzgarme!

Hugo me soltó y retrocedió dos pasos. No obstante, daba igual lo lejos que se situara; su estatura y el tamaño de sus hombros continuarían sobrecogiéndome en cualquier parte o situación.

—Bien. Entonces, explícamelo.

Me quedé sin habla mientras lo veía arrugar el ceño y cruzarse de brazos.

—Vamos. Ánimo: cuéntamelo. Estoy esperando —añadió con cinismo.

—Soy tu prima —afirmé al tiempo que meneaba la cabeza antes de alzar la vista, exasperada—. Una prima que está empezando a cansarse de tus estúpidos juegos.

No aparté los ojos de él. Nunca había visto tanta ira, tanta rabia y frustración juntas en un mismo hombre. Aunque yo no dejaba de temblar, me negué a darle la satisfacción que ya había obtenido aquella mañana al colarse en el cuarto de baño, o el gusto de crearme vencida tras lo ocurrido en la biblioteca. Durante ese segundo, me pregunté si mi determinación sería el resultado de haber estado sometida todos aquellos largos años a las coacciones de mi madre.

En aquel momento, reparé en la presión que habían ejercido aquellos fuertes dedos en mi brazo y me estremecí ante la turbadora consciencia de mi propio cuerpo. El volumen de mis pechos crecía y disminuía con cada respiración de los pulmones. Comprendí que deseaba con fervor que Hugo me besara, que me rodeara entre los brazos y que me apretara con fuerza contra su pecho. Desprecié la voz que en mi cabeza me repetía, una y otra vez, que no debía permitirselo. Era justo aquella voz la que aún me mantenía cuerda, la que me advertía del lío en que me metería si iba más allá, si lo dejaba pasar aquella línea; la línea que moraba entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo bueno y lo malo, entre la verdad y la mentira. La misma línea que alejaba a Eliza Duarte de Claudia Garrido.

Parpadeé un instante para tratar de aclarar mi mente.

—Si estaba aquel día allí, en aquella casa de Granada, era por una buena razón —murmuré lo bastante alto para que él me oyera con claridad—. Conozco a esas dos mujeres de las que hablas, a las que se refería aquel casero. Son unas pobres diabras sin un céntimo en el bolsillo. Doña Carmen y yo solíamos ir con frecuencia a su casa para ayudarlas. Eso es todo.

—Y ahora resultará que eres una buena samaritana.

—No, no lo soy. Es más, soy una persona horrible. Si no lo fuera, me habría quedado con ellas en Granada. Al menos, allí se nos trataba con respeto, no como aquí. Aquí nadie lo ha hecho desde que llegamos. Nadie deseaba que viniéramos, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad —respondió Hugo.

—¿Puedo saber por qué?

—Ya es demasiado tarde para eso. Saberlo no te ayudará en nada.

—Puede que sí, o puede que no. Deja que sea yo quien lo decida.

—No creo que lo entiendas.

—Prueba.

Hugo se quedó pensativo unos segundos. Luego, clavó su mirada en mí.

—De ser en realidad Claudia, lo sabrías —aseveró.

—Sé que el tío Carlos y mi padre dejaron de hablarse antes incluso de que yo naciera. Por lo visto, ambos estaban enamorados de mi madre, y ella prefirió a mi padre.

—Una verdad a medias —afirmó.

Lo miré inquisitiva.

—Es todo lo que me contaron. Si hay algo más, yo no lo sé.

—Entonces, deberían haberte dicho que Natalia, tu madre, estaba a punto de contraer matrimonio con don Carlos el día en que tu padre y ella decidieron largarse a Córdoba para casarse allí en secreto.

—Lo estás inventando —contesté demasiado sorprendida para creerlo.

—No, no estoy haciéndolo.

Hugo me miró expectante, como si estuviera esperando saber cuál iba a ser mi reacción. No me agradaba hurgar en asuntos embarazosos que, además, me eran del todo ajenos, pero tampoco podía quedarme allí, como si nada, y dejar que él supusiera que no me importaba lo que acababa de confesarme.

—No... Yo no sabía nada. —Respiré hondo y lo miré.

—Aquello sucedió hace mucho. Sin embargo, tras el fallecimiento de mi madre, cuando yo tenía doce años, el único consuelo de don Carlos era saber que, transcurridos los años, el matrimonio de Natalia y mi tío no había sido bendecido con ningún vástago.

—Y entonces llegué yo...

—Sí —afirmó Hugo con seriedad.

—Después de lo que me has contado, entiendo que, en un principio, tío Carlos se mostrara reticente a albergarme bajo su techo. Sin embargo, eso no justifica el trato que doña Carmen y yo hemos recibido por parte del resto de los habitantes de esta casa.

—Bueno, quizá sí —apuntó Hugo.

—No lo entiendo.

—Cuando don Carlos supo de tu nacimiento, su carácter cambió de manera radical. Todos aquí lo notamos. Antes de eso, era un hombre vivaz y lleno de energía, pero, tras la noticia de que Natalia y el hipócrita de mi tío habían logrado al fin su deseo de ser padres, él se sumió en un estado de tristeza del que le costó un infierno salir. Se volvió arisco, se quejaba por todo y de todos. Los trabajadores de esta casa tuvieron que soportar día tras día su mal humor; algunos acabaron abandonándonos para ganarse la vida en otra finca.

—Y culpan de eso a mis padres.

—Exacto.

—Vaya. —Suspiré—. Qué descubrimiento.

—Sí —admitió él, y se encogió de hombros.

—Por eso no deseas que me acerque a él —adiviné.

—Desde que llegaste, ha cambiado —confesó—. Parece otra persona. No deja de hablar de ti y de repetir tus ideas sobre esto o aquello.

—No acabo de entender qué puede haber de malo en ello.

—Temo que esté viendo en ti a otra persona.

—¿Te refieres a que está confundiéndome con mi madre?

—Así es.

—Ella y yo no nos parecemos en nada.

—Puede que no en lo físico, pero sí en lo espiritual. Tu madre era una mujer fuerte, osada y atrevida, que vivía la vida como si no existiera el mañana. —Reflexionó un momento—. No sé cuántas veces me lo ha contado... Se le llena la boca al hablar de ella.

Me quedé estupefacta al oír el concepto que Hugo tenía de mí. ¿Osada y atrevida? ¿De verdad? Puede que la verdadera Claudia poseyera más similitudes con su propia madre que las que cualquiera pudiese adivinar, pero no yo. Yo era débil, por mucho que ansiara ser o sentir lo contrario.

—No sé qué decir. Solo llevo dos días en esta casa, y esto podría complicarse mucho más. Ahora comienzo a entender su extraña obsesión con el telar —murmuré—. Quizá debería hablar con él.

Hugo sonrió.

—Eres resistente al desaliento, ¿no es así?

—Bueno, digamos que solo soy una mujer práctica de principios de siglo.

—Las mujeres de este siglo no se pasean por ahí con una carabina colgada del brazo —añadió. Se refería a mi madre.

—¿Quién dice que no?

—Son más independientes.

—¿Acaso ves a doña Carmen por algún lado? —intenté bromear—. No te preocupes, sé cómo evitarla.

—En ese caso, ya sabes dónde se encuentra mi dormitorio.

Arrugué el ceño.

—Creía que al fin habías aceptado el hecho de que en verdad somos primos.

—Bueno, técnicamente, no lo somos —dijo.

—Puede que no de sangre, pero sí compartimos el mismo apellido.

—No he oído nunca que eso sea un impedimento para que dos adultos compartan una misma cama.

—Eres un hombre encantador —comenté sarcástica.

—Soñar no hace daño a nadie.

—No seré yo quien te diga lo contrario —respondí.

—De cualquier modo, en unos pocos días, no tendré la necesidad de hacerte más preguntas.

De repente, sentí el estómago dar un vuelco.

—¿A qué te refieres?

—A que, muy pronto, regresaré a Granada —explicó—. Y, como seguro supones, allí podré despejar mis dudas sobre ti. ¿No te alegra la noticia?

Sonrió.

Nos quedamos en silencio. Sabía que no tenía más opción que aguantar la risita contenida de Hugo mientras me veía temblar de pies a cabeza.

—Magnífico —respondí, al tiempo que trataba de que el espanto que me inundaba el cuerpo no se reflejara en mi voz—. Cuando lo hagas, de paso, tráeme unos soplillos alpujarreños.

—¿Es lo único que vas a decirme?

—Me encantan los soplillos —añadí.

Hugo se encogió de hombros.

—Está bien. Si esto es lo que deseas...

—Lo que desearía, querido primo, sería que dejaras de ser tan desconfiado y fueses un poco más comprensivo. —Me di vuelta como si hubiera largado todo lo que tenía que decir, atravesé el camino de tierra por donde, minutos antes, había pasado el carromato y me dirigí hacia el viñedo—. Sin embargo, como te conozco, creo que tendré que conformarme con esos soplillos alpujarreños.

Tal como había supuesto, Hugo comenzó a seguirme a cierta distancia. Me sentía tan al límite de lo que podían aguantar mis nervios que apenas era capaz de caminar con normalidad, de manera que las puntas de mis zapatos acabaron colisionando contra el suelo varias veces mientras trataba de ganarle terreno.

Mis esfuerzos se redoblaron al alcanzar una zona rural y pintoresca donde se apiñaban varias casitas oscuras. Para entonces, ya me había resignado a llevarlo pegado a los talones como si fuera un fantasma.

Cuando crucé un corral en cuyo interior se alborotaban varias gallinas y polluelos, me volví y me di cuenta de que, a pesar de haberme dejado la suela de los zapatos en el camino, no había logrado sacarle un solo metro de ventaja. Además, no tenía ni idea de cómo salir de allí. Así que detuve los pies y me crucé de brazos cuando alcancé el final de aquella humilde granja.

—Bien. Pensé que pretendías cruzar Madrid en un solo día —dijo.

—Vaya que eres gracioso —respondí con un susurro—. ¿Y ahora, qué?

—¿Qué de qué?

—¿Por dónde voy?

—¿Estás pidiendo que te ayude?

—Solo quiero que me digas cómo salir de aquí y llegar a los viñedos.

—Me temo que tendrás que pasar por donde están los cerdos —respondió.

—¿Qué?

—Por donde están los cerdos —repitió—. Ya sabes, esos animalitos medio rosas que hacen “oinc, oinc”.

—Gracias por un ejemplo tan preciso, Hugo, pero sé lo que es un cerdo. —Resoplé—. Y debes de estar loco si piensas que voy a meterme en las pocilgas.

—Entonces, tendrás que dar media vuelta, porque, si continúas por este camino, eso es lo único que encontrarás.

Dejé caer los hombros con un suspiro.

—¿Y qué propones?

—¿Qué te parece si enterramos el hacha de guerra durante un rato y te mostro un par de lugares interesantes?

—¿Qué me quieres dar a entender con eso? ¿Que dejarás de intentar meterme mano a la menor ocasión que se te presente?

—Antes, en la biblioteca, no parecías muy apenada.

—Te habría pedido que te detuvieses si no hubiera tenido tu lengua atascada en mi garganta.

—¡Qué descarada! —se mofó.

—Hmm. Mira quién fue a hablar...

Él sonrió sin despegar los labios, luego echó un vistazo alrededor y permaneció callado un instante.

—¿Qué ocurre?

—Es la granja de Fermín, uno de los trabajadores de mi padre —aclaró—. Sería una descortesía de nuestra parte invadir su granja y no hacerles una visita.

—En serio, Hugo, no tengo el cuerpo para aguantar más reproches.

—No te inquietes. Fermín y su esposa llevan años trabajando en las viñas de mi padre. Son gente de fiar, y estoy seguro de que te caerán bien.

Entonces, se acercó a una de las casas y golpeó la puerta con ferro empuje.

—¡Ya va! ¡Ya va! —gritó la voz de un hombre al otro lado del tosco portón de madera.

Eché los hombros hacia atrás para tratar de aliviar la tensión alojada en mis omóplatos y alisé mi blusa con las manos mientras tragaba saliva.

Cuando el hombre abrió la puerta y reconoció a Hugo, la boca se le curvó en una genuina sonrisa. Yo me limité a observarlos sin saber bien cómo actuar. Sin embargo, el individuo volvió la vista hacia mí e hizo señas para que me acercara.

—¡Vamos! —me dijo Hugo al percibir, en mi rostro, la incertidumbre.

Volví la cabeza y miré pensativa los viñedos, pero, tan pronto como lo vi alejarse, decidí ir tras él. Al percatarse, Hugo se volvió y extendió la mano hacia mí. Aunque aquel gesto me cortó la respiración, no pude contener el impulso de aferrarme a ella y estrecharla con fuerza.

Hugo sonrió. En ese preciso momento, noté que sus dedos se convertían en una poderosa tenaza. Me recreé al contemplar aquella fuerte mano y suspiré pensativa en tanto anhelaba que aquel contacto se dilatara durante horas. Aquella vez, sin embargo, no duró mucho, ya que, en cuanto entramos, él me soltó.

Ya en el interior de la casa, advertí que hacía un calor terrible a pesar de que las todas ventanas estaban abiertas y de que el aire circulaba por la sala con toda libertad. El suelo de baldosas de barro estaba muy estropeado, por lo que alguien lo había cubierto con una enorme alfombra de cáñamo que se extendía hasta la cocina. Junto a la alfombra, observé tres camas: un par en litera, sobre la que jugaba un niño de corta edad, y un camastro para dos personas. Luego, dirigí la vista hacia las estanterías, donde los tarros de conserva y mermeladas compartían el espacio con decenas de diminutas figurillas de madera talladas a mano. La luz del sol se derramaba sobre aquellas repisas, de manera que pude observar las esculturas con claridad.

—¡Bienvenidos! —nos saludó una mujer con mejillas sonrosadas, un tanto entrada en carnes, que enseguida supuse que era la esposa de don Fermín. Hugo le dedicó la mejor sonrisa, y ella le tomó ambas manos—. Hace mucho

que no te veíamos por aquí. Pensábamos que don Carlos por fin había conseguido convencerte de no llevar a cabo lo de la escuela.

—Ni en mil años, doña Inés —exclamó Hugo—. Levantaremos esa escuela aunque tenga que hacerlo con mis propias manos.

—¿Acaso quieres que a tu padre le dé un ataque? —bromeó ella—. Antes te las ataría a la espalda.

—No si con ello puede ahorrarse una peseta —dijo Hugo.

—Shh. No deberías ser tan duro con él —lo reprendió doña Inés—. Tu padre tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como todo el mundo, pero es un buen hombre.

—Eso no voy a discutirlo, doña Inés. Lo conozco mejor que nadie y sé que, en el fondo, también desea construir esa escuela —admitió Hugo.

—Entonces, no te enojas con él por que no sepa demostrártelo. Estoy segura de que, algún día, te dirá lo orgulloso que se siente de ti.

Hugo rio como si las palabras de Inés fueran una pequeña broma.

—¡Lo digo en serio! —farfulló la mujer, que le soltó las manos de mala manera—. De verdad, a veces no sé qué hacer contigo.

—Reconózcalo, doña Inés: me encuentra encantador —respondió Hugo, y le guiñó un ojo.

—¡Qué bribón estás hecho! —Meneó la cabeza a los lados mientras soltaba una sonora carcajada—. Vaya... Qué joya va a llevarse la pobre muchacha que decida quedarse contigo.

—¿De veras cree que alguna querrá casarse con un tipo como yo? —Mientras soltaba aquellas palabras, noté que Hugo me miraba de manera fija. Tanto era así que, durante un momento, pensé que la pregunta estaba dirigida a

mí y no a doña Inés.

—¿Quién sabe? —bromeó la mujer—. Quizá, si emborrachamos lo suficiente a esa desventurada... consigamos casarte con ella.

Antes de que Hugo pudiera responder, la señora Inés se aproximó a mí.

—Supongo que tú debes de ser Claudia, la sobrina del patrón.

—Sí —balbuceé al recordar de pronto que, en aquel lugar, yo no era Eliza.

—Claudia se ha convertido en una defensora acérrima de nuestra causa —interrumpió Hugo con cierto tono despectivo.

—¿Así que está a favor de la construcción de una escuela en esta propiedad? —Doña Inés me observó con evidente sorpresa al tiempo que ignoraba el tono irónico que Hugo había impreso a las palabras.

—Sí, supongo que sí... —admití.

—Es algo más que eso —interrumpió Hugo—. Mi encantadora prima ejerce una influencia poco común en mi padre. Puede decirse que lo tiene encandilado.

—¡No seas grosero! —Entrecerró los ojos doña Inés—. Puede que ya no seas ningún muchachito, pero ten por seguro que aún soy capaz de darte un par de buenos azotes en el trasero.

—¿Ah, sí? —preguntó Hugo mientras se encogía de hombros.

—Sí. Así que más te vale comportarte como un caballero y ser un poco más cortés con tu prima —lo sermoneó con cariño—. ¡No tengo ni idea de dónde habrás aprendido esos modales!

Hugo echó un vistazo hacia donde yo estaba, lo que provocó que una súbita oleada de calor ascendiera con rapidez por mis mejillas. Había dejado de hablar y me observaba ceñudo, con aquella peculiar intensidad que hacía que el tiempo y el mundo a mi alrededor se detuvieran. Intenté entonces comportarme como si no fuera consciente de la tensión que crecía entre ambos, mientras trataba de que no se diera cuenta de lo mucho que aquel modo de actuar conseguía confundirme.

—Escucha —me dijo entonces doña Inés con una amplia sonrisa—, tú lo que tienes que hacer es ignorarlo cuando no se comporte de manera correcta.

—No creo que eso funcione con él. Es demasiado testarudo —respondí.

Ella dio un suspiro.

—Ah, señorita Claudia, cuánto te queda aún por aprender.

El calor me subió de nuevo a la cara y encendió mis mejillas al rojo vivo. Perpleja, vi que doña Inés, con el rostro tranquilo, se daba vuelta con un rápido crujido de almidonadas enaguas. Al cabo de un momento, me di cuenta de que continuaba mirándola con el ceño fruncido, sin entender del todo bien qué era eso que me quedaba por aprender. Quizá se tratara de una de aquellas frases hechas, no carentes de sabiduría, que les encanta decir a las señoras cuando llegan a cierta edad.

Cuando doña Inés y su esposo procedieron a relatarle a Hugo lo sucedido durante el tiempo que estuvo ausente, me aparté de ellos y caminé hacia el chiquillo que continuaba jugando al fondo de la habitación. Tras sentarme junto a él en una pequeña banqueta de madera, me topé con la mirada de otro muchacho, de unos quince o dieciséis años, que había estado observándome en silencio desde un rincón. Aunque el parecido con el niño que estaba a mi lado era del todo obvio, los cabellos del mayor tenían un profundo matiz dorado, y la piel estaba tan reseca como curtida por el sol.

—¿Eres un ángel?

Me volví al oír la pregunta y me quedé mirando al niño de tez morena de no más de cuatro años que aguardaba impaciente a oír mi respuesta.

—Claro que no. —Le sonreí.

—Ya te lo dije —le respondió el joven desde el rincón—. Los ángeles se pasan la vida inmersos en su propio mundo perfecto, sin importarles lo que nos ocurra aquí en la tierra. ¿Crees que alguno va a tomarse la molestia de visitarnos?

—Pero mamá dice que los ángeles tienen el cabello de color plata.

—No deberías creer todo lo que te dice tu madre.

El niño miró al muchacho durante un largo rato, con el dolor reflejado en los grandes ojos infantiles.

—Y tú no deberías hablarle de ese modo —le reproché entonces—. Es solo un niño pequeño. Deberías ser un poco más condescendiente.

—No sé de qué condescendencia me está usted hablando. Cuanto antes sepa la verdad, mucho mejor —masculló el joven—. De nada le servirá creer en todas esas bobadas cuando tenga que salir cada mañana a dejarse la piel para cultivar el campo.

—Eso no tiene por qué suceder. Existen otras alternativas.

—¿Qué otras alternativas son esas? ¿O acaso cree que su tío permitirá que se construya esa escuela?

—Sí, lo creo. —Las palabras brotaron de mis labios sin pensar. Reconozco que no sé por qué las pronuncié con tanta convicción. Tal vez porque era el corazón el que hablaba en vez del cerebro.

El chico suspiró con profundidad mientras agitaba la cabeza. Cuando lo vi mirar sobre mi hombro, me volví y descubrí a Hugo junto a la ventana, muy atento a nuestra conversación. En mi mundo, dos más dos siempre eran cuatro, y no había lugar para los sueños de princesas y demás bobadas; sin embargo, me pareció irreal el modo en que la luz que se filtraba por aquella ventana brillaba en los astutos ojos de aquel hombre y les arrancaba hermosos destellos de color verde y ambarino. En ese momento, se me encogió el corazón, y retuve el aliento cuando terminó enfocando aquella mirada de manera directa sobre mí.

—Siento decepcionarla, pero se equivoca. —La voz del muchacho atrajo de nuevo mi atención.

—No puedes saberlo —le espeté—. A veces, hay que confiar en las personas.

—Qué sabrá usted.

Dicho eso, el joven se dio vuelta y abandonó la vivienda.

Aún me encontraba desconcertada cuando Hugo me agarró la mano y la presionó. Yo sabía a la perfección que él lo hacía para tranquilizarme. Supongo que fue justo eso lo que consiguió. Me miró y levantó las cejas como si fuera a decir algo, pero apretó los labios y mi mano al mismo tiempo, como si hubiera cambiado de opinión.

Por algún motivo, tirité hasta los huesos.

* * *

Mucho más tarde, de camino a casa, pregunté a Hugo por el muchacho. Fue entonces cuando supe que se llamaba Francisco y que la madre, la primera esposa de don Fermín, doncella en casa de los Garrido, había fallecido, años atrás, víctima de una tuberculosis que la había llevado al cementerio en solo diez días. Debido a eso y a la mala salud que el padre arrastraba desde entonces, el muchacho se había visto obligado a ganarse la vida en los viñedos, tras renunciar al sueño de abrir algún día un taller de carpintería en la ciudad.

—Deberíamos hacer algo al respecto —le dije a Hugo, aunque sabía que resultaría difícil sacarlo de las viñas mientras a don Fermín le fuese imposible trabajar en ellas.

Al cabo de unos momentos, él se detuvo e inspiró con lentitud.

—No puedes cambiar el mundo con solo desearlo, Claudia. Tienes que aprender a aceptar que algunas personas son prisioneras de sus propias vidas —respondió—. Francisco no puede elegir su camino; se lo impusieron el destino y la enfermedad pulmonar que padece su padre.

—¿Y por qué no puede Fermín trabajar en la casa?

—Porque se asfixia con facilidad. No imagino que pueda subir y bajar escaleras todo el día.

—Pero, si consiguiera un trabajo que no requiriera de mucho esfuerzo físico, su hijo tendría la oportunidad de abandonar los campos y trabajar en algún taller donde aprender el oficio.

—El problema es que Fermín no sabe leer ni escribir, por lo que veo difícil que ocupe un puesto tras una mesa de despacho o cualquier otro sitio donde se requiera saber ambas cosas. Además, como has podido comprobar por ti misma, lo que mejor se le da a ese hombre es trabajar con sus manos.

—¿Te refieres a que es artesano?

—Así es.

Durante un largo minuto, no supe qué decir. Luego, como si mi mente se hubiera abierto de manera inesperada, recordé las docenas de bellas estatuillas de madera que había contemplado en los estantes de la casa de don Fermín.

—¡Se me acaba de ocurrir una buenísima idea! —Me detuve durante un breve instante para verlo fruncir el ceño.

—No adivino cuál.

—Una muy buena.

—Eso ya lo has dicho.

Iba a explicársela; sin embargo, mis ganas de fastidiarlo se adelantaron.

—Quizá te la cuente más tarde.

—Eres una optimista. —Una sonrisa pícaro afloró en su rostro.

—Tú, en cambio, deberías tener la mente un poco más abierta y confiar en que cualquier persona tiene en sus manos el poder necesario para escapar de su destino.

Mientras Hugo me estudiaba con atención, suspiré y pensé en lo poco que yo misma era capaz de creer en esas palabras. Por supuesto, no se lo dije. Hacerlo habría sido como admitir haber soltado esas sandeces porque algo dentro de mí deseaba que fuera cierto.

La mañana transcurrió entre deambulaciones por las infinitas hileras de viñas, los depósitos y las bodegas, donde la uva era procesada para transformarse en diversos tipos de vino. Durante todo ese tiempo, estuve encantada con las atenciones que me dispensó Hugo. Mil hormigas devoraban

mi estómago cada vez que él abría una puerta o me tendía la mano para ayudarme a subir una escalera. Me hacía sentir como si fuera el centro mismo de su mundo.

—Bueno, creo que va siendo hora de que regresemos a casa —dijo al final, mientras me rodeaba la cintura con uno de sus vigorosos brazos.

Aquella maniobra me tomó desprevenida e hizo que mi cerebro tardase unos minutos en procesar lo que acababa de decirme. En cuanto lo hizo, me eché hacia atrás y retrocedí al tiempo que asentía con la cabeza.

—Sí —susurré con la boca seca.

Me estaba volviendo loca. Todo lo que él hacía o decía me perturbaba de un modo profundo. Hacía que me preguntara si se estaba enamorando de mí, o si tan solo veía todo aquello como un juego. Tal vez la única que sentía el corazón desbocado cada vez que lo tenía cerca era yo. Quizás Hugo no necesitaba a una mujer a su lado en ese momento.

Era frustrante contener la lengua mientras las preguntas cañoneaban mi cabeza.

—¿Qué ocurre? —le pregunté cuando, media hora más tarde, cruzamos la puerta de casa.

—¿Dónde están todos? —dijo bastante inquieto.

En ese instante, reparé en que ningún empleado había acudido a recibirnos. La casa estaba silenciosa de manera inusitada; las ventanas y contraventanas, abiertas; los corredores, vacíos.

Hugo se volvió con brusquedad cuando apareció por la puerta Benigna, que, al vernos por fin de regreso, soltó un suspiro de alivio.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó Hugo.

—Gracias al cielo que lo encuentro, señorito. Su padre lleva horas buscándolo —respondió la muchacha.

—¿Mi padre? —repitió él, extrañado.

—Quiere verlo ahora mismo —anunció y, al desviar la vista una fracción de segundo hacia mí, se mordió el labio inferior y añadió un tono más bajo—: Por lo visto, es un asunto privado.

—No te preocupes por mí —le dije a Hugo cuando él me miró para buscar mi aprobación—. Será mejor que no hagas esperar más tiempo a tu padre. Podría tratarse de algo importante.

Mientras Hugo acompañaba a Benigna, regresé a la biblioteca y me dediqué, durante un buen rato, a curiosear entre los libros que se apiñaban en los estantes. Hacía mucho calor afuera, las ventanas del estudio estaban abiertas por completo y se oía a las cigarras cantar entre las hojas de plantas y árboles. Aunque me sentía impresionada por la belleza de todo aquello, por los campos de lozano verde, las casitas de una sola planta y las viñas regadas por el sol, no pude evitar que mi mente volara junto a Hugo ni que se preguntara de qué estarían hablando él y don Carlos.

Con la esperanza de que aquel sosiego serenara también mis nervios, tomé un libro, me senté junto a la ventana y lo abrí. Sin embargo, al cabo de dos segundos, lo cerré, demasiado nerviosa para concentrarme. Luego, respiré hondo y me pregunté si existiría una manera de recuperar mi vida, de levantar, con todos los escombros que había dejado a mi paso, algo en realidad mío, mío de verdad.

Entrecerré los ojos; en ese momento, rodeada de todos aquellos libros, me sentí infinitamente sola. Sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a mis demonios: a una madre que, en el afán de protegerme, estaba hundiéndome en el fango; a un padre que no conocía y que era probable que no conociera nunca; a las mentiras y artimañas que acarreaba a las espaldas.

Creo que nunca fui tan consciente de mis propios deseos como en aquel momento, cuando, por primera vez, decidí que tenía que hacer algo para salir del pozo profundo en el que estaba ahogándome sin remedio.

Continuaba sumida en aquellos sombríos pensamientos cuando la puerta de la biblioteca se abrió de pronto. Levanté con brusquedad la cabeza y vi a Benigna de pie junto al umbral. Luego de que me dijo que don Carlos deseaba vernos a todos en el salón, observé la preocupación que a floraba en el rostro de la empleada. Entonces, insistí en que me confiara la razón, pero la doncella se negó a facilitarme tal información, al alegar que debía ser el propio don Carlos el que nos pusiera al corriente. Luego abrió la puerta para invitarme de modo cortés a salir y aguardó expectante a que yo decidiera seguirla.

El miedo me invadió a medida que nos acercábamos al salón. Las rodillas me temblaban casi tanto como las manos. No podía entender el porqué de aquella prisa, pero intuí que no debía de ser por nada bueno, sospecha que acabó por confirmarse dos minutos más tarde.

La primera sorpresa que me llevé fue ver a todo el mundo reunido en torno a la butaca en la que don Carlos, con un semblante de profunda seriedad, estaba sentado en silencio.

Dudé un momento antes de echar una ojeada a mi madre. Después, desvié la atención hacia Hugo, que ni siquiera se dignó a dedicarme una mirada. Tragué saliva, nerviosa, en tanto me esforzaba por actuar con naturalidad.

—¿Ocurre algo malo? —pregunté mientras notaba cómo el gusano de la incertidumbre se divertía en mi estómago.

—Ocurre que estamos dando cobijo a una ladrona bajo este techo.

Sus palabras fueron como un mazazo en mitad de mi pecho. Clavé los ojos en Hugo con la sospecha de que por fin nos había delatado, pero, cuando vi que Benigna se acercaba a don Carlos y le entregaba las cinco cucharillas de

plata que mi madre se había esforzado tanto en ocultar, un fuerte latigazo de vergüenza recorrió mi espalda.

Cuando don Carlos se levantó y las arrojó sobre la mesa, me quedé sin aliento.

—Benigna asegura haber encontrado esto en el suelo del dormitorio que comparte con doña Carmen.

Yo sabía con absoluta certeza que mi madre no habría dejado esas cucharillas de plata donde alguien pudiera encontrarlas, por lo que intuí que Benigna se había dedicado a revisar el interior de nuestro baúl. Saberlo y no poder acusarla de nada sin al mismo admitir que estaba al tanto de la existencia de esas cucharillas me llevó a experimentar una intensa sensación de impotencia.

Alcé la vista para observar la profunda arruga que se había abierto camino en la frente de don Carlos y me fijé de pronto en el billete de cien pesetas que había depositado sobre la mesa. En aquel momento, giré el rostro ligeramente a un lado. Los ojos de mi madre se encontraron con los míos. Entonces caí en la cuenta de la gravedad del asunto. Nunca la había visto tan pálida e insegura como en aquel instante, como si la luz de aquella mirada se hubiera extinguido para dar paso a un oscuro vacío inducido por el miedo.

—Bien —dijo don Carlos—, tengo que admitir que me siento muy decepcionado. Podría habérmelo esperado de cualquier otra persona... pero no de usted, doña Carmen. La verdad es que aún estoy atónito.

Luego, nos miró a todos sin pestañear.

—Tiene que haber algún error —me arriesgué a objetar.

—El error, querida Claudia, lo cometieron tus padres al contratar a una mujer como ella. ¿Quién sabe cuánto tiempo lleva haciendo lo mismo a espaldas de tu familia? Es una suerte haberla descubierto antes de que esto fuese a más.

—No sabemos cómo llegaron esas cucharillas de plata al dormitorio —alegué desesperada—. Benigna asegura haberlas encontrado en el suelo, de modo que podría haberlas dejado allí cualquiera.

—¿Con qué propósito? —replicó don Carlos con desdén.

—No lo sé —respondí—, tal vez con la intención de culpar a doña Carmen de haberlas robado.

—Disculpe que la interrumpa, señorita, pero ningún empleado entra en las habitaciones del servicio a menos que pernocte en ellas —indicó Benigna. Era evidente que estaba abochornada, y se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—En fin, ya es tarde para tratar de buscar una justificación —resolvió don Carlos, tajante—. Lo que ha hecho doña Carmen es inexcusable, por lo que no voy a consentir que algo así vuelva a suceder bajo mi techo.

—¿Qué quiere usted decir, tío?

—Quiero decir que doña Carmen tendrá que irse hoy mismo de esta casa —respondió mientras tomaba el billete. Después de entregárselo a mi madre, continuó—: Que le quede claro, doña Carmen, que, si no he informado a las autoridades de lo sucedido, es por el respeto que le debo a la memoria de mi hermano y a la de su esposa, al margen de las razones que nos alejasen en el pasado, además de porque no deseo abochornar en público a mi sobrina. Así que espero que tome el primer tren que salga hacia Granada y regrese allí. No quiero que vuelva a colocar un pie en mi casa.

Mi madre tomó aquel papel y lo sostuvo entre dedos temblorosos. Durante un momento, me dio la impresión de que meditaba una respuesta. Sin embargo, era demasiado tarde para tratar de decir algo que justificara aquella conducta. No hacía falta que abriera la boca para decírmelo; la conocía bien.

Me di cuenta entonces de que nunca en mi vida me había enfrentado a nada sola. Siempre la había tenido a mi lado. Siempre, hasta aquel momento.

Sentí que las rodillas se me aflojaban y casi me desmayé cuando, después de que todos abandonaran el salón, Hugo se detuvo a mi lado para mirarme con semblante grave.

—Ni se te ocurra largarte con ella —me advirtió con los ojos entornados.

Cerré con fuerza los puños para corregir el impulso de darle una bofetada. Sin necesidad de pensar mucho en ello, supe que, con mi madre fuera de aquella casa, mis problemas con Hugo se multiplicarían.

—No pienso ir a ninguna parte —contesté. Di media vuelta y me marché de la manera más digna que pude.

Cuando llegué al dormitorio, encontré a mi madre, que contemplaba a trasluz el billete como si estuviera comprobando que era auténtico.

—Con esto, tendremos suficiente para los próximos seis meses —dijo, al tiempo que agarraba mi mano y me obligaba a tomar el dinero—. Alquilaremos una casita cerca del Retiro. Allí, con seguridad, nos irán mejor las cosas. ¿Ves? Te lo dije, estaba segura de que al final sacaríamos una buena tajada de todo este cuento. Ese don Carlos es muy rico... Muy generoso también. Darnos cien pesetas...

—No voy a ir con usted.

—¿Qué?

—No puedo ir con usted.

—No digas tonterías. ¿Qué vas a hacer tú sola con esta gente? Esta es una familia de lobos hambrientos, Eliza; te comerán enterita antes de que te des cuenta.

—Si me voy, Hugo nos denunciará a las autoridades.

—Si hubiera querido hacerlo, ya lo habría realizado.

—Vuelve usted a subestimarlo.

—Eres tú quien le da demasiado crédito, hija —contestó—. Es solo un hombre, Eliza, nada más. De seguro estará deseando que nos vayamos lejos de su casa y de su padre.

—Lo cierto es que está deseando que sea usted quien lo haga.

—¿Eso te ha dicho?

—No hace falta que diga nada.

—¿Eso crees? Y, dime, ¿desde cuándo sabes tú leer tan bien la mente de un hombre? —se burló—. Ese, lo que quiere es perdernos de vista, te lo digo yo, que soy más vieja y he recorrido más mundo que tú. Así que deja de decir tonterías y ayúdame a empaquetar las cosas.

—No tengo inconveniente en ayudarla a empaquetar, madre, pero no voy a marcharme de aquí.

—Tal vez no has entendido lo que te he dicho.

—Lo he entendido a la perfección.

—Entonces, no sé por qué continúas insistiendo en lo mismo.

—Porque sé, a ciencia cierta, que Hugo llevará a cabo sus amenazas.

Mi madre me observó un instante en silencio, luego se colocó las manos en las caderas y me acusó:

—Tú sabes algo que aún no me has contado.

—Tal vez...

—¿Y?

—Hugo me besó. —Detestaba confesarle la verdad incluso en ese momento, cuando para ella no había marcha atrás.

Ella frunció el ceño.

—¿Hugo te beso?

—Sí —admití con un suspiro—. Intenté detenerlo, pero...

—¡Eso es maravilloso! —exclamó, por completo encantada.

—No sabe lo que dice.

—Te equivocas: sé a la perfección lo que digo. ¿No te das cuenta? ¡Lo hemos conseguido! —indicó con renovada confianza—. Ahora, solo es cuestión de que sepas esquivar sus avances, y pronto estará comiendo de la palma de tu mano.

—¿Y puedo saber en qué va a beneficiarme eso? —repliqué.

—¡Esto es increíble! Después de todo lo que te he enseñado, me cuesta creer que continúes siendo tan inocentona. Quiero decir que Hugo podría llegar a casarse contigo si no pierdes la cabeza y comienzas a manejar todo esto a tu favor.

Tragué saliva, consciente de adónde quería ir a parar.

—Está hablando de manipular a una persona, madre, de aprovecharnos de sus sentimientos. Disculpe, pero no creo que debamos cruzar esa línea. Si lo hiciéramos, perderíamos la poca moral que nos queda. Nos convertiríamos en malas personas. En malas y en cobardes.

Me dedicó una mirada severa.

—No sabes de qué estás hablando.

—A lo mejor, sí.

—Pues, entonces, será que estás equivocada.

—¡Basta! Sabe muy bien que sé de lo que hablo. Siempre he hecho lo que me ha dicho, me he portado como la hija que usted quería, y mire dónde nos ha llevado eso. ¡Ni siquiera podemos irnos juntas de aquí! Al contrario, voy a tener que permanecer en esta casa, encerrada, hasta que Hugo quiera. Y todo por unas cucharillas de plata que, además, le han costado a usted que la echaran a la calle.

—No sabes lo que dices —tartamudeó—. Estás demasiado nerviosa y...

—Tome esas cien pesetas y máchese ahora, que aún está a tiempo.

—¿Y qué vas a hacer aquí tú sola, sin mí?

—Me las apañaré —aseguré—. Esperaré a que Claudia aparezca y, entonces, podremos explicarlo todo.

—¿Y si don Carlos decide denunciarnos de todos modos?

—No lo hará. Claudia es, a fin de cuentas, su sobrina; por lo que dudo de que desee empañar así tanto la reputación de ella como la de su propio apellido. Ya le dije que es un hombre justo; estoy segura de que también es sensato.

Mi madre me contempló asombrada.

—Tiene que haber otra solución. ¡Piensa! ¡Piensa!

—¿Qué cree que he hecho durante esta última hora? Le he dado mil vueltas al asunto y no se me ocurre nada. Lo más conveniente es que me quede aquí hasta que Claudia se ponga en contacto conmigo. Hasta entonces, es mejor que no asome la cabeza por esta casa si no quiere buscarnos a las dos un buen problema.

Tras aceptar mi decisión, me estrechó entre los brazos y, con la barbilla apoyada en mi hombro, sus ojos comenzaron a derramar lágrimas de modo descontrolado. Cuando el agua salada humedeció la parte superior de mi vestido, sentí como si la hoja de un cuchillo se abriera paso en mi pecho. Me dolía verla llorar de aquella manera, de modo que intenté calmarla, pero no fue hasta transcurridos diez minutos que se tranquilizó y empezó a respirar de manera pausada.

En ese momento, tomé su rostro entre las manos y le besé con dulzura la frente.

—Todo saldrá bien —le susurré mientras el dolor me convulsionaba el alma.

CAPÍTULO 5

Después de aquel día, no volví a ver a mi madre, y no fue hasta mucho tiempo después que supe que había partido, junto a otros emigrantes, rumbo a una lejana isla del mar Caribe llamada Cuba. Allí, por lo visto, había un futuro prometedor para cualquier hombre o mujer con pocos recursos y abundantes ganas de trabajar.

No creo que quisiera, de manera consciente, apartarse de modo definitivo de mí. Me parece que tan solo vio aquella oportunidad como la vía más fácil de hacer dinero, propósito que no mencionó en ninguna de las cartas que estuvo enviando durante las semanas que sucedieron a su salida de la hacienda. Aquellos días discurrieron repletos de horas angustiosas durante las que no lograba habituarme por completo a la ausencia de mi madre. Mis ganas de comer se desvanecieron, y las noches en vela se multiplicaron, por lo que, antes de darme cuenta, comencé a perder mucho peso. La piel de mi rostro empezó a verse apagada.

Aunque hacía lo imposible por no coincidir con él, en más de una ocasión, vislumbraba la silueta de Hugo tras los cristales de alguna ventana. Si bien nunca pude distinguirle el rostro con claridad, sabía que sus ojos verdes me estaban observando. Durante aquellas semanas, el comportamiento de él se tornó frío, de modo que empecé a temer el momento en que ambos nos encontráramos en la misma habitación. Quizá porque intuía que, cuando eso ocurriese —que sucediera era solo cuestión de tiempo—, me vería obligada a darle muchas explicaciones. Me asustaba cómo me miraría entonces, así que, casi sin pretenderlo, empecé a ocupar muchas horas encerrada en mi habitación. Tal situación no me impidió sentir un enorme peso en el estómago

al comprender que, por mucho que lo intentase, no dejaría de abrigar los mismos sentimientos hacia él; aquellos que me habían inundado meses atrás, cuando nuestras miradas se abrazaron en secreto en el majestuoso salón de baile de los Aguilar.

Fue un martes por la mañana, poco antes del alba, cuando encontré un caballete y una caja de madera, de las que contienen botecitos de óleo, apoyados junto a la ventana. Bunico, que dormía con placidez sobre la colcha, ni se molestó en fingir que le importaba un comino. Se desperezó en tanto se aferraba con las uñas al cálido colchón de plumas y luego se acercó a mí para hacerse un ovillo y sumirse de nuevo en un tranquilo sueño.

—Qué cara tienes —le dije—. ¿Es que no te importa ni un poquito que alguien haya entrado en nuestro dormitorio mientras dormíamos?

Bunico resopló un instante.

—Supongo que eso significa que no. —Inspiré hondo, luego me levanté y clavé la mirada en el lienzo en blanco.

Una parte de mí se sentía tan vacía como aquella tela. Gran parte de mi vida había transcurrido entre los consejos y lamentos de mi madre. Una vez desaparecidos, no podía dejar de sentirme como un alma perdida en el interior de aquella casa, junto a unas personas que apenas conocía.

Con cuidado, abrí la caja de madera, observé el contenido y acaricié con los dedos uno de los pinceles. Ni siquiera me di la oportunidad de pensar en quedármelos. Cerré la caja de golpe, crucé los brazos y miré de nuevo el lienzo. Transcurrido un segundo, me llevé una mano al pecho para notar cómo el corazón se me encogía al vislumbrar un papelito en lo alto del caballete. Después de tomarlo, me senté a los pies de la cama y lo desplegué con sumo cuidado. Enseguida reconocí la letra de Hugo.

Lo más difícil no es decir el primer “buenos días”, sino el último.

—¿Y eso es todo? —bufé en voz baja.

Me quedé mirando aquellas palabras que decían tanto y tan poco al mismo tiempo en tanto les adjudicaba, en mi mente, más sentido del que era probable que tuvieran. Tardé un instante en reaccionar y, para cuando lo hice y pude apartar la vista de la nota, me topé con los enormes ojos azules del minino.

—¡Por favor! ¡No me mires así! ¿Qué quieres que haga? ¿Darle las gracias? —Encogí los hombros—. Por el amor de Dios, ¡si ni siquiera sé pintar! ¿Para qué iba yo a querer nada de esto? Además, ¡vaya a saber qué significa la notita!

Fueran cuales fueran los motivos de Hugo, tuve claro que yo no aceptaría un regalo que no me pertenecía. En cualquier caso, estaba destinado a la verdadera Claudia; no a mí.

En mi pecho, resonó un latido. Durante un momento, temí que Eliza acabara evaporándose como una de las bocanadas de humo que don Carlos aspiraba cada día en la pipa, para después lanzarlas al aire, donde terminaban disipándose en la nada. Sentía como si mi verdadero yo comenzara a hacerse cada vez más difuso, eclipsado por una falsa Claudia que arrastraba una pesada maleta llena de mentiras.

Aquel pensamiento me llenó, durante un instante, de un profundo temor. Me puse de pie y noté que las rodillas me fallaban durante un momento. No importaba cuánto me asustara toparme con Hugo; sabía que tenía que salir de allí y enfrentarme a lo que pudiera ocurrir de ahí en adelante como la mujer que en realidad era.

Tras comprobar que, como cada mañana, la puerta volvía a estar destrabada, eché la cabeza hacia atrás y respiré con profundidad antes de abrir.

La sorpresa me inundó al comprobar que la casa tenía una vitalidad inusitada aquel día cuando, por fin, abandoné el dormitorio. Las contraventanas estaban abiertas por completo, y las cortinas habían sido prendidas a los lados con cintas de pasamanería. Donde quiera que mirase, veía doncellas y muchachos ocupados en encerar los suelos, reparar las lámparas o abrillantar la plata mientras conversaban animados. Por primera vez, la luz del sol iluminaba los aparadores repletos de objetos, retratos y bonitos jarrones. La casa entera había cobrado vida.

Atravesé el corredor con rapidez y me topé con Benigna al alcanzar el primer tramo de escalera. Vi que portaba, en las manos, un buen montón de sábanas limpias y recién planchadas que desprendían un agradable olor a lavanda y almidón de arroz, de modo que me ofrecí a ayudarla. No obstante, ella movió la cabeza a los lados y trató de esquivarme, lo que demostró que tenía bastante prisa.

—¿Qué ocurre? —pregunté al cortarle el paso.

—Están trabajando para que todo esté perfecto esta noche —respondió.

—¿Esta noche?

—Para la fiesta. —Benigna paseó los ojos por mi rostro asombrado—. ¿No le han dicho nada? —añadió.

—No.

—Don Carlos celebra una al año, que coincide con el cumpleaños del señorito Hugo —subrayó la muchacha.

—¿Don Carlos celebra una fiesta para Hugo?

—Así es.

—No acabo de entender por qué. Hasta ahora, solo los he visto discutir.

Los murmullos de los empleados cesaron de pronto y, al mirar sobre el hombro de Benigna, me fijé en que todos tenían los ojos fijos en mí. Aunque de momento no comprendí el motivo, las mejillas comenzaron a arderme.

Desde abajo, doña Ana increpó a la doncella para que se diera prisa. Benigna, sorprendida, dio un saltito y remontó las escaleras a toda prisa. Cuando el ama de llaves clavó la mirada en mí, quise que la casa misma me engullera. Esos ojos oscuros como boca de lobo estudiaron mi rostro con acritud.

—Al personal, le importa bien poco lo que los patrones hagan o dejen de hacer —me reprendió mientras ascendía por las escaleras—. La próxima vez, le sugiero que sea un poco más comedida al exponer con tanta claridad sus opiniones cuando el servicio esté presente, señorita Claudia.

Dicho eso, se pasó una mano por el cabello para prenderse en el moño los tres pelos sueltos que se le habían amotinado sobre las orejas.

—Lo siento —me excusé cuando la vi retomar el camino hacia las habitaciones de la planta superior. Doña Ana detuvo los pies y se volvió para mirarme desde el rellano, donde tenía una perspectiva absoluta de mi persona. Al principio, no supe cómo tomarme esa extraña conducta, pero no tardé en comprender que, en ningún momento, doña Ana había esperado oír una disculpa de mi parte. La expresión del rostro de aquella mujer así lo indicaba.

—Está bien —acertó a decir mientras apretaba los agrietados labios—. Solo quería recordarle que no conviene dar una impresión errónea a los empleados.

—Lo entiendo.

La mujer, vestida de negro, permaneció quieta en el mismo sitio durante tres largos segundos. Luego irguió la cabeza, volvió a mirarme y dijo:

—No soy ningún ogro, señorita Claudia.

Me quedé muda, sin saber qué decir, mientras doña Ana continuaba el ascenso por la escalera. Cuando al fin desapareció en el interior del dormitorio que ocupaba Hugo, al fondo del pasillo, abrí la boca para expulsar el aire de los pulmones. En tanto intentaba asimilar que aquella era la primera muestra de respeto que recibía de esa mujer, mis labios, de manera inevitable, contuvieron la sonrisa.

Al otro lado del vestíbulo, se escucharon las campanadas del reloj que marcaba las siete de la mañana. Decidí, por ello, no demorarme. La tensión se había disipado y, en la sala, los empleados habían reanudado el trabajo.

Me daba cuenta de que aún me quedaban muchas cosas por aprender. La primera era aceptar que no podía hacer nada para cambiar las inexplicables reglas separatistas y discriminatorias que los propios trabajadores de mayor rango imponían al resto. Por extraño que pareciera, eran unas normas que, por algún motivo, todos insistían en que existieran.

Me apoyé en el pasamano de la escalera y descendí con lentitud para dirigirme al comedor. Allí, encontré a don Carlos sentado a la mesa. Cuando reparó en mi presencia, plegó el periódico y se mostró encantado de que por fin hubiera decidido salir del dormitorio.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, tío Carlos.

—Hay huevos escalfados y panceta —comentó—. La cocinera debe de haberse levantado hoy de muy buen humor, ya que, por lo general, nos castiga a todos con panes y fruta pasada.

Sonreí ligeramente al entender que se trataba de una broma.

—Gracias, tío Carlos, pero creo que un poco de té con leche y una tostada serán más que suficientes.

—No has comido mucho los últimos días.

—No, supongo que no —admití mientras agregaba un chorrito de aceite de oliva y una pizca de sal a mi rebanada de pan.

Don Carlos no respondió, algo que agradecí en secreto, al igual que valoré que en ningún momento mencionara nada sobre lo sucedido semanas antes con doña Carmen. Puede sonar extraño, pero, aunque no sabía dónde se había metido o qué había sido de ella, me resultaba violento preguntar al respecto.

—Deberías salir a dar un paseo. Agradecerás que te dé un poco el aire.

Su preocupación por mí me conmovió.

—Puede que lo haga.

—Supongo que ya sabes lo de la fiesta de esta noche.

—Sí, Benigna acaba de ponerme al corriente —dije al tiempo que acercaba la taza a mis labios para sorber un poco de té—. Sin embargo, me será imposible estar presente, dado que no he traído conmigo más que un vestido, que, aunque elegante, es demasiado caluroso para el mes en el que estamos. Espero que sepa disculparme ante sus invitados.

—No lo haré —afirmó de modo rotundo—. Llevas encerrada en esta casa demasiado tiempo. Un poco de diversión no te hará daño, por lo que pediré a doña Ana que ordene a alguien que te acompañe a la ciudad. Allí podrás comprar todo lo necesario.

Negué con la cabeza. De pronto, me parecía estar oyendo las palabras de mi madre cuando me dijo que sería fácil sacarle a aquel hombre lo que quisiéramos. Don Carlos no era como ella creía. Había demostrado ser un hombre íntegro, además de perseverante.

—No quiero que gaste su dinero en mí, tío. Me niego de manera terminante a eso.

—Nadie ha dicho que vaya a ser yo quien lo pague.

—¿Entonces?

—Recuerda que todavía soy el albacea del testamento de tus padres.

—Un patrimonio que está, de momento, fuera de nuestras manos.

—Esa es una circunstancia temporal. Además, es solo un préstamo. Cuando cumplas la mayoría de edad, no tendré ningún inconveniente en aceptar que me devuelvas ese dinero, más el beneficio que haya generado hasta entonces.

Don Carlos lo decía muy en serio. Lo que, en cierto modo, aliviaba mi conciencia. Me sorprendía la practicidad con la que abordaba ciertos temas, sobre todo los económicos: era generoso, lo justo, y un poco tacaño en cierta medida.

—Aun así, sería un abuso aceptar —objeté con amabilidad en un último intento de eludir aquel acto.

—Si hace que te sientas mejor, siempre puedes pagármelo con tu trabajo en el telar.

—¿En el telar?

Don Carlos asintió.

—Aún estoy esperando oír lo que se te ha ocurrido para que nuestro nombre figure en las botellas.

Aunque no había pensado mucho en ello, mi mente no tardó demasiado en procesar una idea.

—Podría usted marcarlas.

—¿Cómo?

—Al fabricar un sello con la misma corteza de alcornoque que usa para tapar las botellas. Se podrían acuñar con él. Si la tinta empleada en el proceso fuera de buena calidad y el paño fuera algo tosco, como el empleado para almacenar las papas, por ejemplo, no debería desaparecer con el tiempo o la humedad.

Don Carlos alzó las cejas.

—¡Madre de Dios!

—¿Qué ocurre?

—Debo confesarte que, la primera vez que te vi entrar por esa puerta, me pareciste poco menos que una muchacha fastidiosa, sin demasiadas nociones de nada.

Su sinceridad me provocó risa.

—Vaya, agradezco su franqueza, tío.

—Puedes tomártelo como quieras —dijo—, pero no he hablado más en serio en mi vida.

—Estoy segura de que exagera.

—Pues te aseguro que no disfrutaba tanto de hablar con otra persona desde que mi esposa, en paz descansa, falleció, hará ya dieciocho años. La madre de Hugo era una mujer buena e inteligente; una esposa como pocas, puedo asegurártelo. Podíamos dialogar sobre cualquier cuestión durante horas. Nunca nos aburríamos, y siempre parecía tener la respuesta a cualquier asunto.

—La echa mucho de menos, ¿no es cierto?

—Demasiado —respondió—. Supongo que me di cuenta muy tarde de lo feliz que me hacía. Tendría que haberme volcado más a ella cuando aún estaba a tiempo.

—No creo que deba culparse por ello, tío.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, querida Claudia. —Sonrió con tristeza—. Estoy seguro de que, si ella continuara con nosotros, Hugo haría ya tiempo que habría sentado cabeza.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Matrimonio, por supuesto.

Sentí como si aquellas palabras me pateasen el vientre con fuerza. Ni siquiera había pensado antes en ello. En ningún momento había imaginado a Hugo casado y con hijos. Si hubiese podido describir cómo me sentía, habría dicho que decepcionada, si bien no sabía el motivo. Hugo tenía su propia vida, y yo no tenía ninguna posibilidad de formar parte de ella.

—¿Y qué hay de la muchacha que... —Me aclaré la garganta— que dejó embarazada hace un año?

—¿Crees que soy tan tonto para creerme esa patraña? —Rio—. Hugo es como es, no vamos a negarlo, pero en ningún caso lo tengo por un descerebrado.

—Pero usted entregó dinero a esa mujer.

—Sí, así es, lo hice.

—¿Por qué?

—Porque creí que le daría una lección a mi hijo, que lo haría recapacitar sobre sus acciones y encarrilaría su vida de una vez por todas. Pero está a la vista que hará falta algo más que eso para meter un poco de cordura en esa cabezota suya.

—A mí, sin embargo, me parece un hombre bastante sensato.

—Bien —expresó alguien a mi espalda—. Al menos hay una persona en esta casa que piensa bien de mí.

Giré para echar un vistazo por encima de mi hombro. Hugo estaba allí, de pie junto al umbral de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos del elegante pantalón.

—Buenos días —dijo.

No respondí. El corazón me iba a galope, y me sentí incapaz de hacer algo más que observarlo en silencio, afectada por la cercanía de aquel hombre.

Consciente de ello, él esbozó una sonrisa.

De súbito incómoda, cambié de postura en el asiento. Luego, lo miré de reojo y me estremecí hasta la médula cuando noté que se inclinaba hacia mí para depositarme un beso en la frente.

—Espero que te haya gustado el regalo —susurró junto a mi oído.

Absorta, lo seguí con la mirada mientras él se tomaba el debido tiempo para quitarse la chaqueta y sentarse a la mesa. La sola presencia de Hugo era capaz de excitar mis terminaciones nerviosas y de hacerme vibrar como si alguien estuviese tensando una cuerda de piano en mi interior.

Desvié la vista cuando se alisó los cabellos con una mano y me sonrió, lo que mostró unos dientes blancos y perfectos. Aunque aquella sonrisa hubiese estado repleta de dientes rotos, me habría gustado del mismo modo, pensé sin apartar la mirada.

En ese preciso instante, supe que era él; él era esa persona que uno conoce una sola vez, la que incendia tu interior con un mero gesto o palabra. El primero. Mi único amor. ¿Cómo era posible que, de los dos, tan solo yo sintiera aquella agonía que desgarraba mis entrañas?

—¿Claudia?

Alcé la cabeza y miré hacia don Carlos.

—¿Qué?

—Te preguntaba si ya has pensado en algo.

—Algo... ¿sobre qué?

Don Carlos soltó una estentórea carcajada.

—Está claro que, esta mañana, tienes la cabeza en otro lugar.

—Sí, es posible. —Miré de soslayo a Hugo.

—Deberíamos poner en marcha lo del telar cuanto antes, ¿no crees? — sugirió don Carlos—. Necesitamos personas con experiencia y un buen artesano que dé forma a ese sello al que te refieres.

—No hará falta —discrepé—. Si a usted le parece bien, creo que don Fermín lo haría de manera estupenda. He tenido oportunidad de ver varias de sus tallas y le aseguro que son extraordinarias.

El gesto de Hugo reveló sorpresa.

—Claudia tiene razón —afirmó con rapidez—. De hecho, sería una buena idea encomendarle a él el buen funcionamiento de la factoría. Es muy trabajador y meticuloso, y estoy seguro de que será un magnífico capataz.

El buen humor asomó en el rostro de don Carlos.

—Veo que por fin nos ponemos de acuerdo en algo —le dijo a su hijo.

—Nunca he dicho que estuviera en contra de ampliar nuestros horizontes — respondió él.

—Ni yo que esa escuela sea una mala idea —reconoció entonces don Carlos con calma mientras se servía una nueva taza de café.

Hugo y yo cruzamos una mirada, sin poder ocultar nuestro asombro, y nos sonreímos en secreto.

—Podrías llevarla a la ciudad —le propuso don Carlos a Hugo de pronto. Alzó el rostro y lo miró—. Tu prima necesita un vestido para la fiesta de esta noche.

—¿Es eso cierto? —me preguntó Hugo con interés.

—Como ya le he dicho a mi tío, creo que sería un abuso aceptar su dinero.

—Bobadas —respondió el aludido.

—Llevas varios días encerrada en esta casa. Te vendrá bien un poco de diversión —añadió Hugo—. Además, se trata de mi cumpleaños.

—No sé... —vacilé un momento en tanto estudiaba la expresión del muchacho—. ¿Seguro que no tienes nada mejor que hacer?

—¿Mejor que pasarme la mañana entre visitas a todas las modistas de Madrid? No se me ocurre nada.

—No seas bruto. Comprarme un vestido solo me llevará unos minutos. No tendrás tiempo de conocer a más de una o dos costureras. Ya te gustaría...

—Te equivocas. Por lo que a mí respecta, las costureras y celestinas, cuanto más lejos, mejor.

—No deberías preocuparte. Ya sabes que no conozco a nadie en Madrid, así que no creo que entable una conversación muy profunda con ninguna.

—Eso espero —suspiró Hugo—. Esas damas lo saben todo sobre todo el mundo. Supongo que pueden considerarse buenas oyentes.

—Las mujeres solemos confiar en quienes saben hacerlo.

—Mala idea —expresó Hugo.

—¿Por qué? —pregunté, al tiempo que me apartaba un poco de la mesa para permitirle a Benigna retirar los cubiertos.

—Porque, para confiar en alguien, deberías estar seguro de que también puedes fiarte de su boca.

—No si lo que pretendes es que no la tenga cerrada. Todo depende de lo que esperes lograr con ello —razoné mientras oía a Benigna soltar una ahogada risita.

—Eso tendrás que explicármelo —dijo Hugo, que me contemplaba con el ceño fruncido.

—Sí, por supuesto... —Asentí con discreción en tanto disfrutaba de esa incertidumbre—. Puede que algún día.

—Gracias por el voto de confianza.

Yo encogí los hombros a modo de respuesta.

—De nada, primo. —Le sonreí.

—Me encanta ver que, por fin, alguien sabe cómo mantenerte a raya, hijo mío —concluyó don Carlos con una risotada.

—Sí, claro. —Hugo, bastante molesto, se volvió hacia mí—. Te quiero lista y preparada dentro de media hora, afuera, junto al portón principal.

—Sí, señor —respondí con aire castrense.

—Nada de bromas. Si no estás allí a la hora acordada, me marcharé sin ti.

—Está bien —accedí, limpié las comisuras de mi boca en una servilleta y me levanté—. ¿Qué estamos esperando?

—Bien, puede que tú ya estés lista —respondió junto con un gesto para pedirme que volviera a sentarme—, pero yo aún tengo que refrescarme y cambiarme de ropa.

Era evidente que estaba mintiendo, dado que la apariencia de él no podía ser más espléndida. De manera que deduje que las palabras de don Carlos lo habían irritado más de lo que deseaba demostrar.

—Trata de escoger algo bonito. La fiesta de esta noche será una oportunidad maravillosa para que conozcas a unos cuantos jóvenes de buena familia —dijo don Carlos al dirigirse a mí—. No acabo de entender por qué mi hermano y su esposa tardaron tanto en preocuparse por tu futuro, pero ten por seguro que estoy decidido a cambiar eso.

—¿Futuro?

—Casamiento —explicó Hugo sin pestañear.

Mis ojos se abrieron por el asombro.

—Santa madre de Dios... —murmuré.

—No creo que deba casarse —opinó entonces Hugo.

Yo lo miré mientras me mordía el labio inferior hasta que empezó a dolerme.

—¿De dónde sacas eso? —Don Carlos observó al hijo, atónito.

—Piénsalo bien. Ha transcurrido muy poco tiempo desde que fallecieron sus padres.

—Aún con más razón —lo contradijo su padre—. No es nada bueno que una muchacha esté demasiado tiempo soltera. Además, ya ha pasado más de un año y medio desde el triste suceso, de manera que tu prima ya no lleva el luto

de alivio. Por eso, no hay nada que le impida conocer a un buen chico y hablar con él. ¿O crees que estará mejor sola?

—No estoy sola, tío, los tengo a usted y lo tengo a Hugo —corregí.

—Y no sabes cuánto me alegra oír eso. Pero ten en cuenta que yo no viviré de manera perpetua —respondió don Carlos—. En algún momento, me convertiré en un viejo decrépito. Hugo no podrá hacerse cargo de ti siempre. Ya has visto cómo es: le falta tiempo para poner esta finca patas arriba con todas esas locas ideas tuyas. Aparte de que él también tendrá que sentar cabeza en algún momento y buscarse una buena esposa.

—No lo estarás diciendo en serio —protestó Hugo—. Ya te dije que no voy a casarme con una mujer por la que no sienta nada. Y mi prima debería hacer lo mismo.

—No deberías hablar por ella —respondió don Carlos con cansancio.

—Nadie debería hacerlo —expresé—. Tengo veinte años y nunca he pensado por mí misma. La verdad, creo que va siendo hora de que lo haga.

—¡Estupendo! —replicó don Carlos, que miraba a Hugo—. ¡Mira lo que has hecho! Has metido esas absurdas ideas en la cabeza de tu prima y, ahora, ella tampoco querrá casarse.

—Nadie ha metido ideas en mi cabeza, tío —afirmé—. Y tampoco he dicho que no quiera casarme. Aunque sí admito que me gustaría hacerlo por amor.

—Enamorarse es peligroso —advirtió entonces don Carlos—. Es arriesgado permitir que alguien te haga ver la totalidad del mundo a través de sus ojos. No es bueno dejar de vivir una vida para vivir la de otro porque, cuando eso se acaba, cuando esa persona se marcha, se lleva consigo más de lo que estás dispuesto a perder.

El discurso de don Carlos nos dejó al resto sin palabras, sumergidos en una oleada de tristeza. No hacía falta que lo dijera; sabíamos de quién estaba hablando. Estaba claro que el cariño y la devoción hacia su primera esposa, la madre de Hugo, no habían sido suficientes para hacerle olvidar la traición del primer amor.

De pronto, me pregunté cuánto tiempo hacía que don Carlos sufría en silencio y sentí un escalofrío al imaginar la respuesta.

* * *

Las palabras de don Carlos seguían resonando en mi cabeza dos horas más tarde, mientras nuestro vehículo avanzaba por la calle en dirección a uno de los talleres de costura de la ciudad. El corazón todavía me palpitaba desbocado, y mi cuerpo se estremecía cada vez que trataba de contener la oleada de angustia que amenazaba con arrancarme el llanto. Tenía la vista clavada en mis zapatos mientras permanecía quieta. Llevaba media hora en la misma postura cuando oí la voz de Hugo.

—Todavía continúas dándole vueltas a las palabras de mi padre —dedujo.

—No lo entiendo —le confesé—. ¿Cuánto tiempo puede una persona sufrir por amor?

—Por lo visto, toda una vida.

Su respuesta me dejó sin aliento. Un raudal de emociones se agolpó en mi pecho, y lo miré desconcertada, sin poder comprender del todo la magnitud del significado de aquello.

—Lo siento.

—No lo sientas. La devoción que experimentó mi padre por tu madre nunca fue un secreto para ninguno de nosotros. Sin embargo, me da lástima que se pase la vida inmerso en el pasado. Mientras continúe así, no será capaz de disfrutar del presente.

Tensé los músculos de mis piernas en un intento de permanecer en el mismo sitio y no agitarme en el asiento. Miré el rostro de Hugo y, de pronto, me sentí como una maleta vacía, abandonada en cualquier olvidado andén. Luego, dejé escapar un ligero carraspeo mientras trataba de comprender qué diantres me estaba ocurriendo.

Después de apearnos del carruaje, enfilamos hacia el camino que conducía hasta una pequeña plaza. Tras más de diez metros de recorrido, advertí que Hugo me observaba con interés.

—¿Qué? —interrogué, presa de la curiosidad.

—¿Por qué me has hecho antes esa pregunta? —Aminoró el paso al tiempo que su rostro cambiaba un tanto de expresión.

—Porque no le encuentro mucho sentido.

—Puede que tengas razón. Aunque no entiendo cómo puede pensar en eso una muchacha que apenas comienza a ser una mujer.

—No quiero que me ocurra algún día lo que le sucedió a don Carlos —manifesté en tanto bajaba la voz—. No puedo imaginarme lo que sería arrastrar ese sufrimiento toda la vida.

—Lo sé.

Me detuve y me planté delante de él.

—¿Tú crees? —Sentí cómo la voz se astillaba en pedazos al salir de mi garganta—. ¿Cómo puedes saberlo? Nunca te has enamorado.

—¿Me estás diciendo que tú sí?

Contuve el aliento un instante.

—No —mentí.

—Entonces, hazte un favor a ti misma y deja de pensar en esas cosas —respondió—. No te hace ningún bien.

Hugo se acomodó el nudo de la corbata ante el escaparate de una tienda de modas. Tras la vidriera, su reflejo se confundió con un motón de camisas y retales de colores.

—¿Y si hubiese respondido que sí? —inquirí mientras contemplaba mi propio reflejo en el cristal.

—¿Que dejarás de pensar en eso?

—Que me he enamorado. —Giré el rostro un instante para mirarlo.

—Estás loca —respondió con media sonrisa.

Yo reaccioné a esas palabras con un achicamiento de ojos.

—¿Y por qué no puedo estar enamorada?

—Lo que faltaba...

—Perdón, ¿qué tiene de malo?

—Eres aún muy joven, ¿no te parece?

—Tengo veintiún años. —Tragué saliva—. Bueno, casi... Pero hay muchachas que se enamoran antes y que se casan aún más pronto.

—Vamos, deja de decir tonterías, y entremos a buscarte un vestido.

Aquello era de lo más enervante. Sin comprender por qué se negaba a hablar conmigo de aquel tema, lo fulminé con la mirada cuando sostuvo la puerta y me invitó a pasar al interior del establecimiento.

Tenía un nudo en la garganta, había estado a tan solo un paso de confesárselo todo, de decirle lo que en realidad sentía por él, y Hugo ni se había dignado a oírme.

Dejé salir la respiración contenida por la nariz en tanto apretaba los labios con fuerza.

Sus ojos verdes me miraron desafiantes.

—¿Qué? —mascullé.

—Elige algo gris —respondió—. Armonizará a las mil maravillas con la tormenta que flota en tu mirada.

—Quizá lo haga. —Fruncí el entrecejo, incómoda ante mi propio arrebató de mal genio mientras esos penetrantes ojos verdes me examinaban con socarronería.

Empezaba a gustarme mucho el temperamento y la seguridad que de repente parecía estar decidida a mostrar al mundo, lo cual no dejaba de sorprenderme. Quizá por eso decidí probarme un precioso vestido confeccionado con varias capas de seda, enterradas bajo otras tantas de gasa, bordadas en un pálido color celeste.

Intrigada por el aspecto que ofrecería, me acerqué al espejo para echarme un vistazo. El vestido era hermoso, y no de color gris, como Hugo me había sugerido. Lo que, si lo pensaba, significaba una pequeña victoria en nuestra ridícula contienda de tira y afloja, al menos para mí.

Cuando regresé junto a Hugo, vestida de nuevo con las ropas con las que había salido de casa, la mirada penetrante de él observó con atención mis movimientos. Era obvio que se preguntaba qué vestido habría escogido.

—No es gris —me limité a decir.

Él pareció divertido. Sacó la billetera del bolsillo interior de la chaqueta y ni siquiera pestañeó cuando la modista le dio a conocer la elevada suma de dinero que debía abonar por el vestido y por los complementos que yo había elegido. En ese momento, por alguna razón, me sentí invadida por el deseo de molestarlo.

—También necesito un corsé —añadí antes de que acabara de sacar el dinero de la billetera.

—¿Algo más? —preguntó la modista—. Unos guantes, ¿tal vez?

—De seda. —Sonreí a la mujer, consciente de tener la mirada de Hugo clavada en mí—. Y un bolsito.

—¿Este le gusta? —Me mostró un pequeño saquillo de satén.

—Inglés, por favor —solicité, y señalé el bolso con pequeñas cuentas de cristal que se encontraba en una de las estanterías—. También necesitaré medias, flores para los zapatos y cintas para el pelo.

—¿Has terminado? —dijo Hugo paciente.

—Sí, eso creo. En fin, lo que tiene que hacer una joven para estar bonita. —Sonreí de manera amplia, para mostrar los dientes con insolencia.

—¿Todo esto necesita una mujer para considerarse bien vestida?

—¿Acaso lo dudas?

—Espero que valga la pena. —Suspiró al abandonar la tienda.

—Oh, créeme, lo valdrá —respondí con el propósito de incitar la inquietud de mi acompañante.

—Bien, entonces don Carlos se sentirá feliz esta noche —aventuró en un tono de ligero reproche. Abrió la portilla del carruaje y esperó a que yo subiera al vehículo.

—¿Celoso?

—De ninguna manera. —Intercambió conmigo una mirada.

Tenía la impresión de que las cosas no estaban desarrollándose como yo había imaginado. Parecía intuir mis maniobras para darle celos. Su hermoso rostro, oculto en parte por las sombras, permanecía impassible, y nada me daba a entender que algo de lo que yo hubiera hecho o dicho lo hubiera afectado de modo particular.

—¿No te molesta que esté pensando en conocer a otros hombres? —me atreví a preguntar.

—No mucho —afirmó en voz baja—. Aunque creí que habías dicho que deseabas casarte por amor.

—Comprar un vestido no implica necesariamente que vaya a comprometerme con nadie.

—Eso, explícaselo a tu tío cuando lo veas. Seguro que ya ha pensado en un par de bobos que presentarte. —Entrecerró los ojos—. Quizá sea mejor que no me separe mucho de ti esta noche; no sea que acabes diciéndole que sí a algún pobre bobalicón hinchado de dinero.

—Por mí, puedes irte al diablo, Hugo Garrido Luján.

Hugo levantó la cabeza con obvio asombro.

—No tienes pelos en la lengua, ¿verdad? —Me miró entre sus oscuras pestañas.

—Puede que, hace unos meses, los tuviera, pero no ahora. Ahora estoy rodeada de demasiados lobos como para andarme con remilgos.

—Creo que voy a tomármelo como un cumplido. —Me dedicó una sonrisa torcida.

—¿Por qué no me sorprende? —Lo observé en silencio durante medio minuto.

—Apuesto a que sé lo que estás pensando. —Bajó la mirada hasta la curva de mi escote.

—No en lo mismo que tú, te lo aseguro.

Él emitió un largo suspiro.

—Una pena. —Sus labios me ofrecieron una sonrisa seductora.

Pensativa, apoyé el codo en el marco de la ventana y entorné los párpados para verle mejor el rostro.

—Hugo.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Adelante.

—¿Por qué a veces pareces un hombre tan encantador, y otras, el más odioso que camina sobre la faz de la tierra? ¿Acaso existe algún colegio donde se aprenda eso?

Se acarició la barbilla, y un músculo se le tensó en la mandíbula.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—Es que no lo entiendo —insistí—. Me vuelve loca tu manera de ser, y no logro entender por qué reaccionas de este modo ante cualquier cosa que hago o que digo.

Él vaciló un momento antes de hablar.

—¿Estás enamorada de mí, Claudia?

—¿Qué? —Muda de asombro, lo contemplé con los ojos muy abiertos mientras mis labios se comprimían como si fueran a lanzar un beso al aire en un intento de responder que no. Sin embargo, no salió de ellos más que un débil hilillo de aire, apenas audible.

Incapaz de articular palabra, me dejé caer sobre el respaldo de mi asiento y adopté un gesto hostil.

La boca de Hugo emitió una risita rebuscada.

—Me temo que no le veo la gracia.

—Ya me parecía a mí. —Sonrió con intención.

De regreso a casa, me pregunté por qué no le había dicho la verdad en aquella ocasión en vez de quedarme callada como un cadáver. Tenía ganas de llorar y me sentía como una tonta. ¿Quién habría pensado que, después de todo, iba a quedarme sin palabras justo en ese momento?

* * *

Esa tarde, diez minutos antes de que comenzara la fiesta, me detuve ante el espejo y miré sobre mis hombros, primero hacia el uno y luego hacia el otro, para contemplar la espalda del vestido. Aunque estaba satisfecha con mi

elección, no tenía ni idea de cómo iba a conseguir devolverle a don Carlos el dinero que me había prestado. Había comprado demasiadas cosas con aquellas pesetas, de manera que iba a tener que trabajar muy duro si quería saldar mi deuda con él algún día.

Mientras me aplicaba un par de gotas del perfume de don Cosme en el cuello y en la parte posterior de las muñecas, oí a los músicos afinar los instrumentos en la planta inferior.

—¿Me concederías este baile? —pregunté a mi propio reflejo mientras imaginaba que era Hugo quien estaba frente a mí y, luego, alargué la mano hacia el espejo en un gesto de conformidad, sin poder reprimir una genuina carcajada.

De pronto, regresó a mi mente el salón de fiestas de los Aguilar, la mesa donde los hombres jugaban a las cartas, las hermosas lámparas de araña que iluminaban a las personas que bailaban en mitad de la sala y, al fondo, se destacaba Hugo sobre todos aquellos elementos. Él, con esa mirada enigmática, con ese porte impecable, con esa masculinidad irreverente.

Aquel recuerdo me hizo sonreír. Sin embargo, decidí darle fin al apartarme del espejo mientras me repetía que tenía que quitarme lo que sentía por ese hombre de la cabeza. Mi enamoramiento por él no iba a llevarme a ninguna parte. Bueno, al menos a ninguna buena. Si continuaba pensando en él de ese modo, lo único que conseguiría sería hacerme daño a mí misma.

Después de abandonar el dormitorio, descendí las escaleras y me detuve para observar a la elegante muchedumbre que se aglutinaba en el vestíbulo en tanto aguardaban con paciencia que uno de los mozos recogiera los chales y guantes que llevaban.

Era peor de lo que había imaginado. Cerré los ojos e inhalé una profunda bocanada de aire al tiempo que recordaba las noches asfixiantes de verano, cuando observaba a personas como aquellas rendidas de calor. En ese

momento, formaba parte de aquel selecto elenco, no solo iba a pasearme entre esos individuos para tratar de embaucarlos.

—¿Nerviosa?

Abrí los párpados, y mi mirada topó con la de Hugo, que permanecía inmóvil junto a la escalera con una mano extendida hacia mí.

—¿Bromeas? Estoy muerta de miedo —respondí con sinceridad mientras aceptaba aquella ayuda.

—No mientras yo esté aquí —susurró al tirar de mí con lentitud hacia el salón.

Cuando estábamos a punto de cruzar la puerta, soltó mi mano, me sujetó con suavidad del mentón y me dijo:

—Estás preciosa.

—Gracias —contesté sin poder apartar los ojos de él.

—¿Preparada?

—Eso quisiera... —murmuré.

En cuanto entramos, me di cuenta de que aquel lugar era sencillamente magnífico.

Suspiré. Al menos, Hugo estaría cerca. Él, que parecía tomarse el asunto con mucho optimismo, saludaba a las muchachas y prestaba atención a las madres cuando se acercaban para presentar a aquellas preciosas hijas.

—La señorita Ruiz heredará una fortuna.

—¿Disculpe? —Me di la vuelta para mirar al caballero que se había situado a mi derecha. No pude evitar sentir cierto rechazo ante aquel espécimen almidonado de pies a cabeza, de rostro apático y mejillas

coloradas.

—La señorita Ruiz —reiteró mientras lanzaba una mirada solapada a la muchacha que conversaba con Hugo—. Debería sentirse feliz por su primo.

—No creo que a mi primo le interese lo más mínimo la fortuna de nadie —respondí entre dientes.

—¿Usted cree? —Hizo una mueca de desinterés.

—¿Quién es usted? —inquirí.

—¡Oh! —Sonrió antes de tomarme la mano y depositar un beso en el dorso—. Pedro Ripoll, empresario barcelonés y dueño de una de las navieras más importantes de Cataluña.

—Un burgués.

Pedro Ripoll rio con ensayada elegancia.

—Sí, supongo que es así. —Suspiró en tanto miraba alrededor—. Aunque no es tan terrorífico, ya que todos los presentes pertenecemos a ese conveniente elenco. ¿O acaso cree que usted es la excepción?

Distinguí de manera vaga el rostro de Hugo entre la multitud, y la expresión se le llenó de preocupación al contemplarme. Me había quedado lívida. Me pasé los dedos por la frente como si fuera a desmayarme al tiempo que observaba cómo, a mi alrededor, se desarrollaba una comparsa de vestidos, chales de precioso ganchillo y trajes almidonados que cubrían a una cola de personas que avanzaba con parsimonia hacia el salón. Ellos se saludaban con ensayadas sonrisas al pasar por nuestro lado.

Era una parodia de un mundo donde yo no tenía un lugar.

Entonces lo comprendí. La gasa que, hasta el momento, había tapado mis ojos se esfumó, y me pregunté cómo no me había dado cuenta desde el principio. Aquello no podía salir bien; no para una mujer como yo. Las muchachas como yo no se mezclaban con gente como aquella.

Inundada por unas increíbles ganas de llorar, miré a Hugo y abrí los labios, pero los cerré de inmediato al comprender que ninguna palabra saldría de mi boca. Él me observó con obvia sorpresa por mi manera de actuar y, luego, se aproximó a mí para tratar de asirme del brazo. Me di vuelta y, tras olvidar la existencia de Pedro Ripoll, avancé a toda prisa hacia las puertas que permanecían abiertas al otro lado de la sala.

El frescor de la noche me golpeó el rostro cuando las atravesé. Me detuve ante el portón del enorme patio e inspiré una honda bocanada de aire, como un bebé que ingiere su primer aliento.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Hugo, agitado, apoyó una mano en mi hombro. Cuando me obligó a darme la vuelta, me di cuenta de que me estaba mirando fijo. La claridad de la noche iluminaba sus irreales facciones.

—Lo siento... —balbuceé a solo unos centímetros de distancia de su boca, en tanto sentía cómo su tibio aliento acariciaba la delgada piel de mis labios—. Ese hombre...

—No tienes por qué disculparte, no has hecho nada malo —respondió mientras ahuecaba la mano bajo mi nuca como si necesitara de algún modo sujetarme la cabeza—. Es normal que, después de la muerte de tus padres, todo esto te resulte angustioso.

—Tú no lo entiendes —dije con los párpados cerrados con fuerza—. Él me dijo... Yo no...

—¡Shh! —me interrumpió Hugo—. No quiero saberlo.

—Pero...

—No —volvió a ordenar, esa vez con más firmeza—. No esta noche. No durante mi cumpleaños.

Mis ojos se abrieron como si acabara de darme cuenta de esa circunstancia.

—Lo lamento... —volví a gemir. Me sentía como una estúpida—. No te he obsequiado nada.

—¿Acaso importa?

Me esforcé por no sonreír cuando lo vi hacer un gesto de aburrimiento con el propósito de quitarle peso al asunto.

—¡Pues claro que importa! —declaré de modo rotundo—. Benigna me lo dijo esta mañana. Debería haberme acordado.

—Bueno, quizá sí. —Por el brillo de sus ojos, comprendí que Hugo estaba bromeando—. O quizá prefiero que sea así. De ese modo, pedirte un beso no me costará tanto.

Levanté la vista hacia su rostro y me quedé pensativa un instante.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —repitió en tanto alzaba ambas cejas.

—Pero ha de ser rápido —le advertí—, y tendrás las manos quietas en todo momento.

Me miró decepcionado.

—Está bien, acepto. —Resopló.

Nerviosa, deslicé mis manos por sus fuertes brazos y me aferré a ellos con suavidad. Me parecía increíble lo que iba a hacer y, sin embargo, me sentía feliz de que el destino me ofreciera la oportunidad de tocar una vez más aquellos labios.

—Cierra los ojos —le pedí, consciente de tenerlos clavados en mí, y él esbozó una ligera sonrisa—. Lo digo en serio.

—Lo sé —respondió antes de acatar la orden.

Me sentía sumida en un estado de semiinconsciencia, como si estuviera a punto de atravesar unas puertas que, hasta aquel momento, habían permanecido cerradas a cal y canto. Mi mente giraba a toda prisa, y mi corazón comenzaba a bombear el doble de rápido. Tenía que acabar de una vez. Eso significaba obsequiarle el beso y apartarme de él cuanto antes. Pero, tras el primer roce de mi boca contra la suya, mi cerebro dejó de funcionar, se detuvo con brusquedad mientras todo a nuestro alrededor se desvanecía. Dejé de oír la música que provenía del interior de la casa, de pensar en los invitados a la fiesta y de temer que alguien nos viera. Nunca podría haberme imaginado que un beso iba a provocarme reacciones tan distintas: por un lado, deseaba apartarme; y, por otro, me veía incapaz de hacerlo. Aquellos sentimientos tenían una fuerza inmensa. Nunca me había creído capaz de llegar a ese punto con un hombre. Todo mi cuerpo era suyo, y ni siquiera me molestó cuando su fuerte mano se deslizó por mi nuca para, un segundo más tarde, intensificar la profundidad de aquel beso.

Cuando por fin nuestras bocas se separaron, el corazón me latía tan descontrolado como una jauría de perros. Hugo me observaba con intensidad; a mí, comenzaba a dolerme el pecho con tanta violencia que acabé por preguntarme si el amor podría hacer que alguien cayera enfermo. Hasta ese momento, nunca había entendido aquello de “tener mal de amores”. Siempre había creído que era una frase hecha. Nunca había llegado a pensar que un sentimiento así pudiera crecer con cada palabra, con cada gesto y con cada día que pasaba.

—Te amo, Claudia... —susurró Hugo cerca de mi rostro.

Oír aquel nombre me hizo regresar a la realidad y, llevada por un impulso, me aparté de inmediato de él al comprender que había llegado el momento de detener todo aquello. ¡Yo no era Claudia, sino Eliza! ¡Era a Eliza a quien él debía amar!, me dije mientras agitaba la cabeza a los lados.

—No vuelvas a decirlo —jadeé.

—¿Crees que puedo evitar lo que siento? —gruñó.

—Hay cosas que aún no sabes; cosas que cambiarían lo que crees sentir por mí.

—Nada va a lograr que eso cambie —contestó él—. Y sé que tú también sientes algo. Quizá no sea amor, pero estoy seguro de que lo sientes.

—¿Qué? —Reí con amargura—. No tienes ni idea...

Cuando Hugo intentó calmarme, yo me negué a que me tocara.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó con evidente preocupación—. Por el amor de Dios, ¡dime algo!

—No —negué con el rostro oculto entre las manos. No quería mirarlo directo a los ojos. Me moría de vergüenza—. No puedo continuar con esto. Es... Es demasiado...

—Claudia, me estás asustando.

—¡No me llames así! —grité exasperada.

Hugo me observó con claro desconcierto.

—Deja de enfrentarte a mí y cuéntame qué es lo que te ocurre.

—Si lo supieras, me odiarías. —Sentí las lágrimas acudir a mis ojos.

—Eso es imposible.

—No estés tan seguro.

—Nada de lo que digas va a hacer que cambie lo que siento ahora. Nada.

—¿Ni siquiera saber que te he mentado? —repliqué al tiempo que dejaba caer los hombros.

Hugo soltó el aire, incrédulo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué harías entonces? —insistí—. ¿Qué sucedería si de repente descubrieses que te he engañado?

Hugo se quedó mirándome, sumido en el más absoluto de los silencios, en tanto vacilaba en su respuesta. Entonces entendí que, de saber la verdad, él me odiaría. Podía leerlo en sus ojos, en aquella mirada que, día y noche, me había robado el sentido. Eso era más de lo que mi alma podía soportar.

Sin aguardar una respuesta, di media vuelta y me alejé de él.

—¡Espera! —Oí la voz de Hugo a mi espalda mientras yo aceleraba el paso en dirección a la casa. Era una situación ridícula, de la que ninguno de los dos iba a sacar nada bueno. ¿Para qué alargarla? Hacerlo solo contribuiría a hacernos más daño, y yo no podía perjudicar de esa manera a Hugo. Él había dicho que me amaba, pero lo cierto era que a quien creía amar era a Claudia; no a mí. Ya no me preocupaba terminar con mis huesos en la cárcel. Lo único que me importaba era no hacerle aún más daño: estaba claro que saber la verdad haría que se sintiera como un estúpido. Él no se merecía aquello.

—¿Eliza?

Aparté la mirada del suelo y la clavé en el individuo había mencionado mi legítimo nombre.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó don Cosme, mientras yo deslizaba mi brazo en torno al de él y lo empujaba con suavidad hacia un rincón de la sala.

—No me llame así, don Cosme, o acabará metiéndome en un lío —le rogué en voz baja.

—Dios Santo, criatura, ¿en qué embrollo estás metida ahora? ¿Y tu madre? Las busqué en la calle Castelar, pero, cuando fui esta mañana a visitaros, me dijeron que ninguna de las dos había siquiera puesto un pie en esa casa.

—Deberíamos haber ido a esa residencia —suspiré con profundidad—. Pero las cosas se han complicado bastante durante los últimos meses.

—¿Por qué motivo estás aquí?

—Mi madre me convenció de que me hiciera pasar por Claudia, la sobrina del patrón.

—¿Y le hiciste caso? —Me miró sorprendido—. La verdad, te creía más lista.

—Yo también —me lamenté.

—Más, al conocer a doña Carmen —prosiguió—. A tu señora madre, rara vez se le ocurren buenas ideas.

—Supongo que, esta vez no fue solo idea de doña Carmen —objeté—. La verdadera Claudia tuvo mucho que ver en este asunto. Aunque es evidente que eso no me exime de culpa.

—Esos malditos ricachones... Esa gente no hace más que meternos a los demás en problemas —masculló entre dientes.

—Creo que mi madre se basta muy bien solita para eso.

—Ahora que la mencionas, no la he visto por ninguna parte.

—Eso es porque salió de esta casa hace un par de semanas, don Cosme.

—Creo que no hace falta que pregunte la razón —resopló.

—La atraparon al tomar prestadas unas cucharillas de plata —respondí de todos modos.

—¡Qué falta de seso! —Suspiró—. No sé cómo ha podido meterte a ti en todo este lío. La verdad es que no entiendo cómo tu madre no ha acabado mucho antes entre rejas. ¡Esa mujer terminará costándome una fortuna! En fin, mañana, en cuanto despunte el alba, iré a hablar con el cuerpo de seguridad a ver qué se puede hacer.

—No está en la cárcel.

—¿Por qué no lo está? —preguntó don Cosme.

—Don Carlos le dio dinero y le dijo que se largara de esta casa.

—Entonces, no entiendo qué te retiene a ti aquí. Deberías haberte marchado con ella.

—Lo habría hecho de haber podido —contesté—, pero, como ya le he dicho, las cosas están bastante complicadas ahora mismo.

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Piensa ayudarme?

—Te conozco a ti y a doña Carmen desde hace tiempo. Sé que eres una buena persona, Eliza, y estoy seguro de que no estás aquí por propia voluntad. Lo menos que puedo hacer es ayudarte.

Las palabras de don Cosme me hicieron sonreír. No sentía nada parecido a la felicidad, pero ese apoyo me ofrecía la oportunidad de abandonar aquella casa. Y aunque esa era, claro está, una salida propia de cobardes, me aliviaba el hecho de no verme en la complicada situación de tener que responder a las preguntas que pronto querría hacerme Hugo. De esa manera, no me vería obligada a mentirle, ni tampoco tendría que contarle toda la verdad. En ese momento, la cobardía me pareció un mal menor, uno del que, tal vez, me recuperaría pronto.

Aunque en un principio había desestimado la idea de marcharme de allí por miedo a que Hugo nos denunciara antes de que me diese tiempo de reunirme con mi madre, no pude evitar pensar de nuevo en ello. En las profundidades del armario, descansaba aún el frasquito de láudano que ella me había entregado. Era cuestión de lograr que Hugo permaneciera el tiempo suficiente dentro de mi habitación para que tomase unas gotas y el brebaje hiciera efecto antes de que volviera a marcharse, lo cual me dejaría, una vez más, encerrada en mi cuarto.

En algún sitio del salón, el reloj dio las once. Mi mirada se centró entonces en don Cosme, que me observaba en tanto esperaba una respuesta.

—¿Piensa hospedarse con nosotros?

—No, en un principio, aunque aún puedo aceptar el ofrecimiento de don Carlos y alojarme unos días en uno de los dormitorios de la planta superior como su invitado —propuso mientras sacudía la cabeza—. Por lo visto, está interesado en que elabore uno de mis perfumes para una muchacha, según él mismo dijo, muy especial.

—Ya veo... —respondí con visible agitación—. Pues no creo que eso vaya a ser posible.

—Debí de habérmelo imaginado en cuanto te vi —dijo don Cosme pensativo.

—¿Qué cosa?

—Esa muchacha eres tú, ¿no es cierto?

—Creo que hay bastantes posibilidades de que sea así. —Suspiré de manera lenta y pausada.

Don Cosme agitó la cabeza a los lados.

—Doña Carmen debe de haber perdido la cabeza para dejar que te enredaras con este tipo de gente.

—A pesar de lo que usted piensa, don Cosme, le aseguro que don Carlos y su hijo son buenas personas. La que está de sobra aquí soy yo. Yo soy la única que los está engañando al hacerles creer que formo parte de esta familia. Me lo tendría bien merecido si al final acabase encerrada en una celda.

—No digas bobadas, la culpa no es tuya. Conozco a tu madre, por lo que no dudo de que ha sabido embaucarte bien. Y, la verdad, espero que, después de lo ocurrido, haya aprendido la lección.

—Lo cierto es que llevo semanas sin tener noticias de ella —respondí con preocupación—. Parece como si la tierra misma se la hubiera tragado entera.

—Si tuviera que preocuparme por alguien, créeme niña, no sería por doña Carmen. No me cabe duda de que te sentirás aliviada cuando compruebes que está sana y salva, pero, hasta entonces, yo trataría de no darle demasiadas vueltas a eso. Seguro que sabe cómo cuidarse ella sola. Sin embargo, lo que en realidad me preocupa es saber si puedes hacerlo tú.

—Estoy aprendiendo.

Don Cosme me miró con afecto.

—Supongo que, tarde o temprano, tenías que madurar y empezar a pensar por ti misma. Es lo natural —observó, antes de añadir—: Avísame cuando estés lista, y aguardaré, junto al portón principal, que salgas.

—Si no tiene inconveniente, me gustaría salir de aquí esta misma noche.

Don Cosme me contempló con asombro. No había modo de negar lo torpe que me sentí al formular aquella petición, ni de actuar como si no se me hubiera abierto un agujero en el estómago del tamaño de un jabalí.

Deslicé la mirada a un lado y traté de contener mi ansiedad.

—Entonces, aceptaré pernoctar en la casa por esta noche —respondió—. ¿Crees que podrás reunirte conmigo al despuntar el alba?

—Lo intentaré. —Se me quebró la voz—. Oí al ama de llaves decir que la casa está protegida por un par de hombres que la vigilan día y noche.

—Pues, entonces, tendrás que conseguirlo justo cuando amanezca. Si tienes una oportunidad de huir de aquí sin que nadie se dé cuenta, será en ese momento. A esa hora, es probable que los jornaleros estén aún congregados en la cocina, junto con las mujeres, a la espera de que les llegue el turno de desayunar.

Sorprendida por esa gran perspicacia, esboqué una débil sonrisa.

—Bien.

—Ya buscaremos a tu madre más tarde. —Resopló—. Doña Carmen va a tener que darme un par de buenas razones que expliquen todo este sinsentido. Pero, por lo pronto, será mejor que salgamos de aquí antes de que alguien descubra que no eres quien dices ser.

Asentí. Por supuesto, era algo más que eso. Deseaba irme muy lejos de la casa de los Garrido, pero, sobre todo, ansiaba alejarme de Hugo. Los remordimientos estaban devorándome por dentro. La traición y las mentiras se

habían convertido en algo insostenible. Era una insensatez quedarse allí y esperar ver lo que sucedía, cuando sabía a la perfección que aquello no acabaría bien.

En el momento en que don Cosme volvió la cabeza, reparé en la presencia de Hugo cerca de nosotros. Permanecimos en silencio un instante mientras un temor profundo se apoderaba de mí.

—Buenas noches —saludó a don Cosme con un tono de voz de extraña frialdad. Luego, me dirigió una mirada y una sonrisa torcida. No necesité más que eso para darme cuenta de que algo lo había molestado.

—Ya veo que conoce a mi querida prima Claudia.

—Por supuesto —respondió don Cosme en tanto contenía a duras penas el nerviosismo—. Su prima es una de mis mejores clientas. Solía adquirir muchos de mis perfumes cuando residía en Granada.

Hugo inspiró el aire, y sus labios se curvaron de un modo un tanto burlón.

—Así que usted es el perfumista... —adivinó—. Mi padre comentó que vendría esta noche. Por lo visto, él es otro gran admirador de su trabajo.

—Usted me honra —respondió don Cosme.

—Es don Carlos, en todo caso, quien lo hace.

Nerviosa, introduje los dedos entre los pliegues de mi vestido y comencé a retorcer la tela mientras deslizaba la vista a mi alrededor. Tras comprobar que, en el salón, los asistentes se hallaban sumidos en sus propias discusiones, sin que a nadie pareciera importarle mucho nuestra conversación, volví el rostro hacia Hugo.

—Estoy hambrienta —susurré para tratar de acabar con la atmósfera saturada de tensión que flotaba entre ambos hombres—. ¿Te importaría acompañarme al comedor?

Hugo, de pie junto a don Cosme, me miró con recelo. A continuación, le pidió que lo disculpara y, para mi propio alivio, decidió seguirme hasta la sala colindante a aquella, donde el personal había dispuesto toda una serie de bebidas, dulces y manjares de toda clase. En mi vida había visto tal cantidad de alimentos juntos en una misma mesa, por lo que llegué a sentir cierta vergüenza cuando me vi incapaz de apartar la vista de todo aquello. En ese momento, no pude más que pensar en mi madre. Me preocupaba por ella y por cómo le irían las cosas. Las semanas habían transcurrido con gran lentitud y, aunque había logrado alejarla un poco de mis pensamientos, me resultaba demasiado penoso imaginarla sola en las calles de Madrid. No podía dejar de preguntarme por dónde andaría o qué estaría haciendo.

—Sin ánimo de ofender, me sorprende que una mujer como tú conozca a un hombre como don Cosme.

—¿Qué?

—Durante un momento, me pareció que era un gran amigo tuyo.

—Así es. —Recapacité un segundo—. Aunque no sé si la frase “gran amigo” es la correcta. Supongo que nos conocemos y poco más. Don Cosme es un buen hombre; a las buenas personas, no hay que juzgarlas nunca por su aspecto.

—Cierto —aceptó él—. Aunque también es verdad que tiene fama de frecuentar lugares poco recomendables.

—¿Qué lugares?

—Burdeles.

Retorcí con nerviosismo la tela de mi vestido entre los dedos.

—En mi opinión, las personas tenemos cierta tendencia a valorar cosas que carecen de verdadera importancia: las ropas, el aspecto de cada cual o lo que hace o deja de hacer con su vida... Si mirásemos más allá de todo eso, estoy segura de que descubriríamos un mundo lleno de gente interesante con mucho que ofrecer. Sin embargo, ni siquiera nos damos la oportunidad de descubrir lo que habita más allá de nuestra nariz.

—A mí me encantaría adivinar lo que habita tras la tuya. Creo que, si lo hiciera, acabaría descubriendo a una mujer extraordinaria.

—Me halaga que pienses así, pero dudo mucho de que lo que encuentres sea lo que en realidad esperas.

—Y yo dudo de que te conozcas a ti misma tan bien como crees. —Hugo pareció vacilar un instante—. Me gustaría saber qué te ha sucedido antes en el jardín.

Tragué saliva y clavé los ojos en Pedro Ripoll, que se encontraba al fondo de la sala y acechaba a otra pobre víctima.

—No es nada.

—Claudia...

—En serio —repliqué—. Estoy segura de que ha sido culpa de los nervios. Ya sabes, todo ese asunto del telar... Creo que estoy un poco irritable.

Hugo avanzó en silencio hacia mí, con cuidado de no hacerlo demasiado deprisa, sin apartar la cadera del borde de la mesa. Me sentí un poco incómoda por desear que sus dedos tocaran los míos, que nuestras manos se fundieran en una sola. Y aunque, por supuesto, nada de aquello sucedió, sí que se acercó lo suficiente como para que mis labios alcanzaran a besar el aire que lo rodeaba.

Hugo me observó con una expresión dubitativa.

—¿De dónde lo conoces?

—¿A quién? —pregunté.

—A don Cosme.

—Ah... —Tragué saliva—. Es perfumista.

—Lo sé.

—Como él mismo ha dicho, mis padres negociaban con él muy a menudo.

—¿Negociar? —inquirió Hugo mientras me fulminaba con la mirada—. Una manera bastante curiosa de llamarlo.

—Quiero decir que adquirirían con frecuencia sus perfumes. —Miré al techo e hice un gesto de exasperación—. ¿Por qué te interesa tanto ese hombre?

—No es don Cosme quien me interesa.

Las palabras de Hugo aumentaron mi nerviosismo.

—Eres tan... —Reflexioné un instante—: Voluble.

—No, no lo soy —rechistó.

—¿Por supuesto que lo eres! Eres el hombre más voluble e incomprensible que he conocido nunca. En un momento, estás pidiendo mi cabeza en una bandeja y, al otro, me rondas como un moscardón a un tarro de miel. En serio, quizás a ti todo esto te parezca algo corriente, pero puedo jurar que te equivocas.

—¡Caramba! ¿Un moscardón? —Un destello de diversión asomó a la mirada de Hugo.

—¿Lo ves? Además, eres un incorregible.

En silencio, dio un paso hacia mí.

—Si por incorregible te refieres a que nunca voy a dejar sentir lo que siento y de pelear por lo que quiero, tienes toda la razón: soy un total, incansable y obstinado incorregible. Además de un moscardón.

De pronto, una joven de cabellos castaños que actuaba como si tratase de huir del calor y de la gente apareció al lado de Hugo. Era guapa y tenía unos enormes ojos almendrados que no hacían más que ensalzarle la apariencia dulce e inofensiva. Cuando fingió tropezar contra la espalda de él, me quedé sin aliento.

—Oh... —dijo en tanto miraba a Hugo con una deliciosa sonrisa en los labios—. Discúlpeme.

—No tiene importancia.

Al percatarse del escaso interés que él demostraba por ella, la muchacha insistió.

—No lo he visto.

—Ya le he dicho que no tiene importancia —reiteró él con amabilidad.

—Lo sé, pero...

—Ya lo ha oído: no tiene importancia —la interrumpí, avancé un paso y luché por contener el enojo que aceleraba mis latidos.

La joven dio media vuelta sin decir una palabra y volvió a desaparecer entre la multitud de invitados. Al volver el rostro hacia Hugo, me tomó por sorpresa descubrir una pícaro sonrisa en la boca de él.

—¿Qué ha sido eso? —dijo con una risa floja.

—¿Qué ha sido qué?

—¿A qué ha venido ese ataque de celos?

—No eran celos —me apresuré a corregir—. Tanto tartamudeo acaramelado me estaba poniendo nerviosa, eso es todo.

—Dudo de que fuera solo eso.

—Puedes pensar lo que quieras —le dije mientras entrelazaba los dedos tras la espalda.

Él me examinó con un aire burlón que acabó provocándome risa. Luego, respiró hondo y, tras apartar un instante la vista de mi rostro, señaló las copas que se amontonaban de manera ordenada sobre la mesa.

Negué con la cabeza para rechazar el ofrecimiento. Con una cautivadora sencillez, llenó una de las copas y la llevó hasta sus labios. Cuando lo vi apurar el líquido de un trago, mi mente empezó a funcionar de modo precipitado, las manos comenzaron a sudarme y esbocé una suave sonrisa con la esperanza de que mis ojos no revelaran mis oscuros pensamientos. Me embargaba una desazón incómoda al imaginarme a mí misma verter unas gotas de láudano en el interior de su bebida. Era evidente que debería aprovechar algún instante de distracción. Su copa estaba entonces vacía, así que era un buen momento para ofrecerle otra. Con seguridad, sentiría un súbito aturdimiento antes de alcanzar la medianoche. Lo malo era que yo no tenía ni idea de cómo podría afectarlo el brebaje. Dada mi resumida experiencia, podía incluso caer desplomado al suelo antes de que le diera tiempo de llegar al dormitorio. Por lo que aquella, estaba claro, era una mala idea.

—Empiezo a sentirme cansada —declaré en tono en especial amistoso. Sabía de antemano que él se ofrecería a acompañarme.

Sin dirigirnos una palabra más, depositó el vaso vacío sobre la mesa y nos dirigimos hacia el corredor. La gente, refinada y elegante, pasaba por nuestro lado sin apenas reparar en nosotros, lo que demostraba lo mucho que se podía

disfrutar de una velada si había un chisme del que conversar y una buena copa con la que deleitarse.

Poco a poco, nuestros pies fueron adquiriendo velocidad y, para cuando llegamos a la planta superior, nos faltaba ya el aliento. Sin entender por qué, empezamos a reírnos como un par de adolescentes aburridos que habían decidido escabullirse de una reunión de adultos. Entonces, Hugo me tomó de la mano, y avanzamos despacio en la penumbra, conscientes de lo que estábamos haciendo, mientras conteníamos la risa y el latir acelerado de nuestros corazones.

Cuando alcanzamos la puerta del dormitorio, me detuve para mirar a un lado y al otro con nerviosismo. De hecho, creo que, en ese instante, era la viva imagen del desasosiego, por lo que casi me muero de la vergüenza al verme a mí misma abrir aquella puerta e invitarlo a entrar.

—Tal vez deberíamos detenernos a pensar en esto —murmuró Hugo desde el umbral. El brillo de diversión había huido de sus ojos.

Me acerqué despacio a la chimenea y tomé un pedazo largo y fino de madera, que utilicé para encender los velones que la sirvienta había distribuido sobre la repisa un par de días antes. La habitación emergió ante nosotros, envuelta en un trémulo brillo anaranjado.

—Nadie ha dicho que tengas que hacerlo ahí de pie —rebatí—. Puedes entrar y hablar conmigo junto al calor de la chimenea.

Hugo miró hacia las brasas.

—Solo si prometes que no dejarás que te bese aquí, en tu dormitorio, mientras estemos los dos solos.

—Siento no poder prometértelo. —Reí—. Contaba con que lo hicieras.

—Dudo de que pueda detenerme si, en algún momento, llego a tocarte.

—Tal como ya te he dicho, cuento con ello —sostuve.

Cuando, a mi espalda, sonó el chasquido de la puerta al cerrarse, mi cabeza empezó a dar vueltas, anestesiada como en un carrusel, y las rodillas me temblaron como lo harían las llamas dentro de un hogar. Cuando comprendí por qué, mis hombros cayeron hacia abajo y me quedé de pie en mitad de la habitación, inmóvil, con la sensación de haberme debilitado de pronto. De manera que, al advertir el suave peso de las manos de Hugo sobre mis brazos, no pude evitar estremecerme de la cabeza a los pies, respirar hondo y humedecerme los labios.

Sin atreverme a mirarlo a la cara, giré hacia él y comencé a desabrocharme los diminutos botones forrados que sostenían el corpiño de mi vestido en su sitio. Cuando acabó cayendo a mis pies, me asaltaron las dudas. Me sentí ridícula al pensar que quizá me había precipitado al suponer que invitarlo a admirar la imagen de mi cuerpo semidesnudo le agradaría.

—¿Qué ocurre? —Hugo me miró perplejo, como si, una vez más, hubiera leído mis pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

—No tienes que hacer esto si no quieres.

Yo agité ligeramente la cabeza.

—No es eso.

—¿Es por mí?

—¿Qué? —Entonces la perpleja era yo.

—¿Es porque no te gusto?

Su pregunta me provocó una sonrisa.

—Es porque me gustaría saber si crees que soy bonita —dije, antes de añadir—: Bueno, no quiero decir bonita en un sentido retórico, ni nada de eso. Me refiero a si te parezco una mujer llamativa o...

—Detente —susurró Hugo.

—En fin —continué sin prestar atención—, no en un sentido figurado, sino más bien objetivo...

—He dicho que te detengas —ordenó al tiempo que me tomaba de modo enérgico de los hombros, para después sacudirlos con delicadeza—. Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida.

Tragué saliva.

—Soy pálida y delgada como una merluza —objeté para tratar de rebatir unas palabras que yo misma había deseado oír de sus labios.

—Nacarada y suave como las perlas.

—Tengo los cabellos de una anciana. —Aparté un mechón de mi frente de un soplido.

—Brillantes y ligeros como la plata.

—¿Y mis ojos?

—Tus ojos, ¿qué?

—No son ni grises ni celestes. No poseen nada destacable.

—Pero son valientes y tenaces.

—¿Desde cuándo la tenacidad se considera algo fascinante en una mujer?

—Desde que me vi reflejado en ellos. En ese instante, supe que podía ser quien quisiera, que podía hacer cualquier cosa que me propusiera, mientras tú estuvieses a mi lado.

Sentí que el aire empezaba a escasear en mis pulmones y suspiré en tanto experimentaba un gran dolor en mi corazón. Entonces, lo besé con los ojos llenos de unas lágrimas que no llegaron a brotar. Al instante, alcé la mirada hacia su rostro para indicarle que estaba preparada.

—Esto es demasiado bueno para ser verdad —susurró en mi oído, lo que me provocó una penetrante oleada de calor. Se inclinó y me besó en el cuello. Tenía la garganta seca y la sensación de estar girando al compás de una música febril y ensordecedora. Estábamos tan cerca el uno del otro que podía sentir el ligero retumbar de su corazón contra mis senos.

Hugo me besó con devoción las sienes, la frente y las mejillas antes de que su boca se fundiese con la mía como oro líquido. Me acarició con sus labios una y otra vez mientras recitaba palabras tiernas y suaves, cuyo significado era difícil que yo pudiera entender en esos momentos. Hablaba de mi piel nacarada, de mis ojos, del calor de mi boca... Su tono de voz era pacífico y lánguido; sus frases estaban llenas de una dulzura que, por un instante, creí no merecer.

Bunico, que había alzado las puntiagudas orejas y nos observaba con atención, saltó de la cama cuando ambos caímos abrazados sobre la colcha. Nuestros cuerpos se enredaron, se enmarañaron nuestras manos, se mezclaron nuestras piernas y nuestras almas, ávidas de calor y de besos.

Amaba a Hugo. Lo amaba más que a cualquier cosa y en contra de toda lógica o entendimiento, aunque supiera que ni siquiera podía abrazar la esperanza de permanecer mucho tiempo junto a él.

Aquella idea me sobrecogió. Todo lo que veía ante mí era un futuro triste y gris. Sin embargo, era como si el cuerpo y el alma me estuviesen pidiendo a gritos llevarse el recuerdo de sus caricias y abrazos, de su cuerpo cuando al

fin quedó desnudo ante mí.

Era un hombre bello, de piernas fuertes, de cintura estrecha, de hombros anchos y atléticos. No importaba qué imagen tuvieran de él los demás; para mí, era perfecto.

Mi madre me había explicado, en numerosas ocasiones, cómo era un hombre debajo de las ropas y, aunque el hecho de que lo hubiera hecho no evitó que me sintiera atemorizada al depositar la mirada en el punto más patente del deseo de Hugo, todo lo que vi me gustó.

Él desató los innumerables cordoncillos de mi corsé, para despojarme después del resto de la ropa interior sin dificultad. Cuando situó las palmas de las manos sobre mis pechos desnudos y acarició la aureola de uno de ellos con el pulgar, me perdí en un paraíso de sensaciones extrañas e inexplicables. Sus labios recorrían con esmero la línea de mi clavícula y dejaban allí la huella de su cálido aliento.

—Mi amor. —Lo oí susurrar contra mi piel.

¡Cómo había deseado oír aquellas palabras de su boca! Durante tanto tiempo, la idea de oírlo decir que me amaba me había parecido del todo imposible. Entonces, cuando por fin lo había hecho, su tono de voz sonó tan sincero, con tal franqueza abrumadora, que al instante lo atraje hacia mí y empecé a besarlo de modo febril, invadida por un cegador deseo.

Por supuesto, me daba cuenta de que todo se estaba escapando de mis manos. Ya no era mi mente ni yo misma la que tenía el control, sino nuestros corazones. La noche que se extendía ante nosotros prometía ser larga e intensa; el flujo constante de caricias y besos, inagotable. ¿Cómo controlar eso?

Sus labios hambrientos se abrieron una vez más para lamer con dulzura la piel de mi cuello. Sentí un nudo en la garganta cuando aquella suave boca se detuvo en mis pechos y los succionó en un súbito arrebató de pasión. Mientras

me abrazaba con fuerza por la cintura y adhería la cadera contra mi vientre, disfruté al notar la potencia de su deseo, que palpitaba contra mi piel sonrosada.

—¿Me amas? —preguntó él de improviso al apoyar la cabeza en mi agitado pecho.

—Sabes que sí. —Me estremecí al pensar en lo amargas que, en el futuro, me parecerían aquellas palabras.

Él permaneció abrazado a mí en silencio, envuelto por la luz perezosa y crepitante de aquella chimenea. Yo lo miré sin saber cómo actuar y, sin mediar palabra, me abrazó con más fuerza, soltó el aire y, al cabo de dos segundos, me empujó para lanzarme sobre la almohada.

—¿Por qué no me lo dices? —exigió saber, y se cernió al instante sobre mí.

—¿Qué cosa?

—Que me amas.

—Acabo de decirlo.

—No es eso lo que me ha parecido. Solo has repetido lo que yo he dicho.

—¿Crees que, si no lo hiciera, estaríamos ahora en esta situación?

—Creo que te niegas a decirlo —señaló al tiempo que recorría mi garganta con los labios—. ¿Acaso te da miedo?

—¿Nadie te ha dicho nunca que haces demasiadas preguntas? —objeté mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Estaba nerviosa, embriagada por sus besos y excitada. No podía ni quería pensar. No en ese momento, cuando estaba a punto de hacer algo que, con toda probabilidad, cambiaría mi vida y a mí misma.

Cuando me separó los muslos y se situó entre mis piernas, el corazón me dio tal vuelco que pensé que iba a explotarme en el pecho. Como de costumbre, Hugo pareció leerme el pensamiento, detuvo los dedos y me miró con tanta intensidad que me quedé sin respiración.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con voz ronca.

Estuve a punto de responderle que sí, pero abandoné la idea de hablar y cerqué sus amplios hombros con las manos para atraerlo hacia mí. Aunque sabía que la tensión de mi cuerpo empeoraría las cosas, fui incapaz de relajarme cuando él me penetró por primera vez de una certera y dura estocada. Mi espalda se flexionó y me mordí el labio inferior para contener un grito de dolor. Hugo se detuvo unos segundos, respiré, y luego comenzó a moverse con lentitud dentro de mí. Su rostro era una máscara de tormento, una arruga le cruzaba la frente; sus labios, apretados, formaban una línea dura y delgada en su semblante. Alargué la mano y le acaricié la boca con los dedos para indicarle que se despreocupara. El dolor había comenzado a remitir, y mi cuerpo se veía asaltado por oleadas de placer. Cerré los párpados al comprobar que, en sus ojos, cobraba vida un mundo de sensualidad y lujuria. Me dejé llevar por aquella marea de sacudidas, caricias y besos.

En ese momento, no sentí vergüenza, tal y como me había contado mi madre. No sentí que estuviéramos haciendo algo indigno o pecaminoso. Yo era de Hugo, y él era mío; nuestros cuerpos se agitaban con cada una de sus embestidas, como si en verdad fueran conscientes de aquel hecho. Había tanto por aprender, tanto que sentir todavía... Y tan poco tiempo.

Apreté los dientes, me maldije a mí misma y al mundo entero; ese mundo de clases sociales, de pobres y de burgueses. De imposibles. Luego me insulté por mentirle, por engañarlo, por hacerle creer en tantas cosas que, en definitiva, no eran ciertas.

Aquella extraña noche, dejé que me hiciera el amor llena de rabia, tan enloquecida de dolor que no fui consciente de que Hugo se derramaba en mi interior hasta que su cuerpo se puso rígido y descargó todo el fruto de su

tensión dentro de mí.

Me sentí débil de pronto.

—Lo siento, te dije que no iba a poder controlarme.

Lo miré asustada, me incorporé y traté de tranquilizarme.

—No debes preocuparte —me aseguró Hugo, que acercó los labios a mi espalda para besarla—. Te amo, Claudia y, si al final hubiera consecuencias de nuestros actos, asumiré mi parte de la culpa.

—Lo sé —susurré en tanto agachaba la cabeza—. Es mejor que no te preocupes por eso ahora.

Me levanté y caminé hasta el cuarto de baño. En penumbras, me asecé en la pequeña jofaina que Benigna dejaba junto a la bañera cada día al caer la tarde. El contacto con el agua helada me sacó de mi estado de aturdimiento. Apoyé una mano en el borde de la tina e inspiré hondo.

“Es ahora o nunca”, me dije. Cuanto más tiempo me quedase allí sin hacer nada, más posibilidades habría de que mi propio arrepentimiento destrozara mis planes. Con mucha calma, salí del cuarto de baño y fui hasta el armario para colocarme el camisón.

—¿Qué haces? —preguntó Hugo desde la cama.

—Tengo algo de frío —mentí mientras hundía las manos en las ropas dobladas dentro del armario y fingía alisarlas. Justo en el último pliegue del tejido, mis dedos tropezaron contra el botecito de láudano. Abrí la mano y lo oculté dentro del puño.

—Ven aquí. —Hugo me indicó que me sentara a su lado, en el colchón. Obligué a mis pies a caminar y me apoyé en el borde de la cama. Él atrapó mi barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos. Su rostro era aún más armonioso y perturbador a la luz de las velas.

—¿Qué sucede?

El cálido contacto de sus dedos me hizo reaccionar.

—Nada.

—Entonces, regresa a la cama —pidió.

—Tengo sed —volví a mentir.

—Yo también.

—Deja que te sirva un poco de agua. —Me aparté y me di media vuelta para agarrar la jarrita que estaba sobre la mesilla. Después de llenar un vaso, le di un sorbo, volví a depositarlo sobre la mesa y, con un nudo en la garganta, quité el corcho del botecito que llevaba oculto en mi mano y derramé varias gotas de aquella solución parduzca en el vaso. Hugo me acariciaba con ternura la espalda, ajeno a lo que yo estaba maquinando.

Inspiré con profundidad y me volví hacia él con una sonrisa.

—Toma.

—¿Tú no quieres?

—Ya he bebido.

Me quedé mirando a Hugo mientras ingería el agua de un solo trago. Era consciente de que, de un momento a otro, su rostro se relajaría, y su mente se sumergiría en un profundo estado de semiinconsciencia. Ya no había marcha atrás. Mi vida entera cambiaría al cabo de unos minutos. En cuanto despuntase el alba y se diesen cuenta de mi marcha, comenzarían a buscarme por todo Madrid. Pero sabía que las pesquisas no los llevarían hasta mí, sino hasta la verdadera Claudia.

Con una dolorosa sonrisa, me incliné hacia Hugo y le besé con suavidad los labios. Aquel fue un beso de despedida; un beso antes de desaparecer de su vida; un beso antes de que aquella miel que él había colocado en mis labios se corrompiera para siempre.

Un beso antes de que él me odiase para toda la eternidad.

CAPÍTULO 6

Esa es mi historia: la historia de una mujer que encontró el amor en el lugar y en el momento menos indicados, y que no supo estar a la altura.

Después de cuatro largos años, aún hay momentos en los que me siento muerta por dentro, como si no fuese más que un saco vacío, desierto de ilusiones y anhelos. Es como si una nueva Eliza hubiese ocupado mi lugar; una persona que, cada mañana, aún no alcanzo a comprender cómo, encuentra las fuerzas necesarias para levantarse de la cama y caminar como en un trance para superar las barreras de una amargura tan profunda como destructiva.

A veces, incluso tengo la impresión de que el mundo entero ha olvidado mi presencia, como si el camino que se extiende ante mí acabara al borde de un precipicio.

En verdad, a menudo desearía que fuera cierto.

* * *

Dos semanas después de restablecerme de un resfriado que me hizo languidecer en la cama durante tres largos días, llegó diciembre, con sus copos blancos, su delicioso aroma a guisados, mazapanes y huevo hilado. Muy pronto, la Puerta del Sol se llenaría de docenas de personas que se congregarían para celebrar la llegada del año nuevo entre risas y abrazos. Estaría colmada de vendedoras de castañas que no vacilarían en increpar a los

transeúntes, soliviantadas por la idea de obtener un beneficio, y de puestos de fruta confitada que regarían de luz la noche, como luciérnagas, con refulgentes farolillos de colores.

Y yo, como cada año, contemplaría el festejo desde la ventana de mi habitación, un humilde cuarto alquilado cerca de aquella plaza, consciente de no tener nada que celebrar, con omisión del hecho de estar viva.

Todo el mundo parecía muy excitado con la llegada del nuevo año. Incluso doña María, mi casera, durante los últimos días, no cesaba de recordarme que debía salir y divertirme, que una mujer viuda y con un hijo no podía dar por terminada la vida. Alegaba que ella misma había contraído nupcias por tercera vez tras la muerte del segundo esposo y que el mundo no se había acabado por ello.

“Si no lo haces por ti, hazlo por el pequeño Hugo”, mencionaba de continuo. “¿Crees que a ese muchachito le gustará ver que su madre siempre está triste?”.

En el fondo, sabía que a doña María no le faltaba razón. Para bien o para mal, era consciente de manera plena de que mi mundo se alimentaba de recuerdos que, lejos de reconfortarme, habían acabado rompiéndome el alma en pedazos. Aunque durante un tiempo me hubiese obligado a mí misma a olvidar el pasado, el ayer regresaba con insistencia a mi vida cada vez que el recuerdo del último beso de Hugo volvía a adentrarse en mi mente. Aquel recuerdo me quemaba aún en la boca. No podía deshacerme de él, lo sentía todavía arder en mis labios y, con el paso del tiempo, había llegado a enterrarse tan hondo en mis carnes que había rasgado mis entrañas.

Esa era mi tortura: me sentía incapaz de sobreponerme a aquello. Sin embargo, me esforzaba en intentarlo cada día, cada hora y cada minuto desde la oscura noche en que escapara de la casa de los Garrido.

Recuerdo cómo, a finales de aquel mismo año, todo el temor que había sentido por ser descubierta había dado paso a la necesidad de luchar por darle a mi hijo lo que merecía. Me sería difícil explicar el torrente de sentimientos que invadió mi cuerpo cuando descubrí que llevaba un pequeño trozo de Hugo alojado en mi interior. Sin embargo, me queda claro que, en ese momento, supe, con una certeza meridiana, que amaría a esa pequeña criaturita con todo mi ser durante el resto de mi vida.

Un chasquido en el tapiz arrastró mi mente de nuevo a la realidad. Todavía cegada por mis pensamientos, me llevé el dedo que me había pellizcado a la boca y lo mordí ligeramente mientras esperaba que el dolor remitiera. Luego, eché un rápido vistazo al reloj, que marcaba las seis de la tarde, y deslicé una cautelosa mirada por el taller. Tras advertir que todos continuaban enfrascados en el trabajo, ajenos a lo que ocurría alrededor, aparté la lanzadera a un lado y eché la cabeza hacia atrás para tratar de relajar los músculos del cuello.

Una serie de crujidos brotaron de mi nuca.

Siempre supe que trabajar en una fábrica de tapices no llevaría mucho dinero a casa, pero lo poco que me pagaban lo obtenía de manera honrada. Por raro que parezca, de alguna manera, el hecho de que fuera así me hacía sentir poderosa. Me llenaba de orgullo saber que era gracias a mi esfuerzo que se pagaban las facturas del colegio al que cada día acudía Hugo, se abonaba el alquiler a la buena de doña María y comíamos los dos. Aquel era mi diminuto imperio, donde el amor no existía y las cosas se conseguían mediante trabajo duro.

Mamá nunca me lo habría permitido.

Algo, como un escalofrío, me recorrió el cuerpo cuando evoqué la imagen de mi madre. Pensar en ella siempre originaba en mi estómago un hueco ancho y profundo como el cráter de un volcán. En ocasiones, cuando me costaba conciliar el sueño por las noches, podía ver aún aquel rostro ovalado, los ojos oscuros, y el billete de cien pesetas en esas manos delicadas.

Exhalé un suspiro al recordar ese aciago día.

Después de tanto tiempo, ignoraba si alguna vez volvería a verla. Muchas cosas habían ocurrido desde que desapareció de mi vida, y a veces temía que, si en algún momento decidía regresar a ella, volvería a tratar de manipularme como cuando era niña.

Suspiré.

Quizás era mejor que estuviésemos separadas. El pasado era solo eso: pasado; y no podía permitirme el lujo de dejar que me asfixiara. Pese a todo, era consciente de que siempre habría algo de aquel ayer en mi interior y en el dolor de sufrir en la propia carne lo mismo que había llevado a mi madre a actuar como lo había hecho durante todos aquellos largos años. De algún extraño modo, creo que alcancé a entenderla más de lo que creí llegar a hacerlo algún día.

—¡Eliza!

Levanté el rostro al instante y clavé los ojos en don Álvaro, el capataz, que estaba observándome con los brazos en las caderas y el ceño fruncido.

No contesté. El hombre tenía un humor terrible, y la paciencia tampoco era una de sus virtudes, si es que tenía alguna, de modo que me apresuré a cerrar el pico y reanudar la faena mientras él continuaba allí de pie, con los diminutos ojos marrones clavados en mí.

—¿Ocurre alguna cosa?

—Nada, señor.

—Entonces, ¿por qué te detienes? ¿Acaso crees que los tapices van a tejerse solos?

—Por supuesto que no, don Álvaro —respondí sin apartar los ojos de la labor. Cuando sus dedos rodearon mi muñeca lo que convirtió su mano en una improvisada tenaza, mis pies se quedaron inmóviles sobre los pedales del telar.

—Será mejor que te cures eso.

Enseguida advertí el pequeño corte que teñía de rojo la punta de uno de mis dedos. Los colores me subieron desde el mentón.

—Sí, don Álvaro, en cuanto termine con...

—¡Ya! —ordenó con firmeza.

Sin atreverme a decir algo que lo enfureciera aún más, me levanté de la silla y recorrí, lo más rápido que pude, la distancia que separaba el taller de las pilas de lavado, ubicadas al fondo de la fábrica, en tanto trataba de mantener la calma mientras lo oía caminar detrás de mí. Don Álvaro tenía esa dichosa costumbre: la de pasear de arriba abajo con los dedos entrelazados en la espalda, como si estuviera contando sus propios pasos, al tiempo que nos miraba a todos con esos ojitos de rata pendenciera. Era joven pero torpe, por lo que, en más de una ocasión, lo habíamos visto tropezar con sus propios pies. Cuando aquello sucedía, todos cerrábamos la boca y fingíamos no darnos cuenta. En realidad, no nos quedaba otra.

—Tienes que estar más atenta —indicó don Álvaro a mis espaldas.

—Lo estaré.

—¿Cuándo? ¿Cuando pierdas un dedo?

—Está usted exagerando, don Álvaro. Ha sido solo un accidente —respondí, e introduje el dedo bajo el chorro de agua—. Ocurren todos los días.

—¿Estás discutiendo conmigo?

—No, solo digo que...

—No me interesa —me interrumpió, en un alarde de mala educación.

Por supuesto, de estar en una situación diferente, habría contestado a esas groserías de otro modo, pero, en lugar de eso, opté por hacer lo que me pareció más sensato: agachar la cabeza y cerrar la boca.

Después de regresar a mi sitio frente al telar, con la lanzadera otra vez en la mano, don Álvaro pasó junto a mí como una exhalación, subió la escalera y entró en la oficina allí ubicada. Cuando, de manera premeditada, cerró con un portazo, mis hombros se tensaron.

—Qué idiota... —susurré de manera que nadie pudiera oírme, inhalé una profunda bocanada de aire y emití un largo suspiro. Me sentía tan rota por dentro que ni siquiera la arrogancia de ese hombre lograba hacerme daño. Lo único que me interesaba de él y de aquella factoría, para ser sincera, era el dinero que me pagaban a fin de mes.

Transcurrido un momento, ya solo se oía el crujido de los telares y el silbido que generaban los hilos debido a la fricción. Dentro de la fábrica, reinaba, como de costumbre, una atmósfera cargada de tensión que provocaba que las trabajadoras no se atrevieran siquiera a apartar los ojos de los tapices para mirarme. De cualquier manera, estaba segura de que habían oído mi discusión con el capataz, dada la velocidad que habían tomado los pies de todas sobre los pedales.

Cerca de mí, en el telar de al lado, Isabel, un jornalera con la que mantenía una buena amistad, tosió, me echó una mirada y arrugó el ceño.

—Niño de papá... —Hizo un gesto con la cara antes de simular escupir al suelo.

Le sonreí en silencio, consciente de que, si don Álvaro llegaba a escucharnos, nos echaría a ambas. No obstante, dicho temor rivalizaba con la admiración que sentía hacia Isabel. Ella me había abierto las puertas a un

mundo nuevo, en el que las mujeres podíamos hablar con libertad de hombres y de futuro sin estar casadas. Era una muchacha alta y joven, de cabellos castaños, de ojos azules y somnolientos. Se trataba, en verdad, de alguien singular: su familia podía darse el lujo de no trabajar, pero ella insistía en hacerlo como parte de la libertad que reclamaba para sí y para cualquier otra mujer.

Supongo que, cuanto más la conocía, más crecía mi simpatía por ella; quizá porque era todo lo que yo siempre había querido ser: alegre, perspicaz y segura de sí misma... Si pudiera volver a nacer, elegiría ser Isabel. De haberlo sido, me habría atrevido a confesarle la verdad a Hugo.

La sonrisa se desvaneció de mi rostro al pensar en ello. De nada me serviría darle vueltas a esa cuestión. Lo hecho, hecho estaba y, después de tanto tiempo, de nada valía ya lamentarse.

* * *

Quedaban unos minutos para que acabase la jornada cuando Isabel, después de recoger los hilos con los que estaba trabajando, se acercó a mi tapiz.

—¿Te he dicho ya que Gregorio va a invitarme esta noche a cenar?

—Ajá... —Asentí con la cabeza.

—Nos hemos citado en el Café de los Espejos —comentó, antes de añadir—: Creo que el sitio está cerca de donde te hospedas.

—Cierto —reconocí.

—Podrías unirte a nosotros.

La miré sin poder evitar que el temor y las dudas me asaltaran durante un instante. Sabía que era probable que la inseguridad se hubiera reflejado en mi rostro e intenté fingir que la pregunta no me había tomado por sorpresa. Por algún motivo, Isabel vio algo en mi expresión que la indujo a pensar que estaba rumiando una respuesta.

—¡Vamos! ¡Anímate!

—Gracias —le dije—, pero creo que será mejor que me vaya a casa. Hoy no he visto a Hugo en todo el día y estoy segura de que querrá que le narre un cuento antes de irse a dormir.

—¡Vamos! —Sonrió—. Tu hijo ya tiene cuatro años, es todo un hombrecito. Seguro que a tu casera no le importará hacerse cargo de él durante un par de horas más.

—Es que... No sé... —Dudé un instante—. Creo que no debería.

—No lo estarás diciendo en serio, Eliza. —Abrió la boca—. Vamos, será divertido.

—¿Qué tan divertido? —pregunté—. Quiero decir, ¿qué tipo de caballeros son esos amigos tuyos?

—Respetables, si es a lo que te refieres. Lo único que pretenden es cenar y oír un poco de buena música.

De pronto, caí en la cuenta de que, quizá, mis dudas la habían ofendido.

—Lo siento —me disculpé—, solo pretendía decir que... Ya sabes, soy una mujer viuda y madre de un niño de cuatro años. No me gustaría acabar como protagonista de un chisme entre mis vecinos.

—No te estoy diciendo que pasemos la noche fuera. Si yo lo hiciera, ten por seguro que mi padre me encerraría en un convento en la China y después tiraría la llave. Lo único que propongo es que vengas con nosotros a cenar.

Solo serán un par de horas, y prometo que, luego, te escoltaré hasta tu casa. Además, también estará mi hermano Enrique.

—¿Solo un par de horas? —pregunté.

—Lo prometo. —Isabel se colocó una mano en el pecho e hizo una señal en forma de cruz—. Que me quede calva ahora mismo si te estoy mintiendo.

Incapaz de contener la carcajada, me reí de la ocurrencia mientras la observaba fruncir los labios en un gracioso mohín, lo que los hizo temblar en un conato de desamparo.

—Bueno —respondí mientras expulsaba el aire—. Supongo que un par de horas no harán daño a nadie.

—¡Qué bien! —exclamó Isabel en el instante en que comprendió que me había vencido—. Entonces, nos vemos dentro de una hora en el Café de los Espejos. Será mejor que te pongas algo elegante y te apliques un poco de color en esas pálidas mejillas tuyas, Eliza. ¿Quién sabe?, quizás al final conozcas a alguien interesante.

A punto estaba de discutir sobre eso último cuando la puerta chirrió a nuestras espaldas. Al darnos la vuelta, Isabel y yo vimos a don Álvaro de pie junto al umbral, con las llaves en la mano y dispuesto a cerrar el taller.

—Espero que las damitas no piensen en quedarse ahí toda la noche.

El capataz aguardó con el ceño fruncido que las dos nos colocáramos los abrigos y abandonáramos el taller para trabar la cerradura. Descendíamos en silencio las escaleras metálicas que conducían a la parte posterior de la fábrica cuando percibí que algo me rozaba apenas la mano. Alarmada, desvié la cabeza hacia un lado y, al ver los dedos regordetes de don Álvaro muy cerca de los míos, lo miré directo a la cara. Cuando él ladeó la cabeza y fingió no haberse dado cuenta de nada, se me encogió el estómago y aceleré el paso como si de pronto me hubiese entrado prisa.

Es cierto, no obstante, que siempre que ocurría algo parecido trataba de restarle importancia y me repetía a mí misma que solo se trataba de simples accidentes, a pesar de que me daba cuenta de que dichos incidentes se sucedían con frecuencia. Era posible que se debiera a que no estaba dispuesta a olvidar que, bajo toda esa fachada de superioridad, vivía un espécimen lastimoso e inseguro de sí mismo, con el dedo demasiado ligero a la hora de señalar la puerta y echarte a la calle. A nadie le gustaba. Transmitía desconfianza. Y estaba claro que tenían muchas razones para pensar así.

—Ese hombre es un sinvergüenza —afirmó Isabel cuando, por fin, don Álvaro subió a un vehículo, para poco después desaparecer calle abajo—. Será mejor que te alejes de él cuanto puedas si no quieres lamentar el día en que entraste a trabajar en esta fábrica.

—¿Te has dado cuenta?

—¡Por supuesto que me he dado cuenta! Es más, estoy segura de que es consciente de lo que está haciendo.

—¿Y qué puedo hacer?

—Lo mismo que hice yo. —Encogió los hombros—. Finge estar prometida.

—Creí que era cierto.

—Ahora sí, pero todavía no conocía a Gregorio cuando a don Álvaro le dio por tratar de propasarse conmigo.

—¡Qué canalla!

—Hemos de asumir que el tipo es un tanto pueril —sostuvo Isabel mientras alzaba las solapas del abrigo para protegerse del frío—. Se comporta como un chiquillo malcriado al que le ponen delante un caramelo.

Asentí, con una leve sonrisa en los labios. Isabel era la única persona en el mundo que sabía qué decir y cuándo hacerlo para arrancarte una sonrisa. Era algo así como un ángel con el aspecto de una sofisticada cupletista, a quien, por alguna extraña razón, yo le caía bien.

De camino a casa, no pude evitar pensar en que no tenía ni idea de por qué había terminado aceptando la invitación de aquella amiga. Sin duda me había precipitado al decirle que sí. Pero, después de haberlo hecho, sabía que no podía echarme atrás. Me mordí el labio con nerviosismo.

—Ay, Señor —me lamenté en voz baja—, en qué líos te metes, Eliza.

Aunque mi expresión era de gran seriedad, tras llegar a casa y comunicarle a doña María lo de la cena, aquella no tardó ni dos segundos en dar saltos de alegría. Ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle con quién iba. Sin dejar de hablar, extrajo dos abrigos del armario de su dormitorio e insistió en que me los probase, ya que, por lo visto, el que llevaba puesto no era más que un trapo viejo y descolorido.

—Será mejor que te arregles un poco y uses algo bonito —aconsejó—. No querrás que esa chica y sus amigos piensen que eres solo una pobretona.

—Me da igual lo que piensen. Al fin y al cabo, es lo que soy.

—Lo que eres no te lo da el dinero, muchacha, sino lo que llevas en tu interior. Ya me gustaría ver a más de una de esas pedantes mujeres que se pasean por el Retiro al caer la tarde dejarse las manos como tú te las dejas en los telares, aunque podrías hacer algo más con tu vida.

—¿Y qué más podría yo hacer? —Suspiré.

—Buscarte un buen marido.

Sentí un retortijón en el estómago.

—No diga tonterías, doña María.

—Tonterías, dice... —remugó—. Yo jamás aguantaría lo que tú con tu edad.

—Está olvidando que tengo un hijo.

—Y tú, que hay hombres viudos que estarían encantadísimos de ampliar la familia a cambio de tener junto a ellos a una esposa joven y bonita —aseguró—. No digo que no quiera tenerte a ti y al pequeño Hugo en mi casa; me encanta la compañía de ambos. Pero un esposo podría darte lo que tú necesitas, y a ese niño también.

—¿Y qué se supone que es eso?

—Una familia, muchacha.

—Hugo y yo ya formamos una familia, doña María. No necesitamos a nadie más.

—No, no, no —se apresuró a responder—. ¿Pero qué mujer dice eso?

—Una que ha tenido suficiente con un hombre en su vida. —Me sentía algo incómoda al hablar con mi casera de todo aquello, de modo que decidí abrir el armario y extraer un vestido—. ¿Qué le parece este, doña María?

—¿Cómo se te ocurre? Con eso, parecerás una anciana.

Lo colgué y elegí otro un poco más alegre y menos recatado. Cuando se lo mostré a mi casera, encogió los hombros y me observó mientras lanzaba un suspiro.

—No es que sea de lo más festivo. Tiene más de un par de años y está un poco anticuado. Pero, en cualquier caso, servirá. Causará efecto.

—¿Qué clase de efecto?

—Ya sabes... Ese efecto.

—No quiero causar efecto en nadie —respondí mientras sacaba un pañuelo del cajón para ocultar el escote, que se intuía amplio y profundo.

—No lo dudo, con esa cosa que piensas usar en el cuello.

—Es un pañuelo, doña María.

—Pues es muy feo.

No pude evitar sonreír al oírla.

—En realidad, no creo que nadie se fije en él. —Suspiré—. En especial si no me quito el abrigo en toda la noche.

Doña María me lanzó una mirada de horror.

—Es broma. —Reí antes de que le diera un síncope.

—¡Señor! —Negó con la cabeza—. No entenderé nunca el extraño sentido del humor de los jóvenes de hoy en día. En fin, será mejor que te deje sola para que acabes de vestirte o llegarás tarde. No te preocupes por el pequeño Hugo. Le daré de cenar y lo meteré pronto en la cama.

—Gracias, doña María.

Mi sensación de malestar se intensificó en cuanto la mujer salió por la puerta para dejarme a solas con mis dudas. Quizá porque sentía que me estaba fallando a mí misma y a mi decisión de dedicarme por entero al trabajo y a Hugo.

Fruncí el ceño.

Por supuesto, sabía que lo que en realidad sucedía era que tenía miedo de enfrentarme a otras personas, a otras circunstancias, a lo desconocido... Había llegado a un punto en el que no me gustaban las sorpresas, y era normal que quisiera evitarlas.

—Cobarde —susurré frente al espejo mientras rehuía mirarme a la cara. Desvié la vista hacia la ventana y observé que la luz se había extinguido tras los cristales, de manera que terminé de vestirme, me peiné y salí del dormitorio. Afuera, me esperaba doña María, con el abrigo plegado sobre el brazo. Después de ayudarme a colocármelo, me dio unas palmadas afectuosas en el hombro y me acompañó hasta la puerta. Su rostro era la viva imagen de la expectación, impaciente por ver qué sucedía esa noche. No podía comprender el muro que mi corazón había levantado alrededor de mí, y yo no la culpaba.

* * *

Llegué al Café de los Espejos quince minutos antes que Isabel. El local estaba repleto. La mayoría de las mesas se veían ocupadas por grupos de artistas, poetas y universitarios soñadores que pasaban el rato entre teorías sobre política, ciencia e improbables viajes.

Dado que rara vez salía de casa tan tarde, me sorprendió mucho ver aquella zona de Madrid tan concurrida a esas horas. Mis ojos iban de aquí para allá en tanto curioseaban todo mientras aguardaba, fuera del local, envuelta en aquel abrigo de lana que me quedaba grande.

“¿Qué hago yo aquí?”, me pregunté al observar cómo dos policías que pasaban cerca de donde yo estaba se detenían para mirarme con cara agría al tiempo que se preguntaban, tal vez, qué hacía una chica como yo sola a unas horas tan intempestivas. De modo que, cuando por fin aparecieron mi amiga y el resto, me inundó un alivio difícil de explicar.

Isabel dijo tener una reserva, por lo que no esperamos más que un par de minutos para que un muchacho nos acompañara al fondo del establecimiento, donde nos asignó una bonita mesa, en cuyo centro se destacaban dos grandes

velas y un precioso jarrón con tres rosas en el interior. Traté de relajarme cuando me quité el abrigo y tomé asiento junto a Isabel. Frente a nosotras, estaba Gregorio, el prometido de mi amiga, un amigo de él y el hermano de ella, Enrique.

Observé con detenimiento el local. Soplaban vientos de cambio en Madrid, y eso se respiraba en el ambiente, sobre todo después de que Alfonso XIII suscitara la esperanza en la población cuando, un año atrás, aprobó la entrada en vigor de la Ley Dominical. Eso no había parecido gustarle a los patrones y dueños de las factorías, que habían visto cómo los negocios cerraban el domingo aunque tenían que costear el día como trabajado. En las mesas, se hablaba a media voz de ese y otros temas, de manera que parecía haberse convertido en una buena excusa para reunirse y degustar una buena copa de vino o un café caliente.

En silencio, escruté los rostros de las personas sentadas alrededor de nuestro lugar con la sensación de no encajar con ellos. En especial con Enrique, el hermano menor de Isabel, que poseía un no sé qué cada vez que movía las manos, hablaba o se reía, que resultaba pintoresco y a la vez agradable. Tenía un porte aristocrático, más que el de la mayoría, y era un hombre atractivo, de esos que tienen una manera de mirarte a los ojos que hace que cualquier mujer se derrita por dentro. En verdad, creo que podría haber sido el hombre soñado para cualquier chica soltera o el deseado para una dama viuda. En cualquier caso, me sentía feliz de no pertenecer a ninguna de esas dos categorías.

En cierto momento, Isabel alzó la copa y dedicó un brindis al inminente matrimonio con Gregorio, de modo que todos nos quedamos perplejos y en silencio durante más o menos medio minuto.

Me temblaron un tanto las manos al darme cuenta de que no sabía qué hacer. Sentía como si me arrebataran la sonrisa. ¿Cómo me arreglaría en la fábrica cuando ella no estuviera? De pronto, me planteé muchas preguntas sobre cuestiones en las que, hasta ese momento, no había pensado. Sin

embargo, tenía que aceptar que era la felicidad de ella la que estaba en juego, y no la mía. De manera que dejé mis propios sentimientos a un lado, alcé la copa y le devolví el brindis con una sonrisa en los labios.

—Felicitaciones —dije.

Al volver la vista atrás, me daba cuenta de que lo de la boda era inevitable. Si tenía en cuenta que llevaba comprometida con Gregorio más de seis meses, debería haber esperado que, en cualquier momento, Isabel nos diese la noticia.

A las diez de la noche, ella acercó la silla a la mía y, por la manera en que me miró, adiviné que estaba a punto de contarme algo más o menos personal. Entonces, me susurró, de manera que nadie pudiese oírnos:

—¿Qué te parece Enrique?

—¿Tu hermano?

—Sí.

—Es guapo. Además, parece un buen muchacho —respondí.

—Es amanerado.

Una arruga cruzó mi ceño al oír esa declaración.

—¿Qué quieres decir?

—No me digas que no te has dado cuenta.

—¿De qué?

—Quiero decir que, a mi hermano, no le gustan las mujeres.

En tanto procuraba ocultar mi interés, aparté la mirada del rostro de Isabel y me pregunté si estaba tratando de tomarme el pelo. Observé con detenimiento a Enrique por entre los mechones brillantes del cabello del

muchacho. Charlaba de manera animada con Gregorio, ajeno a nuestra conversación. Luego, miré de nuevo a Isabel.

—¿Y qué le gusta?

Al oír mi pregunta, abrió los ojos con desmesura y dejó que la risa brotara de entre sus delicados labios.

—Ya sabes... —respondió con un discreto guiño de ojos.

—Oh... —No pude evitar que mi mirada volase otra vez hacia Enrique, sin acabar de creer lo que Isabel acababa de contarme—. ¿Y eso no es un pecado?

—Depende de lo sucia que sea la mente de quien lo piensa, ¿no crees?

Arqué las cejas y recapacité un instante sobre esas palabras.

—Me parece que tienes razón —decidí.

—Más que un santo.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Bueno, ya sabes cómo están las cosas hoy en día por Madrid —dijo, y liberó un largo suspiro—. Si alguien, incluido mi padre, llegara a enterarse...

—¿Qué le ocurriría? —inquirí un poco inquieta.

—Ya puedes imaginártelo. A los del código penal, les falta poca excusa para blandir en alto la ley de “faltas contra la moral, el pudor y las buenas costumbres”. ¡Pareciera que la llevasen pegada al culo!

—Lo sé. —Vacilé un segundo—. Pero aún no entiendo qué tengo que ver yo en todo esto.

—Desde luego, vaya que eres lentita... —Entonces, mientras bajaba aún más la voz, Isabel afirmó—: Una chica como tú, bonita y viuda, atraerá siempre a tipos como don Álvaro como la llama de un candil deslumbra a los mosquitos, a menos que esté comprometida con un hombre.

—Perdona, pero no sé adónde quieres ir a parar.

Isabel asintió con la cabeza con visible nerviosismo. El elegante perfil de mi amiga tenía un aire serio mientras rebuscaba las palabras adecuadas en la cabeza.

—Me refiero a que, a Enrique, le vendría bien conseguirse una novia. Hacerlo silenciaría unos cuantos chismes y acallaría las sospechas de mi padre. Hace ya tiempo que busca a una chica que quiera prestarse. Pero, ya ves, parece que encontrar a una que entienda todo esto y que, además, sepa mantener la boca cerrada es más complejo de lo que parece.

—Yo también lo veo difícil. Sobre todo, si no le gustan las mujeres.

—Tampoco tienen por qué gustarle. Se trataría solo de una farsa —explicó Isabel—. Además, reconoce que a ti también te vendría bien tener un pretendiente. De seguro que, así, don Álvaro te dejaría tranquila de una vez.

—Perdón, sé que tienes razón, pero también creo que un cortejo ahora con un hombre confundiría un poco a mi hijo.

—Conozco a la perfección a mi hermano y sé que no involucraría al pequeño Hugo en todo esto. Piensa en que solo se trataría de que los vean un par de meses por aquí y por allá. Luego, solo se necesita alguna excusa para romper, y cada uno por su lado. Don Álvaro no tiene por qué enterarse de que vuelves otra vez a estar sola; con no decírselo, es bastante. Y Hugo no tendrá tiempo de encariñarse demasiado con Enrique.

—Tal como lo dices, parece todo muy fácil.

—Lo es.

Agaché la cabeza, un poco avergonzada.

—Bueno, reconozco que me vendría bien que alguien me ayudara con lo de don Álvaro.

—Entonces, piénsalo.

—Y él, ¿qué opina de esto?

—¿De qué?

—Ya sabes a lo que me refiero. Supongo que habrá que ver qué piensa él.

Isabel se encogió de hombros.

—Ya lo sabe —respondió al tiempo que miraba a su hermano—. Hace ya días que Enrique me pidió que hablara contigo.

—¿Y cómo podía él saber que yo...?

—¿Que lo entenderías?

Asentí con la cabeza.

—Porque llevo hablándole de ti desde que comenzamos a trabajar juntas en la fábrica. Enrique ya está al tanto de que no eres de las que juzga a nadie por su aspecto o condición.

—Gracias —respondí ruborizada.

—¿Lo ves? Apenas oyes algo bueno sobre ti, te pones roja como un tomate. ¿Qué persona hace eso? —Isabel me señaló con el dedo mientras mantenía el codo apoyado en la mesa—. Yo te lo diré: las buenas personas, Eliza. Las personas como tú no abundan hoy en Madrid... Bueno, ni en Madrid, ni en ninguna otra parte.

—Querida, creo que exageras un poco...

—No importa —subrayó antes de dar un sorbo a la bebida—. Lo eres, y punto.

Sin decir una palabra más, Isabel dejó la copa sobre la mesa, se disculpó con los demás y abandonó la silla para ir al lavabo de señoras con el pretexto de empolvarse la nariz. En cuanto dejó la mesa, advertí los grandes ojos de Enrique posados en mí, como si aguardaran a que sucediera algo. De pronto, me sentí un poco incómoda, de manera que desvié la mirada hacia la bebida que tenía en las manos y, turbada, me la llevé a los labios con un ligero temblor en los dedos.

—Lo siento.

Me estremecí ligeramente, desvié la mirada a un lado y hallé a Enrique sentado en la silla que, momentos antes, ocupaba Isabel. Al echar un vistazo sobre el hombro de él, observé que el prometido de su hermana charlaba de manera animada con el amigo y nos ignoraba a ambos.

—No importa —respondí.

—Siento si lo que te ha dicho mi hermana te ha incomodado.

—¿Tanto se nota?

—¿Es por lo que soy?

—No es eso, en serio. —Lo miré con timidez—. Entonces, ¿de verdad eres...?

—Sí. —Su bello rostro se iluminó con una sonrisa—. Del todo cierto.

—¡Vaya! —susurré sorprendida, y me disculpé con rapidez al temer que él se lo tomara como una crítica—. Lo lamento, pero es que eres el primer hombre que conozco al que no le gustan las mujeres.

—Seguro que conoces a muchos otros —expuso Enrique con una sonrisa intencionada—, solo que fingen que no es así.

—Ah.

—Sí. —Simuló un estremecimiento—. Es como estar enterrado vivo.

—Y, entonces, ¿por qué lo hacen?

—Porque el Código Penal es el que es, y existe mucha hipocresía en el mundo. Supongo que, hasta que eso cambie, la mayoría de nosotros estaremos sentenciados a vivir nuestra vida en la clandestinidad.

—¿Y todos deben simular estar prometidos?

—Por desgracia, hay quienes llegan incluso aún más lejos: se casan y forman una familia.

—Eso es meterse en un tremendo lío.

—Quizá. —Suspiró—. Pero, a veces, las personas hacemos cosas que no deseamos, empujadas por la situación.

—Te entiendo a la perfección —admití en tanto sorbía un poco de vino blanco.

Enrique me miró como si no me creyese del todo.

—¿Y cómo es eso?

—Yo también he tenido que hacer algunas cosas que no quería, unas veces, movida por las circunstancias, y otras, presionada por terceras personas. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Isabel me contó que tienes un hijo.

—Así es —asentí—. Hugo tiene cuatro años.

—¿Y cómo fue que ambos vinieron a parar aquí?

Los labios se le curvaron en una sonrisa mientras, a mí, se me secaba la boca al buscar una respuesta a esa pregunta.

—La verdad es que no soy viuda —confesé, y noté cómo una oleada de calor me inundaba las mejillas.

—¿Y su padre?

—Fue una de esas circunstancias de las que te he hablado. —Me estremecí de la cabeza a los pies al recordarlo—. Pero, si no te importa, preferiría que tu hermana no se enterase de nada de esto. Lo cierto es que, por lo general, evito hablar de ese tema.

Enrique asintió ligeramente.

—Amar demasiado puede llegar a partirte el corazón en dos —comentó de repente.

—Hace mucho tiempo que el mío está hecho pedazos —pronuncié mientras notaba cómo las palabras se quedaban atornilladas en mi garganta—. De modo que ya te imaginarás las pocas ganas que tengo de buscarme un novio. A decir verdad, creo que, en estos momentos de mi vida, estoy muy bien tal y como estoy.

—Mmm... Supongo que eso significa que rechazas mi oferta.

Sonreí con cautela y agité la cabeza. Enrique me contempló con interés.

—En realidad, aún no he oído que me hicieras una.

—No —admitió con tranquilidad—. En eso, tienes toda la razón.

—¿Entonces? —añadí al tiempo que lo miraba fijo—. ¿Vas a proponérmelo?

—¿Te gustaría que lo hiciera?

Me quedé en silencio un instante en tanto dudaba mi respuesta.

—No tengo ni idea.

—Cielo, si no quieres ser mi prometida, solo tienes que decirlo.

—No es eso, de verdad. —Le obsequié una sonrisa conciliadora—. Es que nunca antes estuve prometida a nadie.

—¿Nunca? —preguntó con el ceño arrugado.

—Lo del padre de Hugo fue muy distinto. —Desvié la mirada y dejé que se perdiera en el cristal de mi copa.

—Lo dices como si ese hombre te hubiese arrancado los brazos y las piernas.

—En cierta manera, habría preferido que fuese así.

—Y, pese a ello, estás hoy aquí, de una sola pieza.

Mis cejas se levantaron al oír las palabras de Enrique. Ni siquiera había pensado antes en ello, y hacerlo, en aquel instante, me hizo sentir un poco más completa. Como si, de pronto, mis brazos y mis manos hubiesen regresado a mi cuerpo.

—¿Eso crees?

—Dímelo tú. —Enrique se enfrentó a mí con un gesto interrogante, y sus ojos, claros como el cielo, buscaron los míos durante un instante. Luego, nos sumergimos en un silencio embarazoso. Por primera vez en mucho tiempo, tenía la impresión de estar hablando con alguien que en verdad me entendía.

—Muy bien —acepté de pronto.

—¿Qué?

—Prometámonos.

—¿Estás segura? —Enrique bajó los párpados y achicó los ojos.

—Sí.

—No sé muy bien si lo has pensado lo suficiente. Esto no va a ser de verdad. Yo no estaré ahí cuando me necesites, ni me comportaré como el hombre que cualquier mujer esperaría... Ya me entiendes.

—Y yo no voy a pedirte que lo hagas —indiqué—. Aunque quiero que tengas presente dos cosas: la primera, que lo más sagrado que tengo en mi vida es mi hijo, de manera que no estoy dispuesta a que sufra. Así que, cuando él esté con nosotros, siempre deberás comportarte como si solo fueses un buen amigo.

Enrique asintió en silencio.

—¿Y la segunda?

—Nada de besos.

—Creo que eso no me será difícil. —Sonrió con sencillez.

—Oh. —Reí al recordarlo—. Cierto.

—Pues, nada... —concluyó mientras alzaba la copa—. Brindemos por los novios.

—Por los novios —respondí cuando nuestras copas colisionaron con suavidad.

—No...

Al reconocer la suave voz de Isabel a mis espaldas, giré para mirarla por encima del hombro.

—Ya veo que aquí nadie pierde el tiempo —nos dijo mientras echaba a Enrique a un lado con un gracioso movimiento de caderas para ocupar de nuevo aquel sitio—. ¡Cómo he podido perdérmelo!

—No te preocupes —intervino su hermano—. Te aseguro que no ha sido nada memorable.

—Lo dices como si estuviera acostumbrada a que, todos los días, mi hermano se le declare a una chica. —Suspiró con disgusto—. Creo que no eres consciente de que puede que no tenga otra oportunidad de verlo.

—Vaya. En eso, tengo que darte la razón —reconoció él, jocoso.

Isabel arqueó una elegante ceja.

—Y bien, ¿vas a contármelo?

—Pues no hay mucho que contar —dije, y en seguida di un sorbo a mi copa de vino—, salvo que, a partir de hoy, tu hermano y yo estamos comprometidos.

Aunque al principio Isabel no dijo nada, sino que parecía preguntarse si era cierto; al cabo de medio minuto, se encogió de hombros.

—¡Cuánta prisa!

Luego, cambió de tema con elegante sencillez y empezó a hablarnos de la futura boda con Gregorio, de dónde y cuándo sucedería y de lo que ambos pensaban hacer una vez casados. Después, nos describió con detalle una larguísima lista de cosas que, por lo visto, siempre había querido realizar, lo que logró acrecentar aún más mi admiración por ella.

Media hora después, un hombre tomó asiento frente al piano y comenzó a tocar para acompañar la voz de una bella muchacha que estaba de pie en mitad del café, lo que convirtió la sala en un improvisado escenario. Enrique, sentado frente a mí, me sonrió, y la sombra de unos hoyuelos se le proyectó en las mejillas.

Al adivinar las intenciones de mi acompañante, agité a los lados la cabeza. Mi cuerpo carecía de la grácil elegancia que requería el baile. De modo que, cuando lo vi levantarse de la silla para dirigirse a mí, sentí que el pánico se adueñaba de todo mi cuerpo. Sin aceptar una negativa, Enrique me tomó de la mano y, no sé muy bien cómo, acabamos los dos en mitad de la sala, el uno frente al otro, en tanto movíamos los pies al ritmo pausado de la música.

—No deberías ponerte tan nerviosa —aconsejó—. Al fin y al cabo, se supone que ahora estamos prometidos.

—No es por eso.

Enrique arrugó el ceño.

—Es que es la primera vez que alguien me saca a bailar —confesé ruborizada.

—No puedo creer que ningún hombre lo haya hecho antes.

Se limitó a mirarme, incrédulo.

—Pues así es... —Una oleada de calor me obligó a tragar saliva mientras arrastraba los pies por el suelo—. Así que no te quejes si te doy algún pisotón, porque lo estoy haciendo lo mejor que puedo, dadas las circunstancias.

—¿Él nunca lo hizo?

—¿Quién?

—El padre de Hugo.

La sonrisa se desvaneció de mi rostro. Estaban ocurriéndome demasiadas cosas para las que no me sentía preparada. Aun así, resultaba reconfortante poder afrontar aquel tema con una persona como Enrique. El hecho de que ambos tuviéramos secretos que esconder me hacía sentir segura, de manera que respondí con un movimiento negativo de cabeza.

—¿Te habría gustado?

—Supongo que sí —vacilé en mi respuesta.

—¿Lo supones?

—Sí, me habría gustado —admití.

—Entonces, date el gusto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté extrañada.

—Que cierres los ojos e imagines que yo soy él.

—Eso no me lo devolverá.

—En ese caso, no lo hagas —resolvió.

Sin saber qué fuerza me impulsó a hacerlo, transcurridos unos segundos, cerré los párpados y le permití a Enrique guiar mis pasos mientras imaginaba que era el hombro de Hugo donde mi mano se apoyaba. En aquel momento, dejé que mi mente se detuviera como las agujas de un viejo reloj roto y volví a encontrarme con él. Mi mano libre buscó la de él, y entrelazamos nuestros dedos. Los aferré como si no existiese el mañana, como si nada, ni Enrique, ni aquel lugar, existiesen. Solo estábamos Hugo y yo. Comencé a sentir un miedo atroz a abrir los ojos. Sabía que, cuando lo hiciera, todo desaparecería, que Hugo se esfumaría en la nada y que una creciente falta de aire se adueñaría entonces de mis pulmones.

A pesar de todas mis dudas, despegué los párpados.

Mis ojos se humedecieron cuando la mirada de Enrique se cruzó con la mía.

—¿Estás bien?

—Sí —susurré—. Ha sido...

—No importa —dijo él con suavidad—. Puede que eso sea bueno.

—¿Qué cosa?

—Cerrar un capítulo doloroso de nuestra vida. Hacer cosas que nunca hicimos y que deseábamos hacer.

Las palabras de Enrique me hicieron sonreír. Él era diferente, magnífico. Algo en mi interior me indicaba que sería siempre un buen amigo, mi confidente y mi sostén.

Apoyé la mejilla en su pecho y disfruté de la música.

Eran las once de la noche cuando regresamos a la mesa junto a los demás. Cuando me senté al lado de Isabel, advertí un brillo astuto que refulgía en los ojos de la muchacha.

—¿Qué ocurre?

—En serio. —Rio con jovialidad—. En cuanto lo he visto, he pensado que debía de significar algo.

—¿A quién te refieres? —pregunté.

—A quién, no; a qué. Tiene que ser cosa del destino que, justo el día en que mi hermano se compromete contigo, me ofrezcan probar esto.

Isabel agarró la botella de mosto, que un rato antes había traído un camarero a nuestra mesa, y la enarboló delante de mis ojos. Abrí la boca y me quedé mirando el pedazo de cristal brillante y oscuro que permanecía envuelto

por un lienzo que llevaba inscripto por casualidad mi nombre. Incapaz de evitar que los recuerdos bombardearan mi mente, me esforcé en disimular lo mucho que aquello me afectaba.

Mis labios se curvaron hacia arriba, y fingí sonreír.

—Vaya. —Tragué saliva—. Qué coincidencia...

—¿Verdad que sí? —Sonrió Isabel mientras servía una copa a Enrique, quien conversaba de manera animada con el amigo de Gregorio. En ese momento, advertí cómo ambos se rozaban los dedos de manera premeditada, y mis mejillas se sonrojaron al instante al comprender que Enrique escondía mucho más de lo que yo creía. Por suerte, todo el mundo estaba demasiado absorto en la música y en la esbelta cantante que continuaba vocalizando bellas coplas de amor.

CAPÍTULO 7

Fue un domingo por la tarde cuando Enrique me propuso conocer al resto de su familia. Reconozco que, hasta aquel instante, no me había detenido a pensar en ningún momento en que algo así podía suceder, de modo que me quedé en blanco unos segundos, sin saber qué responder, mientras percibía el creciente nerviosismo de mi prometido.

Era verano, y llevábamos siete meses fingiendo un compromiso con el que, a decir verdad, había llegado a sentirme bastante a gusto. Enrique era el hombre ideal: nunca se enfadaba, sabía escuchar y me apoyaba en todo. Aunque supongo que lo que más valoraba de nuestra relación era justo el hecho de que no existiera nada íntimo entre nosotros. Éramos solo amigos. Nada de miraditas clandestinas ni besos a media tarde.

Por supuesto, éramos conscientes de que, en algún momento, tendríamos que separarnos y tomar caminos diferentes, circunstancia que me daba pavor, pero, dado lo mal visto que estaba que una pareja continuara relacionándose después de romper, sería del todo inevitable. Claro que ambos dábamos por sentado que, cuando aquello sucediera, ninguno de los dos volvería a hablar del asunto de su sexualidad, el cual convertiríamos en un secreto que llevaríamos a la tumba. La sociedad no estaba capacitada para entender algo que no fuese lo que se le había inculcado desde siempre. Nadie comprendería que una madre soltera era tan digna de respeto como cualquier madre, o que, en el amor, no tenían por qué estar involucrados solo el rosado y el azul. El mundo estaba lleno de colores que las personas se negaban a ver.

Lo miré y exhalé un suspiro. ¿Qué demonios podía decir?, me pregunté mientras Enrique exhibía una expresión de culpabilidad en el rostro que no me pasó inadvertida. Después de soltar la bomba, se quedó callado en tanto me estudiaba con esos grandes ojos celestes. Tal vez, aquel era el episodio final de nuestra insólita historia, y ni siquiera se daba cuenta. La velocidad con que se sucedían las imágenes de aquellos últimos meses por mi cabeza me abrumaba. Al cabo de un segundo, apoyé mi mano en la de él, que temblaba como una hoja, y le apreté los dedos con delicadeza.

—Escucha, Enrique: no creo que sea una buena idea —opiné.

—Lo sé —admitió—. Pero, después de siete meses, mi padre comienza a hacer preguntas sobre ti.

—No lo dudo. Pero sabes qué sucederá si nos precipitamos —respondí—. Eres mi mejor amigo, y odiaría tener que perderte.

—Se trata de la boda de mi hermana. Lo más correcto es que acudamos juntos. Además, conocer a mis padres no va a separarnos.

—¿Tú crees? —Resoplé—. Sabes que, en cuanto entre en tu casa, insistirán en que ya es hora de que nos casemos.

—En cualquier caso, no creo que salir más o menos tiempo influya en algo.

Esboqué una sonrisa sombría.

—Te equivocas. Si nos presentamos en la boda de Isabel juntos, se nos echarán encima como lobos.

Me miró y, por alguna razón, decidimos dejar a un lado el tema de momento. Ambos sabíamos a qué atenernos y, a pesar de todo, pensar en perder su amistad, tan valorada por mí, me provocaba una intensa punzada de dolor en el pecho.

A decir verdad, los últimos días, había notado a Enrique más nervioso de lo normal. En ese momento lo entendía.

Enrique se levantó y me ofreció el brazo para que me apoyase en él, de modo que, tras aceptarlo, comenzamos a deambular con tranquilidad por el Retiro. No habíamos recorrido más de cien metros cuando, frente a la entrada, se detuvo uno de aquellos extraños coches a motor con capota, grande, cuadrado y azul. Mis ojos se abrieron al vislumbrar el insólito armatoste, y fue justo en ese instante cuando algo me empujó a mirar al hombre que acababa de descender del vehículo. Era un caballero alto, elegante y bien vestido. El fuerte sol me deslumbraba, así que achiqué los ojos para contemplarlo mejor cuando por fin se dio vuelta y dirigió el rostro hacia donde estábamos Enrique y yo.

Aunque la mirada del caballero se detuvo una fracción de segundo en nosotros, Hugo estaba tan absorto en lo que le explicaba el hombre que lo acompañaba que ni siquiera me vio. La imagen de él quemó mis retinas como el arsénico. Sentí que un intenso vértigo se apoderaba de mí y, sin pensarlo, tiré de Enrique y comencé a caminar en dirección opuesta. Después de cuatro años, no creí que volvería a verlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Enrique.

—Es solo un mareo.

Rodeó mi brazo con los dedos y me ayudó a tomar asiento en un banco. Mi propio aliento me quemaba en la boca al evocar el cálido recuerdo de Hugo. Sentía que me faltaba el aire.

—Respira hondo.

Traté de seguir aquel consejo mientras notaba cómo el temor se abría paso en mi pecho. De modo que tiré del ala de mi pamelita y oculté mi rostro tras ella. Luego, recé. Recé todo lo que sabía porque no se me ocurría otra cosa

mientras aguardaba a que Hugo pasara de largo sin reparar en mí. Cuando creí conseguirlo, las puntas de los zapatos de él asomaron bajo el ala de mi sombrero.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí! —Lo oí decir. Mi cuerpo tembló como una hoja arrojada al viento. Aunque, abrumada, abrí la boca para contestar, mi garganta no emitió ningún sonido.

—¿Primo Hugo? —La voz de Enrique me empujó a levantar apenas la cabeza, para evitar mirarlos a la cara, y advertí que ambos hombres se agarraban el uno al otro por los brazos en una actitud de clara cordialidad. Mareada a causa del miedo atroz que me pellizcaba con furia el estómago, mi frente se perló de sudor.

—No esperaba verte antes del sábado.

—Bueno, decidí aprovechar lo de la boda de Isabel y llegar un poco antes para rematar un par de negocios. De camino, haré algunas compras. Aún no tengo ni idea del regalo que obsequiaré a los novios. —Hugo hizo una breve pausa—. ¿Ocurre algo?

—Es mi prometida. Creo que pasear bajo este sol no le ha sentado bien.

—Será mejor que vayamos a un lugar más fresco —se ofreció Hugo, servicial, mientras mi cabeza se abatía por momentos junto a mi sombrero y se hundía en mitad de mis hombros.

—Yo... preferiría quedarme un rato más aquí sentada, si no a ninguno de los le importa —murmuré al borde del desmayo.

A juzgar por cómo se alargó el silencio que flotó entre los tres a continuación, debería haberme imaginado que Hugo estaba sorprendido. De algún modo, intuía que tenía clavada la mirada en el ala de mi pamea, que en aquel momento era lo único que me mantenía a salvo del escrutinio de aquel

antiguo amor. No necesitaba mirarlo para saberlo. Sin embargo, en mi cabeza, me repetía que no era así, que era imposible que, después de tanto tiempo, él reconociera mi voz.

Los árboles arrojaban formas irregulares sobre nuestros zapatos cuando, de pronto, anunció que tenía la intención de acompañarnos de todos modos hasta el coche, que aguardaba junto a la entrada del parque. Sin darme tiempo para pensar, Enrique tomó mi mano y tiró de mí con suavidad.

A pesar de que era mediodía y de que el sol estaba en el punto más álgido, mi mente se sumergió en la oscuridad cuando, por primera vez en cuatro años, Hugo y yo cruzamos la mirada.

Por supuesto, lo primero que advertí fue la sorpresa reflejada en los ojos de él. Al momento, intenté decir algo, pero, para mi propia humillación, acabé haciendo un sonido con la boca como si la lengua se me separase del paladar. De hecho, eso es lo que creo que sucedió en realidad: mi lengua acabó despeñándose contra mis dientes inferiores.

—¿Cree que podrá llegar al coche? —La mirada de estupefacción pareció desvanecerse del rostro de Hugo como por arte de magia, lo que hizo que el pulso me retumbara en las sienas.

—¿Qué? —pregunté, sin alcanzar a entender el significado de aquellas palabras.

—Si tendrá fuerzas para llegar al coche. Dentro, estará usted más fresca y cómoda, no como aquí, bajo el sol estival.

No pude responder. Mi mente no dejaba de girar y girar a mil por hora. “Maldita sea, esto me pasa por ilusa. ¿Quién, en su sano juicio, imaginaría que Hugo y yo no volveríamos a encontrarnos aquí en Madrid?”.

De pronto, me vi escoltada por él y Enrique hasta el automóvil, al que un tercer hombre, quien era probable que fuera el chofer, se apresuró a ayudarnos a subir.

Era ridículo, claro está, pensar que Hugo no estaba observando todo lo que yo hacía, aunque fingí que no darne cuenta cuando me recosté ligeramente sobre el hombro de Enrique. No tenía otra opción. De repente me sentía agotada y mareada, mi cuerpo estaba laxo y mis músculos parecían haber perdido la firmeza. Ambos hombres, primos por lo que pude entender, se enfrascaron en una conversación que no escuché. Los oídos me zumbaban, y el corazón me iba tan deprisa que llegué a creer que, de un momento a otro, saltaría de mi pecho para caer en manos de Hugo, quien podría terminar de hacerlo pedazos.

Con una sensación de ansiedad que no había experimentado en años, clavé las uñas en el cuero del asiento cuando el ruidoso vehículo se detuvo con brusquedad ante el edificio en el que yo residía. No podía creer que Enrique le hubiese dicho dónde vivía. La culpa me corroía. Al fin y al cabo, era yo la que estaba demasiado embebida por el miedo para prestar atención a lo que ambos hombres hablaban. De haber estado más atenta, les habría dicho que me acompañasen a cualquier otro lugar.

Hugo sonrió con amabilidad a su primo.

—La acompaño yo —se ofreció de modo cordial.

Después de despedirme de Enrique, moví las piernas con gran esfuerzo y, al suponer que perdería el equilibrio en algún momento, decidí permitir que Hugo guiara mis pies hasta el suelo. Por primera vez desde el instante en que nos encontramos en el parque, noté que me observaba de arriba abajo, como si nunca antes me hubiera visto.

—Señorita... —Hugo alargó el brazo para que me apoyara en él. Los gestos y las miradas que me dedicaba eran tan furtivos que solo yo parecía darne cuenta de que en realidad estaban ahí. Incluso tenía los músculos de la mandíbula en tensión mientras avanzábamos hacia la puerta. En cuanto se abrió, la amable expresión del rostro de él se esfumó. Sabía que había llegado el momento de decirle la verdad, pero, en cuanto advirtió que me disponía a abrir la boca, alzó una mano y me ordenó callar.

—No. —Agitó la cabeza con dureza a los lados—. No quiero oír ni una sola palabra tuya.

Dicho eso, me abandonó en el portal. Me quedé allí en tanto miraba por la puerta abierta mientras lo veía subir de nuevo al vehículo. Traté de moverme, pero estaba paralizada. Entonces, un río de lágrimas comenzó a brotar de mis ojos, como si alguien hubiese abierto las compuertas de un enorme dique. Sin capacidad para contenerlas, me llevé una mano a los párpados y me sequé la cara, furiosa.

No podía evitar sentirme como una estúpida. Después de cuatro años, imaginaba que nada podría afectarme, pero estaba claro que Hugo lo hacía, y que, tal vez, continuaría haciéndolo toda la vida.

Sentí la debilidad adueñarse de mis piernas, retrocedí unos pasos y me apoyé en el borde de la escalera para tratar de mantenerme cuerda. Dios era testigo de lo mucho que había cambiado y de que ya no era la chiquilla de antes. No sé cuántas veces me lo había dicho a mí misma.

Contuve a duras penas el llanto al oír a doña María abrir la puerta que daba al rellano.

—¡Dios Santo! —exclamó exaltada antes de bajar las escaleras a toda prisa—. ¿Qué te ocurre, criatura? ¿Quién era ese hombre?

—No lo sé —le dije después de que me ayudase a ponerme en pie.

—Es mejor que subas a casa y que te echas un rato en la cama. Estás pálida como un cadáver.

—Sí —respondí. Todo lo ocurrido se volvió confuso. Me sentía extraña, sin ganas de hacer examen de conciencia, ni de repasar las cosas que había hecho mal en el pasado porque sabía que al final me daría cuenta de que eran demasiadas. Solo necesitaba recostarme y olvidar que había visto de nuevo a Hugo; borrarlo de mi mente.

La imagen de mi hijo captó toda mi atención cuando pasamos junto al salón, de camino al cuarto. Estaba sentado en el suelo mientras jugaba con el cochecito de hojalata que los Reyes Magos le habían traído dos años atrás.

—Te traeré un poco de agua —anunció doña María antes de dejarme a solas en el dormitorio—. ¿Y bien? ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó al regresar con un vaso de agua fresca en las manos.

—No tengo la menor idea.

—¿No habrás hecho algo indebido con ese prometido tuyo?

—¿Con Enrique? —Negué con la cabeza—. Usted me conoce bien, doña María, y sabe que no soy ninguna cabeza hueca.

—Bien. —Lanzó un largo suspiro—. Entonces, habrá que descartar un embarazo.

De haberme sentido con ánimos, me habría echado a reír al escucharla.

—Enrique es un buen chico.

—Pues, si no es eso, es otra cosa —razonó con obvia molestia—. ¿Estás enferma?

—No lo creo.

—Entonces, dime, Eliza: ¿qué te ha ocurrido para indisponerte de esta manera? ¿Alguien te ha molestado?

—Un fantasma —admití en voz baja.

—¡Ay, la Virgen! —Se santiguó con rapidez.

—No de esos. Puede quedarse tranquila, doña María; en esta casa, no deambula ningún espectro —aseguré al tiempo que notaba una fuerte opresión en el pecho—. Este era un fantasma del pasado.

Cuando Doña María me observó con preocupación, como si estuviera preguntándose si me había vuelto loca, estuve tentada de confesárselo todo.

—Así que ese hombre es el padre de Hugo —acertó de pronto.

—¿Qué? —Abrí los ojos y la miré sorprendida.

—No me lo niegues —insistió—. Ninguna mujer se pone de esta manera sin tener una razón de peso.

Doña María me miró con atención, como si me diera tiempo para que dijese algo. Reconozco que no esperaba esa pregunta. Al menos, no en aquel momento. Me froté los dedos con nerviosismo, con la cabeza vuelta hacia la ventana, en tanto trataba de evitar el escrutinio de la señora.

—¿No vas a contármelo? —continuó.

—Él no quiere saber nada de Hugo —me limité a decirle.

—Entonces, te abandonó dejó a ti y abandonó al pequeño —concluyó de modo erróneo—. O sea que es un sinvergüenza con dinero que se cree el rey Midas.

Traté de reprimir una mueca de cansancio.

—Lo cierto es que fui yo quien lo abandonó poco antes de saber que estaba embarazada.

—¡Por Dios! ¿Y por qué diantres hiciste eso? ¿Acaso no te detuviste a pensar en lo que sería de ti y de ese pequeño? —Se interrumpió para mirarme fijo—. ¿Te maltrataba?

—¿Qué? ¡No! —negué con rotundidad—. Él es un buen hombre, no haría algo así jamás.

—Entonces, no lo entiendo.

—Fue por su bien.

—Ni su bien ni nada —exclamó en tono acusador—. Ese hombre tiene que saber que es padre y, si tú no se lo dices, muchacha, seré yo quien...

—¡No! —rogué con los dientes apretados—. Usted no lo entiende, doña María. Él no debe saber nunca de la existencia de Hugo.

—No tienes ningún derecho a ocultárselo, Eliza. —Doña María me observaba perpleja—. Quizá, si se lo contaras, tal vez, quién te dice, hasta te reconcilias con él.

—No hemos estado nunca en verdad juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Sé lo que va a pensar usted de mí, doña María, y créame que lo entenderé, pero estuve con él una sola noche. No es mi esposo, ni mi prometido, ni nada mío. Me marché de su casa porque estaba asustada. Él no me conocía, y yo no podía continuar mintiéndole, ¿comprende? —expliqué con serenidad—. Su familia es poderosa, por lo que no dudo de que, si llegan a enterarse de la existencia de Hugo, harán lo posible por apartarlo de mi lado.

Doña María extendió una mano hacia mí para apoyarla en mi hombro.

—Lamento no habérselo contado antes.

—Reconozco que me duele que me hayas mentido —dijo—. Y, aunque entiendo por qué lo hiciste, lo que no llego a comprender es cómo llegaste a pensar que no te apoyaría, Eliza. Te he contado cosas sobre mí y sobre mis numerosos matrimonios que no había confesado nunca antes a nadie. Me duele que no confiaras en mí antes.

—Lo siento.

Mis palabras parecieron calmarla. Se levantó de la cama y se detuvo un instante frente a la ventana antes de volverse otra vez hacia mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Continúas amando a ese hombre?

Incapaz de remediarlo, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Con toda mi alma.

CAPÍTULO 8

La semana que se sucedió a nuestro funesto encuentro, la pasé entre súplicas a Enrique para que inventara una excusa que me exonerara de asistir a la boda. Pero después de meditarlo mucho, no me quedó más remedio que admitir que lo más conveniente era aceptar la invitación, porque no hacerlo habría suscitado más preguntas sobre mí y sobre nuestra relación.

Llegué a la finca de la familia de Enrique sobre las siete. Desde el camino, vi a los invitados en las terrazas, que hablaban y bebían de manera plácida. Los padres de él resultaron ser personas en extremo conservadoras y nada proclives a tratar con desconocidos. A decir verdad, me dio la impresión de que nadie allí parecía agradecerles del todo. De modo que me sorprendió infinitamente que doña Luisa me abrazara y me besara varias veces las mejillas mientras murmuraba algo sobre las responsabilidades del matrimonio, aunque solo lo hiciera por mantener las formas. El resto de la tarde, hizo lo posible por evitarme y desviaba la vista hacia todos los rincones de la casa, como si estuviese tratando de decidir si yo le gustaba o no.

El único lado bueno del asunto fue que nadie quiso arriesgarse a preguntarnos si teníamos intención de casarnos pronto. Si lo hubieran hecho, no habría sabido qué responder.

Tenía ganas de marcharme, pero, en vez de hacerlo, me fui retirando con lentitud hasta que al final quedé oculta por las sombras de la galería que conducía hasta la cocina. Mientras contemplaba a los niños que corrían y armaban un alboroto entre los invitados, me descalcé y exhalé un largo resoplido cuando mis pies doloridos tocaron el suelo frío.

Isabel, que estaba radiante con un sencillo vestido de seda blanco que le llegaba a los tobillos, se encontraba al fondo del salón, acorralada por los invitados. Cuando me vio y me hizo un gesto para que me uniese a ellos, sonreí, le mostré los zapatos de seda que llevaba en las manos y rechacé el ofrecimiento con amabilidad. Entonces, volví la cabeza y vi a Hugo allí sentado, lejos del tumulto, del ruido y de las risas de los niños. La sangre se heló en mis venas. Estaba a punto de darme vuelta y marcharme cuando habló.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Giré con lentitud.

—¿Sentías en realidad algo por mí, o solo fue que te complacía jugar conmigo? —inquirió mientras me dirigía una fría mirada.

—Sé que no vas a creerme si te digo que nunca tuve la intención de hacerte daño —respondí.

—Pues no es lo que parece. —Hugo inclinó el cuerpo hacia delante para contemplarme un instante en silencio—. Estás distinta.

—Todo el mundo cambia, es la ley de la vida.

—Pensaba que no volvería a verte —confesó con calma.

—Reconozco que yo tampoco lo esperaba —admití.

—Supongo que no.

—Yo... Ni siquiera sé qué decir. Sé que lo que hice no estuvo bien y...

—Bastaría con que me dijeras por qué dejaste que me enamorase de ti de aquella manera.

—Escucha, Hugo...

—¿Por qué? —insistió con voz tajante.

Me estremecí. Hice una pausa y desvié la mirada al suelo.

—No era de mí de quien creías estar enamorado.

—Y, aun así, permitiste que aquella noche te hiciera el amor —acusó, casi en un susurro—. Ah, sí, olvidaba que debiste de pensar que era la única manera que tenías de salir de allí.

—No puedes culparme por ello.

—Es bastante irónico que digas eso, ¿no crees?

—Me encerrabas todas las noches en mi cuarto.

—Es obvio que tenía motivos.

—¿Serviría de algo si te dijera que nunca quise mentirte?

—En este momento, solo serían palabras; nada más.

—En ese caso, solo puedo decirte que lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Acaso has pensado, siquiera un instante, en cómo afectó tu desaparición a mi padre? —masculló—. ¿En cómo nos afectó a todos?

—¡Ya te he dicho que lo siento! —supliqué con la boca seca—. De verdad que me gustaría poder darte algo más significativo que mi más sincero arrepentimiento, pero no puedo ofrecerte otra cosa por mucho que lo desee.

—Por una vez, podrías ofrecerme la verdad.

—La verdad ya la sabes.

—Supongo que, para ti, es fácil cerrar los ojos y olvidarlo todo, pero no puedes ir tamizando la verdad a tu conveniencia. Sé que no eres quien yo creía, pero continúo sin entender qué motivos te llevaron a hacer lo que hiciste.

—Por mucho que yo te contase, no entenderías los problemas que en aquellos momentos desbordaban mi vida.

—Ni siquiera me diste la oportunidad de intentarlo. —Hugo se levantó y se detuvo frente a mí.

—Eso no es del todo cierto —objeté en tanto notaba cómo él me observaba con interés—. ¿Recuerdas cómo reaccionaste cuándo te pregunté qué hubieras hecho si descubrías que yo no era la persona que tú creías? Te quedaste callado, Hugo. En ese instante, me di cuenta de que no podría decirte la verdad; no sin decepcionarte al mismo tiempo.

—¿Y qué querías que hiciera? Justo cuando comenzaba a confiar en ti, me dijiste que quizás no eras la mujer que yo suponía. ¿Esa es tu manera de volver loco a un hombre? ¿Acaso utilizas las mismas argucias con mi primo?

—No metas a Enrique en todo esto.

—No, tienes razón. Lo que debería hacer es contarle quién eres en realidad. A lo mejor, así tendría la oportunidad que yo no tuve.

—Enrique sabe a la perfección quién soy y no le importa.

—Es difícil de creer.

—Pues es cierto —mascullé entre dientes—. Y, a pesar de todo, me ama.

Advertí cómo la nuez se le movía al tragar saliva.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Tú lo amas?

De pronto, me vi asaltada por unas irrefrenables ganas de salir de aquel corredor. Me faltaba el aire, y vacilé como una tonta antes de responder.

—Esa pregunta es absurda.

—La respuesta es no, ¿cierto?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Tampoco has dicho que sí.

—Quiero a Enrique.

—La cuestión es si lo amas —dijo Hugo.

—Sí.

—Entonces, dilo. —Hugo me abrazó tan fuerte que casi me dejó sin respiración—. Di que amas a Enrique, y te dejaré en paz para siempre.

De pronto, me sentí como si estuviese en un carrusel. En realidad, siempre creí que la vida se parecía mucho a uno; que giraba y giraba sobre sí misma hasta regresar al punto de partida. Por eso, a veces, la única manera de cambiar nuestro destino era apearnos de la atracción en algún momento, por mucho que deseáramos continuar dando vueltas a lomos de nuestro caballito favorito.

Para resumirlo de alguna manera, había llegado la hora de bajar del juego y cortar los lazos que me unían a Hugo. Solo era cuestión de decir las palabras mágicas, de responder que amaba a Enrique, y todo se habría acabado entre los dos. Pero, cuando alcé el rostro para enfrentarme a aquella mirada, se inclinó sobre mí y apresó con furia mi boca, a la que atrapó en una vorágine de besos.

Con el corazón acelerado y la mente embotada, permití que me besara como nunca antes lo había hecho. En la oscuridad que nos envolvía, apenas pude moverme mientras su lengua exploraba cada rincón de mi boca con lentitud.

Hugo me desafiaba con destreza, con aquel sabor dulce a mosto que lo impregnaba. Comencé a temer que la falta de aire me dejara inconsciente de un momento a otro. Sus manos se habían convertido en tenazas alrededor de mis brazos. Quizá solo se trataba de un espejismo, fruto de la mente, pero de nuevo me sentía completa.

“¿Cómo puedo permitir que suceda de nuevo? ¿Por qué no soy capaz de detenerlo?”. Había demasiadas dudas y preguntas para las que no tenía respuesta.

Apenas había apartado los labios de los míos cuando noté la presencia de una tercera persona en aquel corredor. La claridad que se filtraba desde la cocina reveló la delgada figura de la madre de Enrique. En ese instante, el corazón me dio un vuelco, y me quedé callada, consciente de que nos había visto. Tras eso, Luisa se dio vuelta y entró en el salón, lo que dejó tras ella un rastro de inquietante silencio.

Me sentí como una idiota. Me quedé allí de pie, junto a Hugo, en tanto maldecía mi mala suerte.

—¿Cómo has podido? —Los ojos se me inundaron de lágrimas—. ¡Maldita sea! ¿Te das cuenta de lo que has hecho? En cuanto tu tía le diga a Enrique lo que ha visto, se habrá acabado todo lo que tenemos.

Hugo se acercó a mí y rozó mi barbilla en angustiosa súplica.

—Así que es cierto: amas a mi primo.

Me llevé una mano a la boca para tratar de contener el llanto.

—¡Qué sabrás tú!

Sin dejar de temblar, giré y fui a buscar a Enrique, desesperada por hablar con él antes de que la madre le contara lo que había visto en el corredor. Me sumergí entre los invitados al tiempo que imaginaba que atravesar aquel tumulto me conduciría más rápido hasta él. Sin embargo, llegué tarde, y

abandoné todas las esperanzas de arreglarlo cuando lo vi junto a doña Luisa al fondo del salón. Tan pronto como se percató de mi presencia cerca de ellos, la mujer me lanzó una mirada despreciativa. Sentí un escalofrío y me quedé en silencio al advertir que Enrique rehuía mirarme. En ese momento, supe que la oportunidad de que nuestra amistad continuara después de romper nuestro compromiso acababa de evaporarse para siempre.

Entonces, tragué saliva, enderecé la espalda y me alejé de allí con toda la dignidad que pude reunir y que me permitieron mis pies descalzos.

Cuando, después de quince minutos, enfilé hacia la calle que conducía a mi casa, vi a doña María apoyada en el quicio de la ventana. En cuanto reparó en mí, se incorporó asustada. Traté de respirar con lentitud mientras aguardaba junto al portal a que me abriese la puerta. Cuando al fin lo hizo, me miró asombrada.

—¡Cielo santo! ¿Qué te ha sucedido? —preguntó—. ¿Y tus zapatos?

—Creo que los olvidé en la fiesta —expliqué con tono cansado.

Desconcertada por la respuesta, doña María me acompañó hasta el salón. Después de casi cinco minutos de observarme en silencio, se atrevió a inquirir:

—¿Vas a contarme qué ha ocurrido?

—Mi pasado, que al parecer ha regresado para arrebatármelo todo —siseé.

—Estás demasiado débil y cansada para saber lo que dices —respondió ella con delicadeza.

—No, doña María. Puede que tenga razón y que esté cansada, pero aún sé lo que digo —declaré en voz baja—. Mi compromiso con Enrique se ha ido al traste esta noche.

—Bueno, para ser realista, tal vez Enrique sea un buen chico, pero está claro que no es el hombre adecuado.

—¿Por qué piensa eso?

—He estado casada tres veces, chiquilla; a mí no se me escapan así como así las cosas. Está claro que, a ese chico, no le gustas como deberías gustarle. Así que la siguiente cuestión es qué hacías con él y por qué te afecta tanto que se haya acabado lo que sea que teníais.

—¿Usted lo sabía?

—¡Vamos, Eliza! —dijo con ojos risueños—. ¡No nací ayer!

—Entonces, ¿piensa denunciarlo?

—A mí, lo que hagan o dejen de hacer los demás con su vida me importa un comino —declaró—. Mi primer marido era un buen hombre, quizá el mejor de los tres, y me casé con él aunque sabía que sus sentimientos no eran los que una mujer imaginaría. Sin embargo, Víctor era un buen amigo y, por aquel entonces, ambos nos ayudamos. Yo simulé ser una buena esposa y, a cambio, él me rescató de una vida de tiranía en la que mi padre arreglaba sus problemas a golpe de cinturón.

El corazón me dio un vuelco.

—No tenía ni idea. No sabe cómo lo siento.

Ella agitó la cabeza a los lados para quitarle importancia al asunto.

—Fue hace tanto que casi no lo recuerdo.

Suspiré.

—A lo mejor, se puede arreglar.

—Bueno, vaya a saber. ¿Qué ocurrió en la fiesta?

—Su madre vio cómo Hugo y yo nos besábamos.

Doña María agitó la cabeza a los lados.

—Entonces, veo difícil una reconciliación.

—Eso mismo pienso yo —coincidí, casi entre temblores.

Apoyó una mano en la mía y sonrió de manera débil.

—¿Por qué no te das un buen baño caliente? Te vendrá bien para aplacar los nervios. Y, luego, si quieres, podemos continuar hablando de este tema.

Accedí con parsimonia y me levanté para dirigirme al cuarto de baño, cuando escuchamos tres fuertes golpes en la puerta.

—Quizá sea el sereno —murmuró doña María mientras se colocaba la bata—. ¿Qué mosca le habrá picado a ese hombre a estas horas?

—Puede que me haya visto llegar a casa sola. A estas horas, es normal que quiera saber si todo va bien.

Doña María se encogió de hombros.

Un instante después, cuando me volví, me di cuenta de que Hugo me contemplaba desde la puerta. Sostenía mis zapatos en alto y me hizo señas para que me aproximara a recogerlos. Me acerqué a él con un nudo en el estómago, mientras me tendía el bonito calzado de seda.

—Supongo que no ha venido aquí solo a devolverle los zapatos. —Doña María lanzó un largo suspiro.

—Es usted muy perspicaz, señora —respondió Hugo.

—Bien. Entonces, creo que es mejor que me vaya a dormir y lo deje con ella. Seguro que tiene muchas cosas que decirle. Pero le advierto a usted que mi habitación está aquí mismo y que tengo el sueño ligero. Por eso, que no se

le pase por la cabeza hacer ninguna tontería si no quiere que acabe llamando al sereno, ¿me ha entendido?

—A la perfección.

Doña María lo observó y adoptó un gesto hostil. Luego, se acercó a mí y apoyó una mano en mi hombro como si quisiera darme fuerzas.

Me despedí de ella y, cuando me quedé a solas con Hugo, me aparté unos pasos de él y rodeé la mesa que estaba en mitad del salón con el propósito de interponer entre los dos algo de distancia.

—Si no te importa, me gustaría que fueras al grano y que me dijeras a qué has venido. Estoy cansada y quiero irme a la cama.

—No creo que pueda decirte todo lo que llevo dentro en solo unos minutos.

—¿Por qué estás aquí?

—He venido porque quiero demostrarte que no me importa lo hubieras hecho en el pasado. Me da igual el nombre que tengas, si te llamas Eliza, Claudia o de cualquier otra manera. Son solo nombres, Eliza, nada más que eso. Cuando desapareciste, estuve a punto de volverme loco. Te busqué por todas partes hasta que, al fin, mis pesquisas me condujeron hasta la verdadera Claudia. Y, ¿sabes qué es lo más gracioso?

—¿Qué?

—Que ni siquiera entonces dejé de buscarte.

—No quiero hablar de todo esto en este lugar.

—Si quieres, podemos dar un paseo.

—Es muy tarde; deberías irte.

—Ya has visto que no he venido tan solo a entregarte unos zapatos — afirmó—. Quiero que hablemos y no me iré de aquí hasta que lo hayamos hecho.

Como lo conocía, supuse que lo decía en serio. Dejé escapar un soplido entre los dientes mientras le examinaba con detenimiento el rostro. Hugo estaba cada vez más exaltado y había comenzado a elevar el tono de voz. Si continuábamos discutiendo, era muy probable que mi hijo se despertara en cualquier momento. De modo que decidí bajar la guardia, me acerqué a él, me coloqué los zapatos y lo invité a acompañarme abajo. El primer piso llevaba un par de meses desocupado, y eso convertía al zaguán en el lugar adecuado para discutir sin que nadie nos oyera. Pero, justo cuando me dispuse a abrir la puerta, mi temor más profundo se materializó en medio del salón con un puchero en los labios y los ojos menguados por el sueño.

—Mamá —lloriqueó.

Sin pensarlo un segundo, fui hasta él y me arrodillé para envolverlo con mis brazos.

—Shh —susurré—. No pasa nada, cariño.

Al advertir que mi niño dejaba de llorar, me puse de pie y lo subí en brazos. Cuando giré y observé a Hugo, me quedé paralizada. Un escalofrío se deslizó bajo mi piel. Volví a darme la vuelta con la certeza de que la mente de aquel hombre estaba haciendo algún tipo de cálculo y permanecí inmóvil mientras aguardaba a que dijese algo.

—¿Cuántos años tiene el niño?

—Será mejor que te vayas —dije.

—Te he hecho una pregunta. ¿Cuántos años tiene?

—¿Qué importa?

—Es mío, ¿no es cierto?

—No —mentí.

—Por Dios, ¿a quién pretendes engañar?

—Hugo, por favor, este no es el lugar más apropiado para seguir discutiendo. Mi hijo es demasiado pequeño para entender lo que está ocurriendo. No es el momento.

—No, desde luego que no lo es. Pero, por lo visto, nunca es el momento adecuado para que me cuentes la verdad.

Al tiempo que temblaba de pies a cabeza, guardé silencio con la mirada clavada en el suelo. Él tenía razón. Mis mentiras comenzaban a dejarme un regusto amargo en la boca. No era necesario que dijese lo que opinaba de mí; aquellos ojos, lo mismos que me habían robado la razón tiempo atrás, me observaban entonces con infinito rencor.

—Algún día, conseguirás que me vuelva loco.

Alcé el rostro hacia Hugo, sorprendida al oír esas palabras. Él me observó fijo y luego desvió la mirada hacia un lado.

—Será mejor que acuestes al niño.

—Yo... —comencé a decir con cautela, pero al instante cerré la boca, incapaz de encontrar las palabras—. De acuerdo.

La vergüenza me inundó los ojos de lágrimas mientras acompañaba al pequeño hasta el dormitorio. No tenía ninguna duda de que Hugo estaba muy enfadado, pero tampoco tenía muy claro cómo debía proceder. Aun así, comprendía que todo aquello debía de resultarle muy duro. Pero ¿qué más podía hacer yo? Ni siquiera en ese momento, cuando la verdad me golpeaba la cara, podía deshacerme de mis miedos.

Mientras metía al niño en la cama y lo arropaba, respiré hondo para tratar de serenarme.

—Bien, es hora de dormir —musité, y le planté a mi hijo un beso en la frente. Cuando Bunico se desperezó a los pies de la cama, suspiré en tanto pensaba que había llegado el momento de regresar al salón y de enfrentarme a mi pasado. Solo yo era capaz de arreglar todo aquello. No obstante, era posible que él me odiara aún más tras saber la verdad de mis propios labios.

Entonces, sorprendida, el sonido de la puerta al cerrarse me sacó de mi ensimismamiento. Cuando salí a averiguar lo que sucedía, me di cuenta de que Hugo se había marchado. Al cabo de unos instantes, me acerqué a la ventana y vi cómo la magnífica figura de él se desvanecía en las sombras de la noche.

Tras guardar silencio un momento, consciente de que el dolor de perder a una misma persona puede azotarte en más de una ocasión, me rendí ante la evidencia: seguía amándolo como jamás amaría a ningún otro hombre.

CAPÍTULO 9

Debería haber ido tras él en aquel momento, pero no lo hice. Había transcurrido una semana desde la noche en que me quedé de pie frente a la ventana en tanto lo observaba hasta que había desaparecido de mi vista.

Un día más, fui hasta la fábrica, me senté delante de mi tapiz y continué entrelazando puntadas. El perfume de don Álvaro invadía el taller, de modo que comencé a pensar que debía de tener el sentido del olfato atrofiado.

Acababa de pasar la media tarde cuando el capataz se acercó y me dijo que subiera al despacho. Durante un segundo, me quedé sentada en el sitio. Después, me levanté, alisé mi delantal con las manos y lo seguí escaleras arriba.

—¿Ocurre algo? —pregunté, casi con un susurro, al cruzar la puerta.

—Siéntate.

Turbada, obedecí.

—¿Entiendes algo de vinos? —continuó.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué?

Don Álvaro pareció deshinchase.

—De verdad que no lo entiendo...

—No entiende ¿qué?

—Olvídalo. Lo importante es que eres una buena tejedora.

A pesar de que me sentí adulada al oír tales palabras, continuaba sin saber por qué razón estaba en el despacho del jefe.

—No sé de qué está hablando, don Álvaro. Si he hecho algo malo, yo...

—Cállate y escucha con los dos oídos —me dijo por fin—. Vamos a fabricar sacos para una de las mejores bodegas de Madrid. ¿Crees que serás capaz de encargarte?

—De poder, puedo. Pero no comprendo por qué usted cree que lo haré mejor que cualquier otro empleado del taller.

—El cliente insiste en que seas tú quien las fabrique, así que no me queda otra opción que arriesgarme.

—¿Qué cliente?

—Don Carlos Garrido —reveló.

Sentí un súbito palpito de alarma.

—¿En serio?

—¿Lo conoces?

—Sí —afirmé algo incómoda.

Don Álvaro tiró un montón de cuadernos viejos sobre la mesa, encuadernados en piel.

—Pues es posible que ese amigo tuyo sea quien nos saque a todos del atolladero.

El capataz recostó la espalda en la silla y noté cómo la frente se le perlaba de sudor.

—Perdóneme, don Álvaro, pero ¿significa eso que la fábrica anda mal?

—Muy mal —confirmó—. Hace ya tiempo que la venta de los tapices cayó en picado. Ahora, los señoritos y burgueses prefieren cruzar media Europa y comprarlos en Asia. El tapiz español se hunde, Eliza, como un barco escorado, y no hay nada que podamos hacer para remediarlo.

—Entonces, ¿piensa aceptar el encargo?

—Claro que sí. —Me miró circunspecto.

Inspiré hondo.

—¿No sería mejor comprar el paño y confeccionar las fundas?

—El paño se teje; es de ahí de donde sale el verdadero beneficio. Luego lo cortamos y lo zurcimos, pegado a la botella.

Guardé silencio y tragué saliva mientras recapacitaba sobre el asunto.

—Está bien —terminé aceptando—. Si voy a encargarme, necesitaré una costurera para que me ayude, seis carretes de yute, agujas y tinta, mucha tinta.

—Parece que empiezas a entenderme.

—Lo único que entiendo es que, si no soy capaz de llevar a cabo el encargo, usted despedirá a mucha gente.

—Eres una mujer lista.

—Mucho más de lo que imagina.

Don Álvaro se levantó de la silla y rodeó con lentitud el escritorio. Luego, se inclinó un tanto sobre la mesa con una sonrisa en los delgados labios. Al instante, aparté los ojos de aquella figura siniestra.

—A propósito, me han contado que has roto con ese prometido tuyo. —Sus ojos se achicaron, interrogantes.

—No.

—¿No? —Arrugó el ceño, sorprendido.

—No —reiteré—. No sé quién ha podido decirle eso, pero, quien lo haya hecho, o tiene muy mala intención, o está mal informado. Enrique y yo tenemos pensado casarnos pronto. En cuanto ahorremos algo de dinero, compraremos una casita en las afueras de Madrid, una hectárea de tierra fértil y un montón de ovejas.

—¡Qué tierno! —exclamó despreciativo—. Si fuera yo, no me conformaría con eso. A una mujer como tú, hay que mimarla y tratarla como a una reina. Las ovejas y las tierras no hacen feliz a nadie. Las joyas y el oro desempeñan muy bien ese papel.

Para mi propia sorpresa, me armé de valor y le respondí sin timidez.

—Dígame, don Álvaro: ¿ve usted alguna alhaja en mi cuello o en mis muñecas? Porque yo no. Y no las llevo porque no me gustan. De modo que no las usaría aunque las tuviese.

Dicho aquello último, me puse de pie.

Don Álvaro volvió a sentarse, extrajo un pañuelo del bolsillo del pantalón y se enjugó la frente con él.

—Es curiosa tu actitud.

—Curioso es su modo de darme las gracias por ayudarlo.

—¿Te das cuenta de que puedes perder el empleo?

—¿Va a despedirme?

Don Álvaro volvió a pasarse el pañuelo por el rostro sudoroso.

—Ojalá pudiera. —Me contempló con ojo crítico.

—Y eso, ¿qué significa?

—Que tengo que aguantarte o don Carlos no invertirá una sola peseta en este telar.

Las mejillas me ardían como los quemadores de una cocina cuando abandoné la oficina y regresé a mi puesto de trabajo. Desde mi cuestionable nueva posición, me di el lujo de desviar la mirada hacia la máquina donde antes solía trabajar Isabel. La muchacha que entonces ocupaba aquel sitio ni siquiera se percató de que la estaba observando y continuó trabajando sin que menguara en ningún momento el ritmo de sus pies.

La incertidumbre me estaba matando. Necesitaba pedirle perdón a Isabel por lo ocurrido una semana atrás, durante la boda, y explicarle los dolorosos lazos que aún me mantenían unida a Hugo.

Me sentía como un triste despojo abandonado por Dios. Y en ese momento, para más desgracia, don Carlos estaba al tanto de la verdad. Durante un instante, me pregunté qué esperaban conseguir los Garrido de todo aquello. Quizá lo único que buscaban era el amable placer de la venganza al verme relegada a la última pieza de un rompecabezas que podían decidir resquebrajar en cualquier momento. Sabía que aquello podía destruirme, pero no consentiría, en modo alguno, que decenas de trabajadoras se quedaran en la calle por mi culpa. Al final, volvía a sentirme atrapada entre la espada y la pared.

* * *

A la mañana siguiente, cuando llegué a la fábrica, todo lo demandado a don Álvaro estaba apilado tras la puerta.

—¡Fabuloso! —murmuré mientras tomaba una caja en brazos y la llevaba hasta la máquina que el capataz me había indicado que utilizara para poner en marcha el nuevo proyecto. Cuando regresé a buscar los dos últimos paquetes, la puerta del taller se abrió, y apareció Hugo.

Me quedé inmóvil mientras él se dirigía hacia las oficinas de don Álvaro e ignoraba de modo intencionado mi presencia. Así que me volví con brusquedad, agarré una caja y la llevé junto a las demás en tanto sentía cómo el corazón me latía a mil por hora.

Era evidente que, tras lo sucedido días atrás, ni siquiera pensaba dignarse a cruzar la mirada conmigo. Iba a tratarme como si no existiera, y eso dolía. Me hería más que cualquier otra cosa en el mundo.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y, tras apoyarme sobre la tejedora al tiempo que imaginaba que mi cabeza ya estaba lista para explotar, permanecí un largo rato de pie junto al telar. Contemplé cómo el día se colaba por las ventanas mientras me realizaba una infinidad de preguntas. De haber podido desaparecer, lo habría hecho en aquel mismo momento.

Cuando él y el capataz abandonaron la oficina, al cabo de media hora, me costó recobrar la compostura. Sin embargo, lo hice, me senté y comencé a desbastar y ordenar los hilos de yute sobre el telar, sin que mis dedos dejaran en ningún momento de temblar. Alcé el rostro ligeramente y vislumbré de nuevo a Hugo, quien me lanzó una mirada de reproche antes de desaparecer por la puerta.

Entonces, me sentí en verdad avergonzada. No de haberme acostado con él; de eso no podía arrepentirme. Pero sí de no haberle contado nada sobre la existencia del pequeño Hugo.

—¿Señorita Duarte? —me llamó don Álvaro.

De repente, era la señorita Duarte. Me pregunté a qué se debía ese cambio de actitud hacia mí.

—Dígame.

—Nuestro nuevo cliente, el señor Hugo Garrido, me ha entregado esto para ti.

Agarré el paquete, lo abrí e intercambié una mirada de sorpresa con don Álvaro al descubrir en el interior un simple trozo de madera.

—¿Qué se supone que es?

—No lo sé. —Arrugó el ceño—. El señor Garrido me ha dicho que tú lo entenderías.

Me quedé en silencio mientras observaba el artilugio con detenimiento y, después de un buen rato, reparé en el relieve que se destacaba en uno de los extremos.

—Hmm... Creo que se trata de un sello —aventuré—. Es probable que sea para que marquemos las botellas una vez terminemos de envolverlas.

—Cierto —confirmó—. Aunque es curioso que tenga tu nombre.

—¿Mi nombre? —dije con voz queda.

—¿No te has dado cuenta? —respondió en tanto sacudía la cabeza a los lados—. ¿Lo ves? Es evidente que está escrito del revés, pero no cabe la menor duda de que es tu nombre: “Eliza”.

Me mordí el labio inferior, sin entender qué motivos tenían Hugo o su padre para hacer todo aquello. Respiré hondo y, justo cuando me disponía a devolver el artilugio de nuevo al envoltorio, reparé en el trozo de papel ahuesado que estaba oculto en el fondo del paquete.

Cuando lo desplegué, el corazón me palpitó con violencia.

Por primera vez en muchos años, comprendí lo que yo significaba para Hugo.

* * *

Esa tarde, cuando regresé a casa, lo encontré sentado con nuestro hijo en el salón. Parecía inalterable y presentaba un aspecto inmejorable con ese traje gris oscuro, los cabellos peinados hacia atrás y el mentón afeitado a la perfección. Los ojos de él desprendían una luz especial al mirar al niño mientras el pequeño galopaba sobre la rodilla de su padre.

Yo no sabía qué decir, ni quería precipitarme. Por otra parte, el deseo de acercarme a ellos y de perderme entre los brazos de Hugo era arrollador. Pero, cuando observé aquel rostro serio, me detuve en mitad de la habitación al temer la intensidad de tal expresión.

—¿Y doña María?

—Salió de compras hace ya un rato.

—Hugo... —comencé a decir.

—¿Por qué no trataste nunca de ponerte en contacto conmigo? —me interrumpió mientras dejaba al pequeño en el suelo.

—Santo Dios. —Giré la cabeza a un lado para ocultar una sonrisa, fruto de los nervios.

—¿Te parece gracioso?

—En absoluto —admití—. Pero la verdad es que no sé cómo sentirme.

Hugo me miró de frente.

—¿Qué te ha sucedido? —me preguntó—. ¿Dónde está la Eliza fuerte y obstinada que conocí hace cuatro años?

—Tiene gracia que digas eso cuando jamás me he considerado más fuerte que en este momento.

—¿Y qué ha cambiado?

—Ahora, lo tengo a él —respondí al mirar a mi hijo—. No me queda más remedio que ser fuerte por él. Y también por mí.

—¿Por qué me lo ocultaste?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —respondí con suavidad—. Quizá porque creí que no querrías saber nada del asunto después de lo ocurrido, o porque imaginé que, si al final acababa en la cárcel, me apartarían de modo definitivo de él.

—Deberías habérmelo dicho.

—Tienes razón —admití—. Pero ¿qué habrías hecho tú en mi lugar? No soy de las que creen en cuentos de princesas con finales felices. No conozco a nadie al que le haya sucedido. Y cuando la otra noche te marchaste de casa, sin darme siquiera la ocasión de hablar contigo... Ya puedes imaginar lo que pensé.

—Ponte en mi lugar —objetó—. Necesitaba tiempo para digerir que no solo te había encontrado después de cuatro años, sino que además tengo un hijo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Hugo se levantó de la silla y se aproximó a mí.

—La verdad es que no lo tengo muy claro. Solo sé que te amo y que deseo cuidar de ti y de ese niño el resto de mi vida.

Un escalofrío me recorrió la piel. No dije nada. Estaba demasiado asombrada para reaccionar a la mezcla de sentimientos que me azotaba por dentro. Casi sin darme cuenta, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas, y no fui consciente de ello hasta que Hugo tomó mi mano en la de él y deslizó el dedo pulgar por mi rostro para enjuagarlas con dulzura.

—¿Cuándo descubriste quién era yo?

—Hace diez meses —respondió—. Fue entonces cuando mi padre y yo decidimos darle tu nombre a uno de nuestros vinos y distribuirlo por todo Madrid. Pensábamos que, si en algún momento lo veías...

—Comprendería que los dos sabían la verdad —deduje.

—Y regresarías a casa.

—A casa... —murmuré con voz apagada. Bajé la vista y saqué de mi bolsillo el papel que había encontrado junto al sello.

—“Lo más difícil no es decir el primer ‘buenos días’, sino el último” —leí en voz alta—. Ahora lo comprendo.

—Eliza, mi Eliza... —Me abrazó con ternura—. Da igual la persona que fueras antes o quién seas ahora, entiéndelo de una vez: mi casa siempre será tu hogar. No quiero separarme nunca más de ti, nunca quiero decirte el último

“buenos días”. Solo pensarlo me aterra.

Emocionada, cerré los párpados un instante.

—Hay algo que debes saber —confesé—. Es sobre lo mío con tu primo Enrique.

Hugo meneó la cabeza.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Desde hace mucho tiempo —afirmó—. Lo que me parece increíble es que mis tíos se nieguen a aceptar lo evidente.

—Pero creíste que estábamos prometidos...

—No sería el primer compromiso sin amor que veo.

—Te comprendo bien —dije mientras apoyaba mi mejilla en aquel pecho—. Pero ¿qué pasará cuando los demás se enteren?

—¿Te refieres a Isabel?

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Hablé con ella hace unos días.

Abrí los ojos con desmesura.

—¿Qué dijo?

—¿Tú qué crees? —Sonrió de manera amplia—. Mi prima te tiene mucho cariño, Eliza. Fue ella quien me animó a invertir en el telar en cuanto le conté lo que había ocurrido entre nosotros. Decía que tenías que saber todo lo que yo había hecho para encontrarte.

—Calla —le pedí.

Hugo me miró extrañado.

—¿Qué?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Que te calles ahora mismo y me beses antes de que doña María decida regresar de donde quiera que esté.

—Sabia decisión —razonó con una sonrisa, y me dejé caer entre esos brazos mientras la boca de él se fundía con la mía como nunca antes lo había hecho. Era como si fuéramos dos almas en pena que por fin se habían encontrado, como si ya nada en el mundo pudiese arrebatarlos la miel de nuestros labios.

* * *

Después de mi regreso, ya en casa, tuve que dar muchas explicaciones sobre mi vida y sobre las razones que me llevaron a actuar del modo en que lo había hecho. A pesar de todo, me siento feliz; feliz de haberme liberado de esa carga y de aquella maleta de mentiras que estaba cansada de arrastrar.

Para mi propia sorpresa, don Carlos no me recriminó nada de lo ocurrido. Quizá porque, cuando se enteró de que era abuelo, se volvió un poco loco. De alegría, quiero decir.

En la actualidad, me esfuerzo en desterrar el pasado de mi mente. A fin de cuentas, ahora carece de importancia. Sin embargo, no quiero olvidar todo lo aprendido en el camino. No quiero olvidar que el verdadero valor de una persona radica en su corazón y que, cuando la razón se une a ese último, brota

el sentimiento de que podemos enfrentarnos a cualquier adversidad. Pero, para alcanzar ese valioso estado de conocimiento de nosotros mismos, primero debemos recorrer un largo camino, sin desintegrarnos en el proceso. Porque, aunque ser un ladrillo más en el edificio es importante, poseer una piedra angular en la que apoyarse es necesario.

Y eso es Hugo para mí: el pilar que sujeta mi mundo, un hacedor de sueños, de escuelas y de bodegas, de domingos en la cama y de noches estrelladas. Un padre maravilloso, un hijo extraordinario, un amigo leal, la miel en mis labios...

Mi tierno amor imperecedero.